

The background of the cover is a deep blue with a subtle, repeating geometric pattern. A large, dark green, textured face of a jaguar or panther is the central focus. The face has glowing yellow eyes and a small, open mouth. From the mouth, a stream of water falls into a small, clear, rectangular container at the bottom. The face is framed by stylized, orange and yellow geometric patterns that resemble traditional woven textiles. The title is written in a white, elegant serif font, and the subtitle is in a smaller, orange serif font.

Encuentro con los ayas y el camino del arcoíris

A mis custodios

Wilson Narvaez



Wilson Narvaez

Nació en San Juan de Pasto en el año de 1968, estudiante de la Universidad de Nariño en el programa de Artes Visuales, quien presenta su trabajo de grado titulado ,“Encuentro con los Ayas y el Camino del Arcoíris”.

realizado en el municipio de Sibundoy (Putumayo) donde se relaciona con algunos personajes nativos de la región, quienes son protagonistas de los testimonios de sus memorias, en el cual narra su investigación de siete años sobre el tema de experiencias con el yage y el mundo del enteogeno.

ENCUENTRO CON LOS AYAS
Y EL CAMINO DEL ARCOIRIS

ENCUENTRO CON LOS AYAS
Y EL CAMINO DEL ARCOIRIS
Wilson Fernando Narváez

Una narración sobre la experiencia por los caminos del yagé

...A MIS CUSTODIOS

Wilson Fernando Narváez Erazo
Encuentro con los Ayas y el Camino del Arcoiris
Ilustrado por el Autor
juayare@hotmail.com
Diseño de portada Christian Erazo
Maquetacion Natalia Narváez - Christian Erazo

INDICE

ENCUENTRO CON LOS AYAS Y EL CAMINO DEL ARCOIRIS

ABSTRACT

PRÓLOGO.....23

PRIMERA PARTE.....29

1. EL ATA AT NUCKAT.....31

2. PRIMERA VISION.....37

JUEGO DE NIÑOS

EL SIMBOLO DE MI TIEMPO

CRISTAL DE MADRUGADA

3. EL ENCUENTRO.....45

MURMULLOS

4. LA PRIMERA PINTA 57

EXTRAÑO ENCUENTRO

5. LA TOMA 67

ALEGRIA DE CONOCER

UNA BUENA PINTA

HACER UN MAL

6. SALTAR EL MURO.....93

7. LA PALABRA DEL JAGUAR.....101

MIRADA DE LA NOCHE

DE CLARO A OSCURO

8. COMO EN UN PRINCIPIO.....115

LLAMADO DE UN TAITA

REVELACION

PERFUMES

NOCHES DE ESPANTOS

9. LA CURACION PRIMERA.....157

A LAS PLANTAS

PIEDRAS EN EL RIO

AYER

AYUNO

UNA PAUSA PARA EL SILENCIO

EN VELA

10. LAS SIETE TAREAS.....192

CERBATANA

CHITARA

EL MITO

DE BUEN CORAZON

FRIOLOGIA DEL ALMA

TRES DE MAYO

CURI TAI

SEGUNDA PARTE.....241

EDAD DE PIEDRA

1. EL CUIDADO.....244

LA BUENA BARCA

LA PIEDRA HABLA

CANTARES DEL RIO

LA ESTRATEGIA DEL DUENDE

UNA SEÑAL

EL ENGAÑO

BON YARE

A LOS MAYORES

ARJE YAT ZAMI

2. LOS SUEÑOS.....313

A LA NOCHE

BAKU ITAN YARE

MUCA VAN CHE

SENTIR YAGE MAGIA Y VAMPIRISMO

CAL Y CANTO

NOCHE INFERNAL

TIEMPO DOMESTICO

3. LA ÚLTIMA VEZ EN CASA.....388

A LA SELVA

4. LA BUENA MUERTE.....419

5. EL TIGRE CON UN SOLO OJO.....429

EL OJO DEL TIGRE

DESDE ORIENTE

LA DAGA

FIN.....455



Desde oriente
Oleo sobre lienzo 65cm x 70cm

“El temor de mirar a tu espalda y recorrer los caminos,
Sin percatarse que al caminar, estás siendo parte de esos personajes que guardan
las almas de otros, más ajenos que uno mismo.
¿Acaso tu eres ese custodio?”

Encuentro con los ayas y el camino del arcoíris. Wilson F. Narváez Erazo... Y como un niño guiado por un impulso que lo lleva a trazar un camino para poder desenredar ciertas inquietudes, miedos e incertidumbres sobre el significado del origen de las diferentes naturalezas, es entonces cuando atravesado por el azar y el mundo de lo enteogeno empiezo mi singular viaje sobre el límite de estos territorios y en su medida sacudiéndome de lo que anteriormente me enfermaba, mi encuentro con ciertos personajes (custodios) como los llamo, son quienes me guían a horadar en lo más profundo de lo incansable de esta experiencia narracional sobre lo vivido, realizando así mi primer libro de autor.

ABSTRACT

*“Fear of looking at turn around and travel the paths,
without notice that you ’ re walking being part of those figurers who keep
the souls of others outside oneself
¿maybe, are you that trustee?”*

An expecting meeting with the ayas and the rainbow path. Wilson F. Narvaez Erazo... And as a child guided by a motion that takes a way him to draw a path; to might unravel some affairs, fears and suspicions about the meaning of the origin of different nature. It is then, when going through by the fate and the entheogen ’ s world I start my particular journey on the edge of these territories, and so, shaking that previously complained me. My an expecting meeting with certain figures (trustees) - as I call them – are those who guide me to make a hole in the deepest of this hardworking experience narrational about what happened me; thus to make realistic my first author ’ s book.

PRÓLOGO

Encuentro con los ayas y el camino del arcoíris.

Los relatos que se encuentran en este libro hablan sobre un caminar. Por cosas del azar entrelazan una relación entre la ciudad, la selva y la magia de este espacio geográfico, donde narro aludiendo a mis memorias una traza que habla sobre el ritual del yagé y a medida que se va creando, voy conociendo un sin número de personajes que me llevan por las sendas del curanderismo y seres que me acompañan en estos viajes y me cuentan historias.

Por un compañero de estudios llegue a conocer el valle de Sibundoy y sus alrededores, donde tuve el primer contacto con algunos de sus habitantes, adentrándome un poco más en sus prácticas culturales.

En mi diario de campo, tras un mate de chicha (*bebida casera elaborada del fermento de maíz tierno*) surgieron una serie de relatos acerca del misterio que encierra el yagé, práctica ancestral a la que los indígenas acuden a “*la toma*” y a estos lugares “*sagrados*”, pues dicen que es bueno tomarlo “*cuando a uno le hacen mal*”

Después de repetidas visitas al lugar, mi punto de enfoque se dirige sobre todo a las personas que participan en esta práctica y los relatos que surgen acerca de estas visiones “*las pintas*” que producía este enteogeno, (*Dios entre nosotros*)

Para la realización de dicha experiencia, siempre hubo tropiezos dada la condición de hermetismo por ser una comunidad indígena, tanto en su lenguaje, raza, conocimiento y cultura.

Con insistencia, pude relacionarme con algunos “taitas o guías espirituales” quienes me hicieron participar de sus rituales, pues para ganar su confianza y aceptación había que someterme a la “*mirada de los taitas*” mostrando respeto, humildad y sobre todo silencio.

A partir de estos acercamientos, surgieron otras inquietudes que se transformaron en un nomadismo y un viaje a diferentes espacios donde prima el diálogo, íntimamente relacionado con el relato. “*Una historia que contar*” atravesado por otras realidades y las distintas naturalezas

Fue allí mi primer encuentro con don Miguel Juajibioy, un tipo con larga experiencia con “*el remedio*”, como él llama al yagé. Personaje lleno de misterio, quien puso una interrupción para comenzar la incansable caminata por este sendero.

Desde ese momento comencé a indagar, a caminar y a experimentar con otras clases de yagé y taitas, como don Martín Ágreda y sus hijos Juan bautista y Floro. Lugar en el que por medio del yagé se manifestó por un instante la escritura, desde aquel día no deje de dibujar, escribir y sobre todo hablar y pintar.

Luego conocí a los Taitas don Querubín, don José Atahualpa, don Libardo Queta y David de la cultura Cofan, quienes con su buen crudo yagé, yagé de cordillera y tigre yagé, me enseñaron a guardar silencio, respeto por los mayores y también que en el camino se halla lo diferente entre *“el buen caminar y el mal andar”* comprendiendo así como se forman verdaderos guerreros, que se adentran en estos territorios, empapándose de las historias de estos personajes que llevan en su linaje el conocimiento y la fibra para sufrir, además de la agresión a su espacio sagrado, a su magia y a la supresión de su cultura, sobrellevan esta pesada enfermedad social que trata de amilanarlos, pero hacen resistencia con su saber.

En uno de sus relatos decía Taita: *“el que quiera seguir mi camino, tiene que pararse bien, tomar y aguantar”*. *“Seguir Tomando y aguantando pero pensando bonito”*

Por lo consecuente Taita decía: *“les dejo esta poquita de yagé a mis pobres tigrecitos”*. Estas palabras me llenaban de confianza para inquirir en otro espacio no selvático y con un grupo de amigos queríamos dar la medida; pero comprendí que aquellas palabras solo eran para advertir que con el *“remedio”* y el espacio sagrado no se juega.

En la última parte del libro, me veo afectado por esta situación donde vuelvo al comienzo, esta vez enfermo y agobiado, para comprender que en este camino hay que conocer la enfermedad para hablar sobre ella.

Así llegue a donde el Taita Juan Mutumbajoy, su esposa María Dolores y su agradable familia. Personas que amablemente me han colaborado en este proceso de sanación.

El título de mi obra “*Encuentro con los ayas y el camino del arcoíris*” parten de esa inquietud en la búsqueda del **origen**, íntimamente relacionado con el mito y el ritual, las **fuerzas** que atraviesan al ser en las diferentes realidades y de los **límites** entre la enfermedad y la salud, el adentro y el afuera, la selva y ciudad, la palabra y la escritura. Encuentros que dan paso a la huida para horadar en lo más profundo de otras realidades.

Este libro de autor, se va convirtiendo en un relato muy exquisito, aunque parezca muy personal, a su medida se vuelve para hablar del otro la escritura va recogiendo instantes vividos y cada ritual se convierte en “*mi propio lenguaje*” a manera de interpretar lo que me rodea, desbordándose en un caminar de creación, sobre los límites donde fluyen aquellas fuerzas, desplegándose en un ritual poético y pictórico, como manifestación de las diferentes naturalezas y la anunciación de lo que va llegar “*la visión*” en el “*corpus de la escritura*”.

Este caminar me adentra en otros territorios desconocidos, donde encontré un grupo muy singular los “*ayas o espíritus*” como les llamo, quienes son aquellos custodios o sicopompos que me acompañaron en cada viaje y experiencia de éxtasis.

A medida que la relación se volvía más estrecha, la fuerza de la escritura se convirtió en canto, símbolos y colores “*pintas*”, diálogo en el que convivimos en estado de emergencia para darle sentido, acudiendo a lo poético, a la invocación de la imagen

y al manejo de aquellos ritmos, tiempos e instantes y sobre todo custodiando el secreto que se refiere al sentido de lo mágico y lo sagrado, pues cada vez que uno se acerca, va siendo parte de uno más de sus custodios.

No hay otra forma de contar estos innumerables relatos de experiencias con el yagé puesto que la magia se encuentra en las cosas más simples de la vida cotidiana.

Siempre me pregunte del porque surgieron varios interrogantes que generaban en mi este conocimiento y este querer acercarme a lo complejo de su contenido, sobre el origen, la fuerza y el límite anteriormente anunciados.

Estos relatos de protección y de lucha, tratan de interpretar lo incomprensible en una experiencia vital, desbordándose en lo ritual y sobre todo en este viaje junto con mi padre, el cual es mi más cercano ancestro, su relación con lo natural y lo sobrenatural es el vínculo con este proyecto que parte de una experiencia narrativa por los mundos de lo enteogeno y la similitud que entabla estas historias.

Atrapado por sus relatos de duendes, brujas, chimbilacos, el carbunco, las huacas, el niño auca y seres extraños como la misma danta (*el animal que sigo*) fúe lo que me llovó a proponer un libro de autor, tanto en mis narraciones como en lo poético. Un sentido de fuga dentro de lo cognoscible; modificando los universos referenciales, en el sentido de la experiencia de lo sagrado y un caminar que se convierte en una traza y un aprendizaje, en la búsqueda de aquella relación entre estas fuerzas que se encuentran en el mismo ser que lo atraviesan, seres que se hacen visibles por medio

de la escritura y están en los límites y territorios ,entre lo racional y lo irracional, selva y ciudad, la enfermedad y la salud, palabra y escritura.

¿Para qué lo busqué? Sabía que algo me afectaba pero no con exactitud. Al principio mi intención era preguntar por el origen, pero cada vez que me adentraba, hallaba otros rumbos y caminos que modificaban aun más aquel mundo referencial, siempre conduciéndome donde se enunciaba el límite entre la vida y la muerte. Afectado comprendí que me liberaban de ese yo identitario que me enfermaba, alterando lo cognoscible para mi sanación, descubriendo en ese límite un camino y un viaje.

Siempre lo asimilé como a un río que limita los mundos y también en donde llega el límite del cuerpo para conocerse así mismo. Estar seguro, protegido y con los pies en la tierra era mi objetivo, pero el yagé, desestabilizó por completo mi idea de realidad que conocía, entrando a un estado donde se conjuga con lo absurdo, no hay nada que te pueda identificar. Un paso del yo al yo soy, un estado parecido a la locura, pero a otra clase de locura. A medida que me dejaba llevar por estos estados me liberaba de esa identidad y cliché que había construido. Ser más natural encontrarme con mi origen era eso mismo.

PRIMERA PARTE

*Las fechas son inciertas como las respuestas cuando pesan sobre la espalda.
Aquel día camine sobre la brisa del cielo que me regalaba el decoroso camino,
de principio sin fin así le llamo.*

1

EL ATA AT NUCKAT

Luego de caminar no más de tres pasos, me senté por un momento a pensar en el cansancio que traían mis doloridos pies, recostado sobre el duro suelo, sentí una sensación amarga con sabor a sangre que bajaba por mi garganta, el silencio dejaba escuchar el latir de mi corazón y la sangre que bombeaba subiendo a mi cabeza, luego bajaba ajustando mi pecho y garganta.

Una refrescante llovizna apaciguó mis dudas, aquella agua dulce recorría mi espalda llenando de frescura cada anillo de mi cansada alma; una y otra vez, una gota de alegría recorría mi máscara.

En silencio preguntaba: -¿Acaso todo esto es vano?-

Con el frío entre las manos, el dolor de mis piernas y la preocupación en la conciencia que mordía mis labios, me levanté de nuevo sin dudarlo y con la fe aferrada a cada paso, caminé más seguro que nunca sobre la extraña tarde.

En ese momento a la distancia de cuatro vientos, escuché la risa burlona y fresca de tres vírgenes sin manto, tan terrenales como la confianza que envuelve mi corazón sujeta entre mis manos.

Apresuré mi paso tratando de alcanzarlas impulsado por la brisa esa misma tarde.

Llevaba en mi mano tan sólo el olor amarillo del fruto de un chilacuán, este cuerpo liviano que perfuma mis dudas y me habla, me habla en un tono bajo y prudente, por momentos calla y de nuevo se presenta solemne. Esepreciado regalo del hombre sin rostro, que sabía lo que me esperaba pero olvidé preguntarle. Sólo eso llevaría esa tarde, para recorrer los espacios por donde iniciaron todas las respuestas, sin haber preguntado.

El día anterior había preparado el viaje para conversar con los hombres del valle, la maleta estaba lista con el encargo: cuatro panes y cuatro panelas, los ajuares para protegerme y además tres velas, una blanca, una verde y la otra amarilla, por si el asunto se ponía mal.

Todo estaba listo, pero algo me detenía y así fue.

Antes de las cinco de la tarde tocaron a la puerta de mi casa, se trataba de una persona que hace mucho tiempo conozco y precisamente hoy nos visitaba una parienta de mi esposa, su tía lejana. Luego de pasar a la sala se sentó sin pedir permiso como si estuviese en su casa.

¡Pobre tía! ¿De dónde vendría tan cansada?

Debí atender a la tía, hacerle agradable la visita, llenarme de paciencia y escucharle la inoportuna charla. Pasaban las horas y la visita se alargó; yo desesperado y ella hablando y riendo a sus anchas. Le serví una taza de café y un pan bien grande para ver si callaba: *“porque aquéllos, los ecos, cuando retumban encrespan la calma del más calmado de los gallos”*.

La tía. Esta mujer que vive sola y es gorda y rosada toda ella como el ramo de rosas que traía y sostenía en sus hinchadas y diminutas manos, parecía que necesitaba desahogar en otro lugar todos los silencios de las paredes de su casa. Nos habló de sus santos parientes, unos muertos y otros vivos que la protegían y de todos los espantos vivos y muertos que la rondaban. No tenía otra alternativa, terminamos hablando mucho y riendo juntos, sin hipocresía. Lo más peculiar de esta escena, era que nunca nos había hecho una visita pero lo más extraño el regalo que traía, tan oportuno, solo yo sabía para que servía por eso le agradezco tanto a mi adorable tía. Doy gracias a su silencio, su visita aparentemente imprevista y pronta despedida.

A la mañana siguiente, tomé un baño con agua de rosas recordando a la tía, tesé primero mi escapulario y el aroma de la madrugada, dejé el lecho con la pereza de un niño cuando su madre lo levanta; quizás la pereza era tan sólo el miedo a que todo estuviera listo, miré repetidamente la fecha, la hora y cada segundo que pasaba, pues había llegado el momento. Eran las nueve de la mañana, el despertar de un día trece el día más temido desde mi infancia. *“porque temo ser niño, temo a los días y a las madrugadas”* Pero hoy saldré a enfrentar los miedos y espantos que me perturban en las noches y madrugadas.

JUEGO DE NIÑOS

*Encontrar es difícil y el camino es ligero
Espanta la cordial bienvenida de los que te esperan
Juegan en el patio delantero, sin pensar si se van a quedar
O esperan lo que no encontrarán, en el banco de la entrada.
Sólo porque juegueteen mucho, con los de adentro,
Qué esperan, la espesa mazamorra
Molida con los dientes inocentes de los que si saben jugar
En todos los patios*



Sin título (Dibujo a lapicero)

2.

PRIMERA VISION

-El viaje.

Hace dos años del primer encuentro con esta planta sagrada, conocía de ella solamente su nombre, Yagé. En ese entonces realizaba mis estudios universitarios en artes visuales; dedicado y preocupado por mis deberes de estudiante. Fue entonces cuando conocí a uno de mis mejores amigos, un tipo de tez morena y cabello largo; su aspecto algo extraño me despertó cierta curiosidad. Moreno era su apellido. Loco, inquieto y sagaz.

Sabía muchas cosas que yo ignoraba, además de ser parrandero por excelencia, buen bailarín de saya y tomador de chicha, chapil y todo lo que se le atravesara. Un buen muchacho que con la picardía y la malicia indígena, embrujaba a cualquier mujer para lograrla.

Indio malo -le decía-, no saltes tanto cabro loco.

A este individuo algo cómico y loco, le agradezco haberme conectado con su buen espíritu y puesto en contacto con el “remedio” y con tan particular sabiduría y encuentro con parte de su cultura. Su discurso se refería al mito, la transculturación, la herencia, la reciprocidad e historias sobre taitas y el yagé.

Me habló de los seres que lo ayudaban malandrín y diablillo que sólo él se los aguantaba con espíritu de fiesta pagana, quién más idóneo para representarla si genéticamente es mestizo por el padre e indígena por su madre. Por eso juega con la vida. brujo, malo, hasta de ser un delincuente presumía. Ni él mismo lograba comprender de dónde provenía la dualidad de su vida como lo es su descendencia; blanco o negro, calmado o agresivo, animal o humano; una mutación de algo extraño.

En una ocasión me invito a conocer a sus parientes en el valle, indígenas colonizados que deseaban ser insertados en la civilización, salir del pueblo para estudiar como blancos, trabajar en la ciudad, vestirse a la moda y tener cargos importantes.

Llegando a la casa fuimos recibidos con un tazón de chicha molida bien fermentada, con un sabor cálido de bienvenida, ofrecida por Benjamín, el cuñado de don José el dueño de la casa. El carismático Benjamín de estatura baja y piel estropeada por el viento; fuerte como un tizón de brasa y una carcajada franca que le señalaba cada surco de la cara. Me recordaba las máscaras artesanales de madera que vi en la entrada del pueblo, de narices expandidas para olfatear al forastero; ojos hundidos como hoyos para esconder los secretos de la tierra; máscaras con infinidad de gestos que parecían reírse de este hombre forastero, pero así mismo estas mascarar alegran nuestro corazón de encontrar una nueva mascara, que cuente sobre la magia que esconde este pueblo con sus gentes, trazando su espacio y tiempo.

Quince kilómetros recorridos para sentir la dimensión y la incertidumbre sobre lo mágico.

EL SIMBOLO DE MI TIEMPO

*Cuando la palabra habla, el alma canta
Canta como la piel bañada en sudor
De un regreso a un nacer marcado con el tiempo
El tiempo cíclico de tres vueltas en su espacio
De espíritus que brillan en la cima de la tierra
Jóvenes y abuelos, piedras y semillas
Cantos de un sí a la duda y de una llamada que no llegara
Sino a su encuentro.*

En casa de sus parientes nos advirtieron que antes del atardecer teníamos que buscar a un “Taita” un médico tradicional, quien respondería a nuestras inquietudes y nos haría conocer por primera vez la medicina ancestral, aquella pócima mágica que sanaría nuestra alma. Dejando a un lado el afán, quise conocer al resto de la familia, los parientes de mi amigo, mientras me deleitaba con cada tazón de chicha que me ofrecían con amabilidad mis nuevos amigos.

Don José, era el señor de la casa, un tipo callado y desconfiado, plenamente opuesto a don Benjamín y no me extrañaba su actitud. Mi presencia “hombre blanco y forastero” como nos señalaban, era una visita inesperada quizá inoportuna. El momento me remontó a aquella visita de la tía lejana.

Su esposa era una mujer hogareña dedicada a los oficios culinarios; me pareció imprudente preguntarle pero advertí su invalidez. Sus piernas inmóviles descansaban sobre montículos de tuzas de maíz, miraba el corto tronco junto con sus pequeños brazos, los cuales se movían en contorsiones bruscas y descontroladas como un esgrimidor defendiendo su casa. Vestía una camisa ancha, cuadriculada con rayas azules y blancas, que la cubría desde el cuello hasta los pies; lucía incómoda con el cuello alto y apretado por los botones que le impedían hablar con espontaneidad, ajustando la mediana sonrisa que nos brindaba, advertí enseguida que esta mujer no se amilanaba por sus limitaciones físicas ni se lamentaba por su pobreza, mas bien, parecía una reina entre los atados de ajos, capachos de maíz y gajos de cebolla; contrario a su postración, se deslizaba con fluidez en su cuarto de cocina sobre la tierra, entre el fuego y la leña como una boa en su morada.

La otra persona era una muchacha muy dulce, sonriente y coqueta, como es natural en la edad en que la ternura y la sensualidad se impregnan en casa, bajo el olor de la leña y de los nísperos recién cortados, cualidades que comulgan con el esplendor natural de su belleza; me hizo sonrojar cuando al abordarme me dijo:

-¡Quisiera ser una gran artista como usted!-

Entonces pude observar su tez morena y algo rústica como la madera recién cortada que se encontraba arrumada a la entrada de la casa. Me dijo que cursaba la secundaria y demostró mucho interés por mis estudios en arte, no le conté mucho pero le dije:

-¿Quieres ser una buena artista?- Sólo mira a tu alrededor, si tan solo me enseñaras y me prestaras tu escritura, me quedaría por siempre en tu casa.

Aquella hermosa muchacha dedicada desde el amanecer a los oficios de la casa y a sus tareas escolares; en las cálidas tardes de ocio, sacaba tiempo para asistir junto a su madre y hermanos al oficio artesanal. Tejidos, en chaquiras, fajas y ruanas en lana.

Pues en ellas se encuentra escrito su pensamiento, sus largas ausencias de amor, entrecruzados en los más bellos destellos en símbolos de color. En cada cuenta de sus collares, colgaba sus amores; blancas eran sus pasiones, rosas sus ternuras, de azules intensos sus pensamientos y sus miradas al cielo oscuro de aquel valle inundado de magia, la magia que embriaga a mi querido amigo a su familia y a la chicha fermentada.

CRISTAL DE MADRUGADA

*Un lazo dorado se rompió en la noche
Regando lágrimas nocturnas en el filo de mi cama
Con sabor amargo de madrugada.
Que lloran cristalinas de amor y dulce veneno
Regándose en incontables semillas en las más diversas formas
Sonajeros, guardas y campanas
Unas rojas, blancas, otras largas
Que se pierden en los siete colores del ata at nuckat
Amarras de un fuerte y débil abrazo,
Que parecen una despedida.
Aurora de canto de hojas, que bañan mis ojos
Que desean llorar de alegría antes que amanezca
Cantidades de semillas con las que armé un collar esta mañana.*



3.

EL ENCUENTRO

Eran las cuatro de la tarde y decidimos conocer los alrededores del valle; una tierra exuberante y fértil por donde se mirase, de grandes cañones que hacen caminos peinando la montaña, juntando sus ríos cristalinos y apacibles con pedregosas murallas; cuarzos, marfiles e infinidad de materiales que se mezclan en la más noble alquimia de grandes y lejanas montañas, donde convergen todos los caminos y la azul atmósfera se abre al espacio oscuro e infinito. Todo mezclado en una visión; una buena pinta. Nunca olvidaré tan espectacular viaje.

Esa tarde nuestra intención era conocer un taita; un guía espiritual que nos hiciera conocer “*los caminos del yagé*”. Después de haber disfrutado de todos los encantos de ese místico lugar y conocer sus estrechos senderos, nos adentramos en otros parajes. Recuerdo haber dejado nuestro transporte, dos bicicletas prestadas por don Benjamín, en la entrada de dos caminos, arrimadas junto a un árbol de Urapán.

Siendo las cinco de la tarde caminamos por un angosto sendero, solo cabía una persona. Mi compañero iba adelante guiado por la luz radiante del sol, marcando su larga cabellera en la sombra de las enredaderas y de los altos matorrales que acompañan su canto.

Sentía a mis espaldas la fuerza de la selva que murmuraba; la caminata se prolongó por largo tiempo y me perdí en el embrujo de sus plantas.

-¿Las escuchas?- le pregunte.

Mi amigo volteó su cabeza y confrontamos las miradas.

Al momento, estallamos en incontenibles carcajadas, como dos niños a punto de orinarse de los nervios y llorar de alegría, luego callamos y descansamos. De su mochila, mi compañero sacó tres panes secos y yo el agua de panela que había preparado el día anterior; el hambre nos estaba inquietando, pero cuando estábamos a punto de mitigarla, recordamos que teníamos que guardar ayuno. Guardamos nuevamente las provisiones y nos recostamos en el seno de una cómoda zanja formada por las lluvias en el potrero; no vacilamos en caer desparramados para compartir nuestros pensamientos.

- Estaba haciéndose tarde-

-¿Sabes a dónde nos dirigimos? - Le pregunté.

-“¡No sé marica, creo que estamos perdidos!” - Respondió.

La risa nos atacó de nuevo y narcotizados por la presencia de la selva reímos una y otra vez sin parar.

Un zumbido se abrió en el silencio y opacó nuestras carcajadas, silencio misterioso como el atardecer cuando la noche entra. Apareció un verdor zigzagueante y matizado por entre las tupidas plantas, centré la mirada agudizando el oído; un peculiar aleteo, un susurro similar al de un enjambre de avispa provenía de un pequeño pájaro, pero con un gran espíritu:



Sin título (Dibujo a lapicero)

¡Mira! ¡Es un quinde! -Le señalé.

Pero mi compañero no se dio cuenta, lentamente nos levantamos solo para contemplar su excitante vuelo. Deseaba correr tras el quinde sobre el extenso sembrado, pero por unos minutos mire a mi compañero y me sostuve de hacerlo.

Luego de desplazarnos a unos doscientos metros; trastornado y embriagado por aquel vuelo del quinde, divague pensando si aquel susurro era un mensaje.

Llegando a la entrada de una casa, una casa rectangular de una sola planta, con una sola puerta vieja verde grisácea, construida con madera reciclada, techo de zinc cobreado por el tiempo y en cada una de sus canales colgaban musgos y líquenes, de aquellos que se ven en las montañas. Nos sorprendió al ver que nadie respondía a nuestra llamada.

Bordeamos la casa entrando por el lado derecho; un olor putrefacto que despedía un desagüe casi me produjo náusea que salía por la parte baja de las paredes de una letrina con techo de paja recién cambiada. Sobre la pared de este peculiar desagüe estaba pintada una imagen que de inmediato identifiqué, era La Virgen de la Milagrosa, me lo enseñó mi madre desde mi tierna infancia. Una pintoresca imagen, de una mulata, un punto áureo incrustado en el paisaje. ¡Ahí estaba!

-Mi madre solía decir: - “los ojos de los santos hablan”.

Y deteniéndome a mirarla, parecía que de verdad custodiaba aquel lugar, hasta podía escucharla como diciendo:

-“He aquí mis desnudos pies sosegando la inmundicia de este mundo”.

Un olor nauseabundo como si se juntaran todas las enfermedades, despedía aquel desagüe.

Saltando la pequeña chamba encontramos a unos pocos metros, en un costado de la parte trasera de la casa, a una joven arrodillada que se abrigaba en el rescoldo de unas brasas; tenía en su mano un pedazo de madera con el que movía y removía la apagada llama. Cerca de ella, a su derecha, se encontraba una criatura de pocos meses, tres o cuatro y un perro escuálido que babeante nos ladró, mostrando sus enormes dientes y costilluda espalda. La apariencia de su perro se prestaba para hacer una chanza.

¡Cuidado con el jaguar!

-le advertí a mi compañero mientras el perro ladraba y soltamos la carcajada.

La señora sonrió por un segundo, pero luego, cabizbaja, nos esquivó la mirada.

Apareció repentinamente un hombre al escuchar las carcajadas, un hombre con una presencia atemorizante, se trataba del señor de la casa.

¡Buenas noches! -Saludamos.

El hombre no contestó y el silencio no ayudaba. Saludamos de nuevo y el hombre apenas nos miró.

¿Señor, conoce por aquí a un taita? -le pregunté.

La mujer se incorporó rápidamente, levantó al hijo hasta sentarlo en su cadera, se apartó a un lado de donde estaba la brasa y tomando la mano del hombre le habló en voz baja, mientras con la otra mano blandía el pedazo de madera que aún humeaba. Tartamudeó en su lengua y como era de esperar, no entendimos nada.

No obstante el hombre se acercó a nosotros e intuitivamente nos hizo retroceder con la mirada.

Se acercó a la fogata y con el pedazo de madera que sostenía la mujer avivó la llama que al encenderse iluminó su cuerpo y cara, la luz acentuó aún más sus rasgos y la fuerza que reflejaba su mirada. Atravesaban dos colmillos sus orejas y un punzón negro de madera, su nariz chata y a su vez aguileña más aun nos atemorizo.

Momentáneamente nos pusimos nerviosos, no sabíamos qué hacer, se nos antojaba soltar una carcajada que a duras penas pudimos contener. El hombre, socarronamente nos interpeló:

-“¡Qué, andas buscando un taita!” -

Atizaba lentamente el fuego mientras nos miraba.

¡Sí! -le respondí.

Volvió su mirada hacia nosotros y dijo:

-“¡Pues aquí lo tenís! ¿Qué querís?”-

Sus preguntas eran tan secas como la leña quemada. Mi compañero más conocedor del actuar de sus parientes le respondió pausadamente.

-“¡Sólo queremos conversar taita!”-

Entonces soltó una terrible carcajada, reímos también nosotros para liberar la tensión que nos pasmaba.

-“¿Han venido a buscar medicina?”-

-¡Sí! -Respondimos en coro-

El hombre rió de nuevo.

-Porque era un ¡Sí! Como el que se da en un matrimonio, un ¡Sí! con dudas, con miedo al compromiso.

-“¡Han venido en mala hora, hoy no tengo medicina!” –Dijo-

Hubo un momento de silencio.

-“Pero los puedo guiar donde mi padre para que conversen con él. Pues ahora, el remedio los mandó a mí y no necesitan buscar la medicina porque ella ya sabe que han llegado; por si no lo saben”-

Su actitud me pareció ridícula y áspera y su respuesta convencional y estudiada, con seguridad la empleaba para sorprender a todos los incautos como nosotros, pero al final la conversación tomó otro sabor y pudimos vislumbrar que este hombre con nombre de santo era cordial y le agrado nuestra visita.

Desde aquel lugar desandamos el sendero, el tiempo había transcurrido sin que nos diéramos cuenta y mi reloj biológico tan infalible también se había detenido.

Como lo había predicho tras las conversa, advertí que las cosas se dan en su momento y que aquel mensaje susurrante de la verde ave era el preámbulo a seguir caminando; no fue ahí con aquel hombre, ni con su padre y en aquel lugar, pero queda la incertidumbre de aquel vuelo sin palabras. Tomamos de nuevo las bicicletas y el sinsabor de nuestra caminata, pero con el sentido de aquellas palabras que aquel hombre pronunció.

MURMULLOS

*Caminar sin cansancio, aunque las piedras sean duras
Y brillantes los callos de mi armadura.
Zapatos sin piel, viento sin música, murmullo de hojas
Susurros de mosquitos
De vertical acantilado que apunta hacia el cielo
De cruces como cometas y vulva de mujer
Collares circulares, cantos de danzarinas que hechizan a los
Hombres que sin miedo cruzan estos sitios embrujados
Donde brillan las huacas, donación de donantes.
Noches oscuras y claras, que buscan la cruz del sur.*



Sin título (Dibujo a lápiz)

4.

LA PRIMERA PINTA

De regreso al pueblo y dirigiéndonos a la casa de los parientes de mi compañero, en ese estrecho y natural callejón sentado en un largo sillón estaba el amable Benjamín desgranando frijol; su preocupación era por nuestra larga ausencia o si nos había “*entundecido*” la chicha que amablemente nos brindó. Pues su pregunta a demás de su corta sonrisa sugería aquello, era la frase que salía de sus labios como bienvenida.

Don José al ver nuestro desaliento, porque no habíamos encontrado un taita se ofreció a acompañarnos amablemente en busca del buen remedio; palabras que aunque nunca escuche de don José me trastabillaban como aquel susurro del quinde y la esperanza de caminar junto a su ofrecimiento.

Hasta el mismo Benjamín se sorprendió de tal oferta quedando boquiabierto y soltando cada grano de frijol que sostenía en su mano. Ya entrada la noche tomamos nuestras maletas y caminamos con la palabra de don José.

Mis pasos eran serenos como el mismo camino. Percibía el olor agrario y rústico de la descomposición orgánica y la tierra transpiraba el humus en la humedad de sus potreros.

Enceguecido por la oscuridad, mis piernas caminaban falderas siguiendo el camino, camino sin viento, lleno de cantos luminosos que revoloteaban sobre mi espalda, cual violines, bajos y violonchelos croaban los sapos en las lagunillas putrefactas bajo el puente. No había partituras, ni solfeos tan solo el caminar improvisado de sus potreros.

Recordaba mi niñez cuando salía de mi casa para ir al colegio y me escapaba al momento para caminar por las lejanas rutas que ya conocía en campo abierto; para hablar con los pájaros, recostarme sobre los árboles y rastrear a los escarabajos y a las hormigas; especialmente a éstas para ayudarles con su pesada carga; me preocupaba su ardua tarea, me gustaba perseguirlas por sus interminables senderos hasta perderlas de vista debajo de una pesada piedra, creía que estas criaturas conocían los grandes misterios de la tierra, luego terminaba mi jornada. No me importaba si me perdía, o si no encontraba el camino de regreso, de cualquier manera si llegaba tarde a casa o al otro día, igual sería el regaño y el castigo por andariego.

Seguimos caminando y reía solo. Sumergido en la inocente alegría de mis memorias como quien va al encuentro al verdadero camino que me conduciría ahora que soy adulto a la más alta piedra y los grandes secretos de los de abajo.

Una brisa lloviznosa entorpeció mi ausencia tras haber sumergido el pie en un frío arroyuelo que cruzaba el camino. La brisa emanaba de un pequeño chorro de agua que brotaba al lado derecho de un peñasco y golpeaba abajo, en el camino sobre una roca gigante aplanada por su constante hostigamiento, lo recibía en una pinta en destellos de pepitas cristalinas de agua.

Seguimos, caminando y reía solo. Pasando la quebrada vislumbramos el reflejo tenue de una luz eléctrica, que salía de una casa ubicada sobre la colina. Nos separaban unos treinta metros y al momento estuvimos al pie de unos escalones esculpidos en la misma tierra, demarcados lateralmente con varas cuidadosamente alineadas; un frondoso árbol de chilacuán resguardaba la entrada del empinado callejón, mientras esparcía su dulzón perfume, volátil y fresco.

Terminando el callejón, una anciana cerca de los ochenta años salió a nuestro encuentro.

Saludaron primero los que iban adelante. Cuando yo la tuve enfrente me apuré a saludarla; miré sus pies descalzos y el verde oliva de su saco de lana y su falda con el más oscuro de los violetas. Entre sus brazos sostenía un chal de color azul a rayas.

No era precisamente amabilidad lo que reflejaba su cara; me recordó por un instante a mi abuela Sara, cuando con similar actitud confrontaba a los novios de mis hermanas, para luego con duras palabras y refunfuños les rociaba la orina guardada en una bacinica del día anterior. - ¡mi abuela! - Cómo la recuerdo, soberbia, senil e hipocondriaca. Pues parecía que le iban a quitar el pan seco que guardaba en su viejo y oloroso baúl impregnado de naftalina y lleno de ruanas de lana. Lo sorprendente era que se llevaba muy bien con el más pícaro de mis cuñados. Lo peculiar de mi abuela a pesar de su demencia eran sus frases certeras.

Inoportuno fue llegar y aunque interrumpimos su cena, sus gestos fueron más amables cuando vio a don José que nos acompañaba. Nos invitó a seguir a la humilde casa construida en retablos de madera con rendijas amplias, por donde surgían curiosas miradas

y murmullos de los demás integrantes de la morada. Nos sentamos en la parte exterior del patio; a un lado de la cocina se sentía la calidez de la olla y olor a sopa de maíz recién cocida. Podía percibir el aroma de los demás ingredientes a través de las hendiduras de las paredes de tabla: coles, ullucos, maíz y papas y por supuesto el sazón de leña y la reunión en casa.

-¿A qué vinieron? -preguntó la abuela. Nadie le respondió.
La pregunta sobraba.

Mientras la anciana entraba en la cocina con don José, yo me alejé un poco para contemplar en la noche, lo que alcanzaba a vislumbrar bajo la luz de la bombilla ubicada en el patio de la casa.

Me sentí relajado, retrocedí sin mirar unos tres pasos y me encontré con una niña que traía en sus manos una gran taza de chicha, hizo un mohín y sonriendo me tomó de la mano y me llevó al interior de la casa.

Ahí se encontraba mi amigo hablando con el taita, don Miguel Juajibioy, todo un señor con bastantes años y de un hablar sereno, fuerte y dominante. Nunca mostraba sus ojos azules ni sostenía la mirada; algo pesaba en el ambiente, ambiente con experiencia que intimidaba, de cierto halo de misterio se rodeaba.

En un cuarto estrecho con tres camas al lado izquierdo, un banco pequeño y una mesa de madera, completaban los enseres, frente a la cual se ubicaba el taita. Arriba, sobre su cabeza, suspendidas del techo, con lianas, se alcanzaba a mirar espeluznantes amuletos: cuerpos y pedazos de órganos de animales, patas de aves, dientes, plumas y culebras disecadas; toditas empolvadas.

Abajo, en una mesa, botellas con brebajes, cuarzos, piedras, semillas y un manojo de ramas. Curiosos eran los manteles, tres pedazos de tela doblados en triángulo, uno verde y los otros rojo y blanco, dispuestos en el centro de la mesa y la mesa en dirección al umbral de la puerta.

Don Miguel nos invitó a sentarnos

-¡Ahora que están aquí, dejen el afán! - Nos dijo.

Extendiendo su mano y nos cedió una manta

-“Tómenla pa’l frío, muchachos, yo sé a qué han venido”.-

-“Yo soy Miguel Juajibioy para los que no me conocen”. ¿Y ustedes?-

Mi compañero le respondió con su nombre y me presentó a mí.

-¿Acaso su compañero es mudo? -Dijo en forma burlona.

Su tono me sonó a regaño, pero luego soltando una carcajada, continuó.

-“¡Porque tacaños los dos si son!”-

No comprendíamos tal afirmación y el tan sólo reía a carcajadas.

Esta vez brindándonos su mano y poniendo énfasis en cada una de sus palabras dijo:

-“¡Yo soy Miguel Juajibioy y ustedes!”-

Nos presentamos con nuestros nombres completos.

- “¡Eso, así, si nos entendemos!”-Dijo satisfecho.

Nos explicó con un breve relato el respeto que implicaba el conocimiento de la sagrada planta, el origen de su nombre, ayahuasca, advirtiéndonos que para continuar era imperioso un aguardiente “*porque sino esto no podía ser*”. Por un momento dudé de la seriedad de sus palabras, temí que este personaje fuera un hablador que quería aprovecharse de nuestra ignorancia para timarnos.

¿Acaso tramaba embriagarse a costillas nuestras y quitarnos nuestro dinero?

Debía hablar a solas con mi compañero y con el pretexto de salir a orinar, él me siguió adivinando mi intención de aclarar el asunto.

¿Qué, seguimos con esta farsa? -Le pregunté. ¡Yo no le creo ni una palabra a este viejo!

-¡Hombre, no te pongas en ese plan! -Me respondió. ¡Deja tu escepticismo, de lo contrario, la magia no funcionara!.

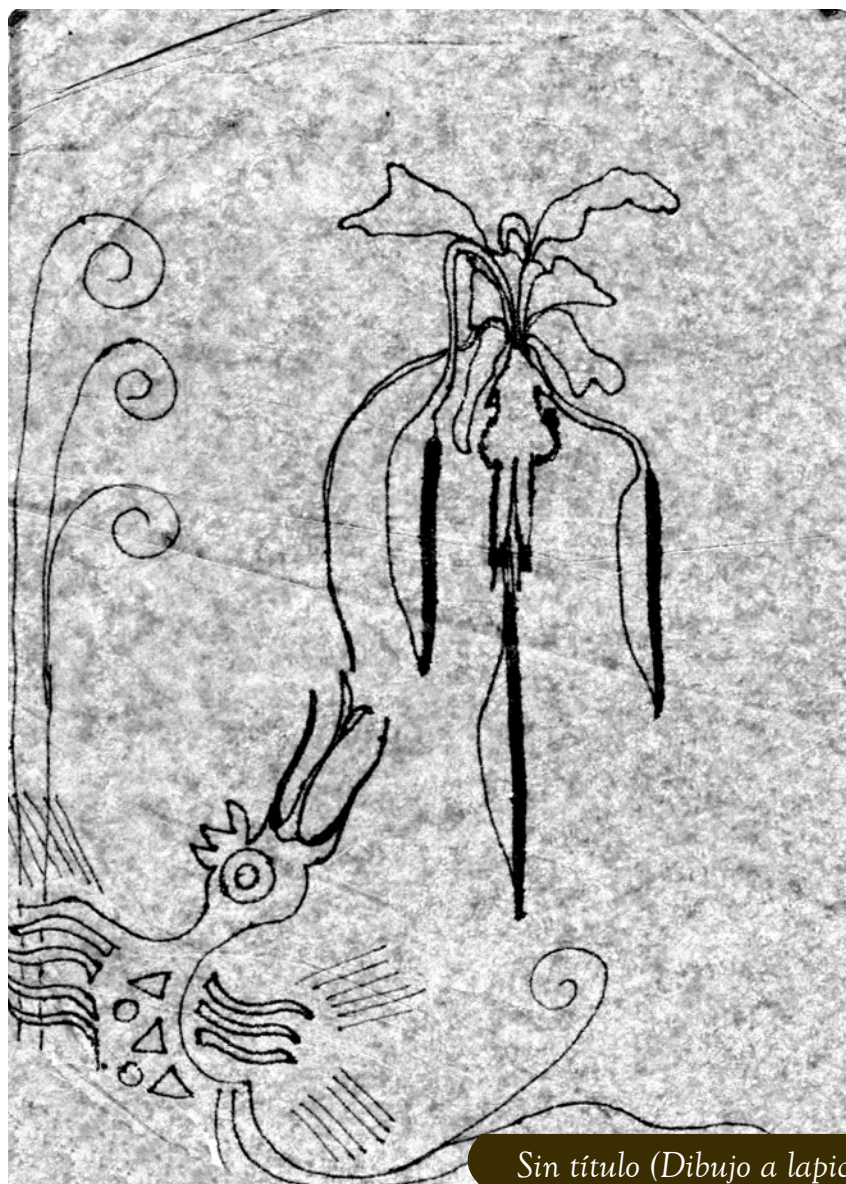
EXTRAÑO ENCUENTRO

*Encontré la muerte, parecía blanca, blanca como paloma
Y sotana de sacerdote, o tal vez gris; con alas amarillentas
Quizás cafés.*

*Pequeña en mi mano, pero fuerte en su agonía
Agonía sedienta, sedienta de muerte pero no
De vida.*

*Pesada como tres tinajas en dos manos
Hedionda de grasa y zumbido extraño
Como un juego de pelota.*

*Café, blanca o amarilla, que se vuelve negra.
Un color muy extraño, pero conocido.*



Sin título (Dibujo a lapicero)

5.

LA TOMA

¡La noche más oscura de mi vida!

Guiándome solamente con la brisa del frío viento, temeroso por las repentinas sombras que rondaban nuestros estrechos espacios, llegamos al fondo de la casa y el temblor en mis manos se acrecentaba ante el encuentro. El encuentro con uno mismo es lo que más espanta, como espanta la misma sombra y el reflejo de la vida en un pozo eterno de agua. El temor a la caída eterna, pues, los nervios me hacían reír, reír a carcajadas burlonas y pintorescas como de arlequín. Hoy me podré la máscara pintada en el juego de mi vida. ¡No más juego! La decisión estaba tomada y regresamos prudentemente.

¡He aquí el conocimiento! Necesidad vital de conocernos a nosotros mismos. Preguntar lo que “hoy soy.” Este presente continuo, la metamorfosis de nuestras almas y el miedo a sucumbir a algo parecido a la muerte.

Estaba nuevamente ahí, indefenso, acorralado por la mirada penetrante del taita; en ese momento apareció el legado de nuestro encargo, la niña que me condujo al estrecho cuarto; su inocente sonrisa fue un bálsamo que momentáneamente apaciguó mi angustia.

Era mi ángel custodio, su rostro reflejaba la tranquilidad espiritual que me faltaba; un ángel de escasamente cinco años de edad, número cabalístico del Hierofante, medico, brujo; el guía espiritual hacia el encuentro con las almas. Pero mi custodio, la niña; nos miró de soslayo, entregó el encargo, me sonrió y salió lentamente como vino.

Cinco minutos más tarde el silencio entonaba su música; la solemnidad y respeto se sentían en el etéreo ambiente. Comenzaba el ritual de nuestra sanación.

Una vela blanca por cada alma. El taita sentado en el trono de la sabiduría. Alrededor los innumerables símbolos de su protección, un canto estomacal se volatilizaba por sus cuerdas vocales invadiendo el estrecho cuarto. Las primeras letras del conocimiento, lo impersonal en el canto y la invocación del pensamiento.

El incienso producto de las más desconocidas plantas selváticas hacía las veces de comunión espiritual entre el grupo. El cuerpo, esos otros cuerpos que nos acompañaban, cuerpos visibles en canto en el denso humo de sus mundos; mi desnudez no era comparable con la desnudez de su alma. Aquel hombre se transformaba en uno de ellos, se comunicaba en su lengua nativa. Pero se anunciaba el silencio y sus gestos eran su lenguaje. Llegó el momento.

Comenzó a contarnos de su sabiduría y poder, ya no era él, su afuera lo convertía en otro ser, una de esas divinidades cósmica del arriba; del macro mundo la ligación de lo material con lo espiritual. Y hoy nos ofrecía su sabiduría. La espera era el silencio mismo, la comprensión gestual era mi lenguaje. Me miró con el círculo interno de su ojo. Tan sólo surgió una afirmación

-¡Tú no me crees, pero ahora me vas a conocer!- dijo.

Sus carcajadas se volvían fastidiosas y los ecos retumbaban como enjambres de avispas atisbadas por el humo. El leía mi pensamiento y las risotadas acompañadas con mi indefensión, me incomodaban aún más. Decidí borrar de mi mente todo mal pensamiento, pero su castigo era constante como el canto espasmódico de ese espíritu continuo y penetrante.

Mi compañero ya había consumido el elixir sagrado. Lo vi tembloroso, no se decidía a entrar; parecía resistirse. Pero pasaron no más de dos segundos antes de que el taita alzara su manojo de ramas y soltando una de sus carcajadas, sometiera el espíritu de mi amigo, que se fundía en la más vomitiva de sus convulsiones, para llevarlo luego al juego de la danza de la huaira, señal de que el espíritu de la sagrada planta se había revelado. Ahora, danzaban los dos a un mismo ritmo.

Era mi turno. Quedamos el taita y yo confrontando nuestras miradas.

-¿*Verdad que queris beber de este remedio*? -Preguntó de nuevo.

Sus carcajadas reanudadas me hacían sentir el ser más diminuto del universo; enfrentarme a lo desconocido, a la infinitud del cosmos y al poder del taita minaba mi ego y humillaban mi hombría. Antes de darme el brebaje, me invitó a sentarme en un banco pequeño. Se paró delante de mí imponiéndome su autoridad y preguntó mi nombre de nuevo. Repitió pausadamente mi nombre y diciendo:

-“repite conmigo estas palabras y encomiéndate para que el remedio te sane”.Alzó su huaira e invocó en su idioma.-

Por un momento me sentí ridículo, me esforcé para no soltar una carcajada; opté por cerrar los ojos y el taita percibió mi incredulidad y me habló con desconfianza.

-¡Tú no me crees, pero hoy me vas a conocer! -Volvió a repetir.

Luego, como el más erudito de los médicos dio su veredicto. Su certeza me sacudió física y espiritualmente

-¿Cómo lo adivinó?, no sé, pero mis verdades estaban al descubierto. -El solo reía y decía.

-¿Tú no me crees verdad?- ¡”Pues así soy yo Miguel Juajibioy”!-

Como blandiendo su trofeo ante mi pretendida arrogancia, continuó diciéndome:

-“¿Aún no me crees, verdad?, pero éste soy yo” ¡Miguel Juajibioy! -Y puso todo el énfasis al pronunciar su nombre.

Con solemnidad impuso sus manos en mi cabeza, tomo un trago de algún menjurje y lo soplo sin separar sus manos, para luego absorber con humo de cigarrillo y escupir mis males.

Mi sensación de asombro se transformó en un dolor físico que subía desde mis pies hasta la corona de mi cabeza. Un dolor insoportable como si me aspiraran de las entrañas algo maligno. Tres veces aspiró, eructo y escupió en el piso.

-“¡Estás listo!” -Me dijo. “¿Ahora me crees?”-

Enmudecido, bajé la mirada y sentí vergüenza al haber subestimado su fuerza. Había sucumbido bajo su poder, fue mi decisión ya no había nada que hacer. Luego el taita me presentó dos totumas, una más pequeña que la otra dándome a escoger la medida de mi compromiso. Opté por la más pequeña, era la primera vez que tomaba el elixir más amargo creado por los dioses y agradeciendo al taita probé por primera vez la ayahuasca.

Libé el trago. Mientras una acritud bajaba lentamente por mi interioridad, unas palabras florecían en mi mente y me hablaba:

-“casta mujaj mai” heme aquí este soy yo.-

Los sabios consejos del taita fortalecían mi alma, me llenaban de regocijo y me adentraban poco a poco en mi “ente” materno. Volver a nacer y encontrarme con el cosmos, es mi sueño desde niño. Única pregunta a la sabiduría de la selva,

¿De dónde vengo?, ¿Quién soy?

Pasaron más de quince minutos. Con efecto retardado sentí mareo seguido de un frío interno, un frío interno de muerte y vida. Las carcajadas y los cantos del taita se hacían cada vez más intensos, pero más lejanos a mi pensamiento. Intentaba controlar la situación me resistía a sucumbir a sus efectos, pero el veneno era más astuto, se infiltraba hasta el más minúsculo conducto de mi cuerpo; se mofaba de mi negación que finalmente era aceptación.

Miré de nuevo al taita como buscando sosiego y me preguntó:

- ¿Cómo te sentís?-

Un poco mareado -Le contesté.

Sus carcajadas aseguraban la lenta entrada a ese mundo. Me ofreció, mientras conversábamos, un trago de la bebida que él estaba consumiendo. Un preparado más fuerte, una sustancia con unos gránulos blanquecinos acariciados con lo fuerte del licor y con el poder del ayahuasca.

-Una sola copa bastó para ser dominado.

De nuevo sus cantos empezaron a atormentarme y la danza de la huaira revoloteaba como el águila en el firmamento, plumajes con olor a selva cuyo sostén para sus alas eran mis venas. Un vuelo hermoso lleno de cantos que semejabán a carcajadas. La visión se prolongó en vuelo. Desde lo alto miraba lo terrenal. La madre tierra y el viaje desplegado en la infinitud del espíritu y nacimiento. Tres vueltas dieron mis sentidos antes de precipitarme al suelo. Tan solo reía sobre mi gran vómito. Lo cual me instó a mirar el piso que se transfiguraba en lo más cercano de mi antigua morada. Un retroceso y un venir de mis antepasados en la caverna horizontal.

¡Estaba también ahí!

Con innumerables cazadores hechos de terracota con lanza y cerbatana que cada uno llevaba, acechando la carne con su veneno de vida y no de muerte, ofrecido como tributo a la misma carne brindada por el cielo, pero mis carcajadas no eran todavía expertas para atrapar el conocimiento, por eso la estampida fue más dolorosa que mi aterrizaje.

Las convulsiones de cada pisada provocadas en mi estomago me llevaron otra vez al vómito y a una caída más fuerte. La náusea era insoportable no tenía más en mi estomacal conducto, nausea tan oscura como la misma noche pero llena de estrellas, abrazada por el poder de la selva.

Pero llegó un receso y un merecido alivio, calma y extrañamiento, con las ganas de ver un poco más. Regresé donde estaba el taita, sentado muy sonriente. Al verme me preguntó:

-¿“Cómo te sentís”? ¿“cómo vas”?-

- y mi respuesta, fue absurda al principio, ¡Muy mal!

Entonces sonriendo me dijo: -¡“Y eso que no has visto lo mejor, si queris otra de las mías me avisas, para que espantes tu curiosidad”!-

- ¡“No creas que soy un borracho, que vengo a aprovecharme de ustedes, pobres hombres que no tienen nada que contar”!-

Reía de nuevo don Miguel y cada vez se transformaba en algo más grande y poderoso. Pero algo me decía que la noche era muy larga y había mucho por ver y preguntar. Mi instinto me decía que por esa noche era suficiente, pero pudo más mi curiosidad y el reto del taita me animó a preguntar lo que aún no estaba claro.

Mientras mi compañero danzaba, don Miguel me contó brevemente, de cómo el hombre fue encontrado por el ayahuasca. Su relato comenzó así:

“Mis primeros hermanos, tres de nuestros primeros padres caminaban por un hermoso sendero. Entonces uno de ellos, el que iba atrás, tenía muchas ganas de soltar la orina, pero los dos que lo acompañaban distraídos por el camino, no se percataron de su ausencia. Aquel hombre silbaba su soledad y el arbusto en el que estaba orinando, le habló; su asombro fue tal que quedó encantado ante tal manifestación.

-Le dijo- yo soy un gran espíritu, el espíritu de una planta, déjate llevar por el conocimiento” Y después lo invito a dejarse arrullar por sus tallos.

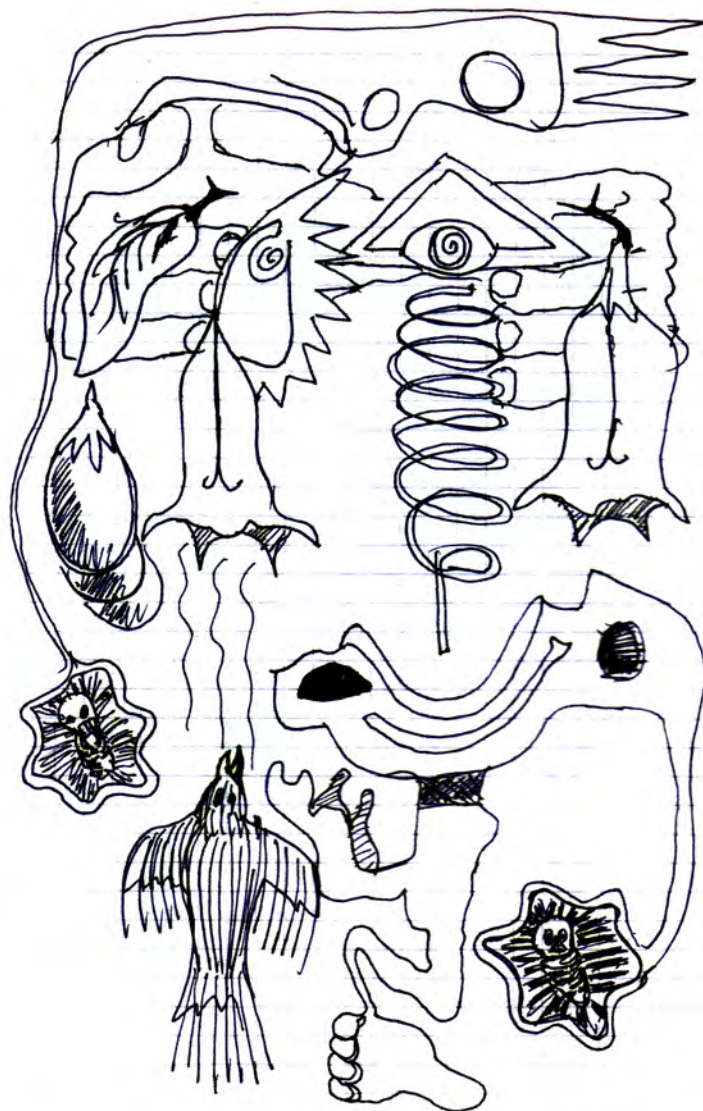
Adormecido visualizó aquellos mandatos que la planta le mencionaba, al despertar y llegar a casa les comento a sus amigos y familia todo lo sucedido pero nadie le creía. Entonces el hombre regreso al árbol y con su permiso se llevo la enredadera.”

En mi indiscreción le pregunté:

¿Y qué paso?

Don Miguel volteó su cara y soltó una carcajada. Con gesto bufonesco me miro con sus penetrantes pupilas grises.

-¿“Y acaso queris saber más?-¡De lo bueno hay que mascar-lo de poquitos, primero tenís que creer y tener voluntad de lo que oyes, haces y ves para alcanzarlo”!-



Sin título (Dibujo a lapicero)

Después de las sabias palabras que me sonaron a regaño, hundí mi rostro en mis manos entreabiertas, el mareo se intensificó junto con el canto del taita y la danza de mi compañero, parecía un conjuro de un gran espíritu. Mientras, don Miguel se concentraba y cantaba, luchando contra fuerzas que rondaban.

Alcancé a dar menos de tres pasos, dirigiéndome al umbral de la puerta para vomitar las últimas voces de mis malos espíritus, deseaba que su canto parara, pero de alguna manera pensé que era mejor así. Don Miguel decía.

-¡Expulsarlas para allá! Más arriba del horizonte.

- Luego me sentí aliviado.

Salí del cuarto para tomar un poco de aire y recobrar mis fuerzas y así fue. Todo se calmó, me sentí mejor. En un momento todo había pasado, pero al mirar arriba hacia el inmenso cielo, este empezó a aclararse. Un gran telón de azul celeste se abría ante mis ojos y cada estrella titilaba en la más estentórea luz.

Su brillo, se intensificaba más y más, las carcajadas al igual que las luces me mostraban algo que no podía creer. La visión y recompensa a todas las carcajadas que había recibido deglutido y regurgitado.

Se formaba en el firmamento un sutil delineado en el entorno estelar, la figura de un animal cuadrúpedo. Al principio no lo distinguía identifiqué primero su cola y enseguida sus patas traseras, las cuales corrían raudas en un atletismo singular para alcanzar el resto de su tronco estrellado, luminiscente y esbelto pecho.

Sospechaba desde el principio que se trataba de un lobo solitario que asustado huía de algo que trataba de alcanzarlo, para ser arrasado a los confines del universo. Un gran cometa desvanecía con su poder aquella imagen, mientras taita como si hubiera leído mi pensamiento gritaba desde adentro del cuarto.

-¡“Atrápalo, y ríe un poco más que es tuyo”!-

Pero era inalcanzable. -Entonces le respondí ¡No puedo agarrarlo!

-Y dijo el taita.¡“Ya habrá el momento, mientras tanto ríe”!-

Reí hasta llorar de alegría. Y reímos como nunca los tres



ALEGRIA DE CONOCER

*El viento es verde, la alegría incierta
Me quedo con el verde, aunque se vuelva oscuro
Oscuro de alegría de humor, de viento
Ventre o viento, vientre oscuro, vientre que se mece
Como la hamaca que me recibe en su adentro
Para ver hacia afuera
Que me cubre del viento, pero no del oscuro
Que me llena de alegría.*

Aun me costaba creer que en mi cabeza cavilaba la idea de que todo era producto del remedio, que había modificado mi percepción de la realidad en relación con mi propia identidad y el afuera; pues, no había otra explicación lógica. No podía soportar el dolor de mi quijada, la risa masoquista complacía mi dolor y en este punto era incontrolable.

Mi compañero parecía perdido, su estado me preocupaba y reaccioné por un momento para ubicarlo; entonces volví al cuarto. Me senté a la orilla de la cama y a lado estaba don Miguel inclinando la cabeza hacia la mesa a donde se encontraba. Le comenté mi preocupación

¡Parece que mi compañero está perdido!

Le sugerí que si lo podía ir a buscar, entonces don Miguel se mandó otra carcajada. Y me dijo:

-¡“Caramba hijito si de allá mismito venís! ¡Preocúpate por ti y pregúntale si él te quiere ver a ti”!-

Entonces pedí permiso y salí del cuarto.

Poco después encontré a mi amigo ensimismado y riendo, mirando el fondo de una poza. Desvié la mirada hacia un chorro de agua clara que corría, que cantaba con dulce sonrisa entre los monstruosos gestos del teatro de Narciso; sapos con gestos coloridos formaban chumbes de sangre y croaban sus plegarias a las estrellas. Un aleluya zoomórfico, un marco astral enfocaba una caverna al infinito. Aleluyas cantaba mi risa a medida que se vaciaba la lógica realidad que anteriormente me enfermaba.

Al ver a mi compañero sospeché que quería estar solo, yo también lo deseaba, me retiré de aquel lugar. Entonces decidí ir a dormir para entrar en mi sueño.

Eran como las tres de la madrugada, tan solo fue un parpadeo, cuando un destello gigantesco de luz me desvió la mirada

¡Me asusté de veras!

Aquella luz me tocó, era algo distinto a lo que había mirado, la visión se volvía palpable. Aquella luz me tocó en la mera coronilla y la luna desplegaba centellantes brillos llenos de poder. Centré la mirada tratando de focalizar de dónde provenía este extraño fenómeno, pero esa noche la luna me mostró su verdadero centro. Un centro cuadrado cuyos lados se desplegaban como alas luminosas y transparentes.

Un gran velo redondeó mi cuerpo como si fuese el abrazo de mi madre cuando enferme de sarampión. Luego descendió de su centro una especie de ángel gigantesco. No podía mirar alrededor, me rodeaba una espesa neblina, me sentía cómodo. Su rostro era tan claro que podía detallar sus gestos, giro delicadamente su cabeza de izquierda a derecha, luego se acercó un poco más a centímetros de mi frente, hasta sentir el calor de sus finos labios. Me miró fijamente y como si conversáramos abrió su delgada boca, sopló una sola ráfaga de viento, fuerte, tan fuerte y telúrico que se apodero de mi cuerpo un escalofriante y reconfortante frío. Un mensaje, un susurro, una responsabilidad, algo divino; luego se alejó. Entendí el mensaje sin mediar palabras y fue tan solemne esta visión que no volví a reír en lo que quedaba de la noche.

La hora era inapropiada para estar afuera, le sugerí a mi amigo que entráramos al cuarto y durmiéramos adentro.

Don Miguel nos esperaba y lucía pensativo.

-“Por hoy es suficiente nos dijo, si quieren saber más preguntenselo al sueño, que es así como me gusta trabajar, yo estaré pendiente de ustedes hasta la madrugada”.-

En ese momento nos abrazó y lloró con nosotros.

“Esta noche fue bonita –continuó- miré algo muy bueno, y mis lágrimas son de alegría, la sanación para todos fue una buena pinta”.

Tomé una cobija, el taita se recostó en la otra cama cerca del umbral de la puerta. Tenía cobija, cama y ganas de dormir, pero para mí era más importante seguir preguntando en mi sueño. Tenía muchas cosas que preguntar al respecto. El taita apagó la luz y al cerrar mis ojos comenzó de nuevo el viaje.

“la ensoñación esa misma borrachera, el viaje que te devela en un sentido de horadación, al punto de no poder diferenciar entre el ir y el volver para sentir el amargor de la muerte en sueño.”

UNA BUENA PINTA

*Burbujas de colores rasgan mi cama, sonajeros barítonos
emergen a la superficie inundada de este cuarto.
Cierro y abro mis ojos pero la visión es la misma
Entiendo el lenguaje de las ranas que cantan una alabanza
Se meten desesperadas por los orificios de la poza.
Insultos, reclamos y consejos me advierten antes de vaciar
Mis preguntas a los tres consejeros que se presentan esta noche.
Aquellos son altos y oscuros en la medida de mis preguntas
Están presentes en las estatuas vestidas, de sus suspendidas
máscaras
El temor se pierde a medida que mis preguntas se riegan por
la rendija de la morada.
¡Todos están aquí, ahora! ,
¡Ahora Pregunta!*

¿Preguntar qué? si aquí solo hay respuestas, una ruleta rusa no sé si es presente, pasado o futuro; un no tiempo que se puede experimentar en cuatro segundos, cuatro horas, cuatro meses o cuatro años. Pero pregunté lo necesario y dormí por unos minutos, pues, me sorprendió la madrugada recordando las palabras de don Miguel.

“Antes de mañana no se vayan sin despedirse y sin pagarme -nos advirtió la noche anterior-

porque el café es bueno para conversar pero la plata la necesito para poder vivir.”

Así fue, al levantarnos tomamos una taza de café mientras escuchábamos la recomendación que nos hizo el taita y dirigiéndose a mí me reitero:

“No tomes gaseosa porque te van hacer el mal en esta bebida, ni tan poco te bañaras entre un día por tres meses, no comas ajo, ni ají, ni cebolla, ni grasa ni condimentos con carne, ni des la mano a cualesquiera persona, ni tampoco creas lo que dicen de mí.”.

Después de un abrazo sincero, nos despedimos.

De día todo era diferente, el sendero era luminoso y fácil su recorrido, conversábamos de nuestra experiencia, mientras descendíamos sin prisa por la colina y cruzábamos felices la quebrada sobre el camino. Las flores lucían más brillantes y su fragancia intensa con un particular aroma familiar que reconocí. Tenían una extraña vibración como si me llamaran o quisieran presentarse por su nombre.

No les preste más atención y mucho menos a las recomendaciones de don Miguel.

Arrimamos de nuevo a la casa de don José, pero como no se encontraba nadie tomamos las bicicletas que nos habían prestado y olvidando las recomendaciones del taita buscamos el río grande que habíamos visto a nuestra llegada. Disfrutamos de sus frías aguas y jugamos como dos niños hasta quedar exhaustos; cuando nos acosó el hambre nos dirigimos al pueblo, era domingo de madrugada, día de mercado y desayuno típico para el forastero.

En cocinas improvisadas, las mujeres buscaban el sustento, en lo que mejor saben hacer en el arte de la buena cocina, donde sirven sus succulentos preparativos. Una mesa de madera, dos o tres bancos, los manteles cuadriculados de caucho, platos de hojalata porcelanizada con finos decorados en flores azules y rosas. Platos hondos que disfrutaban los buenos parroquianos. En el caldero; caldos hirvientes, de pata, de víseras o costillas bien condimentados, ají, agua sal, todo dispuesto a tan honorables invitados.

Después de saciar el hambre de viles mortales y olvidarnos de los consejos del taita, de sobremesa le sirvieron a mi compañero jugo de mango y a mí un vaso de gaseosa. Le reclamé a la mesera.

¿por qué a mi gaseosa? - le dije.

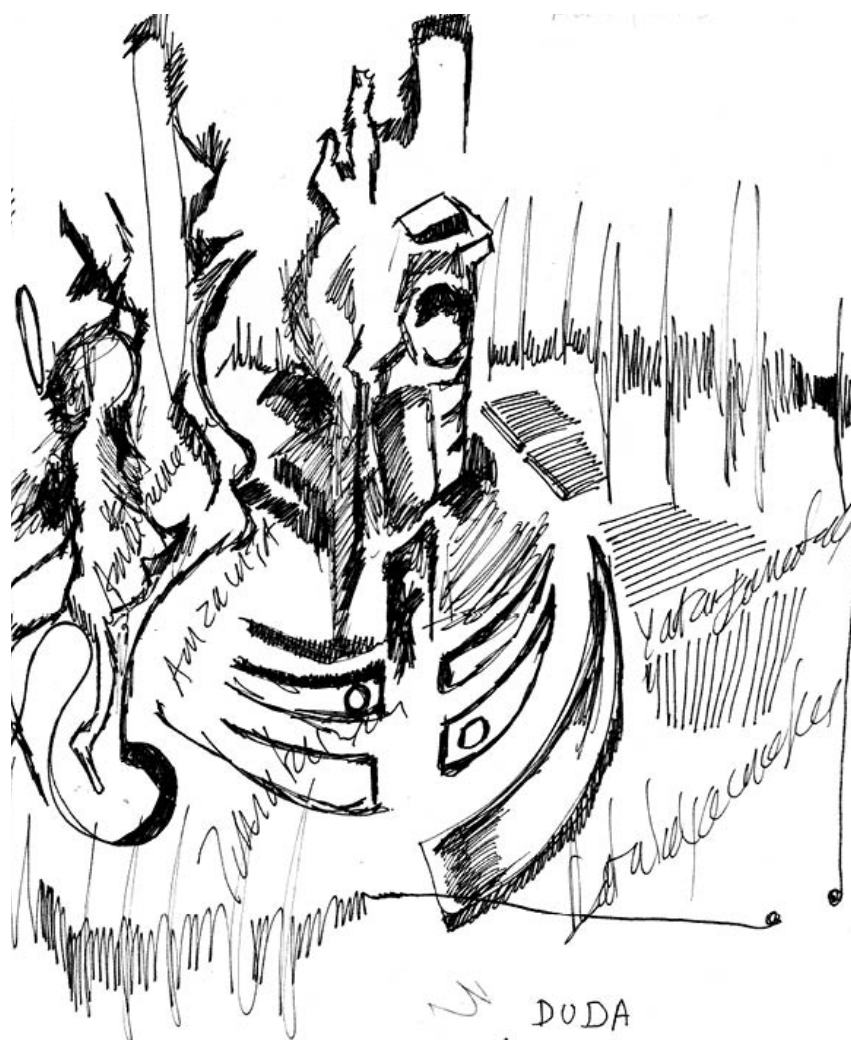
Recordándole que don Miguel me prohibió tomarla, y ella me dijo sonriendo.

-¿Y le van a creer a ese viejo que sólo vive haciendo maldades en el pueblo? - y nuevamente volvió a sonreír.

- ¡Pues se terminó el jugo!- concluyó.

Pensé en ese momento en don Miguel, y desde entonces empecé a tomar seriamente aquellas recomendaciones.

Emprendimos el regreso, sin un peso en el bolsillo, pero con algo tan valioso como un buen relato y la experiencia misma de chocarse con los caminos.



DUDA
YAKA AMZANTA
Bien y el mal

Sin título (Dibujo a lapicero)

HACER UN MAL

*El demonio anda cerca, se ha vestido de carne
Me lo encontré entre las piedras removidas de un camino
Pero no tropecé, cantaba como pavo
Partía de un golpe a mis hermanos
Les carcomía su sábila y calcinaba su cuerpo
buscando sus almas
Porque al mal le gusta alimentarse de fuego y carbón
Se los fumaba cual tabaco para maleficio
Metiendo bajó su lengua las cenizas candentes
Para aprovecharse de sus pensamientos
Quería atraparme con dulces manjares y el olor anisado
Que colocaba en sus cuerpos
¡Oía demasiado bien!
Pero su sabor era traicionero
Lo caté por debajo y por encima de mi lengua,*

*Pero su sabor se partió,
Se partió más rápido que las carcajadas
Que escupí para maldecirlo y espantarlo.
-Se ha hecho tarde-.*

6.

SALTAR EL MURO

Es difícil hablar en esta época de las prácticas ancestrales, pero lo que vale es el encuentro con aquel conocimiento. Que habla del ser y de una ontología fuera de la historia que siempre escuchamos, poder entrar en esa vivencia ajena es difícil y seguir con el rol social que nos corresponde.

Prácticas ancestrales, conocimientos que hacen parte de nuestra vida, de un buen preguntar con la voluntad de hacerlo y tomarlo como propio. Otra realidad, experiencias que parecen absurdas al principio y fuera de contexto, encontrarse con un relato dispuesto hacer escuchado, una historia diferente e interrumpida por el azar. Porque así tenía que ser.

El devenir y la metamorfosis de la que todos hablamos son inevitables. Tampoco podemos borrar la traza de nuestros pasos, pero si es pertinente hablar de aquellos seres elementales, de cada individuo, su genealogía y una historia síquica que contar.

Lo que vale es estar ahí y poder entrar para desvelar una pre escritura, un libro sin páginas totalmente abierto al conjuro del pensamiento.

La primera intensión de mi encuentro con estas prácticas ancestrales, la asumo como una necesidad del hombre de encontrarse con las diferentes naturalezas y situar al “Ser” en el devenir orgánico que es lo que nos une a otros seres en un mismo trazo. Esta experiencia de vida fue un receso en la cotidianidad de mis días, pero el hecho de encontrar lo otro sin haberlo buscado, hace pensar que no hay una realidad absoluta y que no estamos solos.

Como cualquier estudiante proseguí con mis actividades académicas pero aquellas visiones se cruzaban en mis pensamientos enajenándome sin remedio a esa otra realidad. Quería aprender esa escritura, pero tal vez no era el momento adecuado porque aquel lenguaje y escritura no podía entenderlas.

Bajo los conceptos academicistas como buen universitario proseguí con mis actividades asistiendo normalmente a clase, mis pensamiento se enlazaban aun a aquella realidad y visiones. Lo primero que se aprende en la universidad y sobre todo en artes visuales es leer una obra de arte, con conceptos, crear propuestas y entrar en el campo del academicismo. ¡Gracias a Dios, logré saltar el muro!

Pero volviendo a mi discernimiento entre lo cotidiano y lo mágico, aquellas imágenes rondaban mi cabeza día y noche haciendo que perdiera la concentración, tratando de descifrar el acertijo de este dialogo interno.

En la monotonía del tercer semestre recuerdo que el profesor de epistemología nos propuso un ejercicio sencillo, que consistía en elegir un tema para realizar el anteproyecto de tesis y el trabajo de grado.

El ejercicio consistía en organizar un collage con imágenes recortadas de revistas y periódicos y posteriormente hacer una lectura interpretativa y escribir sobre el tema. Uno de tantos ejercicios surrealistas que le apasionaban a aquel individuo y que realizamos uno tras otro durante todo el semestre.

Subestimé la importancia de esta “manualidad” por lo ridícula que me parecía, tres días era mucho tiempo y elaborarlo era cuestión de unas horas. Pasaron los tres días de plazo y entregado a proyectos que consideraba más importantes, este trabajo se me olvidó por completo.

La noche anterior casi a las once, tomé al azar una revista y la copia de un viejo texto; “esto es carpintería” pensé, pero entre seleccionar las fotos, recortarlas y redondear la idea y escribir el texto, se me acabó la noche. Todo se complicó y el tiempo voló más que las geniales ideas, por lo tanto decidí terminarlo en la universidad.

Eran las ocho de la mañana y mis compañeros hacían fila para presentar el trabajo, la asesoría era personalizada calculé un promedio de siete minutos por alumno, me escabullí del aula, bajé al primer piso, saqué de mi mochila, las tijeras, el pegante, los recortes de revista y como mejor pude organicé mi collage. Antes de entrar al aula inventé mi discurso para sustentar el trabajo.

El profesor revisó las imágenes, escuchó muy atento mi interpretación de la obra y pronunció unas palabras que aún resuenan en mi mente:

-¡Estás trabajando sobre los curacas, excelente... excelente!-

Se tomó unos minutos: - ¡Muchachos!- nos dijo con énfasis.

-“Tengan en cuenta que un profesor es sólo un accidente en la vida de un alumno” - no habló más.

Creí que por ser el último en presentar el trabajo, estaba cansado. Había deglutido tantos discursos que para mí se le agotaron los parlamentos.

-¡Curacas!- Era un término desconocido.

Con el tiempo descubrí su significado gracias a los indígenas con los cuales tengo relación y comprendí inconscientemente el mensaje. El ejercicio que realizamos con el collage no me parece ahora tan absurdo, tiene mucho que ver con lo que ahora estoy experimentando.

Llegó la época de las vacaciones y obedeciendo a un impulso planeé volver al valle, necesitaba explicaciones convincentes para entender el significado de todas esas visiones surgidas en mi inconsciente bajo el efecto de la bendita planta. Las responsabilidades familiares frustraron tan anhelado viaje y durante tres meses me dediqué a trabajar como obrero para conseguir el sustento.

Faltaba una semana para reanudar las clases y obsesionado por encontrar respuestas a todo esto se me había creado una barrera invisible, un gran muro de barro y tamo donde sus paredes gruesas y frías anulaban todos mis propósitos. Sintiéndome derrotado desistí de aquella intención, pero no todo fue negativo. Antes de reanudar las clases fui a revisar el listado de materias y de profesores asignados para ese semestre.

Me llamó la atención un nombre desconocido; un profesor nuevo es siempre un reto y crea expectativas en el alumno, la clase que nos correspondía con él era pintura.

Llegué diez minutos antes a la clase, la curiosidad por conocer al nuevo profesor era inquietante, de pronto estaba ahí, entró al salón de clases un individuo joven casi de mi edad, carismático y aparentemente tranquilo; lucía de negro entero con traje convencional, zapatos negros con tacón y maletín del mismo color, elegantes gafas de marco negro y espejuelos transparentes que dejaban ver sus ojos.

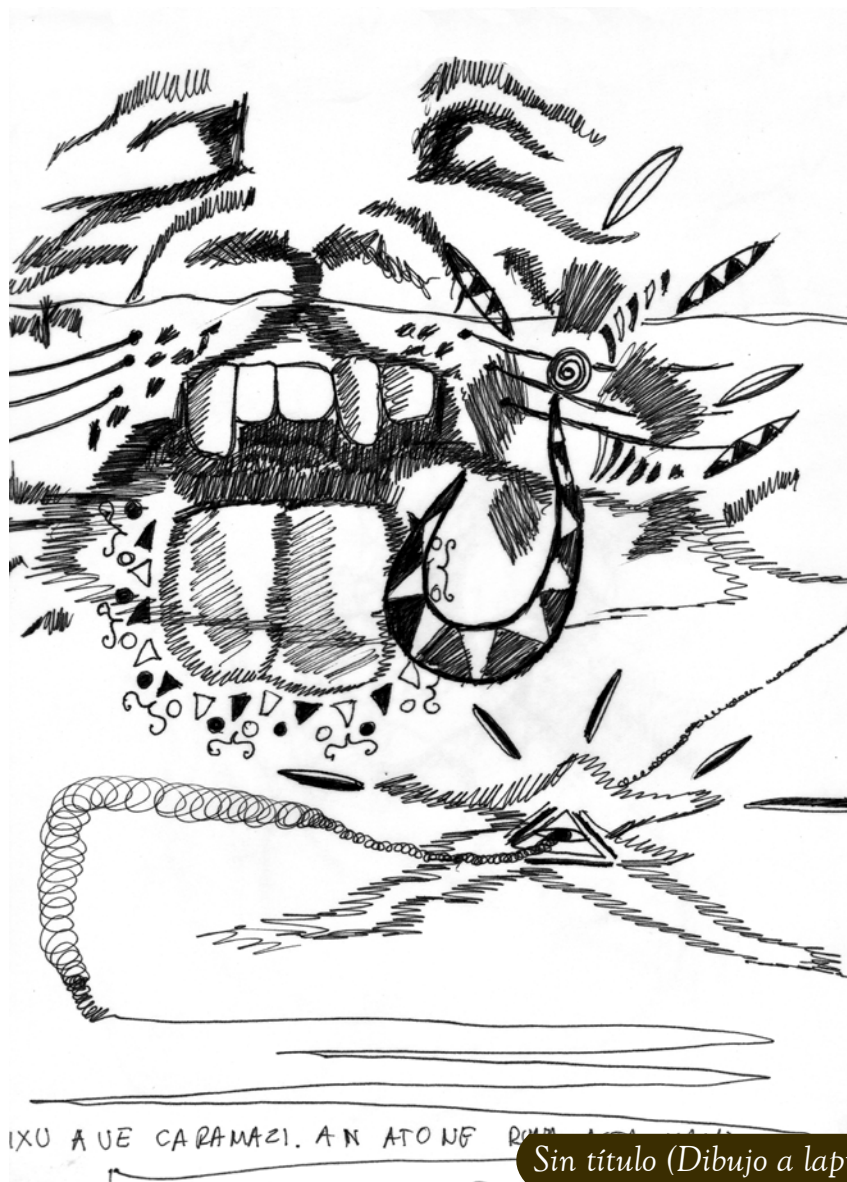
Pensé que su curiosa manera de vestir no era más que una estrategia para aparentar austeridad y ganarse el respeto, no obstante, en mi inherente manía por analizar a las personas en sus gestos, movimientos, forma de vestir y actuar; mi primera impresión fue que él tenía una protección. Una especie de armadura que lo volvía invulnerable, no sé si era por el color de su vestido o por la serenidad que demostraba. Tenía una inmensa “aura” bajo su negro atuendo, un caparazón, otro muro con algún poder. No lo niego, me causó un poco de temor y respeto su presencia. Lo visualicé como un mago con una baraja bajo la manga, que guardaba en la maleta ingredientes alquímicos para realizar hechicerías.

Recuerdo que el hombre dio dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás; una especie de danza territorial, como calculando la medida de sus sorpresas; se presentó con su nombre completo, un nombre que le caía bien a su apariencia. Depositó su maletín sobre una plataforma, la misma plataforma baja donde yacen desnudas las modelos pagadas, exponiendo sus cuerpos bajo la lujuriosa mirada de los aprendices de pintor.

Luego, abrió su maletín y sin reparos, sacó lo que yo había pensado; una baraja del grosor de una Biblia, un gran juego para un buen lector, el tarot de un brujo dispuesto al juego ante nuestros inocentes y curiosos ojos.

¡Vaya! Desde ese instante sentí que el hombre era de desafíos.

Él tenía en sus manos el pensamiento y la baraja para saltar los muros, pero lo complicado era entender su lenguaje.



Sin título (Dibujo a lapicero)

7.

LA PALABRA DEL JAGUAR

La inclusión de este nuevo personaje ocasionó en un comienzo muchas dificultades a causa de su temperamento fuerte, irascible y ambiguo. Por mi parte, iba conociendo su lenguaje, pensamiento y actitudes; totalmente diferente a los demás profesores, reconozco que el tipo tenía el manejo de la palabra y era muy concreto en su discurso. Aunque me esforzaba para interpretar sus diálogos algo confusos, para luego convertirlos en relatos mágicos y de mucha contundencia.

Siempre que lo escuchaba venía a mi memoria el recuerdo de Nietzsche, por lo menos en sus juicios y en sus relatos, nada quedaba concluso más bienabría en sus diálogos una sensación de que todo lo evidente no era tan claro, se sentía la reencarnación de la filosofía Nietzscheana, pero un poco magnánima. Siempre lo veré así, un Nietzsche contemporáneo, anacrónico en su conocimiento, perverso en sus afirmaciones, un ser extraño, impredecible e invulnerable que utilizaba su cuerpo como morada y el dolor como su arma.

Cuando conversábamos le comentaba, que sus frases me causaban un susurro, un resonar como enjambre de avispas en mi pensamientos, siempre sus clases se convertían en debate como un juego donde tienes todas las piezas para armar, pero quedaba en sensaciones que vibraban en el espacio.

Era su voz su propia palabra la que resonaba. Siempre recurría a los mitos he insertaba en su lenguaje el espacio y el tiempo. Con la facilidad de un mago; su nombre lo llenaba de misterio y sus palabras lo declaraban por antonomasia. Así hablábamos de él, no como el libro sino como el cuerpo de la escritura.

Meses después del iniciar su clases, propuso una actividad extrauniversitaria; el grupo de común acuerdo debía elegir un sitio con la anuencia de las directivas de la universidad. En ese momento recordé mi frustrado viaje durante las vacaciones y me pareció un buen plan sugerir una visita al valle para experimentar una toma de yagé. La mayoría del grupo se negó a participar en dicha actividad y la universidad tampoco nos prestó su colaboración.

Faltaban pocos días para terminar el semestre y no habíamos llegado a ningún acuerdo; tampoco había nuevas propuestas. Por lo tanto, insistí en la viabilidad del viaje, la decisión estaba en manos del profesor. Mi sorpresa frente a la decisión tomada por él fue mayúscula. La actividad estaba confirmada para todos los que deseaban ir.

Acepté de alguna manera liderar la actividad, organizar todo lo concerniente al viaje sobre todo a dar la sugerencia pertinente en cuanto al equipaje y especialmente sobre el ayuno que debían guardar las personas que iban a participar en la toma de yagé. Nos citamos para el día siguiente en la estación de transporte.

MIRADA DE NOCHE

*Un sagaz ruido me percibe, me presiente de noche
Y domina mis sueños de día.
Me presiente en cada paso, mientras se entra la mala hora.
Los dos sabemos que es irremediable nuestro encuentro.
Acecha, gruñe y tiembla el surco de mi mano
En la larga línea de vida.
El círculo se ha cerrado en la cortante hendidura del espacio
Manchas como espinas y surcos infinitos
Por donde soplan los cuatro vientos
Él muestra el cosmos abierto a la anchura de su lomo,
Amarillo y frugal
Es tan etéreo su cuerpo que se dispersa en mi mano
Pero siento el acecho de su aliento
Aliento a selva, selva blanda y oscura,*

De penetrantes fluidos que asustan.
Dos trompetas del juicio cuelgan de sus dientes de marfil
Mientras mi mano domina el cosmos y lo asfixia
Sobre la piel surcada de una piedra,
Su salvaje aliento desaparece
Creo que he matado al mito
Para sentirme hombre nuevo y vacío
Pero han cantado las trompetas de nuestro juicio.

Así comenzó el tan anhelado viaje. Arrancamos en un autobús con el cupo completo doce personas, algunos inquietos por el encuentro con lo desconocido, otros a la expectativa de lo que iba a pasar y yo feliz de poder experimentar de nuevo mi reencuentro con la medicina ancestral. La hermosa madrugada me auguró que este viaje era un buen comienzo.

Las bromas que hacían los compañeros no se hicieron esperar, la música y el buen ambiente, acortaron la distancia. La buena energía nos contagió al punto de sobrepasarnos un poco. Cuando descendí del autobús, sentí la desnudez en la fría carretera y la extrañeza del ambiente de la selva. Volví a sentirme como un extranjero en un territorio ya conocido y esa sensación me dislocó del camino. El frío de la mañana me abrió el apetito, me antojó un desayuno ligero de pan, café y huevos revueltos. Luego de mirar el concho que quedaba en el fondo de la tasa de café, estirar mis frías canillas y sentir aquella energía cafeínica, salí del restaurante y busqué a mis compañeros.

¡A buscar la casa del taita! -Les dije. Y todos rieron.

Caminamos más de seis kilómetros entre desvíos, puentes y senderos, atravesamos parcelas y humildes caseríos, un pueblo típico; nada extraño hasta el momento. Paramos un instante para sosegar la fatiga, mis compañeros acostumbrados a las comodidades citadinas, perdieron rápidamente las energías y todavía quedaba camino por andar. Finalmente llegamos a la casa de un personaje muy conocido en el valle, el hijo de Don Martín. La casa era muy amplia y la puerta estaba abierta, saludé por tres veces sin obtener respuesta, entré para ver si había alguien que nos pudiera dar alguna información.

Mientras tanto, aproveché para dale un vistazo al amplio salón de la entrada. Era de forma rectangular tapizado con esteras. Se-
mejando un ajedrez se intercalaban con una estética típicamente
artesanal, una puerta amplia por la que acababa de entrar y creo
recordar una angosta, ubicadas al final del salón, las ventanas eran
tan pequeñas que apenas dejaban pasar la luz y un desván, el te-
cho sostenido por troncos de madera que convergían en el centro
formando una triangulo.

Tres loras nos recibieron en la entrada. Una vieja bien disfrazada,
la otra serena y callada, y la otra, una joven parlanchina que
cantaba y parloteaba como loca y que burlonamente le insinué a
repetir.

¡Ya viene el tigre! ¡Ya viene el tigre! -repetía una y otra vez.

¡Me come el tigre! ¡Me come el tigre! -continuaba dicién-
dole.

La lora de en medio como desesperada, le picoteaba las pocas
plumas de polluelo que le quedaban. Era tal la algarabía de las
loras que finalmente alguien se asomó para ver qué era lo que
pasaba.

Parecía la hija mayor del taita, aunque de baja estatura, me im-
presionó su porte y su belleza indígena, la serenidad y fortaleza de
su carácter reflejadas en su tez morena. En marcada por su sedosa
cabellera de un negro azabache, saludable lucia la muchacha, de
labios motilones y bien delineados, voz firme y dulce que no en-
cajaba con el resto de la casa. Su conversa era prudente y aunque
coqueta se mostraba reservada.

Salió del extremo izquierdo de la casa y acercándose con voz firme preguntó qué me traía por su casa.

Estoy buscando a su taita -le dije. No me respondió.

Pero con su mano estirada señaló a lo lejos la parcela donde él se encontraba.

A la distancia se distinguía un hombre concentrado en su labor cotidiana; me llegaron a la memoria aquellas imágenes de Turner: frescas, frugales, llenas de luz, y constante movimiento, Imágenes que por un instante te envuelven en un lagrimeo, un no parpadear que hace borrosa su contemplación, como humo de locomotora y las distancias parecen cortas por la proporción de alejamiento, donde el hombre se funde en lo natural.

Los cien metros que el taita tenía que recorrer, se extendieron en el tiempo. En el tiempo de sus botas untadas y pesadas por el barro con el agitar sesgado de las hojas de maíz. Una calistenia del caracol, lenta pero segura.

Cuando el taita estaba en nuestra presencia pude ver dos coloridas plumas de loro y colmillos que atravesaban los lóbulos de sus orejas. Al oír su fuerte voz, miré su rostro adornado por el sol del medio día y el trabajo de la tierra; enjuto y alargado, que equilibraban los demás adornos de su cara. Cordial en su actitud pero austero en sus palabras, nos invitó a pasar al interior de su casa.

Antes de entrar en conversaciones fuimos directo al grano y tomé la palabra. Le dije que mis compañeros y yo queríamos tomar yagé.

-¡Ah!- dijo.

Tras conversar y cruzar unas pocas palabras para lograr un acercamiento, nos mostró un libro que contenía infinidad de dibujos y experiencias contadas en bosquejos a lapicero colocados aleatoriamente en un texto, una bitácora muy curiosa por cierto. Llena de relatos, versos, visiones, peticiones y agradecimientos.

Pero la tarde comenzaba a envolvernos y el taita no terminaba de contar sus experiencias; un frío penetrante se filtraba por debajo de la puerta y la impaciencia comenzaba a sentirse entre mis compañeros.

-“Dejen el afán”-dijo el taita.

-“El problema es que no podemos tomar aquí el remedio, porque no tengo la cantidad suficiente para esta sesión; debemos ir a la casa de mi padre a unos doscientos metros de aquí”-

Entonces salimos del cuarto, taita iba adelante y nosotros lo seguíamos; a pocos pasos de distancia un personaje en una motocicleta se acercó, dirigiéndose al taita hablaron en su lengua y luego se dirigió a nosotros. Le comentamos nuestra intención, nos preguntó cuántos éramos y montando, en su vehículo nos dijo:

-“A las siete, estaré aquí, espérenme en la casa de mi padre”.-

Continuamos el camino y llegamos a una casa humilde por cierto, saludamos a un anciano octogenario de mediana estatura, delgado, seco como un bejuco y castaño como la tierra; su aspecto me tranquilizó, era un conocedor del remedio.

Su apariencia lo decía todo, además vestía de sayo, era dulce como la panela y gozaba de buen sentido del humor con sabor a miel. Sus carcajadas, como de loro, contagiosas, cortas y pintorescas, secas como la semilla del alcarawi, quien amablemente y sin mediar palabras nos ofreció su casa.

Entrada la noche y como obedientes colegiales empezamos a ubicarnos, descargamos las maletas y alistamos las cobijas, las chaquetas y la doble media de lana para soportar el frío de la noche que se avecinaba. Todo doble, doble cobija, doble buzo, doble media, una prevención única a tal acontecimiento.

A las nueve de la noche, dos horas después de la hora acordada llegó el hombre de la motocicleta con la medicina sagrada. Después de unos minutos se dirigieron a la puerta de la cocina, que quedaba en el fondo de la casa subiendo tres pequeñas gradas en madera y atravesando un corto barandal.

Salieron de la cocina los tres. Padre e hijos para comentarnos que esa noche el abuelo no podía acompañarnos en la toma, pero que el mayor de los hijos la iba a presidir. Sin mayor parafernalia comenzó la ceremonia muy seca, sin palabras el hecho era tomar yagé con eso bastaba.

DE CLARO A OSCURO

*El frío penetra en mis canillas con la noche,
En la oscuridad del remedio
Y además la silueta de la serpiente
Quien recorre la espalda del conocimiento.
Danzaban mis pies, y además ajenos
Como bombos que relampaguean, en el medio horizonte del ojo.
Ojo que niega la oscuridad, porque le tiene miedo al entendimiento.
Una vez más acecha la oscuridad y el frío
Con gran sonata de desafío
La inocencia de mi espíritu convertida en colores y pinta,
Pinta mis pisadas y con en el vaivén de la serpiente se juntan.
Para tocar la flauta de la memoria, la dulzaina del olvido,
Del dolor ajeno y del dolor mío.
Pero unos labios extraños besan mi rostro*

Y mi mano se envuelve como serpiente bajo la cintura del descuido.

Caer en la noche, caer en lo oscuro, perderme en el vómito ajeno.

Y en la vulva de otra planta, planta del duende, seducción de la noche.

Tan solo para conocer que tan firmes son mis ojos, mi lengua y la fidelidad de mi boca.

Una palabra más y todo quedaría oscuro

Gracias espíritu tigre, por no dejarme entrar

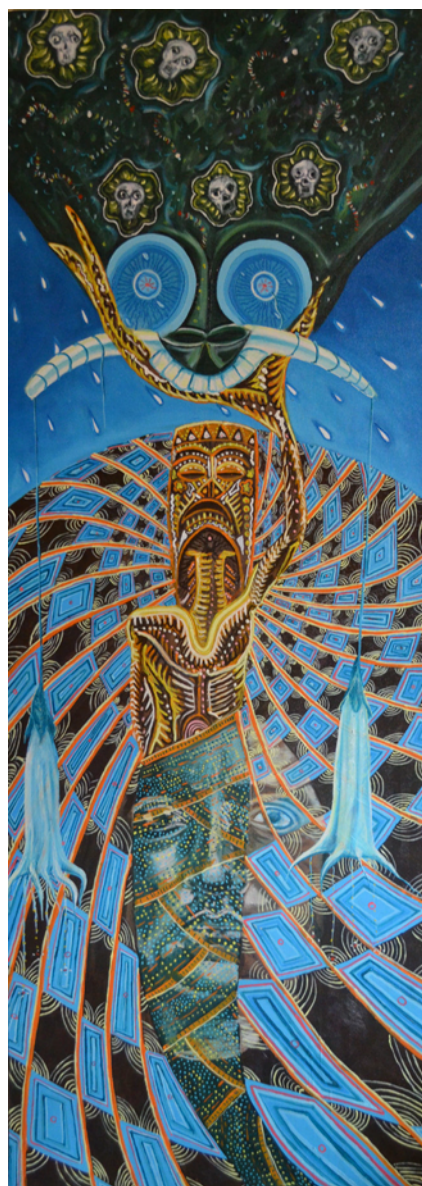
Porque hoy el entendimiento está en la luz que reflejan tus ojos

En el coraje del que aguanta el remedio

En la cobija del compañero y en la escritura del carbón que pinta tu cuello.

¡Gracias tigre! Por enseñarme a cantar el olvido

A la mañana siguiente nada era tan claro como en la noche del oscuro, las palabras no son más son del “remedio” y esta mañana se fueron como deseos de estrellas. La palabra se volvió carne, rostro y cuerpo y en la debilidad del alma por entender el camino. Es mejor pensar en la claridad de mis ojos de aquella noche que en mis manos en la oscuridad del día.



El Mito

Oleo sobre lienzo 63cm x 170cm

8.

COMO EN UN PRINCIPIO

El pedir conocimiento es empezar de nuevo, ayer precisamente ayer conversamos sobre esto. De lo que he aprendido, tomar la decisión correcta.

¿Entonces cual es el verdadero sentido?

Si de todas maneras te llama el recuerdo de lo aprendido. Llegar al conocimiento con el dolor, con el mal del corazón y cada lágrima convertida en cera de dolor vivo, porque abriste tu manto blanco, extendiste tus manos dejando abierta la huella que deja el estigma del amor perdido. Seguir viviendo por otros es una decisión muy clara en el conocimiento, pero la planta es la que habla.

El amor es la debilidad del espíritu por eso hay que ser duro de corazón para franquearlo. Es bueno llorar pero el espíritu no llora. Solo mira la desdicha del que va por el mal camino, sea un extraño o un ser querido.

El espíritu no perdona, es indolente, no es compasivo. Él, sólo negocia con el mal, la enfermedad, la desdicha, el dolor o la muerte. El espíritu tiene que ser fuerte, aunque lo ronde la tentación y su propia muerte. Se presenta así inocente, para el propósito requerido.

Bueno o malo cual sea tu camino, pues, debes conocer el infierno para presenciar lo divino.

Y derrotar al mal mucho menos, lo único que se puede hacer es tenerlo cerca como al peor enemigo, para descifrar su lenguaje, gustos, deseos;

¿Qué come?, ¿qué le gusta?, ¿con quién anda?, ¿a dónde habita?

Y lo más importante para este viaje es aprender a cantar, danzar, tocar y perfumar a ese espíritu para que te acompañe a viajar al cielo o al infierno para que no te sorprenda dormido.

EL LLAMADO DE UN TAITA

*Cuatro esquinas cubren el frío de mis plantas
Entre rechinar de termitas y cantar de mayores
Sonajeros, tambores y dulzainas.
Me cobija la guarda del tigre que se amansa
Bajo el engaño de mi pesada sabana
No hay tigre como el mío
Que se acueste a conversar del alma,
en la gran casa de los abuelos
Y los escalones en la espiritualidad ganada
Castillos, altos, blancos, transparentes,
construidos con tres mamás
Para que la herencia de los antiguos
No se eche sobre el polvo de la cama.
Y que no sea vana tanta responsabilidad fumada
Y que al sentarse en el fuego de tus enemigos*

*Lo tomes con una chispa de sonrisa en tres bocanadas
Ya no tengo frío aunque me haya quitado mis guardas
Y la pluma que me has prestado me sirva de fortaleza
Para enfrentar las llamas.
Porque lo que escriben los carbones sólo lo conoce tu corona
Y sopesa en lo que me has prestado
en esta vigilia de madrugada
No hay frío. Rió, sólo en el dolor de mi vejiga
Para tirarme una gran meada.*



El llamado de un Taita
Oleo sobre Lienzo 80cm x 120cm

Cuántas veces es necesario tomar el remedio sólo lo decide el espíritu de la planta y cuanto aguanta el cántaro para llenarlo, dos o tres, tres o cuatro, una o seis o serán cinco u otro día cuando estés preparado; cuando el remedio te indique que estas “guardiado” porque del infierno no te saca nadie si no estás preparado.

Por eso digo. Empezar de nuevo es despiadado, cuantos sacrificios me han tocado, cuantas lenguas y cuantos espíritus me han golpeado. El caminar no es nada comparado con lo que he encontrado. Desde una semilla, una planta, un viejo tuerto, una hermosa mirada, un tigre con frío o un trueno despiadado, un dragón, un cerdo, un perro y hasta un gallo bienaventurado. Una gran arca repleta de plantas y espíritus aunque los caminos se llenen de barro y que tus lagrimas sean para ti mismo por la gracia que te ha tocado. Te ha tocado el corazón roto, cuando has callado.

¡Ese es el sentido del secreto guardado!

¿Cuántas veces para mis propósitos he tomado? No lo sé.
Recuerdo más, cuantas veces he vomitado.

En el instante en que las dudas se hayan despejado, te contaré las glorias con este ritmo que me han enseñado. Cantar de cantares con las desdichas, las glorias, las batallas y contaré la prudencia donde mi ombligo y mi alma han callado.

Un día como hoy y otro cualquiera, se atravesó una lectura; un libro con historias ajenas, un libro con un universo de conocimientos relacionados con experiencias con el “remedio”. Contaba sobre estados de ensoñación “revelaciones” de todo tipo de hierofanías, experiencias personales de lo divino.

Aquel libro contenía ejercicios prácticos para tal experiencia, relatos sobre seres extraños, de desdoblamientos del cuerpo, en una lucha por discernir estos estados catatónicos de vida y muerte, con reacciones tardías que aparecían después de haber ingerido el “remedio”

Pero yo solo observo estos espacios diferentes, con seres depositarios de una sabiduría capaces de restaurar la sincronía entre el hombre y la naturaleza, hombres que se comunican con sus espíritus en su propia lengua y símbolos. Un tartamudeo un canto que sale desde las entrañas de la boca del estómago y que entran por el ombligo.

Lugares donde construimos nuestro altar íntimo para darle sentido, una escritura del cuerpo, un dibujo, un lenguaje, un espacio humano y sagrado, abundante en significaciones y símbolos, donde damos valor a la vida para comprender la muerte.

Recuerdo mí primera vez, esa noche que el espíritu me habló. Conversamos un largo rato en su lengua, una charla que acababa en risa por lo absurdo del tema y pensaba en lo inaudito de este evento.

¿Acaso me estaba volviendo loco?

Me calmé por un momento y discerní.

Se trata del efecto del “remedio”. No había otra explicación.

Pero luego al escuchar de nuevo aquellos susurros y esas voces, en mi estado esquizofrénico recordaban a Van Gogh.

¿Me estaría pasando lo mismo?

Vislumbraba atmosferas con cuerpos y aleteos de negros cuervos.

Negros presagios -Pensé.

En lo absurdo al ver que aquello continuaba.

¿Acaso estaré loco?

Necesitaba que alguien me contradijera; pero en este diálogo interno tan solo estábamos los dos.

Y bueno, si así fuera, lo razonable era calmarme y preguntar en el eterno pensamiento.

¿Qué otra opción me quedaba en la larga noche sino comprobar, viajar y preguntar?

Las pintas de negro cuervos se volvieron viento de voces y cantos de resonantes preguntas, pues, pesaban en mi lengua. Y así lo tome como si fuera un juego, no con la intención de ganar sino participar en él, tratando de ser directo en mis preguntas.

Pregunté, en mi lengua, lo que me preocupaba

¿Acaso estoy loco?

Con una carcajada - él me respondió.

- ¡De pronto tú sí, pero yo no!- y reía.

Tan solo reía, una y otra vez.

Me puso en shock todo este asunto

¿Cómo era posible que este ser o ente me contestara y tratara de analizarme? Pero, así fue.

Mi intención era mantener el diálogo atraparlo, no dejar que se fuera, mantenerlo en sintonía seguir el juego y ser más audaz en las preguntas para obtener buenas respuestas. La conversación se alargaba y sentado en el borde de mi cama miraba perplejo todo lo que me rodeaba, mi mujer dormía tranquila mientras yo sumergido en mi ensoñación me desvelaba.

¿Estás aquí? -volvía y preguntaba.

-¿Por qué preguntas, si sabes que nuestra conversación no ha terminado? -Respondió.

¡Déjame ver tu rostro! -Reclamé.

-Riendo sarcásticamente replicó. -¿Acaso soy estúpido? ¡Tal vez lo seas tú, que muestras tu espíritu!-

¿Y como es mi espíritu? -Le pregunte.

-¡Como mi máscara, estúpido!- Me respondió iracundo.

Un diálogo absurdo pero interesante, que al principio no llevaba a nada concreto.

Luego le pregunté su nombre y me respondió cordialmente:

-“Así es como me gusta, quiero que aprendas a preguntar; lo bonito es conversar bien y no con tantas pendejadas”-.

-¿Quieres que me quede? -Me preguntó.

¡Sí! -Le respondí.

Otra vez sonrió y dijo:

-“Tonto, no sabes en lo que te has metido.”-

El diálogo se extendió más de lo imaginado; me vi obligado a cambiar de estrategia porque las preguntas se volvieron predecibles y aburridas. Pero cada palabra y todo en la habitación tenía cuerpo, este espacio aparentemente vacío era atmosférico. Y así, como el mareo se intensificaba con cada pregunta no deseaba seguir viajando, pues, presumía que así de pronto llegaría al profundo amarillo al mismo sol que enrojeció a Van Gogh sus ojos.

A partir de esa noche dejé de preguntar. Me dejé llevar para entender. Sólo era cuestión de tiempo.

Pronto acordamos nuestras pautas, él me enseñaba muchas cosas y yo era su instrumento físico; hablábamos y cantábamos en su lengua me mostraba otro universo, me enseñó a comunicarme con los seres que habitan en las plantas y como nombrar a los animales de la selva y a caminar sin tropezar por los caminos del conocimiento.

La primera tarea que me encomendó fue cuidar a un buen amigo. Porque ese mismo día él, también había recibido su espíritu y yo la primera lección de conocimiento.



Sin título (Dibujo a lápiz)

REVELACION

*Siete días de ayuno me separan de la vida.
En el horizonte de mi cuerpo inválido y frío,
Una sonrisa conocida y pintoresca, pregunta por mi bienestar.
Preocupada por mi muerte, que parece llegar.
Pues cantan silenciosas y distantes sus semillas.
Y su fuerza de entre las llamas saca
Para devolverme a mi mundo, mundo mío.
Dos mundos, uno masculino y el otro femenino;
Ahí están bajo una línea que se rompe en destellos del corazón
Y del que roba en los bolsillos, llenando las arcas del juicio.
Juicio del tonto, del débil, del brujo, del espanto y del ruido
Que temeroso se muestra bajo mis pies
Para limpiar mis bolsillos.
Para cerciorarse de que está cumplido su hechizo
Hechizo del que toma sin recelo el concho molido*

Molido en las entrañas de un río, en las esteras oscuras

Y de los pies humedecidos, con su seño bajo muestra el camino.

Aprendí a no forzar el camino, pero ese día estaba escrito. Invite a dos compañeros que sus padres me recomendaron; ellos estaban ansiosos por experimentar con el yagé, pues, era su primera vez. Lo que sucedió después me enseñó a respetar aun más el “remedio”.

Dejamos temporalmente a un lado la práctica universitaria para dedicarle tiempo a nuestro asunto, esta vez con cinco compañeros emprendimos el viaje.

Al llegar al valle busqué en mi libreta telefónica el número del taita para comunicarme. Después de tres intentos me contestó.

-Le pregunté. Taita, ¿podría usted colaborarme con una toma?.

-!Será para otra ocasión - me respondió don Miguel;

-!no me encuentro en el valle, pues, regreso en cuatro días!.-

La mala noticia desilusionó a mis amigos y yo quedé preocupado por el compromiso que había adquirido con ellos. Aunque no me parecía adecuado, la confianza que tenía en don Miguel para estos menesteres era absoluta, me comentaron que insistiéramos en buscar a otra persona, pero para mí no era correcto.

Entramos a una tienda para calmar la sed y charlar sobre la conveniencia o no, de continuar con nuestros planes. La muchacha que nos atendía paró oreja y disimuladamente se enteró de nuestra conversación.

-Me dijo. -¡Yo conozco a taita Juan!- y lo describió.

Su intromisión en cierta forma fue oportuna, nos recomendó a un individuo que además de ser taita, trabajaba como enfermero del pueblo. No me inspiró confianza su trabajo y por su condición de hombre joven, presumí que tendría poca experiencia. Mi responsabilidad con los muchachos me hizo descartar esta sugerencia.

Salimos de la tienda y continuamos preguntando a varias personas del pueblo, si conocían algún “repartidor” de yagé, con experiencia y de absoluta confianza para que nos organizara la toma. Casualmente todo nos remitían al enfermero, la incertidumbre pudo más que las ganas y algunos desistieron de la idea. Yo estaba firme en mi propósito.

Mientras concretábamos el asunto, dimos una vuelta por el pueblo. Desayunamos algo ligero teniendo en cuenta la recomendación del ayuno previo a la toma de yagé, pero nos olvidamos, y al medio día nos encaminamos a un pequeño restaurante para almorzar.

Donde un compañero, gentilmente me invitó. El almuerzo fue muy generoso, como todo lo de mi tierra. La sazón tenía la exquisitez de la comida que preparaba mi madre, un almuerzo generoso, porción de carne doble, grandes montículos de arroz seco, tajadas de plátano hartón, sopa de maíz espesa y colorada.

-Tinturada con achiote para que cuando crezca no le pegue la flojera y no tenga el mal de garganta - decía mi madre.

De sobremesa una bebida toda extraña con sabor a fruta, harina de trigo y algo fermentado, me recordaba cuando en casa sobraba el “afrecho” o la “chuya” de arroz y mi madre la aumentaban en el agua para elaborar jugo.

No se me ocurrió preguntarle de que estaba preparada; pues creo que el afrecho tenía la dulzura de mi madre cuando el jugo de fruta me servía, De hecho, el sitio parecía un punto de encuentro, estaba atestado.

Lo que me sucedió en ese peculiar restaurante, lo recordaré toda mi vida. Aparte de mis compañeros y yo se encontraban muchos comensales: colonos, comerciantes e indígenas, todos, clientes habituales del lugar. El mesero no daba abasto para atender a tanta gente, por suerte mi compañero y yo nos sentamos en la primera mesa y fuimos atendidos inmediatamente.

El mesero un hombre oriundo, de estatura pequeña, pies planos y el tronco más largo que la media gallina que salía del plato; este Pobre hombrecillo no alcanzaba a surtir todas las mesas del estrecho restaurante, una y otra vez salía del salón a la cocina como una gallina.

La gula hizo estragos en nuestro estómago y cuando nos disponíamos a salir, llevaba en mis manos el costo del almuerzo. Pero advertí que un hombre levantaba su mano llamando mi atención e invitándome a acercarme a su mesa. Después de saludarnos me preguntó sobre mis planes para esa noche. Hicimos buena empatía y mientras conversamos de todo un poco, llegó el mesero con otros dos almuerzos, los colocó uno frente a mí y el otro frente del caballero.

Muchas gracias -le dije. Yo estoy satisfecho.

Creo que aquí no funciona el dicho de que ¡“Al que no le gusta el caldo le dan dos platos”!

El chiste fue oportuno y nos reímos con ganas, me despedí del tipo y salí con premura en busca de mis compañeros. Nunca he hecho “Conejo” no es mi ética, pero por la prisa, olvidé pagar la cuenta con el dinero que me encargó mi compañero, para desgracia mía los comentarios de doble sentido y las mofas de mis compañeros me amargaron por el resto del día, los comentarios se regaron como el jugo de afrecho por mi garganta.

Pasada la tarde, a unos cuantos metros del restaurante funcionaba un jardín botánico y sin más planes por el momento entramos para ocupar el tiempo. La especialidad del jardín era el cultivo de plantas exóticas y especialmente de orquídeas siendo éstas el atractivo principal; No recuerdo sus complicados nombres, pues mi interés estaba centrado en la pesadez de los árboles de cuyas ramas colgaban deliciosas frutas de tentadora fragancia, olor a tierra húmeda y bien cultivada, embriagante perfume con un encantador hablar.

Perfumes sensuales que turban; así como el dulce y carnoso olor a durazno, sensualidad que atienden mis tímidos y perversos labios ofreciéndose sedientos a la seducción. Y así sumiso posándome en su pulpa y sobre sus mejillas pintadas de pomarroja, empapadas con la frescura del alba.

En ese mismo instante cuando cae el sol; abrigué al descuido sus desnudos, frescos, volátiles y blancos hombros. Mordisqueando con cuidado la tersura de su piel y así penetré en lo más íntimo de su húmeda y resguardada semilla. De tono rojizo es su cabellera con resplandores que llevan a los más perversos acercamientos del bondadoso abrigo de su cuerpo, voluptuoso, carnoso, frágil y endurecido por la madurez de su experiencia.

Tropecé con las delicadas fresas que te miran sigilosas para acecharte, asecharte en la mañana desnuda, en la tarde sudorosa y en la noche fresca. Pálida y blanca como su flor, que quiere el encuentro y nada más. Para enredarte con susurrantes palabras enmarcada en sus rojizos, enardecidos labios.

Escuché el tímido cantar del chilacuán, ausente y enamorado. Que en su acanalado cofre dorado, guarda el perfumado jugo de su vulva virgen, y abierta para mostrarse una y otra vez ausente, distante y perfumado. De peligrosa ternura que en su cercanía te envuelve en sus celestiales cánticos para robarte el alma.

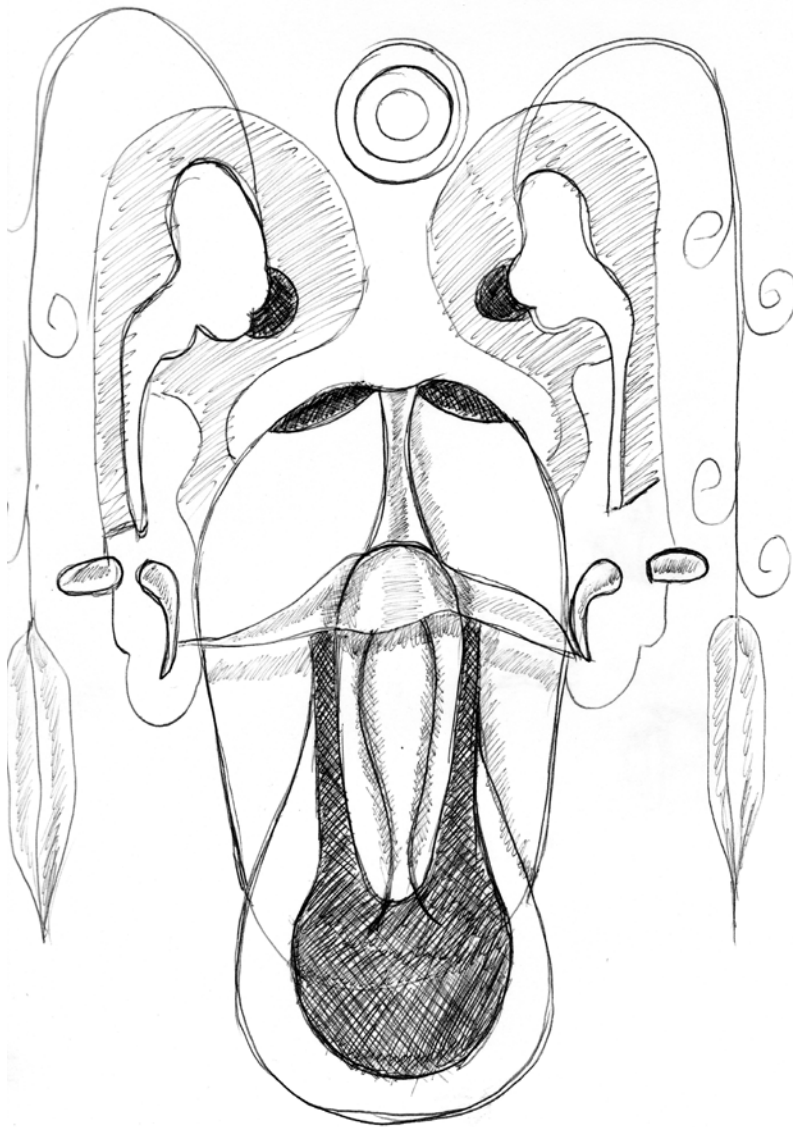
No podía faltar la ciruela. La reina del jardín; la elegida desde mi infancia a quien le ofrecería por su amor lo que me resta de vida. Silenciosa, frágil, cándida, nerviosa y virtuosa, con profusos y alargados tallos que dan cuenta de su porte y altura. De traza celestial y sus cogollos que tan solo avivan el más puro amor adornados con la tersa suavidad de sus frágiles hojas.

Su cercanía me envuelve como si fuese una caricia, me sosiega para ceder, a su amor vedado y asido. A cultivar de entre sus caricias celestiales ese amor que me consagra. Aunque el umbral de este fruto es amargo en su verdor, solo basta el tiempo para madurarlo.

En ese instante ahí elijo estar bajo su sombra, bajo el abrazo de su ternura, ¡Bajo su amor inescrutable! Así como su pulpa, blando como su carne, carne del que quiere imbuir su amor y amarla con el más tórrido y matizado respeto.

Encantado por estas delicias y frutos terrenales, vuelvo la mirada después de haber hurtado aquellos frugales perfumes. Que revoloteaban sobre mi cabeza convertidos en pecaminosos pensamientos, los cuales los llevaba en mis manos como si fuese una gran bolsa de pan; me aferre a ese envoltorio como si fuera el último alimento de todos los días de mi vida. No lo compartí, como tampoco compartiré con nadie, lo que experimenté en aquel jardín de las delicias.

- Aspiré con avidez su perfume y salí de mi ensoñación.-



Preludio de una ensoñación (dibujo a lápiz)

PERFUMES

Cantos angelicales que calman el alma
El alma popular del caminante
Sábilas pontiagudas de fluidos ácidos.
Aullidos y cacareos que parecen reclamos
De veteranas enojadas, de fantasmas aparecidos
En el aroma de las flores y en la línea infinita del devenir.
Pecas infernales de la ira del suelo
De retoños de árbol que andan locos de rocío
Por las sedientas lenguas del exterior, en un canto de luz.

Nos trasladamos a un lugar en donde nos dieron una cordial bienvenida con alegre música y embriagante chicha. Una sinfonía de composiciones inéditas en un lugar muy especial; no recuerdo muy bien el nombre del taita, creo que era Bernardo.

Embriagado por la chicha perdí la noción de todo, sólo recuerdo a una anciana que me insistía una y otra vez llenando mi totuma con el elixir dionisiaco, pues, a aquella mujer anciana una y otra vez pedía que me la tomara recalcándome.

-¡“Tómese este conchito! Que es lo mejor” - y sin resabios lo consumí.

A las siete u ocho de la noche en mi borrachera, jugué con máscaras y muñecos de trapo, muñecos de santería que se asemejaban a cada uno de mis compañeros de aquel cuarto.

Aunque el día paso y la noche apenas entraba. Ir a la cama no era la mejor idea, había que curarse de los males y embriagar el alma.

Las piernas no me respondían se dormían más rápido que el cuerpo, de alguna manera tambaleándome llegue a refugiarme en el interior del autobús que nos traslado aquel lugar. Ahí estaba, en la oscuridad de la noche derrumbado en la banca de un autobús, sin fuerza física ni moral que fortificara mi voluntad; mordía mis labios entumecidos e hinchados como si en una trifulca me hubieran golpeado la cara y una borrachera como esta, no aguantaría otra vez mi cuerpo.

Solo y ausente, me acompañaban las voces melodiosas de las almas que pasaban refulgiendo la noche y volaba. Enloquecido mi pensamiento buscando el acicate en mis recuerdos.

De pronto vino al conjuro, un episodio que marcó mi vida cuando aún era joven. Conducía un vehículo de transporte público para colaborarle a mi padre con el sustento del hogar. Tomaba el turno de la noche considerando que para él podría ser peligroso. El trabajo me agradaba; tenía la oportunidad de interactuar con clientes de toda índole, les llamaba mis pacientes porque sin importar cuanto largo o corto fuera el trayecto, me contaban, sus amores y desamores; alegrías y tristezas; triunfos y tragedias; y hasta sus más recónditas intimidades.

Este vehículo propiedad de mi padre, era mi consultorio privado; tan pronto un cliente lo abordaba, con toda confianza soltaba la lengua y las distancias parecían muy cortas y las conversaciones muy interesantes cuando ya teníamos que cortar la “charla”.

El automóvil y yo éramos contemporáneos, le tenía un especial cariño nunca me falló en la vía y fue muchas veces el resguardo de mi vida. Aunque de servicio público, particular era su aspecto y el viejo taxi me igualaba en años; un Zastava modelo ochenta en buen estado. Todos los días nos encontrábamos en la madrugada; parecía un armadillo envuelto en su peluda y replegable caparazón, amanecía a la intemperie y brillaba con la luz del sol como desparezándose en la espera del arduo día; de un amarillo cromo encendido era su color y de un amarillo quemado en su única herida que tenía en la defensa de un golpe mal maquillado

Además tenía incrustado una imagen del santo que nos bendecía, El santo que me protegía en su guantera pareciera que lo sostenía. Un pequeñín enrojecido hasta su manto y sobre él una gran corona con un nombre extraño, como hecho en el mismo país de donde era este auto.

Este niño lloraba de alegría como las lágrimas que descendían en la fría mañana de sus empañados vidrios, en su interior un humor acre emanaba; gasolina y azufre se confundían. Por lo que usualmente lo sometía cada mañana a un ritual de protección, que comenzaba rociándolo con perfume de siete esencias. Un ritual matutino que empezaba por el baúl, en cada esquina, por encima y por debajo de la banca, en los asientos delanteros, en mis pies, en mi estómago, en mi cuello y en mi cabeza me impregnaba. Rezaba una corta oración, me santiguaba; Le chancleteaba hasta el fondo para que no se ahogara. Y entonces más de una anécdota en silencio escuche de historias algo extrañas.

Una noche, mientras llovía a cántaros decidí dar por terminado mi turno, la humedad empañaba el parabrisas y no podía ver casi nada a través de él. Paré en un semáforo y una emborronada silueta de una mujer de aspecto elegante, quien me hizo señas para que la llevase. Sin ningún entusiasmo abrí la puerta, al mirarla le pregunté a dónde se dirigía. - No contestó - me pasó un papel y en el escrito la trayectoria. Era un tramo corto al cual nos dirigíamos, pues, me compadecí de su semblante, estaba pálida y lánguida además la calle estaba desolada y el aguacero no amainaba.

Sentí un escalofrío entre pecho y espalda; Pensé que la dama había abierto la ventanilla y una ráfaga de viento había entrado helándome desde mis pies hasta la coronilla. Le hice dos o tres preguntas reclamándole que la cerrara, pero no pude sacarle ni una sola palabra. Y concentrado en su perfume, quería reconocer su aroma, fresco como la madrugada, a esencia de rosas, madreselvas o tulipanes, lo cierto es que me turbaba. Pero el olor se esparcía más que sus palabras,

¡Extraña mujer!

Al llegar al condominio de apartamentos, le hice una señal al portero con el cambio de luces, para que abriera la puerta permitiéndome entrar; el aguacero arreciaba y no podía dejar que la dama se mojara. Verifiqué el número de la casa y me detuve en la entrada. La mujer bajo tan de prisa que no pude ver su cara, pero antes de que abriera la puerta pude percibir de nuevo su perfume y ver su traje negro. Aunque no pronunció palabra me quedé esperando pacientemente en el auto para que me trajera la paga.

Seguía lloviendo y después de un cuarto de hora toqué la bocina tres veces pero la mujer no se asomo. Intrigado prendí el automóvil y me acerqué a la portería, bajé el vidrio delantero mientras la lluvia incesante se metía por la ventana. Le pregunté al conserje por el nombre de la dama, el señor perplejo frunció el seño y dijo:

¡“Yo pensé que usted venía a recoger a alguien, por eso le permití entrar”!-

Me bajé del automóvil y cubriéndome con la chaqueta me dirigí a su casa; la luz estaba apagada timbré tres veces, iracundo golpeé la puerta de su casa y maldiciendo en mi pensamiento una y otra vez a la mujer. Escuchó el escándalo la señora de al lado su vecina y asomándose en su ventana me preguntó qué me pasaba.

-Le comenté la situación y ella muy extrañada- me respondió.

-¡ahí no vive nadie, la casa hace tres meses no está habitada!-

Momento en que se me erizó el cabello y las rodillas me flaquearon, regresé al automóvil y al abrir la puerta aún se percibía el aroma de aquel espanto como una premonición de que algo malo me iba suceder. Y sin maldecirla de nuevo con una plegaria al cielo recé por esa mujer y por su alma.

Llegué a mi casa y aún los nervios me tenían excitado; sin pronunciar palabra me metí a la cama y apreté los ojos intentando olvidar aquel extraño episodio, que como cosa rara hasta hoy, en esta borrachera como un mal presagio vuelvo a recordarlo.

NOCHE DE ESPANTOS

Sombras que pasan, como si fueran fantasmas
Antes de la medianoche, cerca de tu casa.
Que ruedan silenciosas, al igual que el pedal de tu caminata.
No te asustan cuando niño, porque te has escapado de casa.
No importa la hora, ni el día
O si hay que madrugar a la escuela mañana.
Porque de todas maneras perderás, la compañía
de tus fantasmas.
Y así una vez más protegerás, la espalda de tu hermano
Que adelante pedalea a horcajadas,
Sin sentir los mocos fríos, ni la nariz congelada.
No tendrás ni miedo, ni frío, ni dolor.
En las melladuras de tus pierna y cara,
Solo te importa llegar temprano
Para que no te dejen sin el café en la tarde

*Y la cena de esa noche o también el desayuno de mañana.
Porque en el auto, en la calle o en la casa
Siempre te acompañan los fantasmas. Por eso ¡calla!
Para verlos volar sobre tu cabeza o tocar la fibra de tu alma.*

Y en ese autobús solo se escuchaba el aullido de un escuálido lobo que borracho pensaba, que pasaría esa noche si en la escuela abren en la madrugada.

La noche se cerró y la toma de yagé se complico, porque después de las diez por problemas de carácter civil estaba decretado un toque de queda. La gente en el pueblo se recogió temprano y la hora nona nos cogió sentados en la acera de un callejón solitario, parecía “Una mala hora”.

De pronto aparece a lo lejos una imagen fantasmagórica, con un bastón en la mano derecha y con una ruana de lana en la otra; se distinguía tan solo el reflejo de lo que llevaba y la blancura de su sonrisa pero no su cara. Se trataba de un amigo, un gran amigo que aprecio mucho y a quien le había insistido en que tomara remedio para curar sus males.

Había llegado con el mismo grupo al valle; pero sus amigos tenían otros planes que él no compartía. Me preguntó si podía quedarse con nosotros le advertí que no era un buen momento, porque el toque de queda estaba encima y nosotros no teníamos donde pernoctar. Además que nuestros planes también estaban en “veremos”. Reímos por nuestro infortunio y continuamos divagando.

De pronto un enorme escarabajo aterrizó a nuestro lado e instintivamente formamos un círculo alrededor del hermoso coleóptero alado. Nos llamó la atención más que su color verde tornasolado su extraño comportamiento, parecía que la luz lo tenía obnubilado. Comenzó a girar como en una danza de apareamiento despacio y en el mismo punto como si nos estuviera mirando.

Cuando dio la vuelta completa desplegó sus alas y voló, primero rondando sobre nuestras cabezas y se alejó hasta que lo perdimos de vista. Haciendo un comentario poco común para unos y jocoso para otros:

-¿Notaron el comportamiento de ese escarabajo? -Les pregunté.

-¡Sí!-Respondieron en coro.

¡Ese insecto era un taita!.

¡Un taita! -Exclamé.

Me miraron extrañados.

Pues vino a echarnos un vistazo -les dije.

Todos rieron y yo también.

La situación era muy divertida pero al rato callamos. Sólo el canto agudo y monótono de los grillos perturbaba nuestros quiméricos pensamientos.

Llevábamos un buen rato sentados me dolían la espalda y las piernas, me incorporé para dar unos pasos y en ese instante entró una llamada. Era don Juan, el enfermero. Uno de los taitas que contactamos, volví la mirada sobre mis compañeros y con aires de adivino les afirmé:

¡Ese escarabajo lo mando don Juan!

La risa comenzó de nuevo, pero la toma estaba confirmada.

Eran más de diez kilómetros los que no separaban de la casa de don Juan; no había transporte y con el toque de queda encima nadie se atrevía a salir. La única manera de llegar allá era caminando.

Pensando en su recorrido y en la falta tiempo creíamos que mejor era cancelar la toma. Nos disponíamos a hacerlo cuando una camioneta blanca paró justamente donde nosotros estábamos. Acercándome al hombre que conducía, enseguida el me preguntó:

¿Usted es del pueblo?!

¡No!- le respondí.

Pero le comenté que necesitaba urgentemente un vehículo que nos transportara hasta el pueblo vecino.

El hombre dijo.

-¡Con mucho gusto!, -pero tengo un pequeño problema.-

Nos comentó que repentinamente un novillo se le atravesó en el camino y no pudo esquivarlo, chocó contra el semoviente causándole la muerte. Y solo se acercó al pueblo en busca de su dueño para explicarle el lamentable incidente.

Sin alternativa le pedimos su ayuda, pues ya habían bajado el animal, pero todavía se sentía el olor a sangre. Subimos rápidamente en la parte trasera de la camioneta con la advertencia por parte del conductor, que nos dejaría a medio kilómetro de nuestro destino.

Un olor nauseabundo, aun sentía la tibieza de la vida en mis manos y el contraste con sabor a sangre y muerte.

Sin más arrancamos rápidamente.

Un becerro sacrificado antes de la media noche. ¡Qué situación tan fortuita!

Aunque la luna no había asomado su faz en el cielo, la noche estaba despejada; nos acogía la aurora de mayo aunque sin luna aquel rocío nos protegía como una gran corona de rosas. “de rosas rosadas”. El olor a muerte y a sangre de mis manos contrastaba con el rocío de mayo que nos acarició de soslayo.

Próximos al pueblo, bajamos de la camioneta un poco pasmados y en medio de la noche mirábamos alejarse de nuestra vista el único transporte que habíamos encontrado.

De pronto percibimos el remezón de unos matorrales a la orilla del camino, nos pusimos en guardia y al rato apareció un hombre con apariencia de campesino. Esta eventual aparición nos pareció sospechosa, pero con gesto comedido le preguntamos por don Juan, se nos acercó tranquilamente y nos condujo con seguridad por el extraño camino.

Mi desconfianza me llevó a suponer que los secuaces de este singular individuo nos estarían esperando más adelante para hacernos una emboscada. Temía por la seguridad de todos y especialmente por los dos muchachos que me habían recomendado sus padres.

Entrando por un sendero que bordeaba un caudaloso río, la fuerza de su torrente se magnificaba por el silencio de la noche y la soledad que circundaba aquel paraje. Me adelanté un poco para analizar al tipo que nos guiaba, pero éste caminaba tan rápido que

cada vez que me emparejaba para ver su cara, mis pies se hundían en un fango espeso que parecía tragarme; me fue imposible verlo parecía que volaba sobre la orilla del camino.

Finalmente después de tantas hazañas e hipnotizados por la belleza estremecedora de la noche llegamos a la casa de don Juan. Cuando quise darle las gracias al guía por habernos ahorrado más de dos kilómetros de caminata metiéndonos por el atajo, me di cuenta que había desaparecido en la noche oscura como por arte de magia. Mis compañeros tampoco se percataron del rumbo que tomó el hombrecito.

Era una hora inapropiada para tocar a la puerta. Toqué suavemente tres veces temiendo interrumpir el sueño de los moradores, desde el interior de la casa escuchamos la voz temblorosa de una mujer.

- ¿Quién es, y qué necesita? -Preguntó.

La risa de mis compañeros volvió a comenzar. Se encendieron las luces del cuarto y la puerta se abrió; al tiempo un perro salía abruptamente y arremetía contra nosotros. Acorralados por el perro me apresuré a preguntar por don Juan.

¡Tenemos una cita con don Juan, somos los de la toma!

¡Hablé con él por teléfono hace un rato! - le dije.

-Sí claro, esperen un momento- Respondió.

Luego nos sentamos en el patio. Desde la habitación don Juan había estado escuchando nuestra conversación con la señora.

-Nos dijo. -¡Carambas, han llegado muy tarde! -Y Preguntó cuántos éramos.

!Diez¡.-Le contesté.

El silencio era abrumador, la mujer parada en la puerta de la habitación nos miraba fijamente con sus ojos negros y saltones.

- ¡Es muy tarde! -Dijo finalmente don Juan. (Nuevamente hubo silencio)

- ¡“Ya falta un cuarto para las once”! -argumentó.

-“De mi parte les digo que no es buena hora para tomar; además me cogieron de sorpresa y así no me gusta trabajar”.-

Intenté asomarme a la habitación, pero la señora me lo impidió. Le rogué encarecidamente que nos atendiera, que llegar hasta acá fue una odisea y que a esta hora no encontraríamos transporte para devolvernos y tampoco un sitio para dormir.

-Sin demostrar entusiasmo -dijo. Espérenme un momento-

(Paso un corto tiempo) Pero a pesar de todo nos atendió.

La señora llevaba puesta una ruana. Pues el frío era intenso y tenebroso al igual que la voz de taita.

-¡Caminen! - dijo.

Y con la ayuda de la señora prendimos una gran fogata; *“inmensa fogata que quema y enrisca hasta las pestañas y los cabellos apenas te asomas”*.

Eran las once de la noche y la nostalgia de la memoria me trasladó a la quema de los años viejos, una tradición de mi tierra. Antes de las doce de la noche del treinta y uno de Diciembre, toda la ciudad es una sola fogata; todas las familias unidas en un estrecho abrazo, queman simbólicamente un muñeco de trapo para dar por terminado un ciclo y comenzar el año nuevo con una energía renovadora y llena de augurios.

El chisporroteo de la leña seca, la permanente fiesta que mantenía el hablar de mis amigos y el calor que comenzó a invadirnos, era indicios de que nuestra hazaña iba a tener un buen final.

Siendo las once y cuarto don Juan nos invitó a pasar al interior de su casa. Era amplia y cómoda; olía a anisado de trapiche y a incienso de semana santa. Pasamos al salón principal donde había unas bancas laterales de gruesos tablones en madera. Una hamaca pendía del techo y al fondo una mesa con todo tipo de brebajes y las plantas verdes recién cortadas, aromatizaban gratamente el ambiente.

-Don Juan dijo. Siéntense parecen como asustados- y reímos por su apreciación.

Luego don Juan se disculpó por unos minutos y entró a una alcoba contigua.

Mientras tanto observé la sala de recibo, con buenos muebles, televisor y un equipo de música de la más alta tecnología del momento. La decoración en conjunto infundía cierta dignidad y respeto por el dueño. Comparandola con la casa de otros taitas, me entró la duda. Pero su aspecto sereno y amable y su casa, irradiaba confianza y vivir cómodamente, me sentía como en casa.

Luego don Juan salió caracterizado con sus ornamentos para el ritual: la típica ruana de los kamentsa de fondo blanco y rayas azules bordeadas en rojo, collares y amuletos cubriendo su pecho y un gran penacho de coloridas plumas sobre las sienes. Después de hacer una limpieza del lugar y de los asistentes empleando el sahumerio, se ubicó detrás de la mesa ritual y solicitó la atención de todos para explicar los pasos de la toma: bienvenida, presentación, preguntas, conjuro y canto y el respeto que se le debe tener a la planta.

-Bueno, si no hay más preguntas ¡Vamos a comenzar!-dijo.

Dio inicio al ritual invocando al Corazón de Jesús, santo patrono de nuestra patria y elevó plegarias a los santos protectores de la planta: al Arcángel Gabriel para que iluminara nuestro entendimiento, al Arcángel Rafael para que sanara nuestras enfermedades y al Arcángel Miguel para nuestra protección.

Luego conjuró el yagé para que ejerza su poder y conceda nuestras peticiones. A cada uno de los participantes les preguntó el motivo que lo había traído. Cuando me tocó el turno le respondí:

¡Yo! por curiosidad.

-“¿Eres fuerte?”-Me preguntó.

¿A qué viene a esa pregunta?-Le dije.

-Pero frunciéndose, No me respondió. Y sonrió.

El taita comenzó a emitir sonidos desde su estómago, sin mover los labios, ni los músculos faciales; al principio guturalmente y luego cantó en su lengua ritual, bendijo el remedio y después de

tomar un trago, sirvió a los demás. Al entregar el “remedio” hacía una reverencia inclinando su cabeza en señal de respeto y cortesía. Cuando estuvo frente a mí, me preguntó de nuevo:

-¿Eres fuerte?-

Ya lo veremos -le respondí. Y sonreí.

La poción era mínima, pero el amargor era tan intenso que enervaba instantáneamente. Parecía una mezcla de legía de carbón y miel de panela. Las últimas palabras que conscientemente recuerdo fueron:

¡Salud y buena pinta!

Así comienza apenas estas palabras llenas de relatos, de derrotas, de glorias, de tristezas y alegrías. La pinta se dio al otro día, en el río, la piedra y en la greda, no demoramos más de tres segundos para hablar en nuestra lengua, tres fuimos los testigos para escribir jeroglíficos en la tierra. Las calles como serpientes pintaban de día mientras el vomito se revertía, hincado en las penas ajenas lloré de alegría, cuando se revelaban en gritos, en cantos, en perdón y en sufrimiento las penas mías.

Ahora entiendo la advertencia de don Juan y la sentencia de aquel espíritu. Sé su nombre, su canto y como guardar su alegría, ser su servidor será el placer mío, respetaré su espacio y caminaré descalzo como él para sentir la tierra. Hablaré por él mientras me cuente relatos y me muestre el camino, las plantas que curan, limpian y hablan.

En un sueño me contó que visitaríamos los siete templos; me prometió enseñarme las propiedades de las plantas y a mirar entre los ojos; también a diagnosticar las enfermedades observando la lengua y la orina y cómo curar mi propia enfermedad. A partir de hoy ya no hablaré con mis palabras, sino que cantaré verdades, pero no más.

9.

LA CURACION PRIMERA

Aquel día muy temprano se acercó un compañero para contarme que nuestro amigo estaba enfermo desde el día en que tomó yagé. Pensé que no podía ser verdad porque el “remedio” nunca le haría mal a nadie, por el contrario purga las enfermedades del cuerpo y el alma.

Percibí en el informante una mirada sentenciosa. Solo escondía en ellos las palabras en su boca para sentirme juzgado.

Juzgado sin tener derecho a mi defensa y el tipo no paraba atención a ninguno de mis argumentos. Pues grande son los problemas cuando uno se hace cargo de hijos ajenos.

Nos citamos en la mañana del día siguiente. Mientras tanto le sugerí que lo calmara con incienso de palo santo y jugo de mango. Ya en la mañana salí de la universidad con el propósito de encontrar el remedio. Estimé que un mal espíritu pudo haber estado presente en la toma y ser el causante de sus problemas.

Luego de analizar el estado de mi compañero, caminé hasta la plaza de mercado en el centro de la ciudad. Y adentro disfrute del aroma frugal de las plantas medicinales, la primera planta que percibieron mis sentidos por su penetrante aroma fue la albahaca,

aroma y temblor de planta sagrada, su espíritu hace estremecer cada musculo del cuerpo apenas la tocas; enseguida elegí la manzanilla una de las primeras plantas con las que inicié.

Rodeé varias veces la plaza de mercado buscando además un expendedor que me inspirara confianza, después de visitar varios herbolarios encontré lo que anduve buscando; Una niña entre nueve y diez años era la dependiente de un exuberante expendio de verdes y fragantes plantas. Sus sinceros y hermosos ojos me infundieron la confianza que esa mañana necesitaba para mi primera curación.

Después de haber tomado la cantidad de tres tipos diferentes de plantas sus nombres eran comunes, le sugerí me mostrara otra para complementarlas.

Para mis adentros pensé que con estas plantas, no podría preparar un buen remedio esperaba algo exótico, pero dejé que mi intuición y la bondad de la niña obraran el milagro. Busqué en mi mochila el dinero para pagarle, lo que tenía no alcanzaba para la compra entonces entré a negociar sólo para comprobar su gentileza. Mi corazón no me engañó, sin duda fue un regalo cordial cargado de sinceridad.

Guardando las plantas en mi mochila, me encaminé hacia mi casa llevando este apreciado regalo lleno de corazón.

Una semana paso y la poción estaba en sus elementos primarios. Ahora me correspondía prepararla. Siempre me ha seducido la labor culinaria, esta afición me llevó a compartir con mi madre varias horas en la cocina indagando sus secretos.

¿Madre que le echas?

-mi madre decía. *“Para que quede bien mijito, antes que todo hay que tener una cuchara de palo curada de esas quemaditas hasta el mango. Después de menearlo las veces que quieras debes echarle es harto, pero harto amor”-*

Así lo hice meneándolo tres veces para la izquierda y tres veces para la derecha. En la noche prepare el remedio para mi amigo siguiendo los consejos de mi madre, lo deje “enseronado” bajo la madrugada del día domingo:

-decía mi madre *“el mismo día en que el cura del pueblo solía bautizar a los bastardos con ese mismo nombre, Domingo por no ir a misa el Domingo”-*

Ese nombre era el estigma de aquellas criaturas, era su pijama de rayas y su estrella de David en su frente. Irónicamente así son las cosas de la vida, mientras a unos les hace daño el sereno a otros los beneficia y algunos los bautizan con el nombre de Domingo.

A LAS PLANTAS

Las buenas acciones marcan las partituras de la vida

Y el sentido del buen sembrador

A veces ajeno a la misma tierra y a la misma planta

Pero no a sus intenciones

La naturaleza habla por sí misma

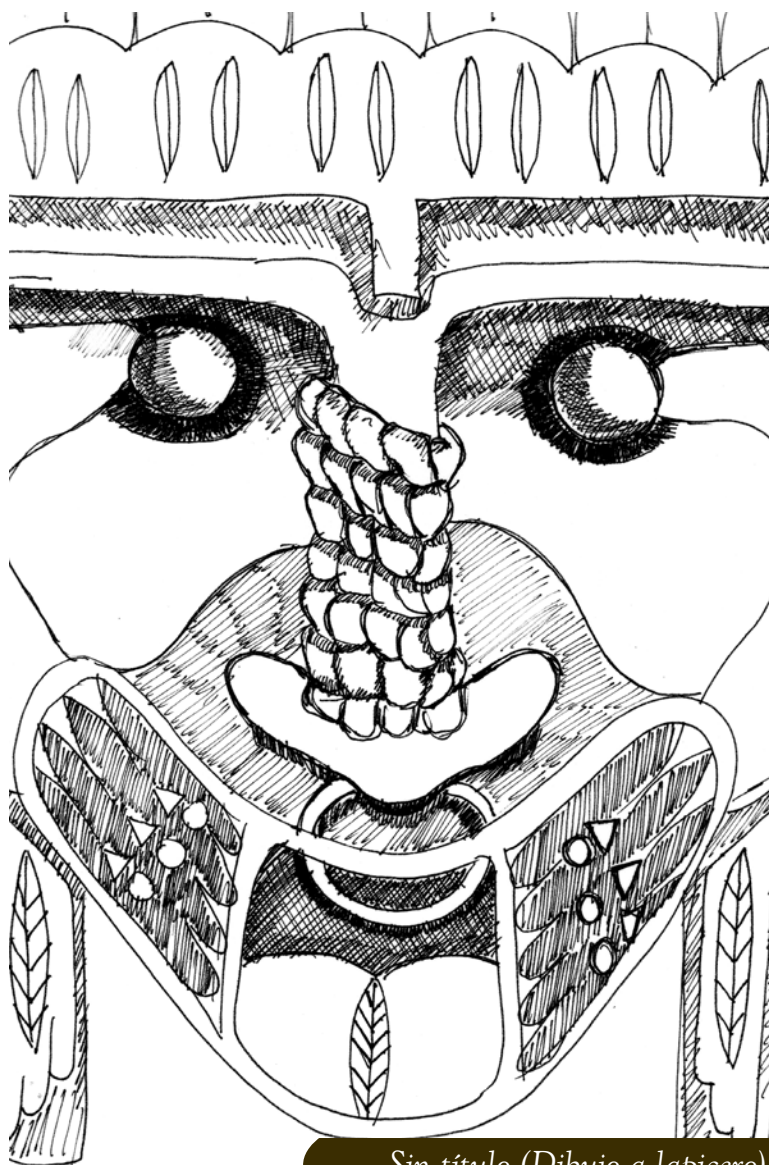
Solamente hay que esperar el momento adecuado

Para entender su susurro

Susurro perfumado de buenas intenciones

De las buenas manos y el talento

Del buen sembrador



Sin título (Dibujo a lápiz)

En la mañana a primera hora salí a buscarlo, el pobre hombre estaba ansioso esperando mi llegada y corrió a mi encuentro. Estaba tembloroso y tenía la mirada extraviada, me comentó sus pesadillas de la noche anterior. Lo escuché con mucha serenidad y se tranquilizó, pues pasé de ser su amigo a ser su padre protector, aunque no sabía cómo iniciar la curación; le pedí a Dios que me iluminara mientras con incertidumbre me sobaba la cabeza con la mano de arriba hacia abajo, bajando por mi cara.

-“Esto es cosa de machos y no de muchos, Dios en que me he metido” - Pensé.

Llevaba en mis manos el primer remedio y el muchacho se pegó a él cómo una comadreja a un pedazo de gallina. Mi sentimiento de culpa era enorme, yo era el primer responsable de sus problemas por haberlo llevado.

Empezando la semana y en la universidad teníamos programada una actividad extramural, una visita a la capital para hacer un recorrido por la gran ciudad. El muchacho me preguntó si en su estado sería conveniente viajar, le respondí. Que si él viajaba yo iría sobre todo para acompañarlo. Pero yo no contaba con los recursos necesarios para solventar mis gastos por ocho días, solamente conseguí para tres días. De todas maneras tenía un pacto que cumplir y como hombre de palabra ahí estuve el día acordado para el viaje.

Mi “paciente” también acudió puntual y además llevó la ruana que yo le había recomendado. Ahí estaba con su ruana, lo admito era una buena ruana de ovejo negro como de esos mismitos que crían por allá en la tierra de las vasijas de barro y los buenos ladrillos quemados.

Mi compañero no era un personaje inadvertido para mí. Cuando lo conocí en la universidad reparé en él un comportamiento algo enfermizo. Era insociable, su comunicación se limitaba a lo estrictamente necesario, vestía siempre de negro y se refugiaba en las esquinas del aula de clases como un borrego asustado.

Siempre estaba a la defensiva y si alguien lo retaba, utilizaba el conocimiento como un caparazón, un arma contra quien se le acercase o quisiera hacer daño. Un muchacho encerrado en su universo, Su mirada reflejaba dagas puntiagudas con veneno cuando lo retaban; Pero hoy era un cordero temeroso escondido en su saco de lana.

El camino era muy largo y se prestaba para conversar de todo con mi amigo, unas veces se mostraba coherente y otras hablaba el espíritu. Aquel espíritu me insultaba y provocaba constantemente, pero yo llevaba mis guardas: él no sabía lo que llevaba en mis manos y que en el largo camino encontraría muchas plantas y en mi cabeza la manera de utilizarlas.

Sabía de antemano que en este viaje tenía que jugármela toda y de alguna manera tenía que ablandarle el corazón y ganarme su confianza. Empecé hablándole del amor filial, ese lazo de afecto que une a los hijos con los padres. Pues el suyo había muerto en un viaje cuando él aún era un vástago. No había necesidad de contarnos nada pues los dos ya sabíamos que pensaba el otro. Pero después me aseguro lo devastador que fue este hecho en su vida.

Durante el camino había otros asuntos que atender y haciendo una pausa con esta historia, pues primero les contare otro recorrido que tenía que hacer.

Se trataba de un familiar al que le habían hecho un maleficio y como siempre para todo hay desquite. Antes del viaje para Bogotá el espíritu me habló.

“Tres brujas conjuraron un plato para vengar un amor perdido, un amor enfermizo que no te deja dormir. Maldicen todo lo que se le pega hasta el buen amor. Con chamizas de condimento y sangre con hedor al buen muñeco de paño le clavaron sus testículos sin perdón.

De una planta muy conocida con la misma les darás, de la buena cucharada que para tres hay dos. La primera será para la hija que llorará pidiendo perdón, la segunda para la madre que morirá porque ella lo pidió, la tercera para la bruja para que sepa que para tres hay dos.

De frio a caliente de caliente a frio, el viento me llevará a conjurar desde el sitio donde empezó el mal. No soy juez pero ellas castigadas serán y antes de que cante el gallo, el embrujo se les devolverá. No una sino cinco veces según hayan pedido el mal, yo no soy juez pero así actúa el bien contra el mal.

Aunque las cabras se volteen patas arriba cuando te vean pasar, así es lo dicho hecho esta y ya no hay vuelta atrás.”

¡Ay San Benito! Pobre vida si es que la tienen estas tres, no saben que la casa de mi familiar curé; protegiendo primero el estómago, la espalda de la casa y la puerta por donde nada malo entrará otra vez sin avisar. Pues la vuelta con la planta y canto conjurada está y ahí en esta tierra que caliente es, nacerá de lo frio la desgracia para estas tres. Así fue y todo se consumó.



Apuntes (Dibujo a lápiz, tomado de una revista)

PIEDRAS EN EL RIO

*Las piedras no me hablan, se han muerto en el murmullo del
río,*

Las aves aún están de luto, porque un niño se ha perdido,

Se ha perdido por su vanidad y sed de río,

De que siempre algo le esté

Esperando en el río

Tres doncellas lo acompañan en su llanto

Y acarician su espalda desnuda en el río

Pero hoy no hablaré más, callaré

Pues también, tengo la espalda cubierta,

Pero de frío.

Aquellos han subido la pendiente,

Pero este tiempo de aquellos se atrasa,

Y en mi vuelo aunque liviano, me pesan las manos

*Como piedras de río,
Pero aún hay música en mi oído, el ruido chincharrozo
De mi ruego por ser niño.*

-Volviendo al viaje y a mí amigo. ¡Sí!

Mi pobre amigo el de ruana de lana de ovejo negro, quien me murmuraba al oído:

-“No te creas Dios, pues a todos no los puedes curar. Deja eso tranquilo que buena es la enfermedad”-

-¡Tranquilo mi amigo! -le respondí. Para todos hay corazón, para ti, para mí, para mi Dios y para tu padre que ya no está.

Así como él me recordaba el mal pensar, yo le metía el corazón, así era la estrategia del corazón. Empecé por recordarle lo que un padre es para un hogar. Ponía mi ejemplo hasta mentirle por demás y las historias iban saliendo a medida que nos acercábamos a la capital.

Al inicio del viaje me percaté que ninguno de los compañeros se sentó junto a mí. Pues mi mirada no era como la de los demás me tenían temor; pensarían que estaba loco o poseído desde aquel día por algo mucho peor.

Pero en realidad no estaba solo, éramos tres. Cuando después uno a uno pasó por mi asiento para preguntar por curiosidad. Mujeres preguntaban más que hombres y averiguaban lo que querían para luego alejarse con temor. Temor de un gato curioso que por error se sentó en la teja que no debía sin ninguna precaución, si es que le quedaban todavía siete vidas.

Gatos. ¡Gatos bandidos!

Y así fue. El remedio tocó un día mi débil corazón para llenarlo de coraje y endurecerlo como la misma piedra. Piedra de acantilado que deja resbalar el agua que limpia el dolor. Todos sufrimos de un mal de amor o por lo menos nos lo inventamos; buscar un motivo que nos hace sentir vivos y agrandar nuestra fuerza de voluntad.

¡Pobre hombrecillo, tenía que agarrarlo de alguna manera!

¡Pregúntenme a mí para contar de males!

Si hasta a las monjas les llega el estupor a las mejillas y aprietan sus rodillas por temor. Si yo mismo sentí “*miedo de mí mismo*” cuando en el autobús en que viajábamos con gente tan bulliciosa y parrandera, que en lugar de un traje para fiesta vi un vestido para un funeral, ahí mismito estaba colgado junto a su dueño. Me dijo el espíritu:

“Dile a aquel individuo que no se ría tanto que de negro a rojo va a pasar, lo llorará su apreciada hija, pero su esposa se alegrará de no verlo más; Que no ría tanto porque la panza se le va a reventar y el techo del cielo de bufones hecho está. Quien más lo iba a llorar si el limón que le sobaron en las patas de chiquito, pues en una Pepa agria se iba a Tornar.

Sin más. Prepárale y dale este amuleto para el buen viaje, pues cuando pase de frío a caliente y de caliente a frío, se podrá y del susto ya no reirá más”-

Con estas mismas palabras le advertí, porque cuando uno anda con rodeos. Mas es lo que se ahoga en explicarlo, que lo que debe hablar.



Canci byo tuto, ansury (Dibujo lapicero)

AYER

*El tiempo me espanta porque ha cambiado
Me seca la garganta como piedra de río,
Sigue cambiando, como cambian los caminos
De suelas en pavimento y ropa limpia
De estruendosos silencios, partidos en tres cuartos,
De un no despertar porque estoy en vela
Consumido en el azul oscuro, de una luz que se apaga.
Y hoy en el llanto de una virgen me acojo
Sobre en vomito serafín agrio de leche materna
Cinco pórticos para muchos tiempos
Creo que es hora de caminar descalzo.*

A mi pequeño amigo enruanado y con un golpe de manos lo llamé; pero él con displicencia en su mirar me dijo:

-¡Déjame tranquilo! -“Estoy haciendo mi trabajo y a todos no los puedes salvar, mira que con la enfermedad se puede sonreír.”-

Desde a acá, otra vez con un golpe de manos lo llamé y le advertí y así mismo me volteaba a ver.

¡Pues si! Que mas enfermo que tú que se ríe de la desdicha de los demás.

¡Cuidadito que también vas a llorar!

El viaje continuaba de parada en parada y cada ruta era la enseñanza de una nueva planta.

“Payande” se llamaba. Una buena planta que me enseñó un amigo mientras su sed saciaba en mi mano ensalivada del que mira su llaga. Sumido por la culpa de tropezar mientras paseaba y cegado por el olor del amor pasajero de esos que embrujan y no queda ni una mirada.

Una buena planta para castigar a otro perdido que se consumía de sed mientras lo fueataba. Al principio se reía pero después se desesperaba, sólo le faltaba dar un aullido como el de mi querido amigo, que me mostró esta planta. Que por no ver más allá de sus narices casi le cercenan las dos patas.

En la medida que pasaba el tiempo, así mismo pasaba cada uno de mis compañeros por mi asiento. Con cada cosa que les decía

tenía una certeza porque era la planta la que hablaba. Y aunque el pez gordo todavía no había picado listo tenía el anzuelo, pues la estrategia aún seguía en juego.

-“¡Deja de hacerte el héroe, que de esos está lleno el cielo!-

-“¡Deja que se enfermen, que la enfermedad es buena!”-

-Murmuraba. Mientras en su negra ruana se escondía.

El viaje era eterno y el ombligo me apretaba. No sabía qué hacer me intimidaban unas veces sus miradas y otras sus palabras. Se alejaba y de nuevo me hostigaba provocándome sensaciones de inseguridad.

Aquel espíritu tenía los dos poderes, pues era evidente su ambivalencia; sus sentimientos contradictorios entre el bien y el mal afloraban simultáneamente.

Lo fustigaba aquel espíritu y él no era capaz de controlarlo. Pero en menos que repican las campanas y las beatas están adentro listas esperando la llegada, se me vino a la cabeza la manera de calmarlo.

Sabía qué planta lo poseía y a cuál animal adoraba, el mes en que había nacido, cuál era su nombre y la debilidad de su alma. En la oscuridad de la iglesia conjuré el atado con salinidad santa. De corazón están hechas las almas, hay que unir las y luego separarlas. Porque el amor debe ser de un buen amante para que sufra el alma.

A escondidas y perdidos en la capilla santa bajo su ruana, se confesaban el amor que se tenían sin que nadie los pillara. Dos personas opuestas para que después, así mismo se partan.

Así me avisó el espíritu cuando ella misma me presentó la rama; no fue romero, ni muérdago, ni otra planta, con la que uní al nido y con la otra lo arrojé al abismo y mi propia confianza; de que al agacharme encontraría el pedazo que une y el otro que separa, en este mismo sitio aunque sea tierra lejana. Se enamoró de quien no debía. Después de este viaje nunca olvidaré el alivio de este amigo su ruana y su alma.

-Así lo hice. ¡Pobre hombre!

El itinerario del viaje continuaba sin contratiempos con buenos y malos ratos, los días pasaron de buena hambruna y a cada compañero que nombraba una cuenta en el collar de mi garganta le asignaba; todos solicitaban mis consejos y las palabras salían no de mí sino de la planta sagrada.

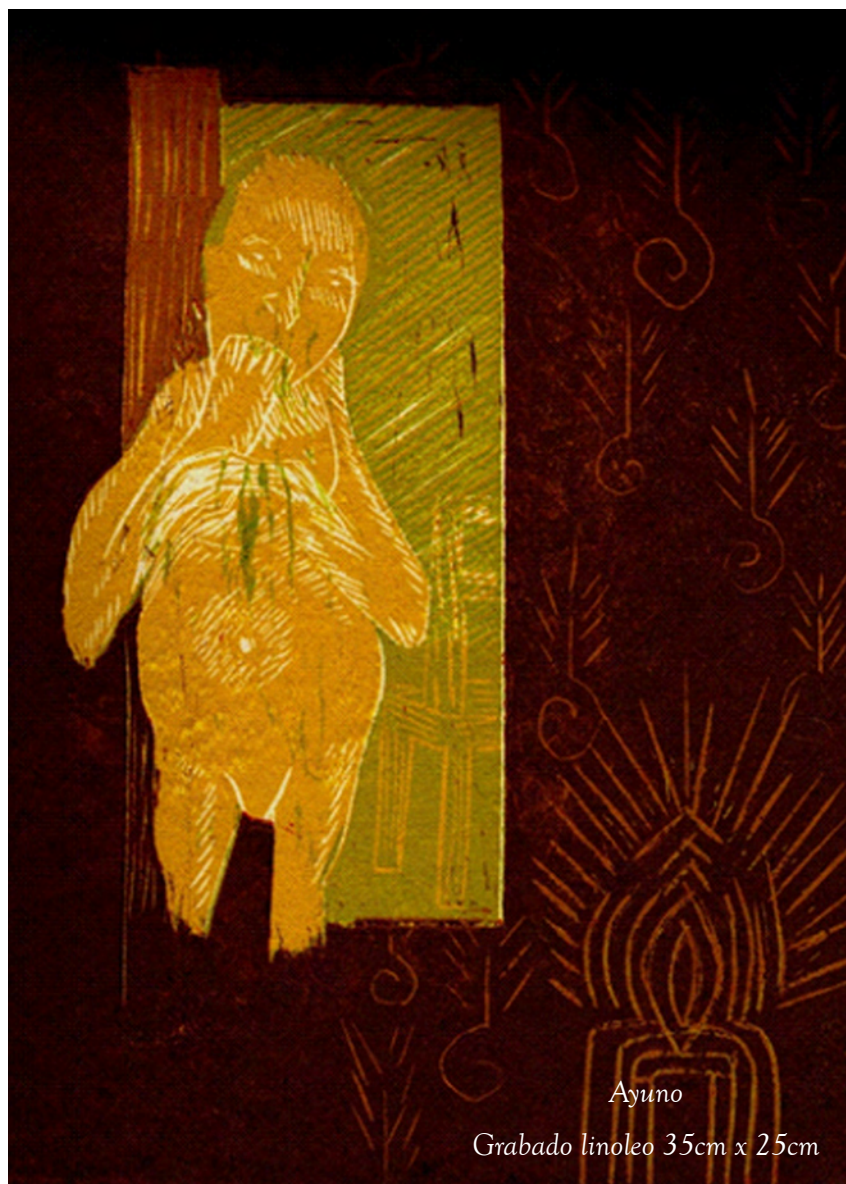
Finalmente llegamos a la capital y el recorrido inició en un museo de historia, cuyo nombre no recuerdo porque yo estaba en otro asunto. Mis pasos me encaminaron a una vieja casona atiborrada de historias de antiguas batallas y gloriosos bailes de gala; poder y lujuria de elegantes mujeres con faldas largas que tapaban sus tobillos pero no las ganas. La ramplona hipocresía de los héroes del momento temerosos de trasgredir sus propias colonias, familias y linaje.

Antes de llegar a esa casona rechinaba en mi oído la aclamación de una plegaria, instintivamente miré una gran campana que todavía no repicaba, inmóvil estaba como esperando a que llegase. No tardaría en contar hasta tres para que repique, así me pusieron una ilustración en la entrada, antes de que llegara a la gran puerta por donde entran todas las almas a rezar sus plegarias.

Aunque en la entrada te pidan limosna para una plegaria mal conjurada; Les di lo que querían antes que terminaran de cantar las campanas. Un consejo sabio salió de mis labios para quien repartía las plegarias, augurándole de buena fe que a oídos de los dioses llegara.

AYUNO

*Labios colgantes que rezan viejas heridas llenas de corazón,
Una luz se arrodilla en forma de crucifijo
Y una mirada acoge el dolor, el dolor mío y ajeno,
Y pinta de rojo infante y de blanco almendra
mi dolor espiritual
Que se vuelve carne y sangre
En la misma lengua del que muerde.
Y del pobre que muerde, pues, ya no tengo nada más que
morder
Sino heridas que ofrecer*



Aquellas campanas anunciaban la llamada de los ángeles y de los taitas mayores al gran portal de los arcanos, de los santos, de los animales que vienen a auxiliarme, de las plantas y del lenguaje sagrado de los ancestros del valle. Que buen repicar del badajo sobre el alquímico bronce quemado, latir del mismo fuego en vasija de barro. Eco consagrado de tiempos antiguos que reclaman del hoy la reflexión del pasado.

De un lado a otro paseé por la gran capital, calle arriba y calle abajo como si la conociera desde tiempo pasado. Las grandes torres no me atemorizaron y las ruidosas babosas articuladas, ni siquiera me rozaron. Una extraña fauna habita en las calles: palomas gordas y otras flacas; parecían alimentarse de los vicios de la ciudad y así, en su vuelo se levantaban en bandadas cagándose encima de la humanidad.

Cristianos perdidos en su mundo y otros en el gran basurero de otras vidas. Ambos amontonando todo lo que encuentran o simplemente un poco de esta ciudad sin dueño. Hombres sin tierra y sin pensamiento, personas que han perdido el instinto de orientación en el estrecho espacio que demarcan las cordilleras o será por el smog que las oculta, o por los callejones sin salida y puertas cerradas a la reivindicación de lo que verdaderamente tiene validez en el tiempo.

Me pasó cuando visité una gran catedral que divisé a lo lejos; a medida que me acercaba, mis pasos se volvían monótonos en esta tierra gastada por otros tiempos, tiempos en pavimento. Cuando estaba a sus pies, miré su enorme puerta de madera tallada y de hierro forjado, con exuberante iconografía al estilo barroco.

Arquitectura celestial y de espejuelo, la imponente fachada con un peculiar poder de dominio y una fuerza gravitacional; admitía la comparación con Magritte en el manejo controlado y elegante y en lo absurdo de su fuerza gravitatoria.

Aunque pesaba más que la misma ciudad, este portento de arte sacro daba la sensación de estar flotando en medio de la fangosa ciudad; por supuesto estaba cerrada para el que quisiera admirarla.

¿Qué es lo que ven mis ojos, un adentro hacia fuera? -me preguntaba.

Pues la inseguridad y la incertidumbre se miden allá en gran encaja. Parado afuera y sin poder entrar, percibí el sentir ciudadano todo está allí pero nadie lo puede disfrutar.

¡Qué espejo!

¡Uno piensa que se va a perder, qué va! Pues especulan sobre su grandeza.

Lo que siempre estará abierto para el residente y el turista son los hangares abarrotados de mercancías que alimentan la obsesión permanente del consumismo, que llenan sus casas y estrechan el corazón.

Recordando a mi padre cuando encontré este portal cerrado, quien me obligaba después del colegio a ir a misa a las tres de la tarde. Y para mi alegría en aquella hora siempre encontraba su puerta cerrada.

Haciendo tiempo fuera del templo y de regreso a casa le contaba mi observación; pero la respuesta de mi padre al saber mi verdad exclamaba:

-“No digas más mentiras, Masón es lo que eres”- y callaba.

Nunca entendí su significado pero era mi verdad entre lo que miré y pensaba. Por eso cuando hablamos de moral su significado es ambiguo; sabiendo que el valor es algo muy íntimo y personal. Aunque me afecta esta situación no soy juez de esta ciudad.

Luego de haberme encontrado con dos amigos, deambulé junto a ellos por calles atestadas de gente, por bares concurridos en horarios insólitos, tiendas de dulces para los golosos, restaurantes para los ahítos, ventas de ambulantes y artesanos, librerías para los intelectuales, humo de cigarrillo, olor a crispetas y a vapor de agua en pavimento después de un corto verano.

Pero en medio del barullo citadino un olor a naturaleza me sacó de mi ensoñación. No sabía de dónde procedía el inconfundible aroma de la limonaria, la albahaca y el cedrón. Fue fácil rastrearlo; atravesamos un parque, una o dos cuadras y ahí estaba. Un carrito ambulante con bebidas aromáticas se paseaba entre el murmullo del aguacero y el rugir endiablado de los autos. Sobre el piso lluvioso se reflejaban sus frías y crudas hojalatas en acero y en mí, la necesidad de sentir la naturaleza y saciar la nostalgia de mi hogar en una gloriosa bebida aromática.

Fue el momento de interrumpir mi ausencia y perder la ruta que me había trazado.

Siempre el azar se cruza en el momento preciso para distraer nuestros sentidos, como el susurro del alma, aleteo fragante que cambia el destino.

Al pie de un edificio de gran estilo republicano, hicimos una parada para reorientar nuestro nuevo camino; al otro extremo de la calle estaba la popular plaza de san Andresito.

Y cansados de mirar por horas lo mismo y visitar tantos sitios nos dispusimos a darle gusto al estómago. Buscamos un restaurante para probar el ajiaco, plato “típico” bogotano; en una zona de muchos restaurantes, que competían entre ellos con sus pantallas gigantes en tres D metiéndoles la comida por los “mismísimos” ojos, succulentas bandejas con presentación y colores manipulados por los artífices del fotomontaje, con nombres extraños en todos los idiomas y a la entrada un corpulento anfitrión que casi a la fuerza lo arresta a uno para encanarlo en su restaurante.

Pero firme en mi intención de saborear un ajiaco bogotano, aunque en el camino me ofrecieran desde carne a la llanera, lechona, pollo brosther, arroz chino, comida en todos los idiomas.

¡Estábamos decididos a degustar el ajiaco!

Llegando a una vieja casona con olor a leña de hogar. Donde preparaban el platillo, en el cual la invitación la hizo nuestro amable y amigable profesor, donde degustamos el ajiaco y además de la agradable compañía de mis buenos amigos.

¡Fue un buen ajiaco! -No lo puedo negar.

Y añorando una siesta como lo hago en mi casa después de almorzar y de probar el locro como le decimos en mi tierra. Pero sin esas ramas que se encuentran en los potrero o terreno baldío las” guascas”, estiré las piernas y me relajé un poco.

Quería permanecer allí por unos minutos más, pero el mesero me miraba con desconfianza, vio en mi la cara de forastero y estaría pensando que no le iba a pagar, de modo que antes de perder la cordura, le comenté a mi querido amigo quien se ofreció a pagar la cuenta a salir de allí, pues la siesta paso a ser de un descanso a una fustigante vigilancia.

Por una extraña casualidad al salir me encontré con un paisano, los tres quedamos sorprendidos al vernos tan lejos de nuestro tierra y encontrar un rostro conocido en esta gran ciudad. No es más que una mera coincidencia y hablamos del pavor que ambos le tenemos a esta selva capitalina y le dije:

Parece que no es una casualidad, pues el pavor a esta metrópolis nos margina a trajinar por los sitios más concurridos. Después rápidamente nos despedimos, sin más ni más a lo lejos le grite.

“si o que la sangre tira” -y alejándose sonrió-

UNA PAUSA PARA EL SILENCIO

*Estoy sediento y mi copa se vuelve agria,
Se agria al batir una lágrima negra.
Pues ha caído dos veces y suspiro.
Suspiro en el viento del cercano sueño
En lo profundo de mi aliento
Del latente frío en el silencio plateado y del tiempo de hoja-
lata
Tiempo negro y oscuro de conocimiento
Miedo cambiante que produce nauseas
De quedarme quieto
Una y otra vez suspiro bajo la lana vieja y
Vomito un alarido.*

Llegada la noche me encaminé al hotel, iba recordando cada imagen y cada sensación; espacios enormes para llenarlos de gente, de autobuses, de teatros, de plazuelas, de palomas y basureros; hasta los mismos huecos rebozados de miserias en este cementerio. Claro, es factible que uno se pueda perder, perderse en sus costumbres, en su extraña cuzma, en su aparente hospitalidad. Por eso es mejor ser forastero, cabe la posibilidad de encontrarse con una cara conocida.

Al día siguiente visité un hermoso lugar. El museo del oro, un lugar en donde todos comulgaban con lo mismo esa parte orgánica que les falta respirar ahora. Con elementos para honrar a nuestros antepasados lo mágico y su conocimiento.

Vasos rituales sagrados elaborados en oro, gualcas y guardas para protegerse el pecho y el ombligo, canilleras y pulseras en sutiles filigranas. Todo un arsenal para entrar a cualquiera de los mundos.

Las vitrinas de exposición parecían las de un almacén, lucían bien decoradas aunque no primaba el valor ritual y religioso de los objetos sagrados, sino el sentido estético del arreglo, por ejemplo: El traje de mujer lo llevaba un guerrero y la sotana del sacerdote la lucía un curandero.

Lo sagrado debe estar en el orden que corresponda para que funcione. Cada cosa con su historia; de cada mundo para poder entrar. De qué tipo de seres son, si tienen uno o los dos poderes, los que trabajan con los muertos, con los animales de la selva, con los del aire, con los de abajo, los que trabajan con los seres de las plantas y los otros mundos que los conozco, pero a donde temo entrar.

De los que están más altos que los querubines; mundos que no se sabe si vas a volver.

Una buena experiencia pero tengo la certeza de que su valor está ahí, en su fuerza ritual se manifestaría si tan solo pudieran ser utilizadas. Que no daría por comunicarme con esos mundos y con aquellos objetos que tienen el lenguaje y el pase para entrar.

Solo diría. ¡Enseñame y protégeme!

Me harté de la capital, era hora de volver y esa tarde cansado de tantas vacaciones regresé. Tenía mucho por caminar y aprender. El regreso fue tedioso; el camino se volvía eterno y monótono. El resonar del motor viejo, la fatiga de la faena del viajero, los mismos espacios recorridos, nada nuevo; catorce horas sin pronunciar palabra.

¡Qué viaje!

Hasta el chofer se estaba durmiendo y yo sin poder pegar el ojo y con el estómago adherido a las costillas, controlando mi humanidad para no desfallecer después de seis días de ayuno.

EN VELA

*Hoy le escribí a un amigo, a un amigo de turbante blanco
Y paleta de colores.
Me ofreció su espacio en bandeja de oro
Compartimos la risa al igual que el silencio
Hablamos de suerte en el casco ausente
De una herradura
Velas de alambre que no se consumen
Riego de agua bendita que llena mi alma
Donde no existe el sueño solo el conversar
El conversar con uno mismo y escuchar un rezo
Que solo los dos conocemos
Conocemos ese olor de distintos espacios para regalarnos los
Mismos colores.*

10.

LAS SIETE TAREAS

Qué bueno es desempacar las maletas se siente el perfume guardado de otros sitios, sabiendo que toman de nuevo el olor a tierra; de los buenos perfumes, perfumes de hogar, olor a tiempos de familia.

¡Qué grato es ver de nuevo el viejo reloj! colgado en la pared marcando otro ritmo.

Las estampas de los santos colgadas detrás de la puerta me dan la bienvenida y hasta las plantas se alegran al ver que regresé para cuidarlas.

No existe un placer más deleitoso que calzarme los viejos zapatos y poder hablar con mi vieja pijama. Reconocer mi propio espacio con nuevas tareas, organizar y dar lugar a nuevos compromisos.

Aunque la vida está llena de tareas, que deben realizarse en un determinado tiempo, la tarea de nacer, de abrir los ojos, formar una familia, nombrar lo que te hace falta. Muchas tareas que requieren un espacio conmutable con las mismas cosas que has guardado.

Me asignaron siete tareas ¡Tareas difíciles! Atemporales, pero tengo que hacerla.

Llegó el tiempo de peregrinar; hay que quitarse los zapatos para sentir la tierra y andar por donde otros lo han hecho para encontrarse a sí mismos. *“Pues así se me inflamo el corazón”* Dejando la tierra, el hogar y hasta lo máspreciado.

Caminar con dolor y alegría en pos de conocer el verdadero sentido de la vida para dejar en lo posible, una huella en cada joven, en cada anciano, en cada familia y aún más, en cada desdichado.

La primera tarea visitar la gruta sagrada de donde viene mi nombre, aquel refugio donde se invoca a la piedra sagrada.

Época cuando la sagrada luz viene del cielo para darnos entendimiento amor y sabiduría.



A mis Santos (Apuntes de cuaderno)



A mis Santos (Apuntes de cuaderno)

*“Comenzaré de nuevo. Caminaré hacia mi origen donde la
cuenca del río partirá el espacio de la vida, del ser niño al ser
adulto me enseñará a caminar.*

*Aquí encontré un buen altar. Que entre lágrimas del alma es-
tán escritas en dos velas con sangre sagrada.*

*Fluido derramado con el dolor de la pérdida de un hijo; que en
adulto se convertirá. No pasará a ser anciano y de los males
curará.*

Pero invocando y ayudado junto al santo médico y pescador.

*Ese día con dolor camine a ofrecer una llaga de amor y las lá-
grimas a la santa madre que de pies a cabeza de rojo se cubrió,
que en el fondo de este atuendo la mortaja del mismo color de
su adorado hijo vestirá.*

*Una madre con dolor, que en las cenizas que ofrenda este foras-
tero. El sentirá el mismo dolor. Como cuando pario a su hijo,
creció, y de virtud se lleno y a las tres de la tarde murió.*

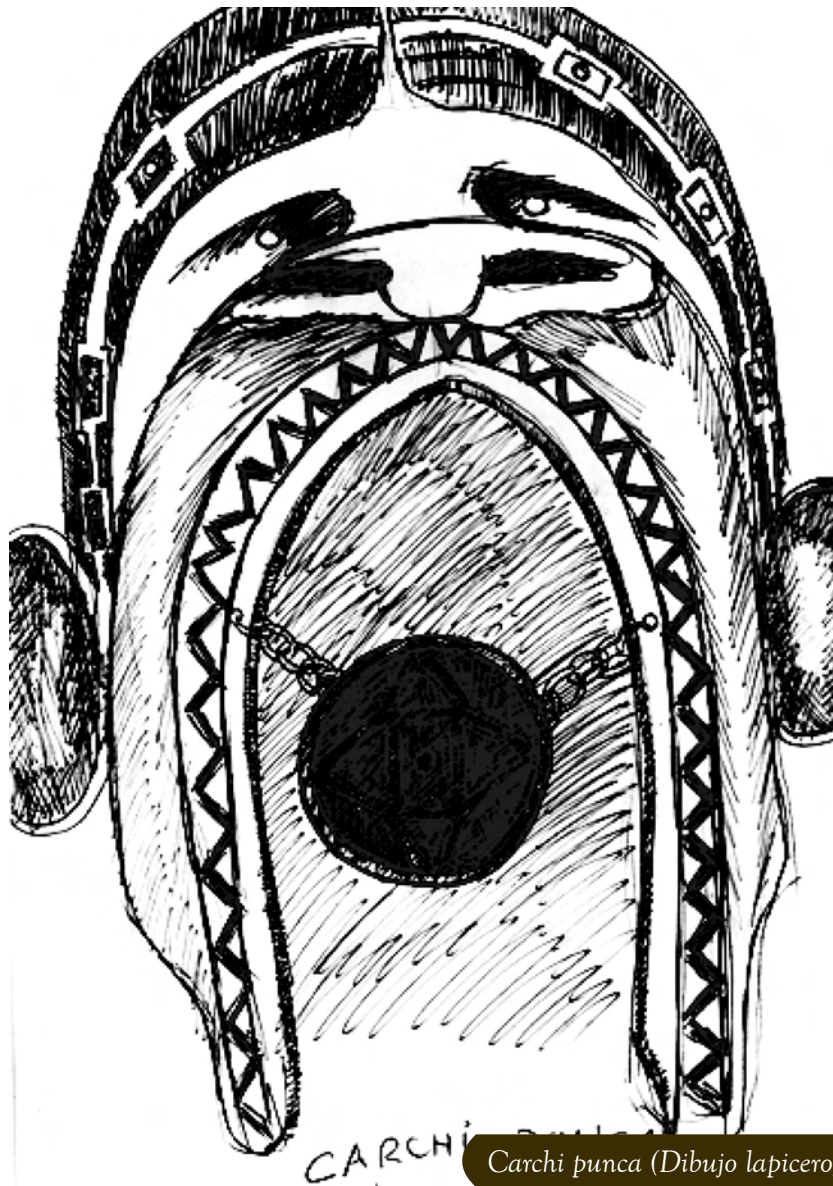
*Pero antes del medio día a este caminante guiará a pelear
con las palabras de un santo que los justos escucharan, una
anciana rezandera le enseñó a hablar.*

Para ganar indulgencias del mejor texto aprendió.

Le enseñó donde buscar la preciosísima sangre de nuestro señor y olfateando en el camino la tierra de guaca encontró; cuando le ofrecieron de la misma, en aquella, una vasija de barro encontró con buen afrecho ancestral, madre e hijo de barro llevara a guardar a su nuevo altar.

Sin parar en la noche la llegó a cocinar, adornada con plantas sagradas y la ofrenda adentro para poder curar, a la vasija y un gran mal.

La cocinó y cocinó por más de cinco horas y otras seis la dejó enfriar, mientras tanto invocaba a los seres de chiva tai.”



Carchi punca (Dibujo lapicero)

Así, cuando las cosas ya estaban frías y hechas, sólo bastaba arrancar por otros rumbos y encaminarse a donde soplan otros vientos y la manta de la tierra no tiene fin.

Caminé en un día lleno de gloria para una curación. La gran curación que hará las aguas cálidas y los fluidos de la madre tierra, de lagunas verdes, con bocanadas amarillentas con aliento de la tierra.

Un arduo caminar para llegar a la cima, a donde sólo se encuentra la buena madre que curará la más dura enfermedad y la brujería quebrara.

Del gran manto blanco y del mismo color de la tierra. Así apareció como un soplo de vida y un abrazo cálido de madre carmelita; que con su corona el mismito cielo iluminara; vigilando a quien cree en ella. Hacia allá, en las buenas aguas de la montaña donde crecen sus verdes cabelleras.

La ofrenda cocinada está; por cinco horas para mi madre tierra y enfriada por seis más que el camino durará, así frío y caliente, planta de agua caliente por dentro y fría por fuera.

Humores que se suben a la cabeza en la buena altura, así se curaran, humores que afectaron desde su nacimiento.

¡Y así paró de milagro la madre carmelita aquellos males!

CERBATANA

*Esa misma risa, reiré una y otra vez, hasta que se vuelva
canto*

Canto y veneno amargo, amargo de alegría,

Serenata íntima y necesaria para conjurar el pensamiento,

Te invito al coro de mi canto, pero no te espantes.

Agárrate fuerte no pierdas el compás

Porque la entrada se vuelve turbia y no querrás volver

Sígueme por el camino abierto

Que te regala chiva tai, hombres de tierra y éter,

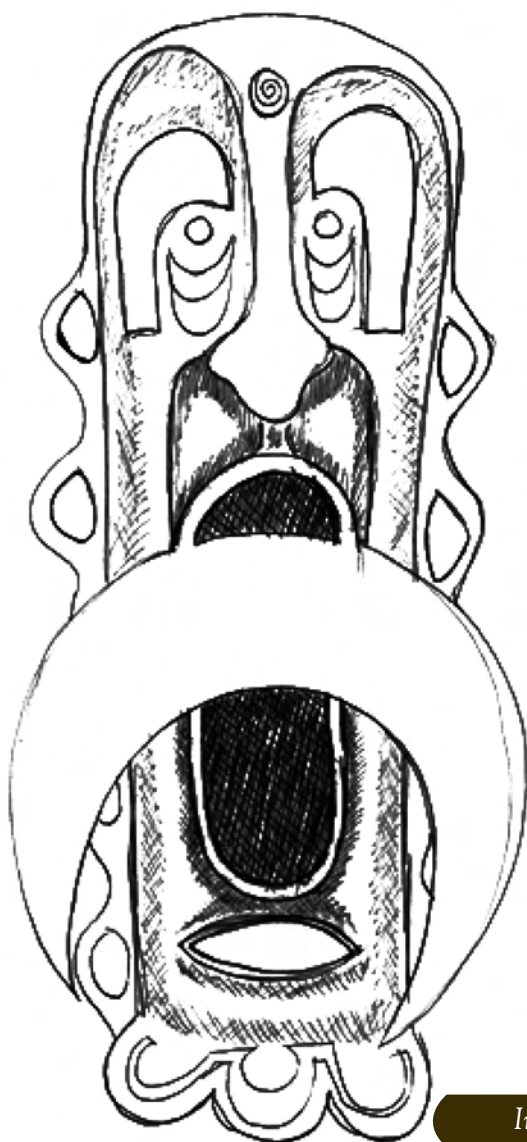
Que permanecen y piensan en la oscuridad,

Porque el resplandor engaña y los vuelve torpes

¡No tropieces!

*Abre tus alas, sale de la concha y arremete con el cuerno del
pensamiento*

*Pero no soples tanto veneno si quieres regresar; vuelve a tu
origen.*



Inti fanuca (Dibujo lapicero)

CHITARA

*Los malos humores se han ido de casa
En el singular canto cálido del agua
Chitara adormece en su cálido vientre,
Se confunde en la roja sangre de su nido
En las paredes ligeras de otro pueblo,
Su melodía sigue cantando y resonando
En los abrazos del anu re di*

Y así las tareas; intento desdoblarme para efectuarlas. Pues contaré la historia de dos almas en el camino que parecían arrieros pero de otra época, no sé qué arriaban de pronto buenos encuentros, pues este fue uno de aquellos.

Ese día me sorprendió el aspecto de dos personajes, que en plena lluvia caminaban a un lado de la carretera. Un hombre de unos noventa años, ciego, andrajoso y de aspecto cansado junto a una mujer de unos treinta años; sucia, mocosa y descuidada. Pues no se alcanzaba a limpiar los mocos secos, mientras le correaba otro casi llegándole a la boca.

Y en ese instante se los arrinconaba con la palma de la mano y algunos que otro se remojaba con las babas que le correaban. Mariana parecía llamarse y con un gesto de su cara afirmaba todo lo que su padre le decía.

Particular escena. Una boba, muda y sin rumbo guiando a un viejo un poco sordo y ciego. Los unía además del parentesco un largo bastón que terminaba en una “nacido” de la misma rama de donde el anciano afianzaba fuertemente su mano.

Me acerqué haciendo señas amistosas para ganarme su confianza y de alguna manera comunicarles que me dirigía en busca de la piedra sagrada. La mujer sacudió el bastón y el viejo estimulado por los sonidos guturales de la hija comenzó a hablar.

No tuve necesidad de hacer preguntas, sólo escuchar. El viejo ciego hablaba por los dos, pues conversón incansable de viejas historias, Carlos de la Villota se llamaba.

Me contó con un hablar fluido la experiencia que desde niño, desde “guambra”, le llevaba la comida al fraile; ese fraile extraño que vivía como ermitaño en la cuerva sagrada. Pues todas las tardes mientras el demonio se descuidaba, bajaba prontito a la cueva para llevarle el alimento “que le podría hacer a un niño si de travesuras ni el diablo les gana” y entre conversa y conversa y de cuando en cuando, jalaba el bastón la muda sacudiendo al anciano para que callara. Pues las confesiones a veces hacen cambiar el rumbo y hasta el sabor de la comida.

- Le hice una que otra pregunta. ¿Usted notaba algo extraño en aquel fraile?

-¡Pos nada!-Respondió.

-“Lo único que noté fue que no comía, pues, cada vez que le llevaba la comida del día, la anterior estaba todítita amontonada en el plato” -

¿Es verdad que era seco como bejuco? -Pregunté.

¿Así como lo muestran en las estampas y que hasta los ríos les hacía devolver la corriente mientras el diablo lo tentaba?

-“No estoy seguro, de lo del río -dijo. Pero aunque no comía se mantenía toditito gordo blanco y rosadito él”-

¿Y su aspecto?- le pregunté.

-“Pues no sé que es aspecto. Pero cuando yo era niño, lo miraba más alto que la yegua que tiene doña Alejandra, del vestido ni se diga aunque vivía en una cueva parecía una palomita santa; así mismito abierta sus alas como crucificado en la piedra”. -Contó el anciano.

¿Y eso no le parece raro? -Pregunté.

- “¡Qué va!” -Me dijo.

-“Lo más raro es que se me hace tarde para llevar este almuerzo, que se aceda y esta muda no me jala.”

Mostrándome el camino para llegar a la cueva santa y como si yo fuera un ciego, bajé sin mirar las demás montañas. Mi único motivo era encontrar la piedra y ofrecer el sacrificio en cruz de la preciosísima sangre, con la ofrenda que llevaba.

Eran las tres de la tarde y así cantaron a mi oído las almas:

- “*¡Bajaré, bajaré y hasta encontrarte no descansaré! ¡Gusto en verte! ¡Hoy estoy aquí!* ”-

El círculo en el centro se ha cerrado; la mancha roja en la frente en forma de una cruz me he colocado y un vaso del líquido he tomado. Con la extensión de mi mano milenramas he marcado; los frutos de este mismo fraile he tomado y sembraré aquí mismo las semillas, por donde anda este duende que canta, bajo las plantillas del cura despistado.

Luego el duende canto como pájaro y casi enciendo un cigarro, pues así me hubiera entrado, no sé si a cantar o como el cura me habría ahogado. No en cristalinas aguas, sino con la tentación del de al lado, pues temblando mis canillas y aguantando en una botella lo he atrapado. Ahora ya no va a cantar porque el círculo se ha cerrado y la oración rezaré la que el espíritu de la muerte me ha indicado, una y otra vez para salir de este sitio hechizado.

Caminaré bajo los colores de la lluvia y no me mojaré, pues convite vamos a hacer, como arriero seré y aparcaré a las novillas de colores una y otra vez.” *Toro blanco, toro pinto, torito de mil colores*” y Así pues mandare a los mismísimos infiernos a quien viene a los pobres cristianos a tentar. “*Jesús, María y José*”

Al salir de aquel infierno me encontré a un vaquero que me preguntó qué hacía por ahí, le conté que don Carlos me había enviado allá abajo, a llevarle de comer. El vaquero muy sorprendido no me creyó. Me recomendó que tuviera cuidado que era muy peligroso andar por ahí, que hasta las culebras pintadas en la piedra podrían revivirse y picar.

- Siga su camino joven -me dijo.

-“don Carlos que en paz descanse era mi papá, y ahora que él bien enterradito está, dejémosle descansar.”-

Y Así, otra tarea cumplida está. ¡Ay santo bendito! En qué otros líos me meterás -Pensé.

Llegue a mi casa con las dos botellas, porque así como los vaqueros, se deben acarrear las almas de un lugar de aquí, para un lugar de allá. Y a propósito:

¿Cuántas tareas cumplidas van? No sé si serán siete y cómo vamos parecen ciento una y más. - Pensé.

A las cuatro de la mañana del día siguiente me levanté sin más ni más. Tomé mis menjunjes y salí a caminar por más de siete horas hasta donde mis piernas pudieron aguantar.

Caminé por trochas, remonté caminos, unté de arcilla mis pies descalzos, subí hasta el páramo y en cuanto vi la cruz en tres, descendí y encontré las señales de mis ancestros que del mismo cerró son. Por el mismo camino el triangulo encontré las tres piedras de poder. Comprendí el porqué de las ofrendas: Las botellas, el cigarrillo, el duende, la sangre, la llaga, el consejo del abuelo y la oración del vaquero.

Ahí, en la misma piedra grabada cante y los solté. En un instante subí a los cielos, no supe a cual, si al de arriba o al de abajo.

¿Pues las vacas no caminan en las nubes y las piedras no flotan en él?

Así mismo señale la misma escritura antigua para poder andar, no por arriba sino por donde se entra a la gran espiral.

Y ahí, ahí me sostuve fuerte, pues, la entrada es suave pero el regreso no se sabe si vas a retornar. Menos mal que yo no fumo estiércol de vaca, porque sino en la otra chorrera me han de ahogar.

Así las estrellas me guiaran coronaran el cielo en las patas sobre la esquina del centauro, que la flecha te indicara. Pues, ahí es a dónde vas, menos mal que es el mes de la buena madre que te ha de amparar. Así este tiempo consumado está.

Colina abajo me encontré a un parroquiano que me preguntó:

¿Qué haces por acá?

Así como usted, vigilando estos sitios para que ningún bandido, ni una vaca se vaya a llevar- le dije.

Confianzudo el parroquiano, su acento no era de acá, su seseo era de forastero.

-¿Dé donde sos vos? -Me preguntó.

Del mismo sitio de donde venís vos, pero yo he caminado más que vos -riposté.

-¿Y a dónde es eso? -Preguntó.

Por si no te has dado cuenta, el cielo se bajó hoy -le dije.

-¡Claro que sí! -Dijo. ¡Pero no me había dado cuenta hasta hoy!-

¿Y entonces, dónde está el buen cuidador? - le dije.

-¡Si estas vacas fueran mías, sería mejor cuidador! -respondió.

¿Y acaso, estas vacas no comen de donde pisan vos? -Le pregunté.

- ¡Esta tierra no es mía, porque de aquí no soy yo!-Respondió.

¿Entonces, de donde crees que soy yo? – le dije.

¡Cuidadito, cuidador! ¡No mires tanto por donde caminas, ya que puedes tener un buen resbalón! - insinué.

-Está bien, me despido señor y que la neblina del camino no le haga resbalar hoy -Dijo.

Tranquilo vaquero aunque estas botas sean prestadas me cuidaran para que hoy no sufra ni un resbalón. - Le respondí.

Perdí la cuenta de las tareas cumplidas. Más no tiene importancia, ¡qué más da! si es una o dos más. Bajé de la montaña, untado de barro hasta por demás y decidí darme un chapuzón en un riachuelo de aguas limpias que pasaba bajo un rústico puente.

Y echando los trapitos al río los lave y como Dios me trajo al mundos, me refundí en las frías aguas antes de que la mirada de algunos curiosos pudiera vulnerar mi pudor. Pues la vergüenza se me quito al sobarme un poco más, el agua estaba tan helada que me puse morado y arrugadito como uva pasa cuando asoma el atardecer.

Eran las cinco de la tarde y me vestí, con los mismos trapos mojados y el camino se perfumaba del olor de un buen sazón de gallina de campo, el cual invadió el ambiente aromatizando el lugar. En donde dos muchachas se encontraban sentadas en el umbral de una casa vieja, quienes me saludaron con un gesto de invitación. Una mirada picara tenían las dos, pues creo que les gustó verme lavar la ropa cuando bajo el puente y el río me acogió.

¡Vaya que tenía hambre! Y un camino arduo por recorrer.

Pero así como pasó la eufonía de la invitación y los deseos de ser gavilán. Pasó el hambre, la tarde, luego llegó la noche y ándele que hay que caminar, *“pues, la faena de regreso principiaba y este tiempo es para pensar.”*

Bien entrada la noche llegué a mi casa con la ropa bien limpia y seca, las cristalinas aguas del riachuelo lavaron mis culpas, el barro de mi ropa, los íntimos deseos de mi cuerpo y el cansancio de aquella faena. Pues nadie podía imaginar mi trasegar de ese día, era justo descansar y pensar.

Recapitulando los sucesos recordé al fraile de la cueva, ahora comprendo el porqué de la blancura de su hábito y el secreto de su inapetencia. Pues en el monte hay tanto que hacer y pensar, que hasta las necesidades básicas se pueden ignorar.

EL MITO

“Así, en el principio de los tiempos cuando el cosmos era vacío y sus dioses comulgaban con todas sus fuerzas, siete seres individuales en pensamiento, atados entre sí por la espalda con el lazo dorado de la sabiduría; no soportaron el pensar que el otro podía ser más poderoso que él mismo.

Ese día estallaron hasta romper la guarda que los unía, tan sólo para poder mirarse a los ojos.

El cosmos se abrió en millares de centellantes ojos. Ojos que lo ven todo. Y así dominaron su territorio.

Se miraron el uno al otro y soltaron al mismo tiempo una gran carcajada al ver que los demás eran iguales a ellos mismo. Ese primer día hubo tranquilidad.

Pero los días pasaron y el aburrimiento los acogía, ya no era igual que cuando estaban atados, porque ya no había un motivo para pensar.

Pasaron cuatro días de aburrimiento sin que nada se inmutara, pero la monotonía se vio interrumpida por la creación de los espíritus de los animales sagrados y las plantas sagradas.

Los dioses no podían creer que surgían naturalmente sin esfuerzo, sin la ayuda de ellos y custodiaban su magia.

Entonces, al ver su inhabilidad, decidieron poblar el cosmos con seres que los adoraran.

Así, pidieron permiso al gran oso, para que les ayudara. Este espíritu tenía el sortilegio y tarea de rasgar el origen en el primer cielo y así lo cumplió y lo hizo. De cada garra nació una estrella. Y cuatro fueron los primeros hijos de los dioses.

Sus hijos tenían poderes semejantes a sus padres; los dioses estaban orgullosos de crear seres perfectos y con poderes. Pero en esos dos días aquellos hijos osaron por conocer los misterios de los otros mundos y probar sus fuerzas en ellos.

Decidieron bajar a la tierra para jugar; pero al estar ahí, notaron que sus poderes no funcionaban y tuvieron que portarse como hombres.

Ese día; lloraron y lamentaron su osadía y querían hablar con sus padres, pero ellos no quisieron escucharlos. Pidieron benevolencia y juraron que ya no volverían a jugar con la magia del mundo.

Entonces la sentencia de sus padres fue recomponer lo que habían hecho; los pusieron a trabajar en lo que quedaba de la tarde y parte de la noche y así fue.

Cultivaron la tierra, con la ayuda de los espíritus de las plantas y los animales llenando y conociendo su magia.

Sus padres los subieron de nuevo a los cielos pero los colocaron de frente, mirándose los unos a los otros para vigilar su comportamiento; se formó así la base del cielo.

Al otro día, surgió en los primeros dioses la necesidad por poblar el mundo y que alguien los adorara; pues sus primeros hijos sólo se dedicaban a contemplarse unos a otros y se olvidaron de ellos.

Fue así, como llamaron al hijo del gran oso y éste les ayudó a desgarrar de nuevo el cielo separándose en siete mundos uno para cada uno de ellos.

Pero, ninguno de ellos quería que sus hijos fueran inferiores y habitaran aquellos mundos.

El último de los siete dioses aceptó que uno de sus hijos, el último de la báscula dominara de la tierra, así como también que dominara el pensamiento, sus seres animales y plantas. Y así nacieron estos seres

Aquellos son los magos y los hombres de la cerbatana chisca mai.

Falté tres días a clase en la universidad, las tareas, los proyectos y todas las responsabilidades estaban acumuladas por mi inasistencia, me acechaba la reponsabilidad.

¡Ahí carai! La responsabilidad. Pero, ¿Quién dijo pereza?

“Repondré el tiempo y reposare para abrir una espera con las almas. Pues no dejan descansar, para comenzar nuevamente a caminar”- Así lo pensé.

¡¿Pero los asuntos no resultan como uno cree?!

Esa noche en mis sueños, una difunta me habló:

-“Castigaré a quien mi cabeza cocinó, lo llenaré de malos humores, hasta en que nos veamos los dos. A los pichones machos y a todo macho, esta noche mataré”.-me anunció.

¡Pobre alma! ¿Qué puedo hacer por usted? -Le pregunté. No quiero que dañe a seres inocentes, si está de mi parte, yo tu ira aplacaré.

Hablamos por un largo rato y me contó cuanto odiaba a los hombres; su padrastro abusó de ella y la mató. Su madre, conocedora del asunto no hizo nada, por el contrario justificó al marido y todo se olvido. Pero su alma no encontró la paz y por eso sigue penando hasta hoy.

Me pidió que la llevara al sitio de donde la habían desenterrado:

-“Andesito llévame a donde me desenterraron que anima del purgatorio soy y en la candela no quiero arder yo”.- suplico.

Entre charla y charla le averigüé cada intención; el primer afectado era quien la compro y segundo quien la cocinó. Se trataba de una estudiante de medicina que inocentemente compró una cabeza humana como material didáctico para sus clases de anatomía. Tenía que someter la muestra a un proceso de disección de todos los tejidos blandos y dejar tan solo la calavera para evitar su putrefacción.

Pero no tuvo el valor de hacerlo, de manera que contrató a una persona para que realizara este trabajo sucio. Un pobre inocente se prestó para esta labor motivado por el incentivo económico; sin tener en cuenta que los muertos merecen respeto y consideración, que sus tumbas no deben ser profanadas por una condena eterna pues, las almas condenadas son.

Las promesas hechas a los muertos deben ser cumplidas y cuando te comprometes a darles la paz, no hay que echarse para atrás. Yo me había comprometido a darle el descanso a esta alma, pues me dio a conocer la manera de ayudarla indicándome las coordenadas donde debía hacerse el ritual.

¡Tranquila almita que yo voy! -le dije.

Pero antes me habló el espíritu del yagé y estas palabras pronuncio, así me habló:

- *“Un mito vas a conocer. Partirá de una fabula alquimista que los ambiciosos nunca entenderán. Conseguirás a un hombre honesto, que te ha de acompañar, un hombre que no tenga miedo de degollar un animal.*

Animal que en el camino encontrarás, con cuello largo y pelado, de color negro y buen ejemplar de hembra será.

A la tierra de su esencia le darás. Velaras toda la noche pero no te vayas a espantar, te daré el nombre de las ramas que los protegerán, en la vigilia y al caminar.

Un árbol con ramas de cristal, durante toda la noche brillará, brillará, brillará y como una guaca aparecerá.

Y cuando los espantos que salen no te dañen, las armas debes utilizar y sino en piedra te convertirás. Ten mucho cuidado con la dama que cantará como coro de una iglesia, ella con su cabellera te querrá enredar y embrujar.

Así toda la noche con la suerte de tu acompañante victorioso saldrás, beberás un buen vino cuando el cielo de sangre se teñirá.

Así amigo, encontraras en tu caminar todo lo que necesitas para el ritual. Desde la leña cortada, las plantas para sanar y todos en este territorio ayudarán para acabar con el hechizo y finalmente el alma de quien sufre, pueda descansar en paz.

Cantando desde la montaña descenderás invocando a las ánimas pero sin mirar atrás. En cada punto acordado una oración entonarás y así al sitio exacto llegarás, hablarás con el custodio de ese sitio y él te aconsejará”.-

Desperté pensando en cuál podría ser el hombre honesto que me pudiera acompañar y con la preocupación en la cara, presuroso me encaminé a la universidad. La sentencia de la muerte se cumpliría ese día si alguien desprevenidamente entraba antes al taller, enfermaría. Obviamente, era el encargado de servicios generales quién rutinariamente lo hacía.

Temiendo por la seguridad del empleado ese día madrugué como nunca, tenía que llegar primero, me adelanté a su horario y lo esperé en la puerta principal. Se extrañó al verme tan temprano, la pregunta no se hizo esperar:

-¿Qué hace mi amigo tan temprano aquí?!-dijo.

Se me ocurrió contestarle que el día anterior había dejado olvidada una herramienta y necesitaba recuperarla antes de que llegaran los demás estudiantes. Por la expresión de su cara, supe que no me creyó.

-¡Es imposible! -Me dijo. Ayer no hubo clases y no abrí la puerta de este taller en todo el día.-

Fálto de argumentos para que me permitiera la entrada, sin otra alternativa fui directo y me vi forzado a contarle la gravedad del asunto ateniéndome a que me creyera loco.

No imaginé que esta historia fuera a impactar tanto al individuo, palideció y el temblor de su cuerpo me hizo pensar que iba a perder el conocimiento; traté de calmarlo y convencerlo de que me dejara ingresar al taller.

Se negó rotundamente a entrar conmigo, finalmente abrió la puerta y se alejó. Caminé hacia el fondo del salón y después de algunos pasos algo me detuvo, observé lo que estaba tirado en el piso y ahí estaba lo que el sueño me reveló. En el tejado del salón había anidado un pájaro cuyo canto, se asemeja a la palabra “juicio” de allí su nombre: “el pájaro del juicio”.

Dos meses atrás me había percatado de que cinco huevos eran empollados y esa mañana, tres pichoncitos machos yacían muertos en el piso del salón. Inmediatamente recordé la sentencia de la muerta, la dueña de la cabeza.

Como siempre en mi mochila llevaba incienso bendito que el espíritu me regaló, para espantar con sahumerio las malas energías del salón. Me tomé un buen tiempo dentro del recinto y el portero intrigado y a la vez preocupado por la responsabilidad que pesaba en sus hombros, se asomó a la puerta y me preguntó, qué hacía y cuanto tiempo más tomaba hacer lo que tenía que hacer.

Al salir del salón, le soplé disimuladamente para que no lo tocara nada malo, pero algo le llegó; su palidez y verdor se reflejaba en su rostro. “*Un mal humor lo tocó.*”

Después de aquel inusual suceso, la tarea a seguir era conseguir aquel personaje con estas cualidades. Aún no lo había encontrado, el hombre honesto y singular que me acompañaría en este ritual.

En la tarde, después de tanto cavilar se presentó. Lo tenía enfrente como mi aliado y que más la compañía de un hermano. Y sin pensarlo dos veces después de escuchar todo el cuento.

- Me dijo: -Está bien ¡Yo voy!-

Cualidades le sobran, espíritu de tigre y buen ojo tiene; el inconveniente de este hombre es su escepticismo creo que me acompaño mas por cuidar mi espalda. Aunque se muestra incrédulo e irreverente ante lo profano; Tigre frentero y sin miedo es, pero hasta no meter el dedo en la llaga no cree.

Ese día todo se dio, el mito, el encargo, la leña, las plantas, el momento y el ritual. Sólo había un perdedor y un solo “apostador” Así seguiré caminando para cumplir con las demás tareas, no será hoy, Porque nosotros también nos duelen las patas y los trapitos también están cansados hoy.



Tres de mayo (Dibujo lapicero)

DE BUEN CORAZÓN

*Hay almas de buen corazón
Que sólo atraviesan las murallas
Porque tienen ese gran amor
Amor de hermano, de amigo, de protector
Uno ni se imagina que será un buen custodio hoy
Pero, ¡Cómo no! Si de la misma camada somos los dos.
Un ojo no mira más que dos
Del cuidado del uno nos guardaremos los dos
De una misma planta partiremos los dos
De una misma bebida tomaremos hoy
Una misma visión compartiremos hoy
Pero él no sabrá que el miedo sólo lo tengo yo
El corazón de piedra es el que tiene valor
Y sólo esa es una buena razón.*

De vuelta a la universidad me enteré que el señor encargado del taller se encontraba enfermo. Tenía la sintomatología, le había dado un decaimiento al cuerpo, Aunque para la medicina convencional es difícil de entender, se trataba de un mal aire y estaba enfermo con vómito, pujos de tres días. Lo bueno es que no cayó como “pichón”.

¡Claro que no fui yo! pues se asusto por haber escuchado la conversa de los mayores, con la curiosidad de niño de quien anda metiendo sus narices; segurito escucho demasiado.

Ahora, la sentencia que el muerto anuncio al primer involucrado tenía que advertir; aquel corría un peligro inminente.

Estaba en clase de escultura y el tiempo se perdía, de manera que fui franco con el profesor; mis razones no le sorprendieron, él y muchos compañeros eran conscientes de todos los sucesos inexplicables que habían ocurrido en salón.

Además el más sorprendido fue él, al enterarse del conocimiento que yo tenía sobre el asunto sin que nadie me lo hubiera comentado.

El profesor ofreció su compañía para localizar al involucrado, debíamos advertirle que tenía un problema por resolver y aunque el alma partió de la mejor manera, le correspondía a él, deshacerse de la calavera.



Sin título, detalle (Dibujo lapicero)

Al encontrar al tipo en cuestión le comentamos sobre el asunto y él con una mirada de extrañeza e incredulidad, sin argumentar nada, escucho sin inmutarse hasta el final.

-“Este hombre está loco, o se la fumó verde”-Debió pensar.

Miró al profesor con desconfianza, como cuestionando su comportamiento, quizá lo tildó de ignorante por prestarse a apoyar un evento completamente inaudito inventado por un estudiante loco de la facultad de artes. De todas maneras le dimos la advertencia y si no lo creyó por lo menos le dejamos sembrada la incertidumbre.

No había nada más que decir. Que Dios lo ampare porque una promesa a los muertos no tiene vuelta atrás. Pasaron los días y con el tiempo a ese pobre cristiano la desgracia le llegó, en la casa, en el trabajo y hasta en la salud. Yo la sentencia pronuncié, pero mi conciencia estaba tranquila porque obré de buena fe y le cumplí a esa alma bendita para que descansara en paz.

FRIOLOGÍA DEL ALMA

Caminar con otros zapatos, buenos zapatos, de buen cuero y suela de carnaza, tacón alto, punta cuadrada, color terreo y de media canilla. Se siente bien la mediana altura. Se alcanza a mirar los centímetros más de vanidad y alcurnia.

Los pasos son los mismos varoniles, elegantes y de buena música. Un caminar que atrapa las miradas, salta charcos, barrancos, pantanos y quebradas. Aunque igualmente se les mete la humedad y mismo frío de la montaña.

Comienza a subir por la planta de los pies y sigue por el cuenco de tus canillas, debilita las rodillas, enfría las pelotas, estómago, corazón, garganta y coronilla.

Este frío que hace llorar la sal, les causa lepra a los santos y endurece el dulce de la miel, enfría el aguardiente y pudre el agua bendita. Apaga los carbones, se come el techo, la mesa, las butacas y las sillas.

Lleva y trae los malos olores, no respeta ni los meses ni las fechas del almanaque brístol.

Provoca dolor de garganta, congestión y resfrío. Alarga las distancias y eterniza el tiempo y es hastió.

El frío habla, pinta se siente e intimiza. Se vuelve popular, pinta en la tienda, en los muebles del vecino, humedece el pan, las galletas y las medias veladas de la nueva vecina.

Sospechoso es su comportamiento y morfología. Primero viene de abajo, se desplaza horizontalmente y se asienta en la montaña.

De allá mismo viene el buen frío, de la cordillera; quien fortalece al débil, amarra el espíritu de los muertos, agarra taitas, ayuda a calmar la baba del epiléptico y suelta los gestos del bobo para que hable.

Enflora el saúco, humedece la menta, madura la borraja, hace sudar las piedras y a los taitas. Esas mismas piedras que vienen de la montaña y que se refleja en su cara.

Como cascadas que bañan los colmillos del tigre huasca y chasquean igual que los dientes de las brujas, con el frío en los surcos que se producen de sus cascadas y temblar sus bondadosas patas.

¡Ay de aquél que sienta sus garras o desafíe su mirada! sentirá el frío de muerte regado como cascada en su espalda. Frío que te limpia o te mata porque si no tienes los colores del tigre y no los entiendes no respetara nada, ni vestiduras, ni cusma, corona, zapatos o sandalias. Este es el frío que aguantan mis débiles canillas y mis nuevas patas

Me propuse alejarme por un tiempo de estas actividades y descansar un poco. Pero el espíritu perturbaba mi sueño, me levantaba cada madrugada y me tentaba a emprender nuevas caminatas.

Mi salud se había deteriorado y uno mismo no se puede curar; largas caminatas, ayunos prolongados y sueños interrumpidos habían hecho mella en mi humanidad. Siendo el único responsable de mi salud, mi bienestar y además me urgía retomar mis obligaciones como estudiante y como jefe de hogar.

¡Caray! Ese espíritu me da más trabajo que conducir derecho una yunta de bueyes.

Todos estamos expuestos a cualquier enfermedad espiritual, física o social, que se expande por sus calles, puertas y ventanas, como una sombra de peste con mal humor. Y el estar en el otro lado de la cara de la moneda y con la dificultad que conlleva su curación.

Estas enfermedades de tiempo, hay que saberlas sobrellevar aunque nos fortalecen para tener coraje y forjar el corazón de piedra para así poder curar. Salir de ellas es comprender que hay que pensar en el cuidado de sí. Como decía mi amigo mientras soltaba una soberana carcajada:

-“¡La enfermedad es buena y a todos no los puedes curar!”-

TRES DE MAYO

Encontré una huaca

Una guaca de mil colores en la cima de una montaña

Brillaba en el grosor de un tronco y en una oreja de la tierra

Una guaca hecha con rayos de sol

Quien estaba asentada en la rama de un sauce llorón

Cuatro taitas estaban adentro, pero con pocas pintas

Anunciaban el futuro en canto abriendo camino

Y rogando por las ánimas, ellos delante y ellas sin voltear a ver

*Pobres ánimas estaban haciendo fila, para que les repartieran
un poco de muerte.*

Pidiendo una a una, para merecerla

*¡Piedad, Piedad! gritaban los ancianos, porque la
putrefacción de sus cuerpos estaba expuesta al sol*

*Colgandijos de piel iban dejando, desmoronándose cual
vieja iglesia de piedra*

De los últimos no quedaba nada, sus caras no se podían ya ver.

Pobres almas con temor a la carne

Esperando que alguien tocara, las campanas para su réquiem

¡Juak, juak! Un tucán cantaba

Hoy es un día para mi hermano sol

¡Juak, juak! entren rápido que el nicho se va a cerrar

¡Juak, juak! Cantaré por una vez la advertencia, en la

Segunda no volteare a ver, esta es mi sentencia en este día de sol

Yo miraba la larga fila por si veía algún conocido para salvar

Pero mi rostro no lo encontré.

Dios te salve almita y santa sea tu pasión y tu alma ¡Apíadate de mi señor!

*Columpiándome en mi hamaca una y otra vez en la larga
espera de la madrugada, pendulaba mi rostro en las ventan
as de aquella catedral.*

*Mientras tres ángeles tocaban las trompetas doradas con
sahumerio.*

*La cuchilla de la peña se iba a cerrar y las desgracias en la
tierra se iban a quedar.*

Rebotaban los ecos como campanas para misa.

Mientras

¡Juak, juak! cantaba de nuevo el tucán

¡Juak, juak! Por diez almas que se salven, un cristiano morirá

No ira de primero ni ultimo, sino que la vestidura de la carne recogerá.

No llevara la campana, ni la hará sonar.

Tampoco encontrara oro pues en el puro las penas a de guardar.

Lleva el color de luto, para que las desgracias entren ya.

Salvara su alma y la de los demás

¡Juak, juak!



CURI TAI

SEGUNDA PARTE

EDAD DE PIEDRA

Deseos petrificados, vínculos sobrehumanos
Anotaciones de lenguas extrañas con cantos,
que parecen bocanadas de conocimiento
Invocación de los símbolos que protegen tu casa
Que construyen tus manos con señales imaginarias
Con mantos sagrados y vibraciones que atraviesan las piedras
Para conocer otros mundos
Ya no soy yo ¡Yo soy!

1.

EL CUIDADO

El secreto está en escoger las palabras, no revelarlas, ser cuidadoso de sí mismo y buscar el lenguaje adecuado para que no te duela el ombligo. Aprender a dominar el pensamiento, la palabra y las sensaciones del cuerpo para dominar la materia y las fuerzas telúricas que te rodean.

El respeto hacía el otro y a tus mayores en conocimiento. La palabra es sagrada por eso hay silencio; así como escoges en las dunas un refugio y una buena casa. Así como regresas después de un viaje aunque exhausto con la prudencia y la humildad para poder regresar, así debe ser.

¡He aprendido, pero no lo suficiente!

Como hace un tiempo atrás, rodaba en mi garganta un sudor agrio de una lágrima. El canto de mis ancestros que atraviesa esos mundos con otras lágrimas y hoy yo soy.

Desde los pétreos peñascos y las cálidas aguas, donde hay caminos escalonados de tierra que surcan otros mundos. Alcé la mirada para conocer el origen, el mundo de los espíritus y hacia donde te ha llevado el barquero.

Pues he llegado con la certeza de que voy a encontrar algo. Esta vez una promesa, particularmente mía y no ajena; a peregrinar hasta la piedra pintada donde los milagros se hacen al cruzar la peña, ahí mismo donde sacrificaron doncellas. Encantadas por el domo de la piedra, piedra que calienta mi espalda porque es terrea.

De sacrificios humanos donde desgarraron el férreo ácido sobre la piedra, pues ahí quedarán marcadas las ofrendas, con soplos del buen incienso el que no apagará la vela; así el fuego sanará a esta doncella; ni truenos, ni peñascos, ni caminos de barro partirán esta promesa.

LA BUENA BARCA

Me dijo aquel hombre sin rostro:

“Tres días caminarás en el barro sin voltear a ver

Llegarás al filo de la serpiente para entender.

Que entre remolinos de viento y cristales de cuarzo

Navegarás sin voltear a ver

El hombre de un solo ojo te hará perder

Entre barrotes de pino amarrados de tres en tres.

¡Cálmate compañero!-Dice el barquero.

Pero no voltees a ver,

Yo te ayudaré a atravesare el río,

pero no voltees a ver.

Mira tus rodillas, que no tiemblen de miedo, sino de placer

Que cuando llegues a tierra firme

Sobre el fango vas a entender.

No mires atrás que la tormenta te viene a buscar

Para que no te devuelvas por el río y así para no dudar.

No voltees a ver

Porque no querrás mi ojo, mi barca o mi remo.

¡Tranquilo compañero!

pero no voltees a ver

Que luego te mostraré.

Mira la punta de mi dedo

Que yo no tendré ojo pero si un buen entender.

Camina hacia la tierra

¡Híncate! en la puerta sin temblar

Y descalzo sin dudar

y desde entonces fájate.

Y recorre los caminos de escaleras

Que yo aquí me despediré.

Adiós amigo mío que la espalda yo te cubriré

Te pase el río pero no caminaré

Eso es lo que debes entender.

*Ahora Baja, que la tierra calentará
Y sobre sus estrechos hombros te guiará.
Mira el cielo, que el fango te cubrirá
Desde la cintura para abajo más y más apretará.
No temas compañero pero no voltees a mirar
Mira hacia el cielo que la cerbatana cantara.
Te mostrará la debilidad de tu cuerpo
y las juntas que has de llevar
Mira hacia el cielo que en el filo te esperará.
Donde se acabe el laberinto sentado lo has de encontrar
Con su cusma y cabeza blanca, sentado te esperara.
Y cantando con el veneno te curara.
Pero ¡cuidado!
Tendrás que saber soplar y así las flechas caerán.
No temerás porque siempre serás niño, las estrellas y tu padre
te guiaran”.*

La última vez que tomé el jugo amargo; con estas palabras me advirtió el hombre sin rostro y se ausentó por un largo tiempo.

Las flechas con veneno ya me las dio a cargar ahora es la hora de darles utilidad.

-“Un tigre con buena garra vas a conocer; No beberás el primer día de su mano pues, pasaras muchas batallas antes que la pinta te haga a conocer.

El camino es de pruebas y está vez diferenciaras entre el bien y el mal. Pues, el camino es de guerreros.

Ahí tienes tu funda con buen espacio para que las llenes de armas que después utilizaras.

No confíes, en la anciana con buenas palabras; te diré su nombre y la señal.

Para que sueltes tu canto y a todos los hagas temblar curí tai.”

Aquellas palabras, la partida de aquel lugar y el olor del chila-cuán fueron mi un último aliento para comenzar de nuevo a caminar. Alejándome sentía la extraña sensación de que cada vez que me acercaba a alguien, le robaba su olor.

La primera experiencia fue con la escritura y así comenzaron estas palabras que sé pronunciar hoy; pues no sé si son las mías o me las robé hoy. Como lo dije una vez, lo que se encuentra no es robado entonces hablaré así hoy.

Transcurrían los días sin mayor novedad, el semestre en la universidad estaba por terminar y un compañero comentaba sobre mi extraña locura. El hombre mostraba mucha curiosidad por conocer las actividades extracurriculares que yo practicaba. Me contó que conocía a un grupo de personas que toman el “remedio” en la ciudad.

Insistía en que los conociera e igual me decía, que ellos querían saber de mí. No le di importancia a sus insinuaciones pero durante dos semanas el tipo continuó insistiendo y finalmente un viernes a las cuatro de la tarde, tuve el primer contacto con un integrante de aquel grupo.

Su amigo, me pareció un tipo de buena apariencia y amistoso; al detallar sus ojos verdes, noté que tenía alrededor de sus pupilas una especie de aro blanquecino que le cerraba el iris. Me recordó a don Miguel, aquel anciano tomador de aguardiente y con mucha experiencia en la toma de ayahuasca y el mismo olor a rosas y a otras plantas esparcía su vestimenta; ese aroma trajo un vago recuerdo a mi memoria.

El tipo tenía un temperamento sociable y presumía de autosuficiencia, era corpulento de contextura y sonrisa contagiosa; su nombre Martin como nombre de santo seguramente popular en su medio, quizá como Martin Lutero, Martin Luther King o Martín de Porres, este último le venía mejor, hasta podría ser su santo protector.

¿Brujo o santo? Sólo lo decide Dios y a todos nos cae la bendición o la maldición. Pues escoba tiene, la ruda la maneja a las mil maravillas y es amigo de los animales, gato, culebra o ratón.

No sé, si el aguardiente (licor) y el tabaco san Martín lo manejaba; pero a Martín le encantaba su olor y sabor.

Entre sueños tuve esta visión, la necesidad de conocer cómo se maneja la materia y el principio de las cosas y tras de ellas una que otra historia.

¡No es robado; pues lo encontré!-les digo.

No dentro, sino debajo de una piedra, esta piedra que echaré en mi mochila que como primera arma llevaré.

Martín me invitó a una toma de yagé esa noche. Pero tuve la sensación de conocer a este hombre de tiempo atrás; sus ojos y su tez blanca me eran familiares.

-acercándose me preguntó. -¿has tomado yagecito últimamente?-

Utilizando ese diminutivo se refirió al “remedio”.

¡Sí! Una que otra vez -le dije.

-¿Y en las veces que usted ha tomado, qué ha aprendido?

-Me pregunto.

No sé cuantas veces ha tomado usted para aprender, la verdad nada, lo tomo como una experiencia más -le dije.

-Hay rumores de que puedes adivinar la enfermedad.-Argumentó.

¡Qué va! Si la única enfermedad que he visto, son los hongos que tengo en los pies de tanto caminar.-Le dije. Y el hombre sonrió.

El espíritu me previno de no contarle nada de lo que sabía y había visto, y así lo hice. Luego saco de su bolsillo un paquete de cigarrillos piel roja me ofreció uno y con cierta desconfianza le dije:

¡Gracias, yo no fumo!

-Tranquilo “chamito” que de todo se aprende en esta profesión -Me dijo.

No pronuncie una sola palabra más.

La toma era en la ciudad. Tenía temor de llegar a una casa cualquiera a tomar “remedio”, hasta ahora siempre lo había hecho en espacios especialmente para aquel ritual, espacios que infunden respeto porque se siente la presencia y protección de lo natural.

La cita estaba prevista para las nueve de la noche y hablamos de asuntos sin trascendencia mientras nos dirigíamos a la casa en cuestión; yo en lo posible traté de evadir cualquier comentario sobre el tema. El barrio era de mala reputación, pero una vez adentro no sabía donde corría más peligro.

Tres tipos disfrazados de chamanes, muy perfumados, con collares, colmillos y guardas hasta en los tobillos precederían la ceremonia; supuestamente eran los discípulos del taita mayor. Me sorprendió ver a más de cuarenta personas reunidas en ese salón. “Viejos tomadores de yagé”

LA PIEDRA HABLA.

*“ando buscando un amigo. Que me cuente; me cuente lo que
ya he conocido.*

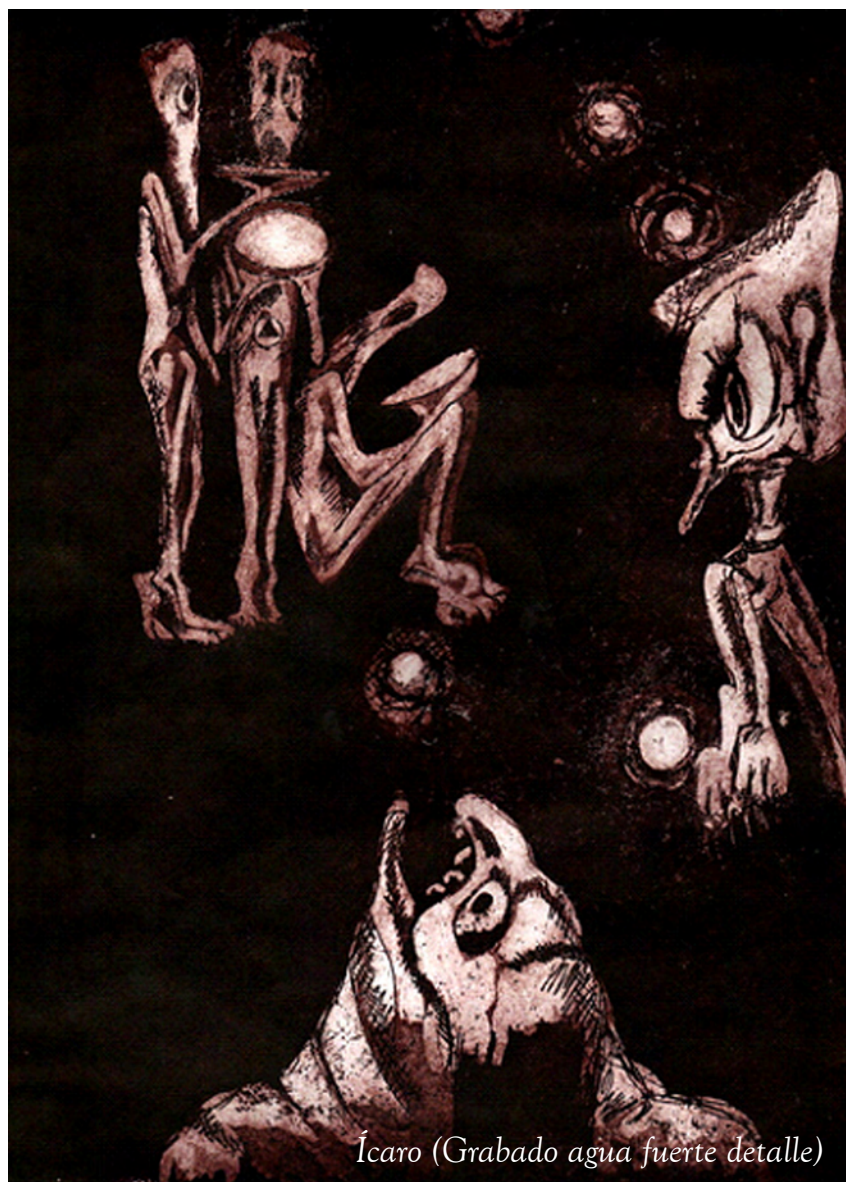
Pero ellos discuten entre amigos para saber quién sabe más.

*Yo tan solo me rio “enrruscado “en mi aliento, en mi aliento
fétido de remedio y frío.*

*Aguantando como piedra esperando encontrar el silbido,
silbido que llama y encanta a los espíritus divinos, tan solo
para saber quién puede hoy ayudarme y consolar mi escalofrío.*

¡No atiende nadie; todavía!

*Pues a ellos les molesta que todos se crean dioses que curan
como ellos mismos”*



Ícaro (Grabado agua fuerte detalle)

Martin me presentó a los tres disfrazados que se encontraban detrás de la mesa ritual. Dos de ellos me miraron con desconfianza, el tercero quien llevaba una pinta de tigre me miró fijamente y dijo haberme visto en algún lugar. Le respondí que nunca lo había visto.

¡Pues ya nos conocimos hoy!- le dije. Y sonrió.

A las diez de la noche llegó otro individuo al que también le llamaban taita. Dijeron que era el nieto del taita mayor, pero no me inspiró la confianza y el respeto que me produjeron a primera vista los taitas que conocía, me lo presentaron como el taita.

Después del saludo se sentó en la poltrona principal que se encontraba en el salón, lucía nervioso y estaba más perfumado que los otros. Bajó su mochila y la depositó en la mesa, sacó el frasco del “remedio” y cuando estuvo a la vista de todos los asistentes, sus miradas ansiosas parecían rendirle tributo como si estuvieran a punto de saborear la panacea celestial.

Luego abrió la maleta y sin más ni más, un frasco de perfume que traía se partió en mil y un pedazos. Inmediatamente tuve el presentimiento de que la toma empezaba mal. Sin comentarios ni preámbulos pasamos directamente a la ceremonia.

Me senté en un gran sillón de esos que alcanzan tres, para luego recostarme en él. Entonces irrumpió en el salón un personaje aparentemente familiar para todos, una abuela bastante particular, cuya presencia causó alboroto entre los presentes, que cariñosamente le llamaban “abuelita ayaguasquera”

Se acercó donde me encontraba y se sentó en el mismo sillón. Su cercanía me produjo espasmos abdominales y dolor en el ombligo; me lo cubrí con la palma de la mano y haciendo presión pude controlar la náusea; su energía negativa me causó mala impresión.

La doña, riendo amablemente me preguntó mi nombre y de dónde venía, obviamente no tenía intenciones de ser sincero con ella pero como su interrogatorio persistía, opté por llevarle la corriente e inventar cualquier cantidad de mentiras para salirme por la tangente. Ni siquiera mi verdadero nombre quise decirle. Pero antes de la repartición del remedio, me cambié de lugar.

Caminé hacia un zaguán y me senté en una silla de plástico, cerca estaba Martín. Que en el momento era la única persona que me inspiraba confianza, pero la abuela a prudente distancia no me perdía de vista.

-¡Entonces, ¿Qué, cucarroncito?! - sonsa carroñamente -me dijo. Martín.

¡Bien! ¡Lorito! - Le respondí.

Pero esa chincharroza abuelita no me inspira confianza, Martín me miró y moviendo la cabeza de un lado para otro se mofaba de mi aprensión.

El lugar fue acondicionado; tiraron colchonetas sobre el piso y cubrieron las ventanas con mantas. Miré a mí alrededor para verificar quién se encontraba de frente y quién a mis espaldas.

A mi lado derecho estaba Martín y sobre el barandal de la gradería principal se encontraba colgada una cobija de lana con un grabado típico de la región, tres tigres.

Con hilaridad voltee a ver a Martín sin poder contener la risa.

- ¿Y ahora, cuál es el motivo de tu sarcasmo?-Me preguntó.

Me parece haber visto tres tigres en la entrada de la casa -Le respondí.

Con gran sorpresa me preguntó: -¡Sí! ¿A dónde?-Repetía.

Extendí el brazo y le señalé la cobija pintada con tres tigres que estaba colgada en el barandal de la escalera y ambos reímos a carcajadas.

- Me encanta tu buen humor – me dijo.

Luego todos formaron una fila para recibir el yagé, aunque todos se apuraron la copa esperé hasta el final. Después de que una niña entre los doce y trece años tomó, yo proseguí hacerlo.

La chuma fue dura y muchas cosas pasaron. Me dieron la señal para identificar quién era realmente “la abuela ayaguasquera” por acá les llaman “viruñas” sólo le faltaba alas y escoba para salir volando y arañando los tejados. Mi canto tiraba de bruces a cualquiera que haya confundido el camino. Así mi voz en canto se desplegó, mi lengua no era la mía, en ese instante aprendí a diferenciar entre el bien y el mal.

CANTARES DEL RIO

*Invoco y doy gracias a la planta sagrada
Por darme esta piedra que he traído
Piedra que canta, canta sola porque se acuerda del río
Río donde se bañó aquel niño.
Quien me enseñó a cantar en su propia casa
Gracias niño, gracias madre, por enseñarme
Y enseñame tu canto que me regaló el río.
Que hubiera sido de mí en estos momentos
Si no te hubiera traído.
Buen amigo, buen espíritu que canta
Curí, curí. An ta chamay. Custe malay.
Yo soy grande, dijo el espíritu:
“Aunque esta no sea mi casa, hoy estoy contigo
Para resguardar los corazones de quienes me han acogido*

*Y cuidaré tu ombligo ya que guarda ni cusma has traído
Sonríe amigo del camino, que estoy contigo
Así como tú que me has traído
Hoy te enseñaré como se hacen fortalezas con arena de río
Hoy te mostraré como confunde mi aliento
Convertido en vomito, a los que discuten y son distraídos.
Porque se pierden entre ellos mismos del camino
Porque no saben que yo también soy camino
Camino que se abre al cosmos infinito.
Tranquilo amigo que hoy soplaré tu pecho
Tu cuenca nuca y tus brazos adoloridos
Yo sé quién eres y tú sabes que yo soy tu gran amigo
Y Que no te gustan las discordias
Pero hoy has aprendido, que el caminar es duro
Pero por ahora es más seguro el camino del río.
Párate y frota mi dura piel en tu nuca y ombligo*

Fortaleza canta, canta fortaleza y vida
Aunque haya mucho ruido
Que los nuestros son cantos y lengua que nos han enseñado
Nuestra amistad y no el olvido
Y que somos nada frente al poder en que estamos sumergidos
Ya no hay vuelta atrás
Al unir nuestras lenguas hemos elegido
En un solo canto de fortaleza, voluntad y amor.
Y desde ahora los espíritus siempre van a estar contigo
Siempre que comprendas cual es el sentido,
Yo soy río, no te dejes llevar
Sé fuerte como piedra que no se deja arrastrar
Por ningún camino ni por el mismo río.
Al amanecer todo se habrá consumido
Mi canto se convertirá en ruido
Tu lengua en aliento frío

Verás que las discordias han concluido

Sanaré, sanaré remedio bendito.

De hoy en adelante sabrás quien es quien, y a qué han venido

Cuídate amigo mío solo tú sabes quién es el elegido

Y a quien debes proteger como tu amigo

Pero no le cuentes quien te enseñó a cantar en el río”.

Una fábula se proyectó ante mis ojos, mientras miraba la mesa. Tres entes que aunque decían ser amigos: Tortuga, culebra y lechuza se miraban con desconfianza.

La tortuga lentamente se levantó de la mesa mientras llegaba al clímax en su danza; la lechuza con sus ojos muy abiertos analizaba mirada tras mirada y perdida la pobre lechuza no sabía quién le tiraba, asustada la pobre lechuza envuelta en la gran chuma, revoloteaba y vomitaba. Sospechaba de todos, de la tortuga, de la culebra y hasta del mismo taita.

Luego la lechuza fijó los ojos en la culebra que estaba a su lado y le mandó una mala mirada. La culebra sentía el azote pero tampoco sabía quién era, mientras la lechuza le cogía la cola y con el pico trataba de ahorcarla.

La culebra sentía el ahogamiento y mala mirada y maldecía a la tortuga que contenta en medio de la sala, danzaba.

La culebra aprovechando el descuido, le mandó un mal aire en la nuca, y en las patas a la tortuga, pero no alcanzó a dar tres pasos cuando el estómago se le revolvió y en el centro de la sala donde estaba tortuguita se vomitó. La culebra pensó que la tortuga con sus perfumes y danza la malograron; la tortuga comenzó a sentir una rasquiña desde las patas hasta la nuca, casi pisándola volteó a ver a la culebra que en el piso se zangoloteaba.

Miró de nuevo a la lechuza que era la única que en la mesa estaba; la tortuga miraba y remiraba sus perfumes pensando que la lechuza con esa mala mirada los conjuró. De hecho, patas y espalda, donde se aplicó el perfume le rascaban.

Rabiando la tortuga se acercó a la mesa, recogió sus perfumes, estiró el cuello y como si estuviera olfateando algo disimuladamente se agachó por debajo de la mesa y delante de la lechuza, tomó una bocanada de perfume y le sopló la cola y las patas.

La lechuza al percibir el aroma se levantó ágilmente, parecía que danzaba, pero en el frenesí de su danza quedó como un niño, pues se cagó en sus propias patas.

Yo “*enrruscado*” en mi silla miraba absorto el desarrollo de la extraña fábula, esquivando las flechas, dardos y lanzas que revoloteaban. Me recosté un poco en la silla y comencé mi canto.

- ¡Callen por favor a ese hombre! ¡Cállenlo! ¡Que no cante más!-Gritaba la anciana.

¡Que se me estalla la cabeza y se me ensucian las enaguas! -

Se levantó desesperada y en el intento se enredó en su ruana, rodó por el piso, se le cayeron los aretes y cayó tendida sobre su propio vómito, en medio de la sala. Sentí lástima por la malvada “viruña” la tenía bien identificada, conocía la señal y cómo realmente se llamaba. Casi se le caen las orejas de tanto chismosear la pobre viruña, malvada.

Pasado el espectáculo, me correspondió a mí vomitar el remedio y guardar el arma. Se armó tal desorden que asustado estaba el taita, no sabía cómo parar el asunto, al punto de que un ángel me desvió la mirada y yo pude tomar sus perfumes y su huaira.

Mientras todo concluía llegó la madrugada, analicé las intensiones y asimilé la lección que me dejó esta fábula.

Ese día la “tortuguita” me manifestó estar muy sorprendido con mi canto, me brindó un aguardiente (licor) y me extendió su mano.

-“¡Compañerito-Me dijo. Tú serás mi segunda, parece que somos de los mismos!”-

Si usted lo dice le acepto ese trago, pero le repito: Yo no tengo amigos, tampoco fumo, ni tomo, ni canto.

“Tortuguita” conversó con su grupo para que me aceptasen en su circo, pero lechuza y culebra se opusieron. No llegaron a ningún acuerdo y yo me convertí en el asunto de la discordia. Lamentablemente a partir de esa toma, los cuarenta amigos que parecían tan unidos como las moléculas de una piedra. Por lanzarse tantas flechas, dardos, perfumes y lanzas; quedaron separados al entrar en ellos la desconfianza.

Yo acompañé a la “Tortuguita”, a san Martín y al buen “Angelito cantor”. A partir de entonces pase hacer su guarda espaldas, a donde iba la “Tortuguita” tenía que ir a cuidarlo.

-“Compañerito- me decía. Cada vez que tomábamos remedio.”-

-¡Mi segunda! ¡Cuénteme que miro!-

Pasaron quince días y a pesar de las desavenencias entre los amigos de Martín, me pareció una buena toma buen “remedio” y la chuma esplendorosa. Ahora deseaba tomar su olor y saber dónde provenía tan dulzona mielcita.

El sábado en la mañana entró una llamada, pero no quise atenderla, estaba programado para asistir a una clase de yoga en la universidad y no dejaría a un lado tal actividad.

La clase era una experiencia grupal muy interesante; que permite aflorar todas las sensaciones a partir del tacto físico con otras personas; ejercer el dominio del cuerpo para fortalecer el espíritu, liberándolo de las tensiones físicas hasta encontrarse con uno mismo.

Un agradable ambiente táctil con el otro. Primero dominar los ejercicios básicos; demostrar y comparar hasta donde llega el límite del cuerpo. Controlar la respiración, unificar la concentración, visualizar y auto controlarse.

Descubrí que el dominio de estas prácticas ayuda a controlar las fuerzas que emana y fluyen de la tierra. Atravesando el cuerpo estas atmósferas llenas de elementos, para luego almacenarlas en los diferentes órganos y conducir las a desviar fuerzas contrarias.

Estos ejercicios físicos y espirituales inducen a visualizar imágenes que se transforman en cantos, música, y danza, llevando al cuerpo a adoptar posiciones adecuadas con relación a los movimientos del universo.

Todo radica en encontrar el sitio y la posición correcta. Guardé estas gratas sensaciones en la mochila de mi memoria para ponerlas en práctica en el momento adecuado.

Por eso digo. ¡No es robado, me lo encontré en el camino!

En la semana siguiente. Al medio día compartía el almuerzo en familia, estaba muy relajado y como el buen humor hace parte de mi vida, siempre nos reímos mucho; poniéndole buena cara que se ensalza en la cura de toditos los males. Así las cosas pasan a su tiempo y cada cual tiene su gracia.

En la tarde siendo las cinco y media entró una llamada. Era “Tortuguita” para invitarme a una toma; me negué inicialmente. Mi familia estaba pendiente de la conversación, no tenía un pretexto para dejarlos; pero el hombre insistió tanto que no tuve más remedio que pedirles su “autorización”.

Les había contado mi experiencia anterior y no les hizo gracia, a regañadientes aceptaron advirtiéndome que me cuidara.

Durante quince días había acondicionado mi arma, tomó la forma de un buen rosario de semillas. Deseaba ir para comprobar su eficacia.

¡Está bien!-Le dije a “Tortuguita”. Acordamos encontrarnos a las siete de la noche en su casa.

Ese día llovía a los mil demonios y la toma era en una vereda a tres kilómetros del área urbana. “Tortuguita” era el encargado de repartir esa noche el “remedio” sólo él tenía la bendición del taita para hacerlo.

-¡Este es el yatecito de mi taita!-Siempre presumía.

Y esta noche, tendrás que ayudarme “Cucarroncito”-Me dijo.

¡Si es su deseo, lo haré! ¡Aunque sea para cargarlo!-Le respondí.

Salimos con las maletas y la lluvia no amainaba, tomamos un taxi y “Tortuguita” me dio el “remedio” para que yo lo guardara.

- ¡Cúidelo usted, mi segunda! -Me dijo.

Mientras reíamos y me daba una palmada en la espalda.

Llegamos cerca de las ocho de la noche. El lugar me era familiar, hace un año lo reconocí al atravesar un sendero que pasa por el medio de una finca, semejando un meridiano oculto que dividía el terreno. Una línea trazada de oriente a occidente por donde circulan los espíritus.

Un camino de fuerzas celestes que conectaba el mundo espiritual, alrededor de la tierra. Ese sitio estaba custodiado por un niño diminuto, ese niño es un pequeño rey.

Doce hermanas blancas y llenas de luz cuidan a su vez del niño. El sitio es sagrado por eso varias personas peregrinan desde muy lejos para pedirle favores al pequeño rey.

A mí me lo enseñó una pobre mujer borrachina, que se dedicaba a prostituirse para mantener a sus dos hijas. Cada quien tiene su calvario, pues ese día ella subía a rogar por su trabajo.

Me di un paseo por los alrededores inspeccionando el lugar y las plantas que tenía.

La finca no era muy extensa pero tenía un cultivo de un cuarto de hectárea, con una gran variedad de plantas medicinales y ornamentales, además un pequeño lago que albergaba patos y gansos. Más abajo se encontraba un domo como construido especialmente para un ritual, rodeado con mantas y adoquinado circularmente con piedras.

Le pregunté a Martín “lorito” el objetivo del domo, me explico que el dueño solía realizar cada sábado un ritual llamado “Inipi”.

-Si quieres, mañana realizamos el ritual -Me dijo.

¿De qué trata? -Le pregunté.

Es un ritual “lakota”, utilizado para curar y purificar el cuerpo. Un grupo de personas completamente desnudas entran al domo y con esencias de plantas y agua, un curandero rocía las piedras calientes, convirtiendo el ritual en un encuentro con la madre tierra y un volver a nacer.

-¡Pero no has visto lo mejor! “Cucarroncito”-continuó. El hombre tiene una maloca especial para la toma de yagé. –

¡Lo de la maloca está interesante!-Le dije. Pero eso de empetotarme para mostrar el “inipi” no me gusta para nada.

-¡Ay “Cucaroncito” No dejas pasar una!-Me dijo ahogándose con su risa.

Llegamos a la maloca, la mesa estaba organizada y “Tortuguita” estaba contento con su remedio, perfumes, collares y guitarra.

-¡Venga para acá mi segunda!-Me dijo. tortuguita invitándome a la mesa ritual.-

-¡Escuche esta canción que me enseñó mi taita y que yo interpreto en esta guitarra! - Y Empezó con algo así:

“Core ma jai, core ma jai,

Gente jilguero viene y llega...

Aspa ruñai aspa ruñai,

Gente jilguero llega...”

Agradable era la melodía pero yo me sentía incomodo por la deferencia con la que me trataba tortuguita; el de sentarme a su lado, en el puesto preferencial reservado para los tomadores veteranos de yagé, pues decían que era para los más cercanos al taita mayor y en la mesa ritual.

Era demasiado para un recién llegado, tal vez por eso sentía miradas cargadas de celos y rabia de todos los integrantes del grupo. Veinte años tomando juntos y ninguno había logrado su aparente confianza. Pero a mí me daba lo mismo sentarme afuera, adentro o en la entrada, o en las brasas del inipi, pues, todo aquello me sonaba a aquel cantar e imitación de guitarra.



Sin título (Carboncillo)

LA ESTRATEGIA DEL DUENDE

Infinitos, así como crecen las fresas, son los caminos
Cada uno tiene frutos que parecen jugosos, para unos y otros
Jugos que encantan y seducen
Jugos que apaciguan y entorpecen
Jugos que fortalecen y hacen al hombre sentirse el más viril
entre los hombres.
Jugos que preñan
Jugos que engañan y violentan a las más dulces vírgenes
Robando el brillo de sus ojos
Y ahumándolos con el más vil de los perfumes
Robándose el corazón de quienes nos acompañan en estas
batallas.
Se han robado el brillo de sus ojos
y han dejado enlagunado su espíritu de negros cristales
Y de rojos sentimientos terrenales.

*¿Qué puedo hacer? Si ahora no puedo hacer nada.
Han manchado su cuerpo de rojo fresa
Al igual que su sabana
Han robado el blanco almendra de su pecho
Ha flaqueado su espíritu; pero fortaleza es lo que aun aclama.
La fortaleza de la piedra
Que desvía las flechas que vienen en manada
Y el dulce sabor del borrachero que se vuelve amargo
Para quién se atreva a avasallarme
Piedra y planta para mí pero para ella, nada.
Ni siquiera la fragancia del jazmín que tanto le gustaba.
Ni la menta líquida con la que ungí su cuerpo y desnudé su
alma.
Ni el bálsamo de sándalo que nos hacía ver quiénes éramos
Y sincerar nuestras miradas, ni el humo de incienso
Ya no quiere hablarme más de ella, ni de nada.
Todo lo que tenía en la tierra se ha desvanecido*

Hoy no hay nada, sólo hay dolor y ataduras terrenales
Que impiden crecer al espíritu, pero sí tener la voluntad
para sanar el alma,
Sana mi cuerpo planta sagrada, cura mi vida con cantos celestiales
Ayúdame a comprender el misterio, que encierra tu blanca sábila.
Bejuco bendito te he entregado mi alma
Enséñame a cantar una vez más, así mismo como en esta madrugada,
Con golpe de tambor y pose de guerrero que resguarda las almas
Y que jamás permitirá que se roben el brillo de quien más aman
¡justa! flecha que yo cubriré su espalda
¡justa! flecha que mi luz es más brillante que tu famélica llama
¡justa! ya engañador de débiles almas
A mí me la hiciste porque no tenía mis guardas.
Hoy soy guerrero que canta sin miedo
Miedo de ti, nunca más, nada

*Pobre de ti duende si te atraviesas con mi mirada
Aprenderás que estoy aquí,
Y te hare comer tus propias eses
Taponando tu culo con tu marihuana.*

La toma había comenzado, era una noche calurosa. “Duende”, se dispuso a encender la chimenea pese al calor que hacía, su actitud y sus movimientos me sembraron una mala espina.

Con su enjuto cuerpo cerraba un cerco alrededor de la fogata impidiendo que nadie se acercara, ni siquiera para colaborarle. Como diciendo: Esta es mi candela, mi territorio, mis plantas, mi maloca y esta casa, ya verán lo que les aguarda.

Durante toda la noche no perdí de vista a nuestro extraño anfitrión; cual lucía nervioso e inquieto como un pequeño niño, codiciando el último dulce después del recreo.

Desde el otro lado de la mesa principal “Duende” me miraba de manera penetrante y con rabia.

Y levantándome de la mesa con dirección a la candela, le di la espalda; prendí un cigarrillo y tomando lentamente con la mano izquierda mi manta, la coloqué alrededor de mis hombros para sentir su abrigo.

Esa noche como presintiendo, llevaba puestas unas botas pantaneras por si tenía que brincar alguna zanja. Aspirando el cigarrillo me paré junto a “Duende” para imponer mi presencia, que como un perro rabioso me miro; daba la impresión que al menor descuido podía quemarme con un tizón encendido las botas de caucho que llevaba.

Y fingiendo buscar en mi bolsillo otro cigarrillo, saqué una vela que camuflaba.

-¿Quieres un cigarrillo de los míos? -me ofreció Duende. Y presuroso lo sacó de su chaqueta.-

¡Claro! - Ni que no fuéramos de los mismos. Le dije.

Recibiendoselo y caminando hacia la llama y en el menor descuido lo tiré para que lo consumiera la flama. Luego prendí uno de los míos y con mi vela le robé toda su llamarada, para que sus malas intensiones se volvieran mierda antes de que las usara.

Varias veces me tocó salir pararme en la puerta y afuera de su casa, para echar un vistazo y dominar sus plantas. El tenía tierra, maloca y plantas, yo no tenía nada.

Desde adentro buscándome con su mirada, duende estiraba su nuca; pues el odio hacia mí no lo disimulaba echando más leña y encendiendo aquella hoguera.

Aparentemente en la mesa todo estaba en calma, pero las patrañas de “Duende” apenas comenzaban, revoloteando por la maloca, mandando a traición flechas por la espalda mientras silbaba. No me intimidaba y a este traicionero duendecito remedando su propio silbido lo domine. A esta altura a muchos había enfrentado camuflándome, pero hoy con éste me tocaba cara a cara.

Y aspirando mi cigarrillo salí para invocar el poder de las plantas. Soplando y cantando alegre me pare en frente de su maloca. “Duende” abandonó la hoguera para seguirme cada vez más lejos de la calidez de la llama. Camine mientras su silbido imitaba; me persiguió hasta donde el frío y el calor son una misma sonata.

Pues deseaba averiguar porque era atraído por el eco de su sil-

280

bido, además para curiosear sobre el saber y ¿Por qué las cosas no funcionaban?

“Duende” detrás y yo adelante cantando y encantandolo con su propio silbido. Buscando el sendero sin descuidar mi espalda, di muchas vueltas buscando el meridiano y a “Duende” tampoco lo encontré, era tanta la oscuridad que a lo mejor se cayó en una zanja.

Y ubicándome en el meridiano que anteriormente había encontrado, me puse de frente como buen guerrero que canta.

Y así tanto como el poder de la selva de oriente y las flechas que venían en manada, rebotaron cual pelotas de ping pon sin hacer diana.

En la oscuridad del lugar encontré al pobre “Duende”, yacía en el suelo babeando y nadando en sus propias heces dentro de la zanja. Casi no aguantamos el encantamiento de este canto, duende se estremecía como epiléptico y me miraba con más rabia.

Di la vuelta aunque mareado, pasé por encima de él y como perro rabioso quería morderme, se quedó tirado en la maleza de aquella zanja.

Caminé tambaleándome serenamente contando los pasos, hasta llegar cerca de la maloca, pues debía demostrar a duende mi aparente fortaleza. Seguí el mismo sendero pero protegiéndome la espalda.

Un instinto me hizo virar la cabeza y a tiempo pude eludir los dardos envenenados; “Duende” en un leve descuido se había recuperado y la emprendió de nuevo contra mí. Comencé a cantar de nuevo y así mi mareo se disipo pero el pobre rodó por el piso cayendo de bruces en la zanja, enlodado quedó “duende” sin poder acercarse al abrigo de sus llamas, no aguantó el calor de mi canto.

¿Quieres verme frio? - Le pregunté.

Pues toma de esto que aún está caliente y si quieres pelea,

¡Aquí estoy parado en tu casa con mis botas de caucho, en tu maloca y en tus plantas!

Dura fue la pelea, tuve que mandarme más de cinco tazas y una de la buena miel para endulzarla. Pasaron las horas y el sufrimiento del pobre “Duende” no terminaba. Se quedó ahí, exhausto como un perro apaleado y en el mismo sitio amaneció.

Mi tambor fue bajando poco a poco su resonancia; tenía que bajar la guardia. Bueno es el castigo pero lo que habla es el poder de la planta y la palabra.

En la madrugada se abrió el cielo con claridad santa, mientras los demás yacían dormidos disfrute del azul cielo. Pues debía hacer lo que me indico; la promesa al niño rey que me custodio aquella madrugada.

Bajé al pueblo a comprar unas velas para alumbrar al niño rey con la misma claridad santa. Meditando comprendí que con la llama no se debe jugar, tampoco con el poder de las plantas sagradas.

Regresé al medio día para ver cómo estaba el panorama, “Duende” todavía tenía pintada la rabia en su cara; me retó con la mirada para una próxima vez. Y desde entonces tengo un enemigo más que me ganó ese día, en esta chuma y madrugada.

Mientras tanto los demás deleitaban el almuerzo con buena gallina y toda clase de vituallas, tan solo un pedazo de pellejo de cerdo yacía en el centro de la mesa.

¡Exquisito manjar, tal y como vi al “Duende” anoche en la zanja!

Se acerco a donde estaba trayendome una porción del plato que todos saboreaban:

¡Gracias compañerito!-Le dije.

No es por despreciarle pero ya desayuné en el pueblo y con un succulento almuerzo me esperan en mi casa. Solo venia a recoger mis trapitos y mi ruana.

“Duende” me miró con cólera, se volteó y se fue.

Recapitulando los hechos, aprendí que en casa ajena no es conveniente olvidar; ni las prendas, ni la manta, ni las promesas, ni la ruana y bajando la colina repetí una y otra vez aquella canción para memorizarla.

Esta fue una batalla, pues la guerra no está ganada; de todo se aprende mientras no dejes la ruana.

Ahora mi caminar es musical, tendré que andar aun más en busca del instrumento que acompañe mis tonadas. No sé si tambor o guitarra, pues tonadas de mil dulzainas me cantan sus alabanzas y además encontrar las prendas que aún me hacen falta.

UNA SEÑAL

*Siete velas vendrán en mi auxilio,
Con fulminante llama para el que es atrevido.
Pues cegara sus ojos en el mínimo intento,
Por querer robar lo mío.
Rezaré mejor por ti, para que no desees verme.
Hasta que tengas el corazón transparente igual que el mío;
Y no se refleje en tu corazón herido.*

Tres kilómetros me separaban de mi casa y mientras caminaba el espíritu me mostraba donde encontrar las armas. Cansado está mi cuerpo pero el espíritu no descansa, se ocupa de maquinara estrategia y buscar las guardas.

Aquel día me tocó fajarme con la buena pinta como niño recién nacido, empezando por proteger mí ojo, mí corona, mi ombligo y espalda. Así me habló:

-“Conocerás esta vez su pinta y garra y después de cinco pintas blancas, conocerás las cartas de cómo se hace buena garra.

En quince días entrecruzarán palabra. Su callado conocerás y para qué sirven sus pintas y como se le habla.

Guardaras respeto, porque si no, ¡Te desgarrara!

Pues, la pinta la veras en su jarra”.-

La ansiedad por conocer al tigre se convirtió en paranoia, subvaloré mis compromisos en la universidad, el trabajo y la casa. Descuidé mi apariencia, mi salud y mi rutina.

Mi única obstinación era conocer al tigre y su garra. Me gustaba oler a selva y dejar mi rastro en los caminos; andar sigiloso como asechando a la presa, y el libido afloraba.

Y cual depredador, se despertó en mí un instinto animal para olfatear el futuro, el presente y el pasado. Lo buscaba en las cuevas más oscuras, en las rocas más altas, en las plantaciones mas espesas, en los lagos más profundos y en los espejos de las orillas de los ríos.

Tenía una sed devoradora de alcanzar el cielo. Atravesé los mundos y los senderos sin miedo, porque sentía la compañía de este espíritu.

Pasé quince días caminando y la búsqueda fue infructuosa, pensé haber perdido el camino y me asusté, pues deje de mirarme al espejo.

Decidí parar un tiempo, fueron tres meses sin probar “remedio”. Aquella mielcita parecía que estaba causando en mí, más que un aprendizaje una peligrosa adicción; debía controlar mi espíritu y dominar de nuevo las plantas. Necesitaba desintoxicar el cuerpo y tranquilizar el alma, pues no pasaba un día de por medio en que no deseara tomar “la mielcita”.

El espíritu se manifestaba a tal punto en agresiones físicas al llegar la madrugada y mi sueño era tan lábil que la vigilia de mis largas noches devastó mi equilibrio emocional. Perdido el control y sin poder de decisión, me volvía fácilmente vulnerable. El “remedio” estaba causando estragos, hasta que se vuelve sangre.

Mi abstinencia fue interrumpida una noche que me invitaron a una toma, sabía que era una trampa; mi espíritu sería presa fácil en el estado en que me encontraba. No obstante aquella vanidad me creí superhombre porque tenía mi perfume y todas mis guardas.

Llegué a aquella casa e inmediatamente percibí la mala energía; en el lugar se respiraba maldad.

¡Claro que lo sabía!

Pero confiaba en mis guardas. Nunca pensé que la aparente amistad de “Tortuga” no era más que una celada que él y sus amigos habían urdido para retarme.

Fue una noche infernal y así lo presagiaron al ladrar los perros. Tuve que invocar al fuego y a su gran custodio, aguantar sin ver a nadie mientras leía en los encendidos carbones el destino de aquella noche.

Mantenerme callado hasta que el espíritu apareciera, fue mi estrategia. Mi sahumero de buen incienso me ayudó a salir de ésta; con la garganta encendida cual brasas de candela, todos cantaron sus verdades poniéndose en evidencia.

“Tortuguita” era un viejo y mañoso zorro, sus tonadas, otrora encantadoras disonaban en asquerosas sentencias; y sus “amigos enruanados” enajenados y enfermos sólo mostraban sus coloridos cascabeles de venenosas culebras.

-¡“que pasó mi segunda”! -Me decía “Tortuguita”. Cada vez que quería llamar mi atención.

Ahora comprendo el paradigma de aquella frase que me sonaba amistosa. Su segunda era la mala intención que escondía bajo la manga para hacerme caer bajo el efecto dulzón de su “remedio”.

Aclaradas bien las cosas del buen fuego e incienso que desmascara el efecto de la buena miel. La miel de aquel “remedio” despertó en mí la desconfianza, estaba seguro que debía utilizar bien las armas. No en venganza contra aquellos sino como estrategia para salir bien librado de esta trampa.



Sin título (Dibujo a lapicero)

EL ENGAÑO

*Siervos, son los siervos que sirven de buen escudo
Serviles siervos los que se apuntan para un sacrificio
Bocado de un lobo, alforjas llenas de basura
Pobre siervo que sirve de buen escudo
Pues no encontrara sitio para esconderse.
Siervo asustado por temor a quemar sus débiles cascos
¡Pobre siervo! a quien le muestran otra sierva del señor
Que en la casa de los infiernos predica sin perdón.
¡Pobre siervo!
Asustado y desesperado al filo del peñasco quiere saltar.
¡Pobre siervo! ampáralo tu señor
Siervo del señor dale tu mejor aliento para que sople mejor.
Del buen viento del oeste pues entre más fuerte,
Más siervo tuyo soy*

Libérame de este momento

Que siervo ya no seré desde hoy.

Desde ese momento, cada toma era infernal; salir al momento no era lo indicado. La miel que había probado, con su dulzón canto me tenía atrapado, debía resistir batalla tras batalla para desentrañar el misterio de tan extraña miel y planta.

Pues las cosas caen por su propio peso. Al otro día así como irrumpió el viento, llegó desde afuera uno nuevo retando a “Tortuguita” con tal ímpetu que lo dejó golpeado, sangrando y sin aliento.

Tan pronto aclaró el día, al viejo zorro tomador de “remedio” lo estaban esperando afuera para darle su merecido. No recuerdo si fueron una o tres manos del mal viento que le pusieron roja la piel; no sé si le sangraba la cara o estaba colorado de vergüenza.

Pues cada quién tiene buenos y malos vientos que lo despiertan. Ese día dejé que las cosas pasaran como tenían que pasar, pero “Tortuguita” ya no estaba rodeado de cuarenta amigos sino en la mira de cuarenta enemigos que esperaban impacientes bajarlo del pedestal; de servido a siervo lo harían pasar. Yo no tuve nada que ver, la mielecita se metió en mi cuerpo, pero mi buen incienso me hizo despertar y entre el bien y el mal pude diferenciar.

¿Quién me custodió esa noche? ¡No sé!

Pero sí pude sopesar las ventajas e inconvenientes de los vientos, aunque se entrecrucen en otros terrenos. an kan moste

De regreso a mi casa comprendí que las palabras del hombre sin rostro me trazaron caminos difíciles y épicas batallas y que la alforja que me dio es para llenarla.

¡Claro que tenía temor! ¡Sabía que era peligroso!

Pero así son las batallas, afortunadamente hasta en los mismos infiernos existen infiltrados, custodios que le enseñan trincheras para protegerse de los malos vientos.

Cuando era un niño, me gustaba construir a mi manera mis propias armas, poderosas armas para desafiar las fuerzas de la naturaleza. Si la ciudad se inundaba, hacía una buena barca con cascos de hojalata. Si el clima era hostil y el sol calentaba hasta secar la tierra; me deslizaba por la pradera con un buen trineo de cualquier hojarasca. Cuando venían los fuertes vientos de agosto; construía cometas con hojas de cuaderno y escribía mensajes para que llegaran al mismo cielo. Y aunque el delgado hilo me quemara las manos, soportaba el dolor para templar mis nervios.

¡Sentir la adrenalina no es cosa de grandes, es más asunto de niños, porque no existe el peligro!

Caminar sobre la cuerda floja en el filo de una terraza; saltar desde un gran árbol a otro sin temer al vacío; cruzar un puente podrido sobre un caudaloso río; escudriñar por los tejados la intimidad del vecino y tirar una pedrada a su ventana partiendo el vidrio. Apoderarse de un parque privado, tan solo para hacer un juego de pelota y mirar que rueda sin saber si será tu cabeza. Haciendo pública la propiedad privada.

¡Qué temerario es ser niño! Y sin miedo y con buenas armas.

Pues no tiene mochila sino un triste guarniel de cuero, con cartuchera, pierdas e hilos y quien anda cargandolo con el dolor de sus rodillas raspadas.

BON YARE

*Un viento extraño me ha regalado su nombre
Como lluvia apacible y solemne que cubre
Cada marca en su lomo.
Hoy estás en mí, ya no somos extraños
Me cantas desde el estómago,
Y de lejanos recuerdos traes a mis manos
De la sierra, cálida, húmeda y seca,
En lo volátil y sereno de tu canto.
Y atravesando tu vientre el viento, llega cantando
Aunque tu cuerpo solo esté a un pie de agua.
Aunque estés en los terrenos de anka moste
Hoy te saludo y canto contigo an masai curumaza
Bienvenido.*



Bon yare

Oleo sobre lienzo 60cm x 165cm

Los malos vientos en cuatro semanas pasaron. Por Martín “lorito” me enteré que “Tortuguita” quería hablar conmigo; los hechos de aquella toma lo tenían intrigado.

-Le urgía preguntarme. ¿Por qué el remedio de su taita, esa noche se convirtió en pesadilla? Y reclamarme por los hechos.

Debía estar preparado, pues “Tortuguita” sospechaba que yo le había malogrado su “huaira” y conjurado su remedio.

No tenía intensiones de prestar atención a estos comentarios, pero si fue un pretexto para alejarme temporalmente de aquel grupo. Aunque “Tortuguita” no desistía de este pensamiento. Me contaron que estaba maquinando una revancha, una toma entre él y yo, frente a frente y en su casa. No me asustó su propuesta “si tu conciencia está limpia como el ojo que corona tu frente, no hay temor” presentía que “Tortuguita” estaba mal aconsejado; su camino estaba torcido por culpa de quién dice ser su mejor amigo.

Tres meses pasaron antes de que llegara la invitación, suficiente tiempo para que “Tortuguita” planeara su estrategia. Ese día fui a su casa, sin la menor aprensión. Pero una llamada interrumpió nuestra pretendida conversación, “Tortuguita” contestó y hablando en susurros se alejó del salón.

-¡Llegaron los mayores! - Con solemnidad me anunció a su regreso.

La compañía me cayó por sorpresa, con los mayores de su lado; quería verme suplicando clemencia y perdón. “Tortuguita” tenía miedo de enfrentarme, por eso no me contó que la toma no era

entre él y yo como lo había propuesto, ahora estaba acompañado; pero las trampas y las malas acciones siempre traen malos ratos para quien las trama y eso es lo que “Tortuguita” no alcanzaba a dimensionar. Aún recuerdo cuando me preguntó en una toma:

-¿Qué vio mi segunda?-

Y ese día no le conté, pero es fácil diferenciar quién anda bien y quién anda mal, su mismo aspecto lo dice y el tiempo que no está por demás. Pero aquella llamada cambió los planes. Ese día conocería a los autores de la dulzona mielecita.

Eran las cinco de la tarde cuando entramos en una casa vieja, ubicada para mi sorpresa en el territorio del “niño de los reyes” justamente a donde todo comenzó. Una buena señal y en compañía de tres mayores.

En el corredor de la entrada saludé a un tipo con pinta de gallero; no me contestó el saludo, sólo hizo un gesto. Mientras yo miraba intrigado la cantidad de gente que circulaba por el callejón llegando al lugar.

Al entrar vi al taita mayor. ¡Qué presencia de señor! Ni más ni menos que una garra de tigre.

No era el típico indígena de baja estatura y presencia carismática, por el contrario su porte y estatura infundían respeto; de su cuello colgaban sus gualcas, con tramas en colores y guardas que lo distinguían; un abuelo de dulce corazón como su remedio, gracioso y de buen humor, aunque su mirada era analítica y desconfiada; pues los años y los gajes del oficio los vuelven así.

Los otros dos taitas eran sus hijos, me los presentaron cuando tomé asiento en un viejo sillón.

Los mayores conversaban en su lengua, sentados en el zaguán de la casona; intuí por sus gestos que trataban asuntos de negocios. Y no estaba equivocado; “Tortuguita” se sumó al grupo y comenzaron a planear la construcción de una maloca en aquel sitio, para celebrar eventualmente el ritual del yagé.

Ignorante del asunto me sentí como un intruso y cautelosamente me fui sin despedirme. Al bajar por el sendero me topé de frente con un hermoso gallo de pelea un joven ejemplar. Nos miramos fijamente y pude analizar su porte y gallardía; inmediatamente tuve deseos de tenerlo para mí.

¡Aquel animal me perturbó! ¡Ese animal era mío!

Su plumaje era dorado y resplandeciente como el sol, su cuerpo delgado cubierto con los mismos colores del arco iris: violetas y azules; terminaba su cola en dos majestuosas plumas blancas. Su andar era raudo, precavido y esquivo.

De regreso a la ciudad, seguía pensando en aquel gallo, me sentía tan dueño de ese ejemplar que hasta nombre le puse; el asunto era que debía obtenerlo sin ningún esfuerzo.

A LOS MAYORES

*Un crisol de jade y tizón negro
Han encendido su cara
Erguido en el filo de la llama
Ha invocado varias veces al fuego
Y no será la última, ni la primera vez
Que lo endulza con su canto.
Cantor humilde del fuego
Y ceniza del viento
Cantor que hace tronar los cuatro vientos
Y quebrar las canillas hasta quedarnos ciegos
Once esquinas hay que cubrir
Para meterse en el rojo, azulado y blanco fuego
Para que la sinfonía dulce
Reviente otra vez en trueno*

*En llamaradas azules y claras
Que son señal de haber vencido sin esfuerzo
Duélale a quien le duela lo admiraré en secreto
Porque de buena rama acortado este duelo.
¡Gracias mi abuelo!*



Estudio de Querubines

En la noche “Tortuguita” me llamó para preguntarme la razón por la cual lo había dejado sólo con los mayores. Le dije que a mí los asuntos de negocios no me interesaban.

- ¡¿Cómo me haces esto, mi segunda?! -Me dijo. Mi interés era que los mayores lo conocieran.

-No pronuncié palabra.

-¡Y es que no va a venir a la toma!-Preguntó.

¡No!-Le respondí. No me gusta aparecer donde no me han invitado.

-¡Tranquilo mi segunda, quien lo invita, soy yo!-Me dijo.

Quizá en otra oportunidad - le respondí.

En mi mente surgió la idea que aún no estaba preparado para tomar con los taitas mayores y en segunda instancia, “Tortuguita” quería ponerme en la mira de los sabedores para ver si en verdad yo era el causante de su desventura.

Los días pasaron y los taitas mayores se quedaron un mes y medio en la ciudad, organizando tomas de yagé y planeando la construcción de la maloca. “Tortuguita”, Martín “lorito” el ángel cantor y los demás, estaban intrigados por mi ausencia y mi falta de interés por conocer a los taitas mayores. Confieso que tenía miedo de interactuar con ellos; en el ambiente podía olfatear situaciones confusas de palabra y obra y lo más sensato era permanecer al margen. El reto entre “Tortuguita” y yo estaba latente, pero no era el momento.

Después de que los taitas mayores se fueron de la ciudad, “Tortuguita” me llamó de nuevo y esta vez fue más directo y con un tono sarcástico me dijo:

-¡Qué le pasa, mi segunda! ¿De quién se está escondiendo?-

¡Escondiéndome! -le respondí sorprendido-

¡Qué va! Si lo que hay, no es miedo; es respeto, respeto por la casa de los mayores, pues no me gusta tomar de lo ajeno.

¿Está de acuerdo conmigo “Tortuguita”? -Le devolví la pregunta en el mismo tono.

-Claro que sí mi segunda -dijo.

Lo que usted no sabe es que mis mayores me autorizaron para que controlara su remedio y su casa. Hay muchos vivos que quieren apoderarse de nuestras cositas.

Sí, es posible - Le respondí. ¡Sobre todo de “nuestras cositas”! -Enfaticé.

Los chismes llegan primero a malos oídos y después a quien los considera. Me enteré que estaban organizando tomas en la casa de los mayores sin su permiso y que se habían presentado muchos percances empezando por los participantes. Entre peleas, descontrol, abuso de licor y todo tipo de escándalos, y el ritual paso a otro plano. No me importó, mientras más me insistían más me alejaba. Y así como los buenos consejos se cocinan en hornos de leña, muchos de ellos se escapan como humo por las chimeneas.

ARJE YAT ZAMI

Tres vibraciones en la caza de mi limpieza

Escapulario de una próxima línea

Oficio de un rezandero

Custodio de mis escritas líneas

Labradas en su campo

Pero ajenas a su pensamiento

Éste es mi nombre.



Arje Yat Zami
Oleo sobre lienzo 80cm x 125cm

2.

LOS SUEÑOS

Un sueño se metió esta madrugada en una escuela vieja y desfondada. Desde sus entrañas cabalgan ejércitos sucios de espíritu en manada; a enfrentarse en un estrecho cuarto con unas cuantas verdes almas. Primero mandaron una desdichado material; mundo de banales objetos y mujeres enduendadas. Ellas eran blancas y cual marionetas son controladas, algunas se lanzaban hacia mí como flechas y otras se enfrentaban a mano limpia, pero son tan débiles que caen desmadejadas.

Y por el mismo abismo salen más bestias con desmesurada ira. Porque vienen excitadas; para luego mandarse y atacar de frente sin escudos ni nada; las que van a caballo nos arremeten con sus gigantescos animales y con sus patas sucias y de barro nos pisotean una y otra vez, mirándonos con sus ojos enlagunados.

Además revolotean sobre ellas aves de rapiña acompañadas de otros cuerpos que se arrastran, los cuales desgarran nuestra ropa y nos desarman; una visión apocalíptica que pesa sobre nuestras simples almas. En una polvareda gigantesca, aparece un ser extraño que me atropella con una carreta de tres gigantescos caballos. Sus grandes patas pisotean mis piernas, mi espalda y al voltear, su jinete me ataca con su puntiaguda y fría lanza; la retuerce en mi pecho desgarrándome el corazón atravesándomela hasta mi espalda.

Sin más aliento me desvanezco en una oscuridad insospechada.

Pienso en mi absurda muerte sin haber hecho nada; y en mi desasosiego, sostengo con mi garra derecha la fría espada, la retuerzo una y otra vez para desenterrarla. Mi mano no sangra pero arquea la cruda lanza la volteo y jalo, ayudado con mi diestra la incrustó en su garganta, aniquilando a mi agresor y su monstruosa alma.

Ese en ese instante es cuando renazco en otro color; escupiendo ruda sobre sus caras. Algunos de mis compañeros reviven en cuerpos de animales pero no en plantas. En otros seres que comprenden diferentes estados del alma, pero siguen luchando porque esto no es más que una revancha.

Mis sueños son recurrentes y extraños, se dan en espacios cerrados y aromatizados con incienso de sándalo y canela. Visualizo unos seres con ropajes amarillos, rojizos y naranjas; sus caras y piel pintadas con ceniza.

Su señor parado junto a ellos, de tez morena y de otra raza. Yo me encontraba en la segunda esquina a la derecha en la entrada, mirando a través del umbral de una puerta desvencijada. Adentro había varios cuerpos semidesnudos mostrando sus torsos; y con túnicas blancas cubrían sus piernas como faldas. Permanecían recostados pero en pose de guardia y yo, en la misma posición en la misma sala.

Luego se acerca una dama vestida de amarillo; se paró de frente y brilló ante mí como las espigas que cubren el techo nuevo de una casa de paja. Extendió su mano hacia mí y con un gesto de limosnero me cobró la entrada

¡Más!- Le dije. ¡Te has equivocado de persona de vestimenta y de ruana!

En la esquina del otro extremo se encontraba un niño de seis años, cubierto con una túnica azul celeste; tres líneas amarillas marcaban su frente y un vertical color rojo sus mejillas.

Pero él levitaba. Entonces me pregunto la dama:

-¿Él también paga?-

Pregúntaselo a él -le dije. Y el niño mentalmente me contesto:

- ¡Tan sólo tengo dos mil quinientos años! -

Mientras me fijaba en sus ojos azules que ni siquiera parpadeaban, enmudecí y sin saber qué hacer le respondí a la dama:

¡A él no le cobres nada! -Pero mi petición fue revocada.

Yo no entendía por qué le exigía al niño que pagara su entrada. Desconcertado nuevamente abagué por el niño:

¡¿Si el niño es uno de los tuyos, por qué le cobras la entrada?!

¿Acaso son los ropajes, los que determinan la espiritualidad de cada alma?- Y aquel sueño se esfumó.

Los sueños aunque resultan extraños y algunas veces inaceptables son visiones reveladas que se disfrazan mediante imágenes simbólicas para que no alteren directamente la conciencia, pero sirven de camino para ponernos en marcha.

Cuando era niño soñaba mucho y ocultaba mis verdades. Una tarde le conté a mi hija el sueño que me perturbaba y que como adulto hoy también me atemoriza. Traté de olvidarlo pero al comprender su magia, lo seguiré contando mientras tenga vida pues así comienza este sueño:

Una noche bajo el claro de la media luna, me veía recostado boca arriba como un recién nacido, dentro de una cúpula hecha de cristal.

Inmaculadas sábanas de seda cubrían la mitad de mi cuerpo y a través de la inmensa cúpula cristalina, me solazaba en una visión cósmica de néveas y delgadas nubes blancas.

Repentinamente un aleteo fuerte perturba la calma y penetraba en la cúpula una inmensa águila negra, quien llenaba todo el espacio y lo opacaba. Dejando tan sólo un haz de luz reflejado en su espalda.

Y al instante tengo miedo porque la fuerza descomunal de su aleteo, fragmenta cada vidrio del gran domo y cual vidrios en forma de dagas van cayendo, lacerando, clavando y mutilando mi cuerpo. Yaciendo en posición de un crucifijo comienza mi agonía.

Y en el declive de mi vida, el enorme pájaro desde lo alto deja caer de su ala derecha una sola pluma blanca, que danzando en remolinos llegaba hasta mi cama y cual espina envenenada horadaba con dolor mi pecho; partiendo mi corazón en dos y me apresa en la cama.

Por el gran orificio del pecho se escapa mi alma en forma de un caballo alado blanco, que con la fuerza de sus patas delanteras rompe la gran ventana; para saltar al vacío y volar sin voltear la mirada y mi inmolado cuerpo yacía tirado en la cama.

Los sueños imágenes oníricas que nos llevan a realizar viajes cósmicos y nos invitan a salir de nuestro ser, en un desdoblamiento de lo imaginario, y aquel lenguaje que parpadea sigue siendo el mismo.

En un espacio del sí mismo y del tiempo. Tiempos que se enlazan en un fluir de fuerzas. Devenir de diálogos que se vuelven imágenes con humor, humor del espacio externo y primeras palabras de la memoria.

A LA NOCHE

*Así soñar con los párpados traslúcidos
En el flujo dinámico de los sabores de la noche
Convertidos en la neblina de cantares
Y los ruidos de los dioses.
Yo soy aquél que lo ha visto pasar olfateando mi humor
Humor alado como zigzaguo de débil mariposa
Quien quiere atravesar el velo de mi ventana
Tan solo para coronar las palabras
De aquéllos que las ponen en mi boca*

Cuatro meses pasaron para que volvieran los taitas mayores. Presentí que venían a arreglar algo y a castigar a quien había irrespetado sus principios y su casa, aunque no tenía intensiones de asistir a la toma; pero tratándose de los mayores era una descortesía no ir. Además la “limpia” era para todos.

Ese día me hablaron del “hermano zorro” al que nada se le escapa; de solo pensar lo que me contaron sentí escalofríos en la espalda. Recordaba la primera visión que tuve con el taita Miguel: El lobo estelar que corría delante de una gran cometa por temor a que se lo llevara. Intuí lo que pasaría si ellos se encontraban.

Mi maleta estaba cargada con mis plantas y mis armas, olía demasiado bien; parecía como si fuera a una batalla. Caminamos con Martín “lorito” y el “Angelito cantor” hasta la casa sagrada; Un largo camino y cada uno ensimismado en sus propios pensamientos.

Llegamos retrasados, pero justo en el momento en que estaban repartiendo el “remedio”. El salón estaba casi en penumbras y como ciegos lo recibimos, pues tal cual quedaríamos si no abríamos bien los ojos a quienes íbamos acompañar.

BAKU ITAN YARE

Dos palabras se tejen en mi mente, serrando el cercó para mi propia muerte

Nimbos horizontales y columnas verticales. Carretes de hilos extensos que servirán de apoyo; estigmas en las paredes que tejen mis propias manos y que encierra la estúpida telaraña. Una mirada, un gesto del mejor amigo el que planea la trampa para probarla.

La primera vez cayó en el nudo de mis plantas, en el meloso lenguaje del cobrizo día; cadenas de trece días envolvían mi cruz en el pecho y el perfume de eucalipto que protegía mi estrecho territorio.

Y zapatos de caucho de buen campesino, pues era cuestión de tiempo y aroma meloso que se esparce; aroma que al tigre lo hace lamer sus patas, lo seduce y lo aturde.

Pues no comprende ni él mismo su melosería. Desarmado lame y vuelve a lamer sus garras sin comprender su propio colorido.

Pero revienta en rabia porque aquella humildad lo confunde, vuelve y se retuerce, buscando quien es el que lo engaña, husmea y pregunta; husmea y pregunta una y otra vez sin encontrarlo.

Se encuentra mareado y engatusado por cosas tan simples como el amor propio y de aquel relato antiguo que inquieta y lo hace revolcar en su lomo.

Adormecido ni siquiera comprende su propia naturaleza. Ese temor de creer que lo sabe todo; por eso es que hay que abrir bien los ojos y tenerlos después bien cerrados. Esta es la primera palabra “Am bote”, de renovación, recibimiento y bienvenida. Y la segunda “Acado tigre”

Pero siempre la garra husmea hasta que amanece. En tres sorbos descubrió el secreto de la rosa, la cruz en mi espalda, el aroma que lo confunde y el lenguaje pausado de mi melosería. No hablamos mucho pero aprendimos harto. Ahora nos entendemos y respetamos

La segunda noche me dio la vuelta, ya sabía quién era. Yo chupaba el néctar como el colibrí y saltaba como conejo, un conejo bondadoso que solo jugueteaba en la cueva. Aunque esté en una cueva enduendada de viejas con harapos; tres maracas sonaban desentonadas para romper el círculo, mientras la miel bajaba por mis collares para pedir coraje, el coraje que deja ciego y las piernas tambaleando, mientras el frío de la luna merma entraba.

Casi me mata la hierba húmeda y el canto extraño de la tambora, las malas maracas y el tambaleo del caballo caspi.

Gracias doy a mis pies, a mis crudas patas y al aro de plata a quien cantaba, para desgarrar la madera, madera húmeda de la gran mesa bendecida, mientras vomitaba. Vomitaba la enfermedad de muchos años, en un año de gracia.

*El corazón se me partía mientras la mente se me desvelaba,
desgarraba con mis uñas el coraje para tener buena pata; Una
maratónica lucha que parecían cien batallas. Un camino com-
plicado y duro porque se siente el frío de la montaña, montaña
de oriente, de selva y de casa cercana.*

*Luego de sufrir más de cien semanas hasta que la luna cambie,
llené mi desventuranza, ahora apiádate de mi sagrado corazón,
calma mis desvelos y mis llagas.*

*Y cuando falten un cuarto para la madrugada, me bañaré con
las más cálidas ramas, aunque en la mañana me atormenten
las despiadadas almas, me azoten en las noches, me cambien
de noche las madrugadas.*

*Pues yo también lameré mis doloridas patas, pero sin descon-
certos, sino con la terca decisión de asumir las culpas propias
y ajenas; aunque después se me hinche la panza.*

*Siempre habrá el remedio para rebajarla, porque en la última
semana combatiré con espada, escupiré la ruda en sus propias
caras.*

*Gracias zorro, gracias amigo, por mostrarme el coraje que me
hace falta.*

Al otro día ya no vi a “Tortuguita”, El “Ángel cantor”, “lorito” y en la madrugada aunque sentimos el rigor y el azote del rejo, comprendimos para quien era la “limpia”; entendiendo que el castigo de los mayores forma a los hijos y aquella es la manera de enseñarles el buen camino, algunos lo asimilan pero otros quedan frustrados y con deseos de venganza.

En unos cuantos días me enteré que “Tortuguita” pensaba desquitarse de lo que le habían hecho los mayores; lo tomó como una ofensa y no como un llamado para enderezar el camino. Miré a mis compañeros y luego a “Tortuguita” y sentí lo que él deseaba que sintiéramos, compasión. Pues, la compasión a veces mata.

Pero - se merecía el castigo. ¡Vaya; pobre hombre!

Lo llamé una tarde para convencerlo de que desistiera de aquella intención, me parecía absurdo que adoptara esa actitud de enfrentar a los mayores; a sabiendas que ellos manejan no sólo el “remedio” sino además por respeto a su sabiduría. Asomándome entre las cuatro de la tarde a su casa, noté temor en sus ojos; pues las noches en vela habían causado estragos en su humanidad, su sentimiento de culpa lo estaba atormentando. Traté de nuevo en aconsejarlo.

De cuatro una, de una tres, de uno en uno nos volteamos a ver

Cuál es la respuesta a la verdad, si sólo quedará uno y no tres

La vida se vuelve una adivinanza, y el azar hace una buena pasada.

Pues, esta vez aprendí a guardar la desconfianza, como un arma más.

Estaba sentado en la sala de su casa, y yo sorprendido por su aspecto el cual no era nada agradable. Palabras fueron y vinieron hasta que lo previne de lo que podría sucederle si insistía en retar a los mayores; pero su prepotencia y arrogancia no le permitían bajar la guardia.

Me propuso que tomáramos en mi casa, quería probarme antes de su gran hazaña; para saber si estaba de su lado y por lastima acepté pero con desconfianza porque su paranoia podía agudizarse.

-¡Si mira a esa mujer! -decía.

-Si vio, me mando un mal de ojo esa viruña.- Y maldecía.

Imaginaba ser atacado por cualquiera que se acercaba

-¡Si ve ese que está parado allá enfrente! ¡Si lo ve! - decía.

Ese que está ahí es brujo. Parece que me lo mandaron para vigilarme.

¡Pobre hombre! Tenía mucho rencor en su corazón, su mente estaba enferma y hasta las plantas de su jardín estaban marchitas.

-¡Mi segunda! tomemos en su casa! -me dijo.

¡No! – exclamé.

Es mejor que no tome por un tiempo, se está castigando usted mismo. -Le dije.

-¿Me tiene miedo?-Me instigó.

¡Miedo no!-Le respondí. Pero ¡Sí compasión que es nuestro peor enemigo!

Luego de tanto insistir, planeamos la toma para un fin de semana.

-¡Llevaré jaleita y a un amigo!-Dijo. Antes de despedirse.

A su amigo lo conocía, había asistido a varias tomas con “Tor-tuguita”. Reconozco que al principio no me agradaba porque su mirada era oscura y un mal espíritu parecía que lo tenía.

Le decía el “Sacristán” porque mantenía los bolsillos llenos con sahumerio y cada vez que tomaba remedio soplabo como taita y hacía sonar sus maracas, cantaba y danzaba hasta rodar por el piso. Pobre “Sacristán” por curioso lo tenían así, recibiendo todos los males como caneca de basura.

Casualmente ese día miércoles en la tarde, asistí a una conferencia de sociologías en la universidad; el invitado era un taita Siona que venía del bajo Putumayo. Al finalizar la charla, el taita invitó a una toma esa noche, ya había probado de su remedio y por supuesto no iba a dejar pasar esta oportunidad.

Su corta estadía en la ciudad no daba para perder el tiempo en estudios y analogías antropológicas y ontológicas tratando de hallar procesos de socialización de conocimientos y buscando enlaces y conceptos. ¡El asunto era tomar!

Hay muchos que hablan de ser grandes conocedores del tema y especulan, porque una vez tuvieron una experiencia. Pero este no era el caso.

Mientras la charla se alargaba explicando su cosmovisión y terminar el espectáculo de exhibición, taita invitó a una toma en la noche.

¡Claro que asistiría! ¡Uno no tiene la oportunidad de tomar de aquella mano todos los días!

Pues así se los conoce, tomando para ver qué mano tiene. Sabiendo que el yagé es el yagé, no hay nada más.

Hay que aclarar que el yagé sirve para curar las dolencias del espíritu y prevenir ciertas enfermedades a lo que los sicólogos llaman problemas psicológicos o superación de complejos. Les digo, la única manera de socializar conocimientos es tomando y soplando, tomando y aguantando.

“No solo una vez se ofrece tomar remedio, sino convivir y conversar con él hasta que le coge cariño; para que le muestre cosas bonitas, pero también feas para que le saque los males.”

Pues colores o pinta cualquiera la ve; pero no hay que dejarse deslumbrar por los viajes de fantasía. Pues la contemplación de la sicodelia hasta en las discotecas se ve. Hay Varias clases de yagé y taitas pero uno debe escoger del bueno, pues yagé para universitarios también hay.

No iba a desaprovechar el encuentro con Taita, un hombre que sabe de remedio, era la oportunidad de compartir el momento.

Invité a tortuguita para tratar de ayudarlo y a los demás compañeros para que probaran de aquel remedio.

Nos citamos a las siete de la noche en una casona de la ciudad, apenas entré me saludé con Martin y el ángel cantor, tortuguita ya estaba conversando con taita sentado en la misma mesa, curioso por saber los secretos de donde viene ese conocimiento y porque me imbuía tanto a tomarlo para mi espíritu.

“Estas palabras: Curiosas son las raciones del buen remedio, pues, en la medida de la taza esta tu compromiso, pintas de buena lora para buenos cantores.

Invocando a las plantas que crecen en el río, flor blanca de aguas cristalinas, hembra de mil amores, aunque tengan en mal tu nombre

Macho y hembra pa’l buen encuentro, y humo para sincerar las partes, humo del buen néctar que entra susurrando desde la lejanía.

Enjambre de conocimiento cocinado con paciencia en el buen fuego. Macho y hembra hoy es tu encuentro.”

Pocos fueron los asistentes apenas veinte personas, las demás eran los acompañantes del taita. Me senté frente a un gran espejo que atravesaba la sala, dos fueron mis acompañantes uno a cada lado izquierdo y derecho. Menos mal que tenía buenos escudos para empezar a cantar y desde lejos miraba a taita entonando su buen canto, mientras a su alrededor lo rondaban siete “zorros” para arrinconarlo.

Danzaban uno detrás del otro, pues la manada se cuidaba.

¡Qué compañía tienes taitica! -murmuraba.

Si de la jauría estás rodeado, siempre admirare tu mano, pesada, firme y generosa.

Yo cantaré al fuego mientras las malas dulzainas no me engañen, respiraré profundo para entender que mi alma reconoce su casa, caras amigables y conocidas de buenos hermanos de la buena planta. Pues ya sé de dónde vengo y como funciona tu planta, aunque al otro día me salgan estigmas de una cruz ensangrentada; la pinta, el canto, el remedio lo diste tú, pero a mí no se me escapo nada.

Surgieron buenos consejos para usuales enfermos, mientras taita me miraba yo sabía que no le inquietaba mi canto.

Es más, me ofreció un buen tabaco para que conversáramos, pero así son las cosas lo bueno se acaba temprano.

Salí agradeciéndole y estrechando su cálida mano para otro encuentro. Pues antes que aclare el día tenía clases en la universidad y la chuma no me pasaba; y en el camino cantaba y silbaba la canción que me enseñó taita en la dulzaina.

Llegando a la clase de grabado, me encontré con el profesor, lo saludé pidiéndole disculpas por no entregar a tiempo el trabajo

Después de conversar, sincerarme con él y darle buenos consejos; le dije que el trabajo no lo había traído, pero le traía algo mejor que un simple grabado.



Sin título (Falso grabado)

Así que me levanté la camisa y le mostré lo que había hecho con canto el remedio. Él tan solo se admiró al ver que de mi pecho salía una gota en cada poro y una lagrima de sangre.

Solo esta frase salió de mi boca. Si de una obra de arte se trata, cual es la simple hoja en la que se traza esta llaga, con canto y dulzaina, y salí del salón de clases. Pero el profesor no dimensionaba la fortuita situación, así que sin más me dio más tiempo para hacer un falso grabado.

No me preocupaba por desayunar, pues lleno estaba mi corazón de alegría al saber que mis palabras no se van al viento; sino que se transforman en música y buenos estigmas.

Llegando a casa dormí toda la tarde y me desperté el día siguiente, al mediodía busqué la cámara para fotografiar mi estigma, pero al mirar mi pecho había desaparecido. Guardé esa efímera y bella imagen en mi memoria.



Muca Van Che
Oleo sobre tela 80cm x 120cm

MUCA VAN CHE

*Danzan y estorban en el ojo de mi espejo
Que abre el rojizo fango en los siete mundos
Aguiluchos sin corbata que invocan el mal pensar
Caminos que se pierden en la cresta blanca leporina
Del que asusta y trata de entender
Es mejor que no entiendas y alégrate de mi danza
Terrea.
Escúchate a ti mismo este soy yo
Muca van che*

A las cinco de la tarde me llamaron los compañeros, lorito, ángel cantor y tortuguita; Pues los había dejado muy temprano luego de la toma. Me comentaron que esa noche en la toma los robaron, vaciándoles sus bolsillos, llevándose las costosas dulzainas y hasta la misma huaira de tortuguita.

Asombrado -le dije. No puede ser, pues a taita lo conozco demasiado bien.

Pero “Tortuguita” desconfiaba de mí, aludía que yo había sido el único que salió temprano de aquella casa, no me extraña su aseveración siempre buscaba un culpable y como me tenía entre ceja y ceja me inculpó de lo sucedido.

Metiendo cizaña a Martín y al “Ángel cantor” para que desconfiaran de mi valiéndose de mil argucias.

Pero como decía mi abuela: “Más rápido cae el mentiroso que el cojo”.

Pasaron los días y “Tortuguita” se hundía cada vez más en esta trampa, me llamó un sábado para que hiciéramos una toma en mi casa. Su mala intención y su recelo aumentaban hacia mí.

¡Pues si! - Le dije. La propuesta sigue en pie, ¿Quién dijo miedo? -

Ya estaba enervado de incurrir siempre en su ayuda, ahora debía recibir su merecido. “Tortuguita” ya me había advertido que traería a su amigo “Sacristán”, Pues no había más que decir, los cité antes de las siete de la noche en mi casa y ahí estuvieron.

Mientras “Tortuguita” me saludaba, escudriñaba con mirada aguzada el lugar y con voz austera me preguntó:

-¿Y dónde vamos a tomar? -

¡A donde usted quiera! -Le dije. ¡Elija el sitio!

“Tortuguita” bajó la maleta, sacó sus collares y se sentó en la esquina al lado del umbral de la puerta.

Los demás improvisamos unas bancas, yo me senté al lado del “Angelito cantor” y Martin.

“Sacristán” se encontraba en el otro cuarto improvisado una cama para descansar. La toma fue sencilla sin preámbulos y sin palabras y tomamos la jaleita.

“La jaleita es muy especial empieza a bajar por la garganta chumando despacito hasta llegar a la boca del estómago. El cuerpo comienza a temblar y al mismo tiempo el remedio sube “calientico” desde los pies hasta la garganta”. “A veces parece que le pasa la chuma y le da ganas de tomarse otra” pero de nuevo viene el vaivén y el buen mareo; así lo tiene toda la madrugada y parte del mediodía.”

Tortuguita con su mirada acechante revisaba por detrás, por debajo y por encima, como olfateando el lugar. Temía que yo le hubiese tendido una trampa. Por mi parte uno de tanto tomar remedio el rato menos pensado también aprende sus mañas y se forma como guerrero y más cuando se trata de defender su nombre y su morada.

Desde el otro extremo también lo vigilaba mirando sus movimientos e intenciones.

La chuma se venía fuerte y luego de tomar, la tembladera y el mareo lo llevaban a desesperarse, no sabía si quedarse en aquel rincón sentado o pararse de él. Pobre “Tortuguita” nadaba en su propia miseria, ni a quien pedirle que lo sacase de ésta.

No pasaron veinte minutos y él estaba desfallecido e inquieto, embadurnado de vómito desde la cabeza, cuello y cara.

¿Qué le pasa tortuguita? -Le dije en tono sarcástico. ¡A ver pues! ¿No quería tomar en mi casa?

Inmóvil y rezagado el pobre hombre no sabía qué hacer en su desespero. Entonces “con mi segunda intención” le pedí que me sirviera otra cucharadita a” Tortuguita”.

-Martin como en broma -me dijo. Sírvasela usted, pues tortuguita no puede ni alzar la mano.-

Déjelo Martin –exclame.

¡Que me la sirva el taita, para ver qué mano tiene. -Le dije.

Temblando se lo veía “*enrruscado*” en la esquina y sacando fuerzas de flaqueza, se incorporó y me sirvió una cucharada. Ya se le regresaba otra vez el vómito a tortuguita y a mi también al medirme cual cucharada.

¿Por qué tan generoso? -Le dije con sorna.

- Para que le coja como a mí -respondió.

¿Para estar así en la esquina? ¡hum, para qué!- Le dije.

En todo caso ¡Dios le pay! Y pa' dentro la jaleita.

Tortuguita con su mirada aun perdida, y su cara llena de angustia, esperaba que no dejase ni un poco de remedio en la cuchara. Le hice un gesto de burla y deglutí hasta la última gota de la jaleita.

Él esperaba mi derrota, pero la dosis me sentó muy bien. La jaleita me mandó a lo que tenía que hacer, aunque me hizo vomitar solo espíritu; un gran eructó salió. Y dirigiéndome al corredor de la sala e hincándome en el umbral de la puerta, percibí que el remedio me asentó, fue entonces cuando pausadamente tomé una veladora y sacando unos fósforos de mi mochila y silbando, esperaba el buen momento y la prendí.

¡Y empecé a cantar!

“Bienaventurado pues en ti confío, de este corazón roto. Que de uno a tres han venido, de tres hasta que amanezca te has compadecido. Miradme bajo tus ojos que este corazón está enardecido

De tu gran corazón deja obrar a mis sentidos, si vienes desde oriente como un cometa tu palabra se ha cumplido y sé que otra vez contare contigo, ahora dime cual es mi tarea, pues solo en ti confío.”

Ahí mismito vinieron desde el oriente como cometas a acompañarme; llegaron a la una de la madrugada.

No me pegaron duro sino que me acompañaron con su fuerza a conocer el color de sus tres corazones y a cantarles como a ellos les encanta. Viaje celestial lleno de relatos y secretos.

Así como yo soy su custodio, iré buscando cual es mi naturaleza. Preguntas van, respuestas vienen en colores la sinestesia, Incrustando el símbolo en el filo del umbral y mi inconciencia.

Luego me llevaron al lado de “Sacristán”, me acucillé delante de él quien dormía como un garabato sobre unas viejas tablas.

¡Muchacho, donde crees que te has acostado!- le dije.

En estas tablitas que encontré tiradas allá fuera. -respondió.

Sacristancito mire que mal está, mejor levántese para que conversemos.

Saqué un poco de perfume y untándole en sus manos se incorporó; pero su presencia me llevo al instante a querer vomitar, no alcance a salir del cuarto y el mareo se intensificaba; luego me sostuve para no caer.

Entonces solté mi canto para que la chuma, me llevara a su lado para tranquilizarme y mirando a sacristán percibí lo que anunciaba su corazón.

“Sacristán” se levanto rápidamente, pero no alcanzó a salir del cuarto y vómito en el mero salón. Se restableció en unos minutos y con estupor se sentó a mi lado, mientras encendía un tabaco le pregunté cómo se sentía, con la mirada aun extraviada me dijo que se encontraba bien.

¿Por qué cargas tanto sahumerio en tus bolsillos?-Le pregunté.

-Para perfumar la casa -dijo.

Y por qué la perfumas, le pregunte.

-porque se la siente pesada -respondió.

¿La casa de quién?-Volví a preguntar.

¡Pues, la suya!-Respondió.

¿Así como tus bolsillos y la compañía de quién andas? -le insinué.

-Pudiera ser, pues mi compañero me lo advirtió antes de venir me dijo que llevara sahumerio.

¡Ay amigo, nunca vas a entender! ¡Es mejor que pienses en ti, cuídate! Mascullé y lo dejé solo.

Pero antes pensé que un largo camino habría para su limpieza y sanación, por eso tendría que dejar a un lado el sahumerio y a su supuesto amigo. Pues mi casa y mi corazón te ofrezco. Quedate tranquilo buen amigo.

Dirigiéndome al cuarto donde estaba “Tortuguita” lo encontré ahogándose en su desespero, me hice el de la “vista gorda” y salí pensando en que si presume de ser un taita “Que se cure solito y aguante”. Pues esta noche es la de los buenos corazones.

Le pedí a Martin “lorito” que me sirviera otra cucharadita, pero él me advirtió que una dosis más podría ser peligrosa. No obstante le insistí argumentando que empezaba a amanecer y necesitaba una dosis para dormir mientras pasaba la chuma.

Y después de tomar les dije:

¡Tranquilos que están en su casa! Y enrollándome en mi hamaca me dormí faltando un cuarto para la madrugada.

“Sacristán” es un joven soltero, humilde y responsable en su trabajo como albañil. Pero lo poco que se gana lo derrocha con sus amistades. Creció en un barrio de mala reputación, rodeado de un ambiente conflictivo y violento. Su acicate lo encontraba en los bares y prostíbulos de mala ley. En su cuello lucía collares adornados con extraños accesorios como pezuñas de cerdo, manillas coloridas e instrumentos musicales.

Hace rato lo había analizado y el hombre no era malo, sólo necesitaba buenos consejos para cambiar el rumbo en su vida. Me sentí con la responsabilidad de hacerlo, arriesgándome a que lo tomara como una intromisión.

¡Si quieres andar bien! debes comenzar por deshacerte de esas guardas que cuelgan en tu cuello, especialmente el collar de pezuñas de cerdo -Le sugerí.

“Sacristán” me miró con sumisión y desconfianza.

No es una obligación -le aclaré. Puedes comenzar poco a poco, para que el espíritu que te tiene no se dé cuenta, porque malo es y si nos pilla es peor.

Le pregunté dónde y cuándo se había posesionado de él ese mal espíritu.

Me contó que una vez acompañó a un amigo al bajo Putumayo para que un curandero lo sanara de una fractura; el curandero hizo lo suyo. Los sento a todos alrededor de su amigo y fumando un tabaco los sopló a cada uno; luego salió de la casa y al regresar traía en sus manos estiércol de vaca. Con unas oraciones, aguardiente y plantas, le aplicó al paciente sobre la fractura y al momento a todos los mando a vomitar.

Entonces -le dije. ¡Sacristancito! ¿Y eso le parece bueno?

-Me dijo- ¡pues si! porque mi amigo se curó.-

-Le dije. Sacristancito, esto te pasa por inocente a tu amigo lo curó pero a usted se los cargo que es peor.

-¿Sí?-respondió.

Esta fue la última toma con “Tortuguita” me alejé de él y sus amigos, esta fábula perdió para mí toda importancia y credibilidad.

Durante un año entero, el trajinar diario, mis actividades académicas y responsabilidades familiares absorbieron por completo mi tiempo; logré canalizar mis energías para alejarme de ese ambiente y dejar de pensar tanto en el “remedio”.

Pero los rumores de todo lo que pasaba en aquel ambiente, me llegaban de alguna manera a mis oídos.

Al “remedio” se le estaba dando otro manejo y la espiritualidad pasó hacer una oportunidad de negocio y adicción.

Martin me insistía en que volviera a las sesiones comentándome que tortuguita ya no asistía, pero decidí no volver a tomar; ya no era de mi agrado esta actividad. Como era de esperarse “Tortuguita” seguía tomando solo y entró en desgracia; no puedo decir que me era completamente indiferente, de todas maneras es un ser humano y es el espíritu de una persona es el que está en juego.

“Tortuguita” no midió las consecuencias de meterse con los taitas mayores, los dueños del “remedio”, su ambición y arrogancia no tenían límites:

-¡Seguiré tomando! ¡Porque yo también soy taita! - alguna vez lo escuche decir.

Martin me recomendó que me acercase a la casa de tortuguita, pues ellos se preocuparon por no tener noticias y por este motivo me dirigí a su casa. Al encontrarlo sin reparos le sugerí que parara y cambiara de actitud; pero en su manifiesta prepotencia sólo atinó a decirme:

-¡Si ves estos collares, son de puro tigre! ¡Es a mí a quien deben pedir perdón!-

Cuidado tortuguita, Esos collares se consiguen en cualquier tienda de artesanías -Le sugerí. Y de souvenir está lleno lo mundano.

Mis argumentos fueron vanos, por el contrario me retó a ser su informante trayéndole noticias de quiénes y que estaban tramando los taitas mayores para meterlo en cintura, de hecho, le dije que no me prestaría para eso y que además no sabía nada ni estaba interesado en averiguarlo.

Así como usted yo soy un pobre hombre que le gusta tomar remedio nada más; pero mido mis palabras y acciones, por eso en estos momentos hago una pausa como debería hacerla usted.

-¡Váyase con ellos!; Todos son una mano de malagradecidos!

-Dijo fuera de sí. ¡Yo les enseñé a todos, son una partida de traidores!-

Salí de su casa lamentando no poder ayudarlo, vi a una tortuga sin su caparazón, soportando en su propia espalda el peso de su soberbia. El “remedio” conjurado lo tomó por su cuenta y no hubo riego, sahumerio o rezo que lo sanara. Su ego inflado por las malas amistades, puso en peligro su dignidad, su trabajo y hasta su vida, y desesperado seguía tomando más remedio.

Pero los mayores son los mayores y con ellos hay que tener buen pensar. A veces ellos le ponen pruebas a uno para verificar que tan firme es tu creencia y tu respeto por la planta y su palabra.

¡Duro es este caminar, tienes que tener un buen pensar, porque sino pierdes la cordura!

Recuerdo que el abuelo en una toma nos decía:

-“A ver mis tigrecitos, tomemos de esta jaleita para que canten”.-

Después de tomarla, ¡Válgame! Esa noche no podía sostenerme, tuve que aguantar más de tres horas de tormento parado en pleno aguacero, soportando el frío que subía por mis canillas y mirando el mismísimo infierno.

Esa noche el abuelo no me dejaba acercarme a la casa, que se encontraba a unos cien metros, y en ese transcurso me obligó a pensar en cuál era mi verdadero propósito.

“Después de pensar bonito” y vomitar, se desentumecieron mis canillas y la angustia me fue pasando. Y aproximándome al abuelo que estaba cerca de la fogata:

- me preguntó. ¡Qué! ¿Cómo le fue, a mi tigrecito?-

Menos mal que yo soy mal cantante -le dije. ¡Porque si no! estaría cantándoles a los santos querubines en el cielo.

El abuelo soltó una carcajada, él sabía lo que yo le insinuaba.

-“¡Bien, bien! ahora échese pa’dentro que se le van a enfriar las canillas y las bolitas a mi pobre tigrecito”. -Me dijo.

¿Tigrecito?, -le dije. Tigrecito, ¡qué va! si con la tembladera que tengo hasta las bolas me duelen de ver a cualquier minino.

Noté que el abuelo estaba más dicharachero y más contento que nunca, por lo tanto me atreví a darle un buen consejo:

Aléjese de la candela abuelito, la muchacha que tiene sentada a su lado debe conversar muy bueno, usted sabe que el yagé madurito es como el buey viejo, y tomar del bejuco verde nos hace ver más viejos y las bolitas también se secan en la candela si no se cuida de comer pasto tierno. El abuelo abrió los ojos y me miró, y moviendo la cabeza de un lado para otro sonrió de nuevo.

Ese día conocí la buena mano del abuelo y el sabor dulzón de su “remedio”. Cada vez que venía el abuelo asistía a veces durante tres días seguidos a la toma y de su sagrada mano recibía el “remedio”.

Con mucha atención observaba como “Querubíncito” trabajaba, librando batalla tras batalla, como en un juego de ajedrez para demostrar quién mandaba. Viajaba muy lejos trayendo a los buenos espíritus para que lo ayudaran. Pero cuando el abuelo se enfadaba la cosa se ponía grave, no quedaba títere con cabeza y caía quien sea en esa chuma tan brava.



Sin Título (Dibujo a lápiz)

SENTIR YAGÉ MAGIA Y VAMPIRISMO

El encuentro de la boa y el tigre. Compartir los muros donde soplan los ancestros, espaldas congeladas de pensamiento en la cruda cordillera; reflexión de un día que cambia el sentido del constante látigo.

Una cuchara de la fría miel para endulzar mi alma y probar el espíritu del buen amigo, que te hace pensar mal para reflexionar. Para sentir la nobleza, la humildad y comprender el mundo de realidades en que estamos sumergidos.

Esta noche contaré la historia de una linda mariposita, que revolotea silenciosa contoneando su cadera. Contoneando su cuerpo en el laberinto de un paisaje urbano; paisaje con perfumes de ladrillo y voces extranjeras que seducen; pues, son luces nauseabundas de un canto con orgasmos.

La princesa de la luz y buena mariposita, carita de ángel, cielo e infierno en una sola hermosura; revolotea por mis pies, revolotea sobre mi cabeza, camina, brinca y salta.

Para entrar en mi lábil pensamiento y en lo ajeno de otra casa. Endulzando y queriendo abrir mis flacas piernas congeladas.

Canta y canta, esta mariposita con su dulce y penetrante canto ofreciendo su vulva. Cloaca del tonto, del buen pinocho, del inocente cantante, del que tropieza con grandes pies para caer de cabeza.

P'Adentro. Aden...tro. Canta apasionadamente la delicada mariposita. Canto donde no aguanta ni la fragancia del amansa guapos.

Aden...tro. Repite y canta una sirena de este pequeño mar urbano. Pa Aden....tro. Canta

Y por eso pienso; recuerda mariposita que aquí no pasara lo que escuché en un cuento sobre Ítaca.

P'aden...tro. Canta la sirenita mientras domina el hambriento libido de estos guerreros. Sin importar cuán y cuantos se manda para aden... tro.

Y en la esquina, la resguardan otras hadas que revolotean, y danza buscando con sus ojos seducir y atraer incautos guerreros.

Por otro lado bailan las lesbianas, tomadas de las manos y aquellas siguen en la esquina, cantando y bailando; uno tras otro cae en la dulce y suave tonada.

Hombres y mujeres reconocen su canto, canto melodioso mientras ellas ríen extasiadas en su orgasmo.

Ahora son una misma , y engañados por el olor de la dulce violeta. Uno tras otro se derrama. Jalando y para adentro. Mientras ella repite una y otra vez su canto.

La vi atrás de la casa revoloteando desnuda, en la plena masturbación de su canto. Aplaudiendo al infierno para evaporar el semen; el semen de estos cuervos que luego de verlos atemorizados, persignándose cae sobre ellos en polvo de estrellas.

Pobres ingenuos guerreros que creen haber robado y violado a la más virginal joya, cayendo en la orgía de sus pensamientos.

Pobres cuervos con ojos hundidos, miran seducidos y quieren más de la bella mariposa.

Y el tigre raspa silencioso la pesada madera de pino. Yo solo miro, pero también me río. Mientras me fumo tres tabacos bien tacados.

El tigre se acerca sigiloso, husmea y huele su perfume vaginal. Se peina las orejas con la candela.

Y agachándose muestra sus bolas seduciendo a la joven mariposita; Raspa de nuevo, mea por encima, por detrás de la candela y el humo.

Luego tuerce su nuca como insinuando que no pasa nada, coqueteando sigiloso y marcando territorio soba con su dulzaina la espalda y la cola de la pobre mariposa invitándola al banquete de pensamiento.

El tigre sigue merodeando a sabiendas que tiene toda la noche para el galanteo y la mariposita se percata por un instante que el tigre la invita, se levanta y corre desesperada a donde todos la observen, corriendo a masturbarse.

Pobre mariposita no aguanta el almizcle que emana el tigre, pobre mariposita que no sabe que después de tres tabacos le van a hundir la garra.

Y al momento regresa mas arrecha y se peina; baila presumiendo que ya lo tiene al tigre, lo persigue esplendorosa aplaudiendo su canto vaginal.

Ríe y canta para probar si se masturban con ella el tigre,

Pero no se percato que en su ausencia el tigre acababa de fumar el último tabaco.

Y en tres pasos cae de cabeza sobre la hierba, después de sentir la garra del tigre en su virginal vulva. Pobre mariposita muerde sus labios y entrecruza sus manos extasiada en posición fetal mientras de angustia y deseo grita.

Quiero ir a mi casa. San Andrés, san Andrés.

Repito. ¿Es mejor no haber escuchado? Ni siquiera yo se en lo que me he metido.

Noches como esta y muchas más hay que ver y aprender.

Del buen aprendiz que guarda paciencia. Tan solo a mirar; a eso he venido, Una noche tras otra gracias a Dios me siento protegido. pero se vuelve peligroso contar, contaré algunas que otras pues no me ha ido tan mal.

Esta vez llegó a mis oídos la historia de un espíritu que tenía como amante a una criatura inocente. Se trata de una muchacha cordial, amable, simpática y por lo consiguiente curiosa, a quien le seducían las artes del curanderismo, la llevaba en su raza, pues, morena y hermosa es; con carita de ángel.

Llegó por casualidad.

Y caminando por la vida se dejó arrastrar por ese mal espíritu; era un varón. Este espíritu la dominaba tanto que controlaba hasta su ciclo menstrual. Aquella dama no podía tener hijos y fracasó con cada persona que se organizaba.

Mal en el trabajo, en el amor, de salud, mal alimentada, le faltó poco para vender su cuerpo para no aguantar hambre. Gracias a Dios llegó por casualidad.

La conocí tomando remedio; pues se vuelve uno sabueso olfateando ¡Ve los males así no más!

Me fijaba siempre en sus manos; la saludé no con un apretón sino con unas palmadas en la espalda de bienvenida, aunque estén lo más de enfermos hay que recibirlos, ya que para eso han venido.

Esa noche éramos siete pero ya no contábamos, con tortuguita, ni con el abuelo; Nos tocó a los tres.

Era la primera noche que iniciábamos nosotros el ritual del yagé. Comenzó como toda ceremonia, a todos nos toca una tarea, a mí me tocó prender el fuego, a Martin arreglar la mesa y repartir remedio, a él angelito el incienso y cantar. Así nos repartimos la tarea.

Claro que da temor enfrentarse solo, pues, la responsabilidad sobre la salud de otras personas esta en las manos de quien reparte, un mal manejo podría enfermar aún más al grupo y enfermarse uno mismo.

Entré al cuarto y Martin se estaba alistando para la toma. Limpiaba cuidadosamente sus escasos collares y al instante salimos a repartir remedio, insinuándole con la mirada lo complejo de la toma y para salir bien librados.

Martin movía de un lado para otro la cabeza como diciendo: ya estamos metidos que mas hacer. La compañera tomó de última; pues, era la única mujer entre los siete.

Entrada la noche se venía llegar el espíritu del yagé, asomaba en el filo de la noche y cuando estuvo ahí los perros lo sintieron, latían como nunca anunciando su llegada y como un susurro venia desde oriente como enjambre de avispas.

¡Vaya que venía duro!



CAL Y CANTO

*Un lenguaje nuevo ha llegado a mi boca, un canto de gente
que entiende. Que una madrugada, me prestó una pluma
para que cante y sopesé los malos humores.*

*Un canto que espanta; canto de mil dulzainas con soplo de gue-
rrero, canto que guarda y canta en el ombligo de quien se asoma.*

*Hoy te has untado en la cóncava curva de canto y blanco que
resguarda tu cuerpo.*

*Círculo por donde entran aquellos espíritu ¡No te preocupes
que yo te resguardare por ahora! Pinta conmigo y canta, pues
no sé si mañana caminaras diferente.*

*Pero hoy te regalo mi canto, te presto mi roca, los vapores de mi
boca y la fuerza del látigo que envuelve el dulce de mi canción.*

*Pintemos y cantemos fuerte por ahora, porque vendrán otros,
con otros cantos, otras dulzainas, que pueden ser amargas.
Amargas como la ruda cuando se pasa de tiempo, candente
como el mal carbón que disfruta tu boca y aun más amarga su
canción de lengua con mal humor.*

*Te deseo suerte compañero cuando llegue ese tiempo, pues, las
paredes ya no son de barro, ya no tienen dos brazadas, ni están
manchadas de blanco. Ni con guardas en el techo, ni de calicanto.*

Gracias espíritu por tu canto -kundi wala-

Martin me pidió que observara a nuestra nueva compañera; quien quería ser parte del grupo. La primera impresión que tuve fue una pesadez envuelta en su colorido sayo y su atuendo.

Sin más ni más se sentó junto a la mesa a lado mío, no sé si por curiosidad o conocía del asunto, en aquel momento vislumbre ¡Clarito, Tal cual! a una experimentada tomadora de yagé. A este mal espíritu le encantaba devorar remedio, ya que venía a probar-nos.

Le agradaba mucho el tabaco, los fluidos del cuerpo y sus órganos. Me di cuenta que le gustaba visitar los pantanos; porque él vivía allá, le seducía el barro y las lagunas putrefactas.

Su casa los ramales del pantano, así mismito lo vi en la toma, cuando alargaba sus dedos negruzcos con olor a muerto queriendo agarrar el remedio, a este espíritu había que engañarlo para atraerlo pero aun no era tiempo.

Aunque el remedio avisa la estrategia, menos mal tenía en mi zamarra un buen cofre con harina de buen remedio. Pues fue regarlo, asiendo un buen círculo alrededor de la mesa y en cerca de sus pies sin que se diera cuenta. Ante esta acción ahí mismo escondía sus garras como tentáculos, parecía como cuando a una babosa se le echa sal. Había que conocerlo pero no sacarlo todavía.

En cada toma la compañera nos trajo un reto para probarnos.

¡Para que más le decía a Martin! si con esta ya no podemos que tal con nueve o diez de los mismos.

Decidimos que la toma debería ser limitada entre tres y cinco personas, temíamos que se descontrolaran.

A Martin lo animaba para que se encargara del remedio. La primera vez que lo llevo a casa, me comentó que no quería guárdalo, porque no lo dejaba dormir.

-Le dije. Alguien tiene que encargarse, porque sino como va a aprender.

Me comentó que una noche, le abrió las puertas del lugar en donde lo guardaba y le hizo caer el techo de la casa.

Aunque era preocupante. -Le dije. Martin lo primero que tiene que hacerle es una mesa y alumbrarlo.

Y si no lo deja dormir, convérsele hágalo su aliado. Finalmente -Le aconsejé que lo colgara.

Y con una soga lo colgó en un palo de su casa, así dejó de molestarlo, pues se acostumbró al lugar; pero no le dije la razón por la cual lo atormentaba en la noche, había que guardar silencio y mejor aun guardar el secreto.

La compañera insistía en hacer parte del grupo, no era su necesidad; sino la parvedad de aquel espíritu para tomar remedio. Una tarde nos comentó que no tenía a donde vivir y pedía colaboración para costear un cuarto.

Pero como son estos asuntos, el mal llama al mal. Al otro día comento; que un hombre sin más ni más le ofreció un cuarto en un pueblo a unos kilómetros de la ciudad.

Una vez me propusieron ir a limpiar el lugar, afortunadamente no se dieron las cosas. En aquel lugar fueron a vivir angelito y la compañera; pues en unos meses se ennoviaron. Para mi vago entender sobre este talento; ella buena cántate, el músico y la musicalidad de las almas sirvió para encantar y seducir hasta los propios ángeles que saben cantar a las almas. Afinidad que los unió, cual buen temple de guitarra.

Pero siempre que realizábamos la toma, la compañera opacaba con su voz a mi angelito no lo dejaba acercarse a aquellos cantos que encantan a los espíritus y a los animales e infinidad de seres que viven en estos espacios.

Ante la presencia de aquella voz, angelito bajó la guardia, Nosotros lo animábamos a cantar y él respondía que no. Ya que era una estrategia de aquel espíritu para dominar.

-Le dije. Tranquilo angelito. Que así es el matrimonio y angelito con desanimó sonreía.

-Pero le digo. Canté Angelito y eso ¡Hay que saberles cantar! ¡asi como usted canta!

Permanecíamos siempre en contacto con Martin para la toma o problema que se presentara. Pero Ese día haríamos la toma en la nueva casa. Decían que les colaboráramos en la limpia, pues angelito se sentía muy mal en este lugar, no habia otra opción.

Así los visitamos con Martin, el ambiente de la casa era pesado. Nuestra intención darle una limpieza a sus habitantes y a la morada.

Mirando a la compañera la cual tenía los ojos hundidos, pues el mal espíritu estaba haciendo de lo suyo y estaba de tras de angelito para apropiarse de su canto. Que más fácil es llegar al conocimiento si un inocente le pone la escalera para que otro le pase por encima.

Así mismito miré en una chuma cuando un padre descuidado lleva al inocente hijo para robarle su pinta. Después que pasaba por encima y tratar de alcanzar el conocimiento, lo dejaba lo más desgonzado al pobre hijo y luego lo regañaba. Pobre trapo viejo que servía de trapero, sentía compasión de aquel niño. Pero un día, le aflojé un peldaño para que nunca más volviera y se compadezca de su hijo.

Volviendo al asunto, para mi sorpresa esa noche Martin no había llevado consigo el yagé de los mayores. Sin consultarme llevo un yagé que consiguió por otros medios, pues le dije que de aquel remedio no tomaba y aun más en aquel lugar.

-Entonces dijo. ! Tranquilo tome con confianza que este es de una persona que sabe bastante y la próxima tomamos de la mielcita.-

-Le dije. ¡Martin! poco me gusta tomar remedios que no conozco, pero así tocó experimentar esta noche.

No me gustó su menjurge, pues estaba conjurado con espíritus del valle de los muertos y no con espíritus de la selva. Miraba a taitas colgados de los árboles y a una mujer quien los había agarrado; una doña que llego a retarme, vestida con una chalina roja con bordes de color azul oscuro. Y abordándome le dije a la doña:

Tu menjunje no me gusta para nada y mucho menos que tenga que ver con espíritus de muertos o trabajar con aguardiente, velas, tabaco o ruda.

Pues para eso hubiera tomado polvo de cementerio o agua para cerdos. -al afirmarlo. La anciana se enojó y empezó a torearne.

Menos mal que llevaba una piedra donde tengo un taita.

Siete muertos eran los que tenía cogidos la vieja bruja. Dos mayores taitas del valle, tres niños, un joven y un duende. Ese día no canté, pues sabía que era una trampa; deje que hiciera de las suyas apoderándose de la casa. Así me daría tiempo de conocer su remedio y saber por dónde darle.

Los niños y el duende se sentaron en las piernas de angelito dominándole y agarrándole la guitarra. El joven la tenía aprisionada por la espalda a la compañera, mientras me miraba con sus ojos desorbitados y hundidos. A la vieja la resguardaban a cada lado los dos mayores. Pero tras estas situación, puse la piedra y el remedio en el centro de cuarto y de la mesa, para cerrar el círculo para que no entraran.

Angustiada estaba la compañera porque el espíritu del joven le decía que tirase la piedra; ella me quedaba viendo con una mirada de odio, y el espíritu impaciente le recordaba sus intenciones. Mientras el angelito con su canto aunque lábil la animaba, pues el duende le frenaba las cuerdas y los niños le causaban bulla para que no se concentrara en su canto. Los dejé que hicieran lo que fuese mientras se sobaban la panza, impacientes no se acercaban a tocar la piedra, ni al remedio, mientras el círculo se iluminaba.

¡Nadie pidió otra! ¡Ni fumo cigarrillo! ¡Ni toco! ¡Ni canto!

Toda la noche era aguante y aguante, sin bajar la guardia y con la mirada en la piedra santa.

- La compañerita mientras se paraba, sobándose el estomago -me dijo. ¿Puedo mirar esa piedra tan bonita?-

¡Claro bonita, pues, usted veras si se anima!-le dije. Enseguida desistió de tomarla y se retiró a vomitar a fuera de la casa.

Después de un largo rato entro de nuevo e impaciente fue a quemar ramas de eucalipto para que abriéramos el círculo y ahumarnos; pero como son las cosas, el mal tiene sus armas pero yo también había llevado las mías. Apenas lo destapé el olor de la buena caña atrajo a mis acompañantes, sabía que les fascinaba tomarse unos tragos de aguardiente (licor). Ya que a veces al mal hay que combatirlo con la misma.

Entonces más conversábamos y se cerrábamos el círculo.

Ese día no se dejó ver ese fulano, solo me llamaba desde el cuarto contiguo retándome, pero yo ignoraba su llamado, pues tenía con él siete aliados. Se trataba de una trampa menos mal amaneció y la chuma pasó. Y los compañeros con (licor) aguardiente pasaron.

Me acordé cuando a mi abuela Sara la iban a exhumar, en ese entonces yo era niño y les oía a los mayores que para exhumar un muertico había que untarse o tomar (licor) aguardiente con tabaco . Para que no le dé mal aire.

En la mañana la compañera se afanó en prepararnos el desayuno.

-le dije. Buen desayuno. Tengo tanta hambre que me comería hasta los huesos de un muerto.

Martin y angelito reían pues la chuma todavía la tenían encima y sabían que insinuaba.

Recibí el plato. Me hice el que comía y dando tres pasos, los que me separaban entre el patio y la puerta, salí del cuarto.

Agradeciéndole a mi Dios que en ese momento pasaba por el lugar un perro amarillo, como esperando el desayuno en la entrada del solar.

- La compañera salió a mirar como sospechando el desaire.-me dijo. ¡Ya acabó!-

¡Claro que sí! ¡no le dije que me comería hasta los huesos de un muerto!.

-¡Si quiere le pongo otro poquito!- Sugirió la compañera.-

No gracias mejor dele a este perrito que me está velando y eso a mí no me gusta.-le insinúe.

Martin volteó su mirada hacia mí, pero ya era tarde el había desayunado; luego entre y observé que más que el desayuno, mis compañeros se entonaron con las copitas de (licor) aguar-diente que les ofrecí. Así que siguieron en la misma tónica.

Salí del cuarto despidiéndome del lugar, entonces la compañera me dijo:

-¡Hey! Donde consiguió tan bonita piedra-

En un río. -le dije.

-¡Regálemela!-exclamó.

Si usted me regala un rosario de las lajas y un galló; lo pensaré. O si no le traigo otra de las mismas. -le dije.

-¡Yo quiero esa piedra!- respondió.

¡Pues cójala antes que me arrepienta!-Pero desistió de tomarla.

Guardando mi piedra, me despedí saliendo rápido de aquel inmundito hueco y me alejé.

Afectado por el veneno de aquel menjunje. Varias noches no podía conciliar el sueño y con los “benditos” muertos que lo atormentan; empiezan a dar comezón en las partes, en los pies y en todito en cuerpo; pues ni con humo de tabaco me los pude sacar para hacerlo. Debía tomar de nuevo en la misma casa, para dejarlos de donde vinieron y sacármelos de encima.

Martin llamó para preguntarme como estaba, y a contarme que la compañera se había descontrolado, pues cuando los dejé en la mañana ese espíritu salió y les maldecía. Había dado la cara.

-Le dije a Martin. ¿Y por que no me comentó antes?

-¡Por temor! -Respondió. Pues usted me habia advertido sobre el remedio.

¡Sí!- le dije. Sobretudo del remedio, pues encantado ha de haber quedado con mi piedra. ¡No es más!

No teníamos tiempo; había que sacarlos de ahí y de aquella casa y planeamos otra toma para un día miércoles.

- le dije. Pero si quiere que vaya, lléve la mielcita y si no salimos mal librados.

¡Ya sabe para qué sirve el tigrecito!- y Martin enmudeció.

-Y repitiéndole le dije. ¿Usted es bien machito?

-¡Claro cucarroncito!-respondió.

Entonces tráigame una botella de ron y le di el nombre de una ramita que sirve para sacar los malos espíritus del cuerpo. Además le dije que se fajara bien los pantalones para que aguante.

Esa noche, no sé porque se le ocurrió a Martin llevar a su hija, pero así tenía que ser, llevar un angelito para que fuéramos igual por igual.

Martin había llevado la mielcita. Pero se le olvido el ron.

Ahora amarrarse el cinturón, pues la noche va a estar dura.

-Le dije- .

¿Pero trajo El cirio? ¡Ese sí! -dijo. Martin.

A veces a uno le toca estar prevenido y como sabiendo que Martin se le olvidaría, en mi mochila siempre llevo algo extra.



Noche infernal (Retrato dibujo a lapicero)

NOCHE INFERNAL

Tres amigos, uno y otro perdido, Acostados han caído

Estoy solo desafiando mi propio destino, me llevan las ramas

A moverme confundido.

Sobre la mesa, no me he derrumbado porque tengo que guardar mi ombligo, a la mesa y a mis tres cálidos amigos.

Un olor a sangre ha salido, ha madurado el huevo, pero está suspendido

Dos han caído están hirviendo sus espaldas y sus ombligos.

¡No he caído! Entrecruzando mis piernas, afinando mi lengua y bailando en círculo; esta noche he aprendido a madurar en la mesa aunque te haya por el momento vencido.

He aprendido a no torear territorios desconocidos.

Porque terminaras echando humo desde tus partes y quemado el ombligo; aunque buena es la señal porque caléndula, benjuí y del rojo y palo santo para apaciguar, he traído.

Soplaré la huaira con humo de cigarrillo, aunque me quedé uno porque dos han sucumbido. No me dejes solo padre mío.

Porque ni los taitas han llegado a mi auxilio. Pero aguantaré de frente y sin escalofríos apretando mi mano derecha, pues el sello ha aparecido.

*Y a San Antonio he pedido su protección, con un limón, una
aguja y su incienso preferido.*

*Gracias padre mío ya te debo muchas pero esta vez es por tres
amigos.*

*Devuelve su alma. Cirio bendito porque el agua se vuelve pura
después de haber sufrido.*

Ese día sin más tardar sacamos a los compañeros de aquel infernal lugar. Hasta ahora recuerdo el golpe que me dieron y a donde fui a dar a diez metros tumbado en una zanja al lado de un orinal. Por eso el cuerpo hay que cuidar hay cosas que ni con la mielcita; pues más lo que los vienes a torear.

Mejor guardamos las distancias porque aquí más de uno va a salir mal. Hubo una tregua, pero lo mejor fue que las cosas se dieron; no pasaron más de tres días en que le encontramos una nueva casa y se fueron a vivir a casa de los taitas mayores.

¡Ahí estarían mejor!

Buenos tiempos pasaron, pero ese espíritu ya no la dominaba, pues siempre que tomábamos rogaba que le saquen el mal. Algo de aquel espíritu quedo atrapado en aquel lugar infernal, la viruña ya no tenía siete si no uno más.

Ya habíamos hablado sobre el asunto y lo que debía llevar. Tan solo fue acordarse del gallo que les pedí, pues a mis manos llegó. El mismo gallo que con su porte y colorido me sedujo la primera vez que lo vi. Llevándolo a casa le construí un buen hogar.



TIEMPO DOMESTICO

Como se acostumbra, el viento recorre las calles, como se acostumbra las miradas a recorrer el asfalto, como se acostumbra a pasar en las mañanas y en la tarde los mismos cuerpos. Como se acostumbra a caminar el tiempo, aunque se haga de madrugada, como se acostumbra el río a atravesar las piedras con cal y canto.

Como se acostumbra la pereza a extrañar la cama, como se acostumbra la enfermedad a acompañar estos lugares, como se acostumbra, la costumbre, de acostumbrarse.

Parece que la costumbre se hace carne, se hace verbo, se hace palabra, se hace música; se pinta de colores distintos y paisajes nuevos.

Y así como las flores renacen en el ambiente bullicioso de sus calles, el olor animal también deja sentir su muerte.

Las cruces crísticas se vuelven calles, las paredes altas de ladrillo alcanzan y opacan la luz sobre las montañas; de cómo las normativas se vuelven tácticas de caza y se violan con otra máscara.

Pero todo funciona a su medida, los puentes todavía dan mal aire, las golondrinas anuncian la lluvia ácida, los berros crecen en las orillas en los terrenos incultos, el chamico verde o el estramonio hace sombra sobre las sillas de los parques para no causar almorranas, así como también el espíritu de un pueblo duerme en las entrañas de un cerdo domesticado. ¡Y aquí!

Este tiempo doméstico se lo enfrenta con el mismo rostro.

Hace como cuatro días que trato de explicarme que es lo doméstico. Y este último día por accidente me quedé encerrado en el patio de mi casa; espacio doméstico.

En el patio conviven cuatro animales. El primero es un perro, un perro de buena apariencia que hace tres años llegó; no lo busqué. ¡El me encontró!

Un animal con extraña mirada y apariencia; me recordaba a la abuela de mi mujer, que en paz descansa; todo el tiempo sospeché que se trataba de ella.

Sus gestos, como come, se sienta, juega con mis dos niñas y por cierto las cuida.

Un animal noble pues me es familiar su figura, no me asusta solo me sorprende su mirada. Mirada serena que domina el espacio que lo rodea

El segundo animal es un cuy; animal misterioso, con ojos negros y hundidos. Sus movimientos son precavidos, rápidos y espontáneos.

Desde el principio no pude entablar una buena relación me fastidiaba su nerviosismo y el temblor de su cuerpo mientras lo sostenía de su cuello; un tembloroso ser con cuerpo blando, gelatinoso poco apetecible para consumirlo o sacrificarlo.

Le construí un buen habitat, solo me acordaba de él para alimentarlo. Su cuerpo, cuerpo extraño y cada vez se volvía territorial, utilizaba la debilidad como arma repulsiva, la traducía en sensación desagradable en un espacio inhabitable para otro cuerpo.

Una noche entre sueños lo miré con dos cabezas acechándome; una de las cabezas trataba de morder mi mano, justo en el momento en que pretendía aprisionar su cuello y dominarlo. En cambio la otra se mostraba dócil, trataba de morderla a la otra como reclamándole lo que hacía.

Pero esta, se dejaba arrastrar cual pedazo de apéndice sin poder controlar sus movimientos. Pareciese que quería liberarse de ese cuerpo extraño y de aquella cabeza que lo dominaba.

En cuanto la cabeza derecha se mostraba desconfiada e intimidante; asechando al enemigo revelando su lado salvaje exhibiendo sus dientes, con gestos agresivos y animalescos. Aguitaba su territorio, recorriéndolo de un lado para otro marcándolo con su orina este peculiar animal.

Pero aun así, la comida la recibía a pesar de que sabía quién traía su alimento. No sabré decir; si extrañaba la mano o el alimento esperando el momento para morder.

El tercer animal era un conejo, a pesar que se parece a la libre, en su comportamiento y facultades. Velos, listo, peludo y traicionero. Este conejo tiene una apariencia sospechosa y es dócil

¡estoy intrigado! Creo le daré tiempo a ver qué pasa con su espíritu. De pronto un ritual lo espera por eso espera temeroso su encuentro.

El cuarto animal que llegó a casa es un gallo. La primera vez que pase por su lado, me miro fijamente a los ojos, basto un zigzaguo de su cabeza para seducirme, tenía la postura de gran señor que lo controla todo.

Ahora está aquí y por eso estoy aquí, encerrado con él en este espacio aparentemente doméstico; en el patio de mi casa.

Desde muy temprano cantó, este hermoso animal. Me traslade al patio de casa a donde se encontraba, para cerciorarme que se hallase bien. Pero para mi sorpresa se cerró repentinamente la puerta trasera del patio. Al principio no le tome tanta importancia, no obstante no poseía las llaves para abrirla; estaba seguro que mi mujer no tardaría en llegar de su trabajo y mediar-me. Pasaron los minutos y la primera hora. Contando con tanto tiempo decidí tratar de entender a este animal y domesticarlo.

Tanteándolo me acerqué agarrando su pata; pero antes de sacarlo de su jaula, lo ate con un cordón muy suave de algodón un cordón que vino con el animal. Un objeto que reconocía en su pata izquierda.

Y ahora estaba a fuera; pero atado a aquel cordel; me recordó el teléfono que hacía de niño uniendo dos vasos desechables de plásticos, pues así de esta manera podríamos entablar un dialogo, ya que el tiempo nos sobra y encontrándonos en la misma situación.

El gallo un animal mítico que maneja los tiempos y tiempo es el que tenemos. Así su jaula abierta, su pata izquierda amarrada y las dos horas de contacto corpóreo. Pero aun nos encontrábamos en silencio.

Un ambiente propicio y entrando el brillante sol por nuestros cuerpos, que por cierto acentuaba cada vez más duro. Olor a plumas, a cabellos sudados, a hojas de zinc, a golpe de ala, a gallinaza, a pavimento y a casa

Pasaron más de dos horas de sol y nada ni una sola palabra, era un dialogo atmosférico. Pero de repente me tomo por sorpresa, se escabulló entre mis piernas, picoteando mi mano y rasgando mi cara y confundiéndome con el aire de sus alas.

¡De un momento a otro el cordón estaba suelto!

Agache mi cabeza y observándolo por el ojo que formaba mi brazo y entre el muslo de mi calurosa pierna. Se encontraba en el filo de la tapia. Pensé que lo había perdido.

¡Cuando y a qué hora se soltó el desgraciado animal!

Mientras yo despegaba el párpado de mi ojo, aun sudoroso de lo que dejaba saturado el brillante sol, no tenía otra opción que tranquilizarme.

El me miraba desde arriba como burlándose de mi torpeza, pasaron más de treinta minutos y él seguía inmóvil sobre la tapia, tan solo aleteaba de vez en cuando; pues estaba asiendo un calor de los mil demonios, no quedaba más remedio que esperar, creo que así se debe comportar el tiempo para poderlo alcanzar y cuando se maneja tiempos diferentes.

Irradiaba el sol en su inclemente calor, entonces puse un plato de agua para ver si bajaba o por lo menos para vislumbrar en aquel su espejismo y de como el animal disfrutaba y sosegaba su esplendoroso cuerpo entregándose al sol.

Mientras tanto yo me consumía de angustia de estar encerrado y sentir la impotencia de no poder controlar ¡A este mítico animal!

Lo domestico, la morada, el cuerpo, la significación de lo mismo. El espacio que puedes controlar; espacios reconocidos, lugares que se van convirtiéndose en cárcel. La imagen referente, la protección. Siempre vemos las cosas así, como lo reconocible para sentirnos a sí mismo.

No podemos ver más allá de lo que nos rodea, una casa es una casa nada más. Habitamos estos lugares confiados y nos sentimos protegidos o mejor bajo el dominio de estos lugares. Lugares como la esquina donde se acumulan todas las enfermedades. Detrás de las puertas donde se esconden las almas, debajo de la cama donde están nuestros temores.

El baño el cuarto de baño el rincón de nuestra intimidad y pensamientos, donde disfrutamos la supuesta asepsia de nuestro cuerpo y alma.

La cocina el más peligroso en donde confías tu cuerpo al cuidado de otra persona, la alimentación el afuera en un adentro, pues, tu espíritu siempre es de lo que te alimentas.

Y ni se diga de los Objetos, donde se expone el mismo espíritu, una prenda, una foto, una carta, la misma escritura que se vuelve cuerpo.

¿¡Como es aquella morada!? ¿Y qué hay de los otros cuerpos?

Cuerpos con los que convivimos en ella, nos disgusta hasta verlos ocupando nuestros sitios, que al fin son sitios comunes sociales en nuestro lugar reconocible. Temiendo a andar desnudos en nuestra casa, debe ser por temor al contacto, el acercarse al otro.

Pues siempre pedimos nuestro cuarto, echamos cerrojo para que nadie interrumpa y no reconocemos ni siquiera los otros cuerpos. ¡Acaso será aquel efecto social!

Aquellos lugares diseñados para todos, todos tenemos que pensar lo mismo, sincronizar los tiempos, todos ocupar el mismo espacio. “cuarenta y dos metros cuadrados” por aquello es nuestro hastío.

¿Y ahora, qué pasa en lugares que han ocupado otros? ¿Y el temor a estar expuestos!

Siempre pensamos en la asepsia. Pero después que lo habitamos, lo untamos con nuestros humores, llenándolo de objetos, nuestros animales, hábitos y rituales domésticos. Y cuando nos habituamos a estos espacios y tiempos

¿¡Qué haríamos cuando se manifiesta lo otro!?

El otro día, sentía la amenaza de un espíritu. Un espíritu maligno que quería entrar en mi casa, en mi morada, en mi cuerpo, cuerpo casa, varios días me acechó en sueños.

Una noche estando recostado en mi cama, alargando su puntiguda uña envenenada, manipulaba a su antojo el collar que tenía en mi pecho y bajando su dedo lo apuntaló en el costado de mi muslo. Ya inmóvil miraba sus intenciones, caminaba cual araña raspando el techo “la tal viruña”. Estaba adentro husmeando buscando remedio.

Atrapó mi mano derecha toda dulzona y coqueta con negativas intenciones, queriendo apoderarse de mi cuerpo, casa y mesa.

Aun inmóvil lo único que podía hacer era cantarle unas verdades y con insultos y maldiciéndola como me enseñó mi padre, salió corriendo la desgraciada vieja. Pero antes le mande los perros para que la mordieran mientras la miraba cruzar rápidamente la esquina la identifique, llegaba a su casa como alma que lleva el diablo. Pues esta viruña era del vecindario y quería envenenar mi camino.

Reconociendo su rostro le seguí el rastro, pues su astucia y patrañas las urdía, tras un hombre de sotana con una ostia bendecida y hasta sociable era, se inmiscuía en los asuntos de la comunidad.

Por oídos ajenos me enteré que esta mujer se dedicaba a cuidar perros y gatos ajenos. A leer el tabaco, la mano, las cartas, a hacer amarres y cantidad de males.

Dos o tres veces entrecruzamos palabra. Una mujer colaboradora, amable y saludadora; aparentaba su agrado hacia mí pero los dos sabíamos lo que manejábamos. La discordia entre ella y yo fue el tropezón que puse para que no entrara en mi casa, un simple carbón como señuelo que coloque en mi ventana.

Pero el segundo día, llegó acompañada a hurgar otra vez en mi morada, se presentó con su aliado el mismísimo mal. Se manifestó cual nauseabunda nube; masa informe con seres del inframundo, cascabeles de colores, serpientes mortíferas, alacranes, murciélagos, babosas y ciempiés.

Por descuido ese demonio se entró como perro por su casa, pensando que la viruña se había asustado, pues puso en mis manos la puerta para atravesar mis guardas y mis plantas. Y también caí en la trampa, este ser quería matarme mandándome una enfermedad.

En la puerta principal de mi casa encontré el veneno, el cual penetró mi sangre y además quería podrir mis huesos.

Y por descuido afilando por días el mismo veneno, que sostenía en mis manos. Mucho tiempo paso, pues hasta ahora me estoy recuperando de aquella enfermedad y para señalar que uno no está seguro ni en su propia casa.

Aunque a mí no me gusta hacer estas cosas, pero cuando toca, toca. Conocer la otra magia para sanarse así mismo. Y como dice un refrán “El que a hierro mata...”

¡Hizo justicia el buen ají conjurado! y de las suyas en otra casa.

En un mes se pudrieron sus huesos y el olor nauseabundo salía de su morada, ahora me pregunto; que sería de aquellos perros y gatos que alimentaba, ya no eran ajenos, pues se alimentaron de su cuerpo casa.

Una y otra vez el mal quería debilitar mi espíritu, envenenado y enfermo era presa fácil para tales carroñeros. En mi convalecencia no podía salir ni tener contacto con persona alguna durante mi sanación. Varios meses pasaron y no podía asistir a la toma del remedio.

Y en tres días se acercó una pantera negra; rondaba y rondaba merodeando la entrada de mi casa. La cual buscaba por donde introducirse, Pero por las guardas no podía entrar y ese día lo pude despistar acordándome del espíritu del venado.

Aquella imagen por el momento desvió sus intenciones. Y volvió al segundo día mostrándose como una bella dama seductora, un súcubo tentándome para apoderarse de mi orgasmo.

-Pero así le dije. Pobre de ti que no tienes más trucos,
¿tan escasa es tu magia y lo que sabes?

Ten, te obsequio estos buenos conejos y se convirtió de dama lujuriosa a una bruja y luego a un niño travieso, encantado los empacó bajo su harapiento atuendo y pensando que eran mis guardas, se los llevo. Lo que no sabía era que estaban condimentados con la buena sal para que aprenda a respetar.

Les digo; creo que más sufrió el que yo, sin tomar remedio pues seis meses tuvo para reflexiona en la cárcel. Y yo para curarme temblando de frio y sin poder dormir. Pues, negra como la pantera la vi y él como ella se pintó.

Le agradezco por lo que me enseñó, se aprende sintiendo la enfermedad, aunque en esta batalla un ojo perdí menos mal me quede con dos. Ahora más que nunca busco quien me invite a su casa, pues estoy de vacaciones.

3.

LA ÚLTIMA VEZ EN CASA

Infinidad de cosas me pasaron en aquella morada, cansado estaba mi cuerpo de tanta batalla, me sentía cual cloaca nauseabunda donde llegan todos los desperdicios de las otras casas. Estaba enfermo y necesitaba una limpieza. Siempre decía que esta sería la última toma y no veía la hora en que llegara la otra.

Pasé día tras día soportando los malestares que lleva esta interrupción y llegando al límite de mi cordura, con instancia llamé a mi buen amigo taita Juan. Alguien de confianza para tan delicado asunto sólo a él podía contarle lo sucedido mis preocupaciones, mi enfermedad, mi dolores y pedirle que me ayudara a salir de este lio. Así sin tardanza lo llamé al medio día.

-¡Cómo le va mi joven! -Me dijo. Con la misma amabilidad y cariño que lo caracteriza.

¡Aquí pensándolo don Juan! -Le contesté.

-¡Qué bueno! -Dijo preguntándome por la coincidencia de la llamada.

-¡¿Pues yo pensaba llamarlo, pero se me adelantó usted primero?!.-me dijo.

Don Juan casi siempre me llama, para que le haga algún favor en la ciudad.

-¡Quería invitarlo a una tomita allá en el bajo Putumayo!

Pues este fin de semana viajó para allá con unos pacientes.
-me comentó.

Don Juan. El que se me adelantó ¡fue usted! -le dije.

Hace varios días quería conversar con usted, para que me invitara a tomar de su remedio; le comenté que me sentía delicado de salud y necesitaba una limpia.

-¡Claro mi joven si para eso estamos!- Respondió.

¿Entonces, lo espero para este fin de semana?

¡Por supuesto don Juan ahí estaré!

¡Si para tomar, no hay pereza! mucho menos para la salud
-Le dije.

-¡Así es mi joven!-Dijo don Juan.

Cortamos la llamada y el fin de semana me preparé para el viaje.

Don Juan es una persona que conozco desde hace algún tiempo y fue con él y en ese lugar donde encontré mi espíritu. Por eso y mucho más le tengo confianza y pongo en sus manos este cuerpo adolorido para que pueda sanarlo. Uno expone el cuerpo ese fuera de sí, no como sacrificio sino para probarse de que está hecho. Aunque se lo prueba con recelo y con sospecha al misterio y a la misma muerte.

Pero hay que explorar, estar al límite, conocer sus secretos y cantares. Tener el poder de decisión para saber y determinar hasta donde puedes horadar en estos viajes. Recuerdo una buena experiencia cuando miraba el cielo estrellado; buscando ubicar mi hogar, mi morada, mi casa. Una señal y ahí estaba, tan cerca que podía tocarla, dibujó en mi mente cada coordenada y el sitio preciso donde ubicarla.

Un toque de extrañeza de lo que fui un día. Un caldo materno con canción de cuna, aleteo del caballo alado blanco que truenas en la montaña. Canto reconocible en la voz de mis ancestros, canto gutural y a la vez sonoro de musicalidad cimbreante y fluido vital.

Oahu lejatia jarum. Así de simple y claro es esto.

Oahu lehatia jarum sigue el canto y el mareo

Oahu lejatia harum. En donde encontraras tu origen.

Oahu lejatia jarun déjate encantar por los maestros,

Oahu lehatia jarum, vuela lo más que puedas

Oahu Lehatia jarum. Si encuentras tu origen

Volverás a contarme la historia

Oahu lehatia jarum. Que guardaré en mi memoria

Aquellas coordenadas como secreto para otrora

Oahu lejatia jarum.

Fueron tres días de ansiedad en espera del encuentro. Salí a las seis de la mañana un día antes al valle. Don Juan insistió en que debíamos salir antes de las seis de la madrugada.

Mi visita no fue directamente a donde don Juan sino a la casa de un pariente que vivía cerca; una prima por parte de madre. Sabía de mis visitas al valle y ella reclamaba por mi ausencia.

Aquel día fue fructuoso conversamos mucho y paseamos con sus dos hijas, en la conversa nos acordábamos de mi tío fallecido. Y contándole una historia sobre una visión que tuve de él, y mi prima quien curiosa se mostraba sobre el contenido de aquellos rituales que asistía, que aun viviendo en aquel lugar nunca había escuchado de ellos.

Relatando mi sueño: Le conté que lo miraba afuera de una iglesia estilo gótico, yo reconocía a mi tío, pero no reconocía el lugar donde se encontraba.

Mirando la iglesia aviste sus tres estilizadas y puntiagudas torres y la fachada con vislumbrarte rosetones vidriados; en la entrada las tres bóvedas que se abrían en la amplitud de este espacio, como dominando el lugar y su alrededores. Imagen pétrea y a su vez luminosa y cristalina.

En esta majestuosa visión se encontraba mi tío, parado al lado derecho de tal escena. Pero había algo más abajo en su aparente y elevada arquitectura, en un rincón se encontraba un nicho esculpido en la misma tierra, adentro había un nacimiento de siete gazapos blancos. Pero no de igual tamaño y su madre era color pardo tierra.

Mi tío le indicaba al mayor de sus hijos el crio y con estas palabras me decía: “no hay construcción alguna que se acerque más a Dios, que pensar en el nacimiento de tu corazón, de esto somos, de la tierra, de la caza y la morada. Dile a mi hijo mayor que siembre ciento y uno, plantas de reina claudia y allí encontrara su verdadera riqueza.”

Los gazapos empezaban a crecer de una forma desmesurada y circulando uno detrás del otro se devoraban en números impares primero siete, después cinco, tres y uno. Así lo visioné. Pero no pude pegar el ojo en toda la noche, al contarle la historia de aquel sueño me comentó la relación entre sus hermanos, lágrima tras lágrima escuché el tierno y doloroso llanto y contándome de aquel nicho y las ciento un plantas, me recordó el significado de los días, que un tiempo a tras le conté el mismo sueño a su hermano mayor.

Y en la finca de su padre abandonada, hace unos días, no su familia si no extraños había irrumpido en el lugar excavando y extrayendo una guaca que en su morada había brillado. Le insinue mi pensar de aquellas personas que como sus hermanos no le ponen corazón a los sueños.

Amaneció y mi permanencia en aquel lugar se volvió desesperante. Me despedí de mi prima y sin desayunar, salí a donde Don Juan, pues me había dicho que salían a las seis de la mañana para el bajo Putumayo. Cinco horas por carretera y tres de travesía, de ahí su afán que fuéramos puntuales.

Llegué cuando él estaba abordando el vehículo; no pronunció palabra, pero si me juzgó con su mirada. Nos sentamos en el mismo puesto así tendríamos un buen tiempo para conversar.

Pero don Juan es un hombre muy reservado y respetuoso con respecto al “remedio”, cuando le preguntaba sobre el tema él eludía las respuestas.

¡Lo entiendo! “El secreto hay que guardarlo mientras al hablar no te avise el ombligo”.

Estas palabras un día me dijo en su toma: “Yo te ofrezco mi remedio, pero el que enseña es el yagé. El aprendizaje es un camino y hay que dedicarse para conseguirlo”.

¡Y lo sé! He sentido en carne propia. Este camino tortuoso hasta que el cuerpo limpie.

Un camino difícil de andar pero no inalcanzable, pareciera que la experiencia cada vez te unta más de estas cosas, pero si te dejas doblegar el horizonte se pierde. El espíritu es muy receloso cuando no vas por el buen camino se va. Y a veces pienso que tras la experiencia algunas palabras han cambiado de sentido “el temor a lo sagrado”.

“El dolor es más agudo cuando te arrebatan lo que has aprendido, y aun más, cuando habiéndolo conocido, ¡Se pierde! así de simple, como llega se va.

Es por eso que se pone tortuoso el remedio, te rechaza, no te anuncia los cantares y cada vez que lo tomas te martiriza hasta que pides perdón.

Entonces es donde te falta la fuerza y voluntad para mantenerte en el camino; por eso se convierte en vida el custodiar el límite del encuentro.

Así, caminaré con quien tenga que caminar, ni el tigre me espanta, ni las bifurcaciones del camino, ni quedar enterrado de lodo hasta las rodillas, ni las cascadas que parten los caminos; no dejaré de caminar aunque me castigue el cielo por defraudarlo.

Seguiré caminando con la misma fuerza y voluntad con sus altibajos. ¡Nada más, que mantener mis pies firmes en el barro! Aunque tenga que caminar más de mil leguas, cantaré en el camino. Aunque el trueno me busque y me tanteé con la lluvia, temblaré. De frío pero no de miedo ¡Así es la vida!”

Los acompañantes para la toma venían del norte, una familia numerosa que aprovechando las vacaciones quería experimentar con el ritual del yagé; una pareja con su hijo de meses y dos caballeros oriundos de la región. También nos acompañaba la familia del taita Juan y su hermano que es docente en una comunidad indígena del Putumayo.

Estaba programado para cuatro días, pero yo estaría presente sólo para la toma. La celebrarían el “abuelo” un taita siona, que una vez vi en una chuma. ¡Era él mismo! Venía como zumbido de abejas entrando por los ojos y los oídos, procedía su espíritu de una planta de agua, un agua cristalina e incienso de la buena miel; tenía una corona de siete plumas y un collar de tigre de montaña. ¡Bonita apariencia!

El abuelo es un buen amigo de don Juan. Pues a él también lo limpia cuando enferma y yo tenía muchas expectativas por conocerlo.

Para llegar a la comunidad teníamos que atravesar algunos tramos del sendero a lomo de mula, me tocó caminar porque no tenía el dinero para el alquiler del animal. Me puse las botas pantaneras y camine junto a las mujeres nativas, quienes llevaban a sus espaldas además de sus pequeños hijos, una carga de víveres amarradas junto con él; carga que apretujaba tanto sus cachetes, que parecían camuflarse en tan selecta naturaleza.

Escabroso terreno, camino de barro, ríos que atravesaban el camino, grandes peñascos y rústicos puentes artesanales construidos por los nativos. Hermoso espectáculo me sentía como en casa.

Sin darme cuenta, los que iban a lomo de mula y las mujeres desaparecieron de mi vista y sin más me perdí del grupo y del camino.

Larga travesía y don Juan me lo había advertido que si me quedaba rezagado, eran más o menos tres horas “larguitas” de camino.

Cuando iniciamos el descenso calculé que serían las doce del día y un promedio de dos horas había caminado; así que estaba pendiente una hora más de camino.

Las botas se enterraban en el fango y producían extraños sonidos zumbido del silencio, que parecían pisadas de alguien que me estuviera siguiendo. Sentía la selva detrás de mis espaldas, como gritos de ánimas en pena y un acoso permanente del silencio.

Seguía el mismo camino sin referencia, las mismas piedras, el mismo barro arcilloso y el inquietante tránsito de insectos que no te dejan decir palabra y respirar profundo. Asentaba el calor húmedo y sofocante después de una lluvia torrencial; que se vuelven cascadas en tu ropa.

Y como enfrentar esta nueva morada, pues ni siquiera caminamos juntos. Solo nos untamos los dos de algo, de este caminar y encuentro.

Retomando de nuevo el camino, levanté mi mochila que había colocado sobre un matorral, hice un movimiento con los brazos para acomodarla en mis espaldas y cuál sería mi asombro, cuando de entre las ramas apareció de pronto una mujer indígena cargada con un racimo de plátanos.

La mujer se sorprendió al ver mi cara espantada e instintivamente retrocedió asegurando su machete; hice lo mismo retrocedí, su actitud amenazante me previno.

Cuando me pasó el susto, -le dije. ¿A dónde vive taita Juan?

Ella frunció la frente, aguzó la mirada y con gesto adusto sin pronunciar palabra, extendió su machete y me indicó que siguiera de frente. Y alejándome sin despedirme, y sintiendo en mi espalda en cualquier momento el filo de su machete y su penetrante mirada.

Después llegué a una enorme cascada que cortaba el camino; busqué un vado pero era imposible atravesarla. Me senté un momento pensando en la posibilidad de devolverme, pero antes, me quite la camisa y me zambullí en sus aguas.

Me paré debajo de la chorrera y sentí mi corazón latiendo en la corona de mi cabeza; las burbujas de aire formadas en el agua salían a la superficie como un cardumen de renacuajos.

Al emerger me sentí más fortalecido, con la ropa empapada cargué mi mochila y llené una bolsa con un poco de aquella agua. Entonces decidí aventurarme a descubrir el nacimiento de la tal chorrera.

Escalando unos trescientos metros colina arriba disfrutando del paisaje y de las flores montaÑeras, divisé que se perdía la luz del sol, en las tendidas faldas sobre el cañón que formaba el río inmenso al pie de la montaña. No pude continuar por su impenetrable espesura de su vegetación y decidí sencillamente desandar el camino.

Pero cuán equivocado y perdido estaba, así que me senté a la sombra de un gran árbol, parecía un “yarumo”, donde tomé un poco de agua y organicé mis ideas para tranquilizarme. Alcé la vista para mirar su abierta copa con la buena sombra que me daba. Observé que a su tronco se adhería otra delgada planta, una liana como de unas dos pulgadas de diámetro sin frutos con hojas alargadas y escasas. Una trepadora quien parecía que lo dominaba, enredándose por los diferentes caminos de sus ramas, hasta alcanzar la parte más alta donde se ramificaba.

Parecía una serpiente con vida; nunca había visto semejante especie y hermosa planta.

¡Posiblemente era una planta de yagé!- pensé.

Al tocarla, sentí un escalofrío que subió desde mis manos, recorrió mi columna y llegó a mi cabeza. Fascinado con la planta quise arrancarle un pedazo para probarla, pero creo que no era lo correcto. Me enseñaron los mayores que a una planta se le pide permiso antes de cortarla, desistí de hacerlo.

Pero en el suelo encontré un pedazo de tallo cortado, lo recogí y lo eché en mi mochila como un trofeo de aquella hazaña. Sorteando muchos peligros logré bajar de la montaña; estaba exhausto, era suficiente no quise arriesgarme más y con mi regalo en la mochila ¡Para qué más!

Pensando en la belleza de ese bejuco, me dispuse a buscar el camino para salir del paraje. Me sorprendió la estructura de su tallo, armonioso y elegante, inodoro, pero impregnado por la fragancia de todas las plantas que lo rodeaban.

Seguí río abajo esperando encontrar un camino pero se fue acrecentando hasta convertirse en un gran río. Imposible atravesarlo era turbulento y caudaloso.

La tarde se iba perdiendo y la noche agarraba la selva con su crepúsculo. El asunto se complicaba, si me cogía la noche, tendría que improvisar un cambuche para resguardarme del frío.

Encontré un viejo tronco ahuecado a la orilla del río y me reconsté sobre él mirando al infinito, saqué el pedazo de bejuco y lo contemplé largo rato. No había duda, era una planta de yagé. De pronto escuché un ruido por entre los matorrales y apareció un indígena de apariencia intimidante, de estatura baja y del mismo color de la tierra, con olor a selva y además tuerto.

Se me acercó sonriendo extendió su terrosa y callosa mano para saludarme amigablemente. Combinaba su dialecto con el español para hacerse entender, luego miró mis manos y cambiando la expresión de su rostro me dijo:

-¡Qué lleva ahí! ¿Yagé?-

¡No lo sé! -Le respondí con miedo.

-¿Anda buscando semillas? -Me pregunto.

¡No! ¡Para nada!-Me apresuré a responder.

-¿Y entonces, qué es lo que tiene en la mano? -Preguntó.

¡Pues, este tronquito me lo encontré! -Le respondí.

-¡A ver, muestre! -Me dijo cambiando el tono de su voz - Esto es yagé, pero si usted quiere le traigo las semillas para que usted las siembre.

¡No!, ¡No creo que deba! -Le respondí.

Se sentó a mi lado y sacó una garrafa con alguna bebida y me ofreció. Vacilé antes de tomar pero más por temor que por falta de ganas.

-“¡Tome! ¡Con confianza es pa’la sed!” - Me dijo. Y me pasó la garrafa, era chicha fermentada.

De su mochila sacó un paquete que contenía una masa amarillenta y también me ofreció.

-“¡Coma! ¡Es p’al hambre!”-Insistió.

Tenía sabor a plátano cocido.

Entramos en confianza y luego de tomar, comer y conversar un rato, me percaté de que me estaba emborrachando, sentía las piernas como de lana y la confianza con el indígena se iba desbordando en conversa, risas y chanzas; síntoma de la embriaguez que me estaba comenzando.

El hombre insistía en conseguirme las semillas de la planta sagrada, ante tanta insistencia y entrados en confianza, acepté su ofrecimiento. Me advirtió que nuestro trato era secreto y que me esperara mañana a la misma hora y en el mismo lugar.

Con él como guía el regreso fue fácil, me sacó del laberinto selvático y me dejó justo en el camino que conducía a la casa de don Juan. Antes de despedirnos le ofrecí mi última ración de comida que tenía y nos despedimos con el compromiso de vernos al otro día.

Con la noche encima, llegué a la casa de don Juan. Se extrañaron al verme sucio y embarrado, agotado pero feliz; mientras todos se burlaban de mi estado, una joven por cierto muy simpática me miraba con mucha gracia. Don Juan me miraba de soslayo tratando de adivinar mi aventura.

Estaban reunidos en torno a la hoguera y don Juan tomando la palabra dijo:

-“Ahora que el joven ha llegado, les contaré una fábula”-

No me acerqué a la hoguera para escucharlo; imaginando que todos habían tenido suficiente tiempo para instalarse, fui a conocer la casa, en busca de un lugar adecuado para dormir.

Descargué mi mochila sobre un pilón de leña y me metí debajo de la casa que se elevaba a unos dos metros del suelo sobre gruesas vigas de madera, formando una especie de terraza, todos habían colgado allí sus hamacas. No quedaba ningún espacio para mí.

Vi unas escaleras que conducían al segundo piso, peculiares escaleras, rústicas y talladas a machetazos en un seco y viejo tronco de madera, cuyo acceso requería cierta práctica para escalarlas.

En un amplio corredor colgué mi hamaca, me asomé al pasamano para ver el panorama y desde abajo me miró don Juan, yo le esquivé la mirada. Intuí que lo sabía todo y con preocupación me recosté en mi hamaca.

Don Juan comenzó con su relato. Yo lo escuchaba desde mi hamaca, pero sin ponerle atención; mis pensamientos estaban centrados en el pedazo de bejuco que tenía en mi mochila y el trato secreto entre el indígena y yo.

Me dejé llevar por los sonidos de la noche y entre los recuerdos del árbol y del agua, me sumergí en mi propio cuento y fabula.

Un conejo cierto día, se atrevió a robar en una chagra las verduras que sembraba un abuelo y al emprender la fuga cayó en un profundo pozo en medio de la selva y alejado del sendero.

Dos días habían pasado y los gritos del conejo eran apenas un murmullo entre el barullo ensordecedor de la selva. Entonces pasó una mariposa revoloteando por encima del pozo y al escuchar los gritos de auxilio, escondió sus alas y paró su vuelo.

El conejo le rogó que lo sacara, pero ella le respondió que no podía porque se le dañaría la pinta de sus alas y con eso perdería sus sueños de volar muy lejos.

Los gritos atrajeron a una tortuga que curiosa y con parsimonia se asomó al pozo; el conejo le pidió ayuda, pero ella le contestó que la lentitud de sus patas no le permitía perder el tiempo.

Comenzaba a amanecer y el conejo asustado todavía estaba en el hueco, pensando que el abuelo con seguridad lo encontraría al despertar y después de matarlo se lo comería sirviendole de almuerzo.

Entonces pasó un lobo; extraño encuentro, a ninguno de los dos les agrada estar lejos de su madriguera. El osado lobo estaba hambriento y sin permiso bajó al valle y apenas vio al conejo, empezó a tragar saliva, el menú para su almuerzo estaba hecho.

No obstante en su temor, el conejo le pidió ayuda y el lobo con astucia le pregunto:

¡¿Qué quieres conejo?!

-¡Que me saques de aquí! antes de que me encuentre el viejo.

-Dijo.

El me quitará la vida y por consiguiente te privará de tu alimento, prefiero que me comas tú, a que me devore ese viejo. En recompensa de lo que me he comido de su chagra.

A lo que repuso el lobo:

-¡El plato es succulento y de mil amores te sacaría!

pero sólo me cabe la cabeza en ese pozo tan estrecho.

-¡Tranquilo lobito! si metes primero tu patas yo treparía hasta tu cabeza. -dijo el conejo.

El lobo hambriento sólo pensaba en cómo se vería su barriga con tan apetitoso conejo adentro y arriesgando su vida metió con dificultad sus patas en el agujero; el astuto conejo saltó sobre su espalda y el lobo en su afán por agarrarlo cayó de cabeza en el pozo y quedó atascado dejando apenas su cola por fuera de profundo hueco.

Se escuchó el primer canto del gallo y llegó el amanecer, el viejo cogió su machete y se encaminó hacia la chagra a buscar que comer. Al ver la hermosa cola que salía de la tierra, la amputó de un hachazo y profiriendo maldiciones dijo: Ahora si te tengo conejo, te has comido mis cosechas por mucho tiempo pero el jueguito se acabó, por ladrón has encontrado lo que no has venido a buscar.

Desde ese día se lamentan los lobos haber faltado a la promesa de no bajar al valle a molestar a los humanos; por eso aúllan en las noches antes del amanecer pidiéndole perdón a la luna y a la tierra por su mal proceder.

No pegué el ojo en toda la noche, pensando en el tuerto, en la toma y en los personajes de la fábula.

¿Quién era el conejo? ¿Quién la tortuga? y ¿Quién la mariposa?

¿Cuál sería la moraleja y el papel que jugaba en todo este cuento?

Y a eso he venido. A pedirle ayuda a la planta sagrada para que me ayudara a resolver el enigma de tal acertijo.

En mi mochila traía un paquete de tabacos, una paca completa. La traje para compartirla con el grupo, no para fumármela toda. Los asistentes habían tomado en esta madrugada una bebida hecha de plantas medicinales y hojas de tabaco que don Juan preparaba y les da a manera de purga, yo no me purgué, pues dura es esta experiencia que limpia el organismo antes de la toma de yagé.

La belleza del amanecer con su olor a selva, fue el bálsamo para mitigar los estragos de la mala noche. Me provocó caminar de nuevo y husmear por la chagra buscando algo para comer. Encontré un racimo de bananos, una mata de guayabas maduras y un arbusto cargado de limones; este me pareció un lugar perfecto para colgar mi hamaca, fui por ella y la amarré con fuerza a unos gruesos troncos de este árbol; era el mejor sitio para pasar la noche.

Lista mi cama decidí caminar hasta llegar al río y me sumergí a nadar en sus tibias aguas. Lo que reconfortó mi cuerpo y renovó mi alma.

Río con olor a cobre y sed de mil hombres, explosión de burbujas en la alquimia de sus colores, se iban juntando en sus orillas cual caminos de espuma y brillantes tornasoles. Y en este dialogo.

- le dije. ¡Oye río! Regálame este rojo corazón y esta madre piedra para que se revele en mí tu transparencia.

Luego tomé lo que me regalo el río, la comida que encontré en la chagra y el alivio.

Regresando a la casa encontré al abuelo que también había llegado, así le llamaban aunque era muy joven para darle ese calificativo. Su nombre era Juan y estaba acompañado de una joven muchacha.

El grupo de hombres superaba en número de mujeres; y al presentarnos don Juan a la joven, más de uno quedo sorprendido ante tal belleza.

¡Qué mujer tan hermosa! Una divinidad de la selva natural y princesa nativa - ratifique.

Olor a albaricoque, hombros dulces y piel de fresa, volátil virgen, y esquivia princesa, con fragancia de jazmines y frambuesas.

¡Qué tentación en medio de esta selva!

Intuí de primera que esta hermosa dama era un arma del taita.

¿Quién puede estar libre de malos pensamientos frente a tan agraciado ángel?

Por mi parte, regresé a mi hamaca sin hacerme notar del taita, ni de aquella joven.

Llegada la hora del almuerzo me ofrecieron un plato con carne, lo miré con indiferencia, pues me gusta lo vegetal. La señora lo llevó a la mesa, amablemente y mirándome a los ojos me preguntó:

-¡No te gustaba la carne!-dijo.

¡Claro que sí!-Le contesté con picardía.

La carne llama a la carne y la tentación despierta. La señora se sonrió y se alejó moviendo la cabeza. Mientras me daba la espalda le di mi ración de carne a un animalito que moviéndome la cola se había acomodado debajo de la mesa.

Descansé toda la tarde y me dormí tan pronto me acomodé en mi hamaca; la faena de la madrugada fue ardua y la fatiga me venció, necesitaba recuperar energías para el momento de la toma.

Siendo las siete de la noche me desperté y me uní al grupo para socializar un poco, la conversa de dos nativos era amena y los “turistas” estaban entretenidos escuchando sus historias del yagé.

Admito que sabían de qué estaban hablando, pero el detalle de uno de ellos no me gustó para nada. Me ofreció con cierta ironía, un perfume, de imán; por fortuna tenía mis manos enguantadas y prevenidamente se lo recibí.

La joven que acompañaba a taita lucía su belleza, no le era indiferente el haber causado revuelo entre la gente y especialmente entre el sexo masculino; se paseaba pavoneándose de un lado para otro, llamando la atención de todos.

Puedo asegurar que la mayoría de los hombres ya habían intercambiado palabras con ella, creo que solamente faltaba yo y ella buscaba la forma de abordarme.

Siendo las seis de la noche me acerqué a un chorro de agua donde procedí a lavarme la cabeza, en el cual ella también se encaminaba a lavar sus tobillos, tan solo la saludé y cruzamos unas pocas palabras, pues su acompañante don Juan la vigilaba.

Mirándome de reojo opte por ignorarla.

“No mires sus ojos insinuaba el espíritu, recuerda lo que hablamos en el río y busca la manera de evitarla.”

Y a unos cuantos metros sentada al lado de la fogata se encontraba una agraciada muchacha que venía del norte, me senté a su lado para socializar con ella. Conversamos de todo y disfruté de su agradable compañía.

Pasaron horas y la charla no terminaba, cada vez se volvía más amena y se mimetizaba cual barullo de los animales en la selva; seguíamos conversando, pues el calor el misterio de la selva realza sentimientos a cualquiera. Ese sentimiento de buena amistad y confianza de amigos.

Recordando aquella piedra color rosa que me encontré en el río a quien finalmente opte por regalársela. Qué mejor la ofrenda del río para tan amable compañía, pues tan pronto la vio, se llenó de alegría.

Oh dulce sonrisa

Que apacigües con el corazón una piedra

Que en tus manos llora de alegría

Cual arenisca de estrellas

Brotan de tu alma

Piedras preciosas púrpuras y bellas

Sonríes y lloras

Cual madre quien te admira bañándote en un rio

Rio de lágrimas que soltó al mirarte de alegría

Tonadas púrpuras del corazón

De piedra y rosa

Que despiertan en esta lejanía.

-Y para qué es esta piedrita - me preguntó.

¡Es para que te lleves un recuerdo!-Le dije.

Pero esta noche piensa únicamente en el calor que te prodiga tu madre.

¿Por qué?-Preguntó ella.

En la toma lo sabrás.-Le respondí.

Ya entrada la noche nos preparamos para el ritual. Entonces encendí un tabaco, aspiré el humo y esparcí su aroma antes de tomar; entonces ese olor característico que humedece la lengua con su fragante y dulzón fuego de leña, se disipo por el recinto atrayendo a todos sus incondicionales amigos. Fueron sólo hombres los que me pidieron que les regalara uno de mis tabacos.

La buena pinta los buenos amigo y los acechantes enemigos uno a uno fueron mis escudos hasta el amanecer, humo de tabaco que confunde los sentidos, pues hermanos y enemigos hoy tenemos el mismo olor.

Y así el corazón se trasparenta como se hace visible mi cuerpo,
al quererme encontrar cual travieso niño que san Antonio un día
encontró.

Que del río al mar quiere andar, mar de estrellas y de nuevos
amigo que quieren dialogar. Me encuentran a ojos cerrados y yo
con mis sentidos despiertos al amanecer.

*“Así se hace me dijeron si quieres conversar. Pero hoy ya no
mas, esta es tu casa aunque lejos de tu mundo está. Mira las esfe-
ras que aunque sopesan en cielo, que en este viaje cósmico aun
estas. Vuela amigo pues tu astucia el anciano entenderá y cuidara
tu espalda con la guarda y el sello, pues no sé cuantos días más ,
no eres mariposa , tortuga ,ni conejo, ni zorro, si no un lobo y un
viajero mas curi tai.”*

Retorné de tal viaje, a mi casa, a mi espacio y a mi familia sin
mirar a atrás, la mochila me pesaba mientras escalaba la montaña
en la selva y un camino más, las quebradas acariciaban mi cuerpo
que deseaba ir al mar.



El corazón y la rosa
Oleo sobre lienzo 105cm x 165cm

A LA SELVA

*Pisca brillante para traspasar las murallas
Viaje celeste donde se encuentran los amigos del sol
Viejos amigos, buenos y conocidos
Que saben para que he venido; pues está es mi morada.
La casa de antaño, la casa quinta
El lugar de barro y selva donde nací
Donde todos hablamos de lo mismo
Sin resentimientos
En los corazones de los que saben, nunca habrá castigo
Sólo respeto por tus visiones y respeto por tu canto
Porque suena así mismo a plegarias del alma
A transparencia sutil del corazón.
En el jugo amargo se evidencia el conocimiento
Y la sabiduría de los que están allá
¡Allá! Donde podemos comunicarnos*

*Y pedirles su ayuda y su protección
¡Ellos vienen de allá!
Cantando cual boa que encanta nuestros sentidos
Quien aprieta aun más, yo te seguiré
Por el buen augurio que dejas en mis ojos
Pero el tiempo pasa y llega la triste despedida
Despedirse de la morada, la casa, la madre
Y de las juntas del buen remedio.
Me despediré del río, de la barca y del cielo
Para volver pronto mientras más rápido me alejo
Volveré cuando mi planta haya germinado
Cuando aquellas sogas aprieten al árbol para dar canto
Así mismo fortalecido y sin quebrantos
Volveré a mi hogar, pero sin espantos.
Como es de bueno el remedio pues todo se vuelve sangre.*



Pectoral (Tejido)

ANDROMEDA

Un amigo pregunta por el dolor de sus piernas, mientras la pitón apretaba su estrecho tronco. Alguien me ha conjurado y me ha hecho un mal -decía.

Tranquilo buen amigo que a su debido tiempo entenderás. Es el mal del aprender de los taitas que aprieta mientras estas madurando.

¿Qué es madurar? -Preguntaba.

Madurar, es cuando el río se engrosa y la espalda se convierta en las siete piedras del pensamiento. Por hoy aguanta, amigo mío. Pasemos la noche temblando mientras la cola de Andrómeda toca tu pecho; únete y aliméntate del buen entendimiento.

¡Porque así está dicho! Para que apriete el tronco del curaca

Tus piernas se cerrarán en el tiempo preciso para que la gran boa te trague. Busca la buena pinta y no pienses que te están haciendo un mal. Las canillas duelen, pero es así como hoy debe ser.

Vendrán cosas más duras. Esas son las respuestas del preguntar, del trago de la buena miel que se alimenta del fuego; hoy eres tierra y hierro que viven juntos pero no se confunden, pronto conocerás las señales del cobre, la purga, la piedad de las almas y el buen ron.

Uno tras otro vendrán, mientras esperas a que llegue el día en que aprenderás.

Cada día el diario vivir te hará conocer y madurar tus plantas. Aunque a veces parezca malo, salir del hueco es lo que cuenta. Porque el remedio lleva la cartografía del conocimiento

4.

LA BUENA MUERTE

Esta fue la última toma de mi viaje donde encontré al tigre y me despedí de la buena miel.

Aunque es un camino y debes caminarlo. Todos sentimos temor a la muerte, pues nos espanta la necrosis de la carne y el cenizo color de sus desnudos huesos, el horror y el espanto en el último movimiento epiléptico de nuestro cuerpo. En cambio la cabeza sigue con su espíritu, el espíritu de quien fuera el buen muerto.

Pues nunca olvidaré la imagen de aquella cabeza con gesto de muerto. Que el estudiante de medicina inocentemente profanó, con gesto fiero donde aparecía grabada la escritura de sus pensamientos. Me recordó aquellas históricas escenas, cuando la guillotina era la pena capital. La separación abrupta del cuerpo y la cabeza que hacía ver en la máscara del verdugo, el mismo grito de la buena muerte y el reflejo del sacrificado cuerpo ajusticiado sin cabeza y la misma muerte.

Esta es una historia que hay que contar, experiencia extraña a las demás. Un encuentro para negociar con la muerte; Antes me asustaba su imagen, pues no tenía otra figura arquetípica de ver a la muerte más que en un film de terror, con su traje negro y guadaña izada, con su cabeza cadavérica mostrando su sarcástica risa.

La historia es de una anciana que se encontraba moribunda, le figuraban más de ochenta y tres años de edad y aparentemente alguien la había embrujado. La anciana vivía con su hija quien la cuidaba, ese día me contactaron para que fuera a verla.

El viaje de tres horas a una vereda, cerca al pueblo de Aponte era nuestro destino. Agradable fue llegar, pues la travesía entre grandes abismos y además la angostura del camino, los derrumbes y la lluvia que no amainaba, y al mirar el costado de la carretera, cuando las llantas traseras del autobús no tocaban tierra firme y se inclinaba aun más al abismo. Esta escena parecía común para el conductor y su viejo autobús, un tipo muy osado, no mediaba que cada obstáculo era una angustia para nosotros y el resto de pasajeros desafiando la muerte.

A pesar de lo arduo y lo accidentado del viaje, experimentar en otro espacio con el remedio era relajante, un lugar tranquilo, caluroso, aromático y alejado de la algarabía citadina.

Un buen recibimiento nos dieron y buena comilona con caldo de gallina criolla, cuy, carne de cerdo cuan manjares distintos nos ofrecieron. Nos tocaba fajarnos al menos en la conversa para retribuir de alguna manera tantas atenciones.

La casa tenía tres habitaciones, la primera la ocupaba la anciana con su hija, la segunda era la sala donde una cama atravesaba el centro del área, en la otra estaba la cocina, en la cual había pasado la mayor parte de su vida la buena anciana.

Gente muy sencilla y generosa, nos atendieron a cuerpo de rey, como si fuéramos los hacedores de milagros.

Pasó el día mientras disfrutábamos del sitio; entre hacer la rigurosa siesta paso la tarde, llegó la noche y debíamos preparar el ritual para la toma.

Mientras tanto le di una vuelta a la casa para percibir de donde provenían los males de esta. Lo primero que encontré fue un portarretratos con una foto familiar, el vidrio estaba roto justamente por encima de la imagen del yerno de la anciana, separándolo del resto.

¡Mala señal!, pues uno aprende a oler el mal como un sabueso; parecen cosas absurdas pero así se presenta.

La posición de la cama en la que yacía la anciana era otra señal, pues en las esquinas de las habitaciones es donde se dirige el mal, miré por debajo de la cama pero no encontré nada particular, luego entre a la cocina lugar donde ella siempre permanecía, pues los lugares son expansiones de nuestro espíritu expuesto y este era uno de ellos.

Me agaché busqué y husmeé, pero algo se manifestaba debajo del lavaplatos, la presencia de un ser que manejaba la brujería.

-Por casualidad le pregunté a nuestra anfitriona.

¿Si, trajo a alguien para que curase a su madre?

-¡No!-me respondió. Mientras esquivaba nerviosamente su mirada.

¡Bueno! Así me pareció, porque delicada está la anciana - le insinué sarcásticamente.

Merodeando por los cuartos encontré un pequeño banco, de esos de madera en donde los taitas sientan a sus pacientes para hacerles la limpieza.

¿Y esto? -Le pregunte a la muchacha.

-Este banquito lo trajo mi fallecido padre, lo utilizaba mi madre para descansar - dijo.

-¡Qué bueno! -Le dije. Ya tenemos donde sentar el remedio.

Lo llevé al cuarto principal, los compañeros ya habían reorganizado la cama de la abuela y acondicionado las sillas para la toma.

Me senté cavilando en lo que podría estar pasando en esta casa y el porque la abuela enfermó. Según sus moradores las cosas iban de mal en peor desde aquel acontecimiento.

Puse el banquito de madera en el centro de la sala y pedí que me trajeran cinco velas blancas una por cada integrante y cinco botellas de aguardiente. Colocamos las velas en los sitios estratégicos de la sala menos donde yacía la anciana. Me gusta comenzar temprano para ver mejor y mientras más larga sea la noche hay más tiempo para ver y conversar.

Después de cantar y soplar el remedio les pedí a mis compañeros que no fumaran, pues tuve la impresión de que por ahí venía el mal.

Después de tomar la primera copa, pasó más de media hora y como el remedio se estaba demorando, le pedí a Martin que reparara la otra.

La segunda entró con buen calorcito, pues, “los taiticos ya se veían venir”. Desde lejos escucharon mis plegarias y junto a ellos venían quienes el cigarro saben leer.

-¡Solo cinco! -Me dijeron y no puede fumar nadie más.

¿Y cómo hago para contenerlos?-Pregunté.

-Cántales una canción-. Me respondieron.

Como soy mal cantante, Así ,comencé a silbar una y otra vez esta tonada, mientras a todos los mandé a purgarse por delante y por detrás, levantándome di una ronda por la casa y allí mismo pude ver.

A la vieja maldadosa que a la anciana quiso joder. Una, dos y tres, donde ella más permanecía la “viruña” la rezó para robarle su alma y trabajarla después. Pobre abuelita, pues las “viruñas” a las buenas almas vienen a buscar, diciéndoles que con eso se van a sanar.

Claro que aparentemente sanan, pues el diablo también sabe curar; primero les quita los males y luego les viene a reclamar. No éramos seis, sino más.

Le reclamé a ese el mal espíritu y también conversé con la buena muerte que venia detrás. La “viruña” reclamaba diciéndome que ya era hora de llevarse a la viejita, puesto que en esa casa nadie quería hacerse cargo.

-Y la buena muerte me dijo. ¡Yo sólo vengo a visitar, nada más! ¡Ocho días te doy para que arregles este mal y pongas todas las cosas en su lugar!-

Gracias buena muerte cumpliré tu mandar, cuidaré de la abuela para entregártela así no mas - le dije.

A la viruña la amenace. -Y Dije. ¡Cuidado! Que esta almita no tocas porque desde hoy la voy a cuidar. Porque el pacto con la buena muerte a ella se la voy a entregar.

-¡Y vos quién sos para que de tan lejos la vengas a reclamar!
-Dijo la viruña.

-¡Sólo te advierto maldita bruja, si no estás de acuerdo, te quito a los demás, desaparece de mi vista y lárgate ya! -le advertí.

¡Eso lo veremos! -masculló. ¡Mañana esta anciana mía será!

Corrió monte abajo y se perdió entre los matorrales. Menos mal que por donde bajo, miré la planta que no se quiso acercar. Luego Prendí un cigarro antes que los demás.

El pacto estaba dado ya y la buena muerte, a la anciana se iba a llevar en paz. Sólo quedaba resguardar la casa para que no entrara más el mal.

Mañana hay que celebrar-les dije a mis compañeros.

Tenemos dos días para tomar no del “remedio”, sino del buen (Licor) aguardiente y sé que a ninguno de ustedes le cae mal.

Pero no les conté que con la algarabía a la “viruña” la teníamos que alejar.

A la señora de la casa le aconsejé que preparara un cocido de yerbas de su huerta y unas que están por ahí y por acá. Pues uno los remedios los tiene en su casa y a veces son más efectivas las ramitas que crecen al azar.

Al señor le sugerí que se portara amable con su mujer, que todas las mujeres son iguales, que mejor, le sacara gusto a la que tiene en casa, que por sentado esta ya le conoce la sazón.

Con delicadeza le hice comprender que la abuelita pronto iba a partir y que las dos camas se juntaran. Pues cuando usted sea viejo de la misma forma en que le estorba, llegado su momento él también iba a estorbar.

Tenga paciencia y que aproveche ahora que es joven, pues de seguir renegando en la vejez, ni cama, ni buena muerte iba a tener.

Así a la mañana siguiente y sin desayunar nos dedicamos a beber, a cantar, a bailar y con esos tres días de baile, buena bulla a la “viruña” logramos espantar. Pues de pa´bajito de la colina se escondía y aún más se perdería.

Cantar y danzar. Cantar y danzar

Que la buena muerte pronto vendrá

Y cómo jilguero entrará

Y a las buenas alabanzas se unirá

Y por el camino de los difuntos viajara. Durante ocho días la abuela viajara.

Sin recoger sus pasos, porque la “viruña” con sentimientos la atrapará.

Adiós buena abuela me despido

Porque nuestras miradas son de alegría, porque ya te vas

Después de tres días de tomar, de comer y de bailar, los dueños de la casa pensarían que nos estábamos aprovechando de su hospitalidad; pero los rituales se tienen que cumplir como debe ser.

La abuelita murió a la semana pero con un buen caminar, llegando a los ocho días a donde tenía que llegar. ¡Gracias tai!

Así esa sonrisa recordare de la buena muerte su mirada profunda de alegría y de placer.

Ese día para mí bienestar y el de todos, me fui de aquel lugar y también de mis buenos amigos, de la buena miel, del tigre, el zorro, el angelito cantor, Martín y querubín.

Para la abuela y yo, la buena fiesta fue nuestra sanación. Así como la buena muerte se rió, una y otra vez al ver su blanca sonrisa de como se espantaba el mal.



Sin título (Dibujo carboncillo)

5.

EL TIGRE CON UN SOLO OJO

EL OJO DEL TIGRE

Les contare la historia de un tigre. Un tigre con un solo ojo. Empezaré por su nacimiento el día en que la luna marcaba dieciséis días, luna que asomaba por el ojo de la tercera cruz del cielo.

Ese día su hacedor se encontraba tendido en un árbol de limón, arrullado por el caluroso canto de la cigarra en la cuarta esquina por donde soplan los espíritus de la tierra. Aquella noche, solitario removía en una fogata su caluroso encuentro; no pasaron más de tres horas después del oriente; cuando se vio venir una fuerza aterradora en la sagrada noche en aquel despertar de tigre.

Al otro extremo en un rincón, se encontraba un anciano acompañándolo en su viaje.

-¡Hey tu! ¡Alerta! Dormilón.-Gritó el anciano.

El hacedor no le contesto al instante y dijo después.

No me interrumpas anciano ¡Tranquilo! Deja esto en mis manos.

Tu primero sabes cómo yo, que así se maneja esto, pues el primer ojo lo tengo puesto en la cobija con la pinta de tigre y el otro por encima de vos, por encima del canto de los carbones y en la mano derecha por donde entrará este silbido aterrador.

¡Tranquilo anciano!-dijo.

-el anciano decía. Cuidado no seas tan osado que preparado aun no estás.

!A que debo temer si todavía no lo conozco; -le contestó el hacedor.

El abuelo aunque nervioso se sonreía y decía. Cógelo suave porque te puede desgarrar el corazón.

¿¡Tranquilo mi abuelo, que si tú conseguiste tigre porque yo no!?

Si tengo en mi mano la planta que el mismo me recomendó, pues lo demás está por venirse que puede ser peor

Además tengo mi sagrado corazón ¡Abuelo verás que así pinta mejor!

Por eso lo estoy esperando debajo de este árbol de limón
¡Así soy, solitario soy!- dijo el hacedor.

La noche centellaba en la magia, en la pinta del cantor, cantaba y cantaba su canción, mientras el abuelo se encontraba de espaldas tras de la fogata procurando no pisar el carbón.

De pronto el abuelo como presintiendo lo que se avecinaba. Volteó a mirar.

Alzo sus manos y tratando de cerrar los ojos, se cogía la cabeza con temor, no quería recordár lo que vivió.

Y así fue un gran ventarrón lo cogió y lo sacudió, atraído por el aroma que llevaba en su mano izquierda que el mismo le mostro. Casi lo tumba el ventarrón al hacedor.

Luego de un gran rato tratando de recuperarse en un instante se sentó, de frente al espíritu tigre y agachando su cabeza con reverencia, pero sin mirarlo a los ojos para que lo dejase entrar.

Pues antes que entrara en su cuerpo se adelanto a conversar, se lo escucho largo tiempo murmurar al tigre con su hacedor.

Contaba el abuelo, pues él y otros paraban la oreja frente a tal situación. Hasta la luna se asusto luego prontita en su ayuda con su resplandor.

-Pobrecito hijo mío -Decía la luna. Al verlo entrando en calor.

No te puedo consolar hoy, pues tu lo pediste que se yo. Lo único que puedo hacer es pedirle a una virgen que cante en tu honor, que toque las trompetas como si fuera un varón; que sople su virginal sonido para anunciar tu nacimiento porque el resto lo comprenderás hoy.

El hacedor se levanto, pero aun chumado y en posición de guerrero apuño su huaira y cantó. Una y otra vez su canción para dominar la pinta. Pero luego se envolvió en su cobija y ni un murmullo se escuchó.

El anciano asustado - le preguntó ¡Qué paso!

Le dijo su hacedor, le dijo. Espérame ahí sentado anciano que aun viene lo mejor. Me ha prestado su cobija, no sabía que la tenía yo.

Tambaleando entró a la casa en la buena chuma de un lado para otro y una sonrisa irónica a el abuelo le mostro. Quien sabe que tenía en su cabeza o lo que el tigre le confió. No era más que esperar, pues la madrugada comenzaba y el calor se trasformo con otro sabor, sabor de miedo, frio y temblor, parecía que iba a venir otro ventarrón.

Así fue el hacedor así se probó, volvió a saborear una, dos hasta tres veces y no sé cuantas veces más del mismo jarrón. Jarrón que con la garra del tigre señaló un manto dorado que le regaló.

“Enrruscado” en su pensamiento empezó a conversar, para dominar bajo su cobija al tigre merodeador. Una lucha constante entre aquellos dos y así aprendió a ser un buen negociador, el tigre domado estaba frente al hacedor.

A veces parecía que se calmaba pero la pinta entraba de nuevo en su frenesí. Para ver si tenía garra, pues en sus manos y patas le pinto. Ya no había ave que lo asustara solo la que con su grande y resonante pico lo recibió y nació. Bajo su sangre la pinta se dio tomo su color y así desde ese mismo día le enseñó a atravesar los cuerpos, pensamientos de otros en canto y su canción le enseñó.

Un tigre hermoso nació con guardas en negro y verde esmeralda cual de rubí es su corazón. Todito rayado y su pelaje en un tono amarillo oro y sobre su lomo un color cobrizo le brillaba.

“Viajar muy lejos aunque lo tengas al pie de tu cama o en la ardiente esquina que empieza a consumir sus llamas.

¡Ha llegado! tan agresivo que ni el calor le calma, porque te has enamorado del calor humanado con candores de niña, cuerpos de madre, mujeres hechas diosas para saciar tu fuerza preñadora.

Has venido a preñar y querer regar tu semilla en la más inocente niña.

Que no sabe todavía a quien le canta, porque es su aliento que sopla con el calor y fuerza de siete machos.

Dulzura que canta y engaña. Casi me engaña a mí también que soy hombre, como no te va a engañar a ti tigre.

Que solo en ella es posible acercarse y cantarle al cielo; al cielo que dejaste un día abandonado. Abandonado porque no sopor-taste el calor ardiente de tu cobriza sangre

¡Cálmate! Ahora somos dos los que lo hemos dejado.

¡Si quieres zárpame de una vez, hazlo desgárrame!.

Dame a mi primero que yo sé conversar, para poder así comunicarme con el cielo.

¡Tómalo! Que aquí tienes mi sonajero dulce y sonoro. Con el silbido del más cálido sueño que protege a quien de verdad es sincero.

Después te entregare solo su canción de esta dulce virgen con verdadero aliento, que aunque ella sea anu re di ¡Yo la protegeré!

Conversa, cura y sana que el dolor lo llevare en mí adentro. Pues no han podido con el indio, que ya no tiene nada que llorar.

Porque ya he tenido muchas batallas, ni brujas, ni duendes, ni padres que engañan.

Padres que no entregan todo de su alma, sabiendo que lastiman a quien más aman y roban el fuego que partieron estas dos almas.

El remedio está aquí para sanar su alma y también estoy aquí ya que me prestaste la garra; para partir la verdadera llama.

Pues no es más guerrero el que más toma, sino quien da la talla; en la pureza y nobleza que se juntan en el dolor cuando el indio calla.

Aunque decoraciones en tu cuerpo solo sean para ti, pero para mí son de cada batalla; que llevan el dolor para alcanzar el cielo huasca.

Canto yo, canta indio de dolor, pinta selva canta tu sanación

tigre huasca. Cura, cura sanador llora el indio de dolor.

*Con la fuerza y voluntad del mensajero de Dios, guacamayo
pinta tu color, pinta montaña, pinta selva, pinta tucán, que en
negro guarda su canción de amor; pinta y canta sanador.*

*Para saciar la sed del cielo para tu perdón y calma la sangre ar-
diente, fuerza del creador nuestro Dios. Que envuelve el cobre de
tu color, pinta tigrehuasca llora el indio tu canción. Uska...ya.”*

Era un tigre, Jovial, alegre y travieso. Eso sí, pero con un solo amor, el amor por quien extraña el cielo que un día dejó.

En una de tantas noches de remedio. El tigre con su garra se sentía confiado, pleno y seguro; el tigre facilito curaba se volvía cada vez más orgulloso de su sabiduría. Se ganaba el respeto cuando a la chuma llegaba. Todo lo que él pensaba le resultaba, manejaba muy bien las plantas hasta la huaira con el viento le camino.

Porque el verde de su corazón era el principio de los secretos de cualquier pinta. Nadita se le escapaba, rondaba la chuma, cantaba al cielo de oriente, olfateaba, a veces rugía en silencio, marcaba su territorio y soplaba.

¡Pues, tigre con buena pinta y rayas no había quien lo tocara!

Pero, ¡Más de uno tenía ganas de tumbar al tigre!

Recuerdo una noche, una vez que al tigre le querían quitar sus rayas y quebrarle las patas. Fueron dos chumas bien jaladas, esa noche no había luna que lo acompañara, pues confiado era el tigre cuando llegaba la manada. Por eso sin reparos decidió cobijarse de pies a cabeza para que no le molestaran y echarse en su cama.

Disfrutando de su pinta, en su sueño castillos de oro miraba tronos cristalinos de dioses y la libre entrada a la gran casa, la gran casa de los abuelos. Al pie de los escalones tres madres cantando lo esperaban, madres y esposas cargadas con sus respectivos críos. Estirpe de reyes para que la sabiduría no se cortara; ¡que hermosa casa! Casa cristalina de los “taitas” casa que guarda los secretos de los antiguos.

Pues blanco era su corazón de gran pirámide escalonada, que en sus elementos el color se diferenciaba, en sus vértices el oro brillaba como plataformas que flotaban y que hermetizan la entrada. Coronas y cusma con pinta de oro y de azul principesco cinco taitas lo acompañaban ¡Buena pinta!

Así no más fue, conocer desde afuera la entrada y de lejos su casa y guardar en la memoria su secreto.

¡Para que más! gracias dio el tigre por dejarlo conocer la gran casa.

Al salir de su pinta se percató de que alguien le quería malograr su guarda, pero como el tigre sabe y se adelanta, ahí mismo de ladeó la cabeza y estirandola hacia atrás los miró de reojo.

Y con sus manos cantando, soplando destapo el elixir caliente que se destila en la montaña e invocando en su nombre ese aroma a toditos los emborracho, más de uno para afuera las tripas se les brotaron. Algunos lloraban y se desesperaban; otros entonaban canciones de miedo porque el tambor que tenían hasta el cuero le temblaba.

- El tigre se reía y observaba-

Pero una vez algo lo intranquilizó. Algo bien escondido, algo que olía mal todita la noche y parte de la madrugada.

-Decía el tigre. ¡Ha bien escondido esta! ¡Pues no a hay más que hacerle conejo para Averiguar! Y así.

Conejo... Conejo... Conejo y con el silbido invocaba haber que pasaba. Dicho y hecho el conejo rondo la casa saltaba y saltaba para despistar el mal que le mandaban. El tigre se levantó sin pensarlo, miro bajo su cobija y quien estaba acostado al lado de su cama, pero nadita de nada el tigre dijo: Echémosle otra porque con la primera coladita no se mira nada.

Así fue el tigre tomo la mielcita de tigre huasca para seguir husmeando. Salió, a marcar con orina los alrededores. Y miraba la gran meada, ¡hum, hum!

Ahí se dio cuenta lo que pasaba, pero no cantó, para no despertar sospechas y lo pillaran.

Luego se sentó, se cobijó la espalda, tomo un buen cigarro acercándose a la fogata y leyendo el mensaje del fuego una leve sospecha tenía, saco de su maleta un taco de cigarros para ver quien quería fumar, pues el primerito que le pidiera se pondría a llorar.

(Pasaron unos minutos; todo era silencio)

Y aunque todos tenían ganas de fumar no había varón que se arriesgara. Temerosos cada uno saco su tabaco y a echó humo.

El tigre giró lenta y sigilosamente la cabeza, de izquierda a derecha. Luego centró la mirada en el fuego y visualizo en los carbones las intenciones en la noche. Agachó un poco más la cabeza, pero sin descuidar la mirada soplando una y otra vez para avivar la fogata.

Entonces una inocente chica le pidió una fumada; ahí mismito el tigre comprendió que mal metidos nos encontrabamos la muchacha y yo. Y fue no más acercar las manos al fuego y soplar con cigarrillo, cuando al rato soltó lagrima la muchacha.

-El tigre pensaba. Así es mejor que llore sola y no con esta manada y menos consolarnos.

La madrugada se iba cuadrando pero el tigre no comprendía que pasó, ese día hasta cuarto para la madrugada se levanto cansado e inquieto en donde estaba sentado. Estirando la nuca y desperezándose tomo otro cigarrillo y al ratico que lo prendía para fumárselo, sintió que una pantera se le tiraba por la espalda.

¡Uska!.. - Enemigo dijo el tigre. ¡Escondidito me lo tenías!

Pues casi le coge las orejas y le rasga la cabeza con sus garras.

Los buenos reflejos del joven tigre en alerta lo pusieron. No sabía si era lo que pensaba, cuando soplando con humo sobre su hombro; miró de reojo disimuladamente para ver de quien se trataba. Pero como si no pasara nada vigilo a la pantera, quien estaba sentada, a unos cuantos metros de su espalda

-tranquilo pensó el tigre. El día es largo la madrugada no termina y tenemos otra noche para averiguar lo que pasa.

Apagando su cigarrillo y despidiéndose de sus acompañantes, el tigre salió de madrugada tomo su remedio y cogió montaña abajo para su casa.

Pensando sobre lo que había pasado, le pidió a la nueva noche y al remedio que lo iluminará, tenía dudadas de volver otra vez a esa casa. Quería mejor quitar los malos pensamientos por respeto de quien en la idea de su pensamiento juzgo.

Pero al llegar a su casa la estrategia continuo, se sentó frente a su mesa y conversando a su gran espíritu, porque en quien más confiar, si cuando se hace tigre todo el mundo va en su casería hasta que lo cazan.

- Así le decía el espíritu.

“¡Hay tigrecito! Te va tocar ponerte botas para que cuides tus patas, porque esta noche lo que no pudieron darte en el ombligo. Se meterán por tus plantas y bien sabes tú que para ser guerrero tienes que enfrentar las batallas y sino paqueé tienes pinta de tigre y garra.

Ya sabes como es y no comas cuento de lo que te hablan. Que en la noche a la tierra te quieren mandar y a la mierda tus guardas. Pues ve para ver de que estas hecho de pinta de tigre y no de pura paja.”

El tigre lo pensaba una y otra vez, pues las pelotas todos las tenemos pero esas no tienen rayas.

El tigre se echó a dormir pensando en su familia. Ni siquiera se lavó la cara así mismito como llego, así mismo partió de noche pero ya sabía lo que le esperaba.

Antes de salir le tocó desde el principio ponerse todas las guardas, recordó lo que una noche le contó un amigo cuando soñaba. Que es bueno para el enemigo cuando también tiene garra, cuando quiere probarlo y saber de qué cuero “está hecho”.

Pues antes de irme a la batalla, les contaré de quien se trata. De un amigo que viene de las montañas, de aquellas montañas de donde todas son hechas de la purita piedra maciza de la madre tierra.

Un guerrero de la mera cordillera un auka. De donde el cóndor cubre la montaña y el sol llevaba su reflejo en su cara, Toditita renegrída por el frío, el sol y el viento. Desde allá de donde vienen las cobijas de alpaca. Pues de la montaña de piedra, donde la Santísima Virgen es su mama.

Así mismo se presento con sus calzones cortos y coloridos igualiticos que el mismísimo color del arcoíris. Un indígena de esos bien asoleados, guapos y jodidos.

Pero como lo que le enseñan no es robado el me dijo:

-¡Hey, pues así es que se amarra! No seas tonto mira bien mis patas y así danza.

Y como él me enseñó a danzar y cantar así mismito lo hice.

En la noche los personajes casi los mismos estaban y por supuesto el que sabemos. Los saludé cordialmente pero no les di la mano, pues tenía unos buenos guantes de cuero que solo dejaban asomar mis gordos dedos y una gorra de lana.

DESDE ORIENTE

*Hay si la noche supiera lo que me dijeron en la madrugada
Que iba a cantarle al oriente, para no caer derrumbado en
tierra, como si fuera mi cama, para quitarme mis guardas,
Hay si la noche supiera, Que yo le hice reverencia.
A la casa y a las plantas para guardar mis patas.
Y que las trece piedras apiladas en el cordón dorado,
Hicieron temblar al oriente, y hacer venir los espíritus en
manada,
Hay si la noche supiera, como hice para conjurar,
El metal precioso que tienes en tus entrañas, -
Y danzar y danzar a la luna. Para que el mal no te toque,
Y hacer sentir tu garra.*

*Aunque rasgue y rasgue la madera conjurada,
Pues las venas se harán sentir del grosor de una garganta.
Menos mal que la virgen de la piedra con sus humores cuida
tu espalda
Gracias buen oriente por darme a probar mi huaira,
Y cantarle al cielo y saber rondar la casa.*

Al otro día mis sospechas estaban claras sabía de quien se trataba por eso mi Diosito del cielo me dio a guardar el ultimo remedio de la montaña.

-Pues así mismo aguantado es que se hace tigre - dijo mi amigo.

Fue la enseñanza de mi amigo aunque el venga de donde nace la alpaca. *“Si sabes quién es tu enemigo, déjalo que se gaste lo que le falta. Pues el tigre está sentado en la montaña vigilando, aunque parezca que está dormido y que el sol le queme las pestañas.”*

Pasaron muchas noches muchas chumas. Antes de comprender lo que es la desconfianza, pues tuve que dejar un ojo en esa batalla para probarla. Les contare:

Así en la noche en la luna merma, se adormecieron mis brazos, luego pasó por mi espalda subiendo a la cabeza y bajaba a mis piernas y mis patas.

Me dejé llevar por la confianza de un extraño, de mirada sigilosa individuo que viene del bajo mundo. Pues en una de sus conversas le alcancé a oír, que había enterrado su remedio en la divina tierra durante treinta noches en la luna merma.

¡Ahora! Estoy seguro que aquellos ojos ya los había visto antes en sueños. Quería este individuo atraparme ese mismo miércoles de luna tierna, le miré los cachos pero como soy caballero primero conversamos.

No era uno sino dos, el primero nunca en la chuma se presentó decía que era dueño del remedio, de esta luna, de la tierra y de la casa.

Le sugerí que pensara bonito, pues esta no era su tierra, su momento, ni su luna, ni su casa. No le gustó nada mi reclamo y empezó a atacarme con sus armas.

-le dije. Cuidadito “compadre” hay que respetar. Empezar por entender la sagrada palabra, que si somos de los mismos guardemos distancia.

Orgullosa el individuo no aceptó nada.

-me dijo. Ya tienes dentro mi remedio, pues aguanta-

Aguantar ¡que! - Le dije.

Pues, ¡sí! Este es tu remedio pero piensa quien tiene la taza.

-Ha, ha,-decía. ahora veremos - y sopló chonduro sobre mi cara.

¡Bueno!.- Le dije. Si así es el asunto también aguanta.

Si te gusta tirar con aguardiente, a mí también me enseñaron a revolver la usma, tigre y culebra guasca. Pero como soy respetuoso todavía te haré otra advertencia para que cambies de parecer antes de soplar tu cara y tus patas.

Froté antes, mi cuerpo con mis ramas desde mis codos arrugados, pasando por la axila, la parte baja de mi espalda, mi nuca, tras de mis orejas, entre la sonrisa y tomar la gran bocanada. Luego me paré firmemente, estire mis patas, una tras otra, para empezar la calistenia disimulada. Soplé bien lejos para no doblarme y comenzó la danza, la danza en remolino y silbando en vos baja. ¡Pues sí, me chume!.

Pero no caí sobre la mismísima tierra que tanto alardeaba, quería que me caiga de narices para comer mierda en la que llamaba su casa.

Y aun bravo -le dije, ¡piensa bien amigo que así no es de venir a irrespetar nuestro cuerpo y casa! Lo siento mucho amigo mío pero a mí me gusta volar más alto y no sembrarme en la propia tierra como vos piensas y mandas. Y sentado en la fría noche, tapare mi espalda con mi guarda, por detrás y adelante me cubriré mientras el remolino limpia la casa. Esperare a que amanezca y aguantare la meada, que los cachos de la luna los tomare media hora antes que amanezca y mientras tanto fumare uno a uno tres gruesos tabacos enruscado en mí colorida hamaca. Estos grandes tabacos para que se te devuelva las malas intenciones, por quererme matar mandando tus dardos envenenados, pues es la cobija la que manda. Y más allá, allá, aunque en mi orina quede a tres cuartos de tu tierra meare en el pavimento porque aquí no es selva si no, el territorio donde esta mi casa.

Piensa mejor amigo que esto no es de tanta guerra, es mejor tener amigos que conozcan el pavimento, pues nunca saldrás de tu casa.

Y también mide a quién tiras tus dardos, respeta esta casa sagrada, aunque no sea de tierra. Yo me quedare con san Cayetano y mañana tomare del buen yagé para que no se pierda mi alma.

Así pasaron los miércoles por la madrugada uno tras otro, sabiendo que el buen pensar es de todos los días, en la selva, en la calle, en las plantas y en la buena mirada.

Ahora esperar si el buen pensar a este individuo lo cambia.

Pero como a los quince días asomo su verdadera cara. Pues ya conocía su máscara. Y ver quién era el que en las noches me trataba de atormentar. Allá en una esquina donde taita se resguardo.

¡Ay chiquillo! pensó que el papa lo salvaría de esta batalla. Pues dígame sino, el que busca bronca así mismo se casca.

Una noche faenica empezó. El mayor presentó a su ahijado, esa noche el repartiría remedio por primera vez en la ciudad.

Yo como buen cristiano a comulgar desfile. Pensando en la virtud para que quede sin mancha. Así mismito como mi sagrado corazón con buena cusma blanca; resguardado por el respeto que en rojo aclara.

Para ser “virtuoso” hay que dejar el corazón sin mancha. ¡Haber pues si lo que quieres es batalla!

Te daré que hacer hoy y mañana en la madrugada. Tu remedio tomaré; pero advertido estas y después no le vas a lloras a tu taita. Que cuando uno busca pelea, los problemas que encuentras son por no dejar tu orgullo de tanto hablar de lo que haces en tu casa.

Como no soy de pelea, me quedaré aquí mismito enrruscado en mi hamaca pensando haber que tantos trucos conoces porque “*tenimos*” la noche, la madrugada, todita la semana. ¡Y recuerda amigo que el tiempo de la luna es largo mientras cambia!

Mientras tanto le di tiempo para que reflexionara y que cuidé sus palabras; pero como él que más habla de sus hazañas es el que cae primero por irrespetarlas.

Le pedí al gran espíritu que me acompañara, pues menos mal que se atravesó una guitarra porque en ese instante un cristiano moriría esta madrugada.

Así mismo como me calmé con el canto de guitarra, aquellos dientes de sable cubrían mi cara.

¡Ahí! Diosito. Deja que me calme esta guitarra que aquí no es el coliseo para devorar la carne cristiana. Si alguien quiere matarme, pues, que muestre su garra.

Amaneció y así solo provocándome pero nada. Porque para el buen pensar el hacer el mal eso mismito se lo traga. Tanta era su insistencia que al otro día me invitó en la noche para probar un poquito más de su remedio.

-Le dije. ¡Que sí iría!, porque la palabra es la palabra.

Y como el asunto era entre los dos y como les digo esa noche no había padrino que lo acompañara. Llegué a mi casa, para descansar un poco. Descansé profundamente arrullado con la pinta en mi hamaca.

Siendo las tres de la tarde. Cogí mis ramitas y preparé dos aguas, no para tomármelas, sino para que conociera de que está hecha mi alma.

Llegada la noche como si mi espíritu me avisara. El mismo mezcló tres tarros de yagé con una gótica de mi alma.

Pues mis intensiones no son malas sino que sirven para ver quién es el que más habla. Por eso concentrado en mis oraciones, rece para que me resguardara, porque las cosas son bien recibidas cuando son de voluntad y del alma.

Como es la vida si para protegerte el espíritu están otras almas, almas de personas que tú un día resguardaste; esa misma noche aquel ángel custodio, sin decirle nada.

-me aconsejó diciéndome. ¿Querido amigo ya que ésta es mi casa, con que debó protegerla?-

Con lo que le nazca -le dije.

Pues se me ocurrió arrancar estas matas que estaban plantadas en el jardín de mi propia casa.

¡Bien! - Le dije. Claro que es así, si no tenemos chagra.

Pues mi Dios los remedios los pone a la pata. Uno es el ciego que no puede mirar más allá de su cara.

Adelantándonos a la toma la colocamos aquella planta sagrada. Para matar unos cuyes por la madrugada.

Al llegar los invitados la sazón, estaba en casa, pues la voluntad del señor se haga, tres copas de remedio tuve que tomar para canalizar la entrada.

Y en mi pensamiento -le dije. si eres tan machito, conoce lo que es la ciudad y no juzgues. Porque uno no es nadie para entrar así como así en otra casa.

Además la virtud que es un talento, la voluntad es del alma y a los buenos amigos se los respeta y no se los confunde con palabras.

LA DAGA

Hoy escondí de ira mis garras. Porque se volvieron humo mis palabras

Y con los oídos aún sordos, quienes se confundieron en colores

Y no en la verdadera pinta, que traía la planta.

Pero para todo hay remedio,

Y con el mínimo aroma de la buena planta.

Tumbaré a quien sea, que quiera clavarme la daga.

Venga como venga de frente o de culo. Invocaré al santo que la guarda

Alzaré mi cabeza, pensando bien y en mi mano señalaré la justicia está indicada

Y en un abanico la sentencia para quien sea, será declarada.

Pues el que hiere con hierro con esta misma se clava.

Se clavara la desgracia en su propia casa

Por no saber pensar y utilizas las dagas sin conocer la baraja.

Esa noche casi me matan, por andar confiado de que todos son palomitas santas.

Ya perdido un ojo, se qué precio tiene la confianza.

Así son las batallas aprendes cada cuanto y recorres el camino cargando culpas y acumulándolas en una gran montaña.

El camino es un gran retorno y pues qué más da, si la vida hay que caminar. Y así las heridas sanarán.

Ahora con estas otras palabras santas iré a caminar, porque lo que ya se sabe estanca. Son las palabras de los mismos sabedores, que dicen que la magia solo es de indios, porque no naciste en cuna de paja.

Recuerdo una vez que le pregunté a un indígena hace un tiempo atrás, si yo podía aprender

él me dijo. Para aprender debes de ser indio y hablar nuestra misma lengua y palabra.-

-Pues le contesté. Cuidado con lo que hablas hermano, que no te confundas en tu lengua porque el buen sabedor a medida que camina habla.

Pues en su tartamudeo también hay palabras claras. Y las palabras es mejor escucharlas que hablarlas.

Y quien dijo, que yo no soy indio solo porque no tenemos la misma cara, si yo también fui parido en esta misma tierra y salí de las entrañas de mi mama.

Cuando llegue a casa abracé a mis dos hijas, lanzando una plegaria al cielo para proteger mi casa. Que más armas que la belleza de mis hijas. Imágenes hechas palabra en el aroma de mi morada.

Yo respeto y respetaré mi palabra

Y el signo de la justicia mi

Mano señala.

No soy juez, la alzaré una vez más como

Advertencia, para que no digan que ¡Uno es que les hace mal!

Pues cuando uno habla mucho, tan solo es para justificarse

uno mismo.

Entiende de una vez cuál es la justicia divina.

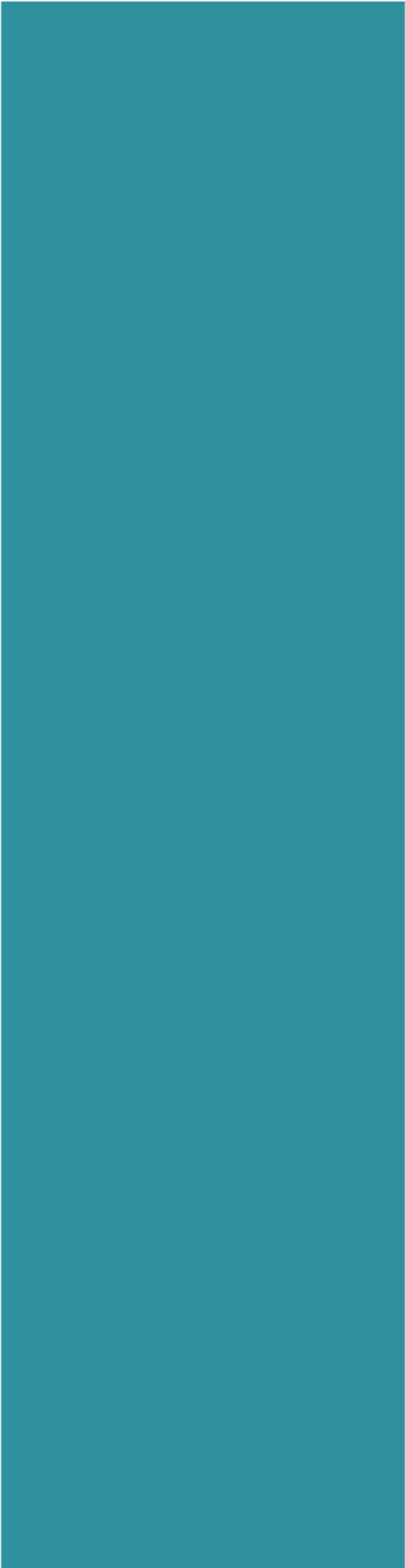
Ya no alzaré otra vez la mano en señal de advertencia.

Pues solo una vez se anuncia la plegaria.

FÍN

*“¿Hasta cuándo, señor? ¿Me olvidarás para siempre?
¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?
¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma, con tristezas en mi corazón cada día?
¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?
Mira, respóndeme, oh señor mi Dios; alumbra mis ojos para que no duerman de
muerte; para que no diga mi enemigo: lo vencí.
Mis enemigos se alegrarían, si yo resbalara.
Más yo en tu misericordia he confiado;
Mi corazón se alegrara en tu salvación.
Cantare al señor porque me ha hecho bien”*

Salmo 13



Encuentro con los ayas y el camino del arcoíris

Wilson Narvaez

*“El temor de mirar a tu espalda y
recorrer los caminos.*

*Sin percatarse que al caminar están
siendo parte de esos personajes que guardan las almas de otros.
Más ajenos que uno mismo, acaso tu eres ese custodio.”*

*...Y como un niño guiado por un impulso que me
lleva a trazar un caminar, para poder desenredar
ciertas inquietudes, miedos e incertidumbres, sobre
el significado del origen de las diferentes naturale-
zas. Es entonces cuando atravesado por el azar y el
mundo de lo enteogeno empiezo mi singular viaje
sobre el limite de estos territorios y en su medida
sacudiéndome de lo que anteriormente me enferma-
ba. Mi encuentro con ciertos personajes "custodios"
como los llamo son quienes me guían a horadar en
lo mas profundo de esta incansable experiencia
narracional sobre lo vivido realizando así mi primer
libro de autor.*